



Lemir 16 (2012) - Textos:: 205-352

ISSN: 1579-735X

Francisco Santos

LAS TARASCAS DE MADRID Y TRIBUNAL ESPANTOSO



Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

¡Oh amantísimo lector! Si mis moralidades te cansan perdona, que soy cristiano y como tal he de aconsejar a mi prójimo.

(Francisco Santos, *Las tarascas de Madrid*)

ADVERTENCIA

ESTA edición digital de *Las Tarascas de Madrid y Tribunal espantoso* sigue el texto de la de Valencia 1694 (Biblioteca Digital de la Cdad. de Madrid), y como borrador contra el que compulsar el original me he servido de un ejemplar de la edición de Milagros Navarro (Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1976). Al igual que en otros casos en relación a ediciones modernas de las obras de Francisco Santos, me he encontrado, sí, con una excelente introducción y comentarios; pero con un texto separado del original en infinitos lugares (y no siempre en menudencias), y en particular con una puntuación equívoca en numerosos pasajes; pero en este caso he decidido no anotar esas discrepancias entre mi edición y la moderna que me sirvió de borrador.

Fue Francisco Santos autor de aquellos de «escribo como hablo» y gustoso de introducir incisos, resultando en una sintaxis un tanto inconexa en muchísimos lugares y que no puede solventarse con la puntuación. No creo se trate de despistes de la imprenta valenciana que estampó la edición; pero es posible que el texto de la primera (Madrid 1665) ayude a corregir algunas cosillas, incluidos media docena de extravíos que he creído advertir.

E. S. F.

esuarezfi@telefonica.net

Barcelona, 2010

Santa Marta y el dragón (Paolo Uccello) en:

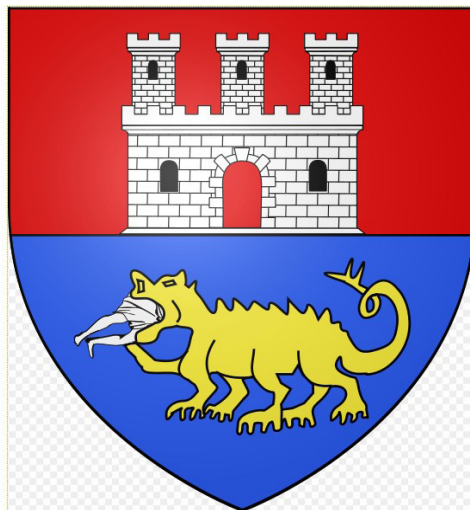
<<http://en.wikipedia.org/wiki/Tarasque>>

Dibujos de la tarasca en:

<http://www.mmfilesi.com/comentarios.php?identificador=09tarascas_1&nombrelog=09tarascas>

El escudo de armas de la villa de Tarascón en:

<http://fr.wikipedia.org/wiki/Fichier:Blason_de_la_ville_de_Tarascon_%2813%29.svg>



Estatua de la *Tarasque* y escudo de Tarascón (Francia).



Corpus de Madrid de 1623.



Corpus de Madrid de 1663.



Madrid. 1685



Tarasca de Madrid 1663 y dibujo de Opicino de Canistris.

LAS TARASCAS
DE MADRID,
Y TRIBVNAL ESPANTOSO.

PASSOS DEL HOMBRE
perdido, y relacion del espi-
ritu malo.

DEDICADO

A D. MANVEL BALVIN Y VERRIZ,
Oficial de Estado en el de Guerra, y Ofi-
cial Mayor de Cruzada.

SV AUTOR

FRANCISCO SANTOS,
Criado del Rey Nuestro Señor.

CON LICENCIA.

En Valencia: Por Francisco Antonio de Burgos.

Año de 1694.

A DON MANUEL BALBÍN Y BERRIZ,
OFICIAL DE ESTADO EN EL DE GUERRA
Y OFICIAL MAYOR DE CRUZADA

CONOZCO tan corto mi aliento, que por sí solo no se atreviera a consagrar a v. m. este pequeño tratado a no haber conocido su amante cariño y afable obrar. Alentome mi humildad, reparando que los que se atreven más son los que valen menos. Y aquellos que con más solicitud buscan amparo se esponen a conocidos riesgos; pero reparando en el¹ sujeto a quien se arriman se alientan a sacar a pública² almoneda su caudal. Y no negaré que el arrojado de los que menos valen suele ser doctrina de los que más saben. Atrévome a aferrar con el áncora del rendimiento esta humilde barquilla a la roca firme de su afabilidad.

En muchos que han escrito han entrado noticias del temor de los que muerden sin saber tomar la pluma. Este libro ya sabe correr la carrera del valle de lágrimas, pues con sus verdades desterró los capirotos de las procesiones de la Semana santa: abuso vil de la antigüedad, tapar el rostro para ejecutar indecencias.

La gran falta que había deste tratado, y lo buscado de muchos, es la causa de su nueva impresión. Recíbale v. m. con el cariño que ya me ofrezco, que es a lo que aspiro, pues conozco que no son las dichas para el ocio, porque los triunfos son hijos de los desvelos; y pues yo le tuve en escribirle, triunfe³ de la envidia de los incapaces de razón; que son solos los que muerden obras ajenas, sin reparar que sólo a sí se muerden, porque más los inquieta la envidia que el conocimiento. De todos me libre mi buen celo y su amparo de v. m., a quien, rendido, me consagro. Nuestro Señor le dé larga vida.

De V. m., q. s. m. b.

Francisco Santos

1. Suplo 'el'
2. Orig.: 'publicar'
3. Orig.: 'triunfé'

A TOMÁS SÁNCHEZ⁴

PUBLICANDO voy mis obras como quien canta; y como todas tratan de la verdad y desengaños del mundo, procurando avisar donde hay tropiezos, me parece que voy seguro y libre de ladrones, pues tan ladrones son los que muerden como los que roban. La sátira diez de Juvenal ajusta a mi propósito: *Cantavit vacuus coram latrone viator*: El pobre seguro va por montes prados y selvas; vaya cantando, que aunque encuentren sus voces ladrones, no hallarán adonde hincar sus sangrientas uñas ni Zoilos tendrán qué morder. Y así, por lo amorosa, por lo desengañada y por lo verdadera, esta pequeña obra, nacida de un afecto grande, le dedico a quien es envidiado sin envidiar; que ya es materia tratable el querer morder la envidia a los prósperos y bien afortunados, y por eso dijo Cicerón en las *Tusculanas*, 3: *Invidiam esse agritudinem, ex alterius rebus fecundis*; como quien dice: Invidia es una enfermedad de las cosas prósperas de los otros. Yo siempre busco a los que se ven amagados de esta fiera sierpe, que aunque la parece que muerde, sólo es a sí propia, pues a su pesar vivirán libres de sus dientes los que viven felizmente sin agraviar a su prójimo, estimando sus bienes como dados de Dios. Yo contemplo en vuestra merced un báculo de laurel, que es símbolo de la salud y resistencia al rayo de la envidia mordedora y ponzoñosa; y por eso la pintan con un bordón de espinos en las manos, para que, como falta de la luz del buen conocimiento, tropiece, y al valerse de su bordón se hiera y maltrate a sólo el amago del báculo del laurel. Y como yo pongo debajo de mi almohada hojas de laurel, sueño verdades que pinto despierto: *Subdita pulvillo facit somnia vera*.

Y así, me atrevo (por conocer en vuestra merced tanta llaneza, pues con ella convidada a que le traten, y por lo aficionado que siempre ha sido a la leyenda) a dedicarle esta obra (sin que se estrañe el mordedor de mi atrevimiento, pues sabe vuestra merced que el conocimiento de su afable trato no es novedad en mí) sin valerme de adulación; que no valgo nada para adulador, que fuera ser camaleón que se muda o transforma en cuantas colores ve cerca de sí, careciendo sólo del blanco y colorado, porque el uno es vergüenza y el otro castidad: partes que no se hallan en el adulador, sólo se halla el mudarse a gusto del que trata, lisonjeándole con fábulas y mentiras; en fin, gente mudable, y por eso se dijo aquel adagio contra los tales: *Chamaeleonte mutabilior*.

Bien sé que no es vuestra merced de los que se pagan desta canalla, y así, me atrevo a consagrarle este libro, cuyo título es *Las tarascas de Madrid y Tribunal espantoso, pasos del hombre perdido y relación del Espíritu malo*. Recíbale vuestra merced con el agrado que usa, que parece que nació antes que su dueño para prevenirle agradables pensiles en la edad y envidias en la emulación, de quien jamás se libró el bueno. Guarde Dios a vuestra merced los años que desea, con los aumentos que merece quien se da a querer tanto que le envidian.

Su más aficionado,
que sus manos besa,
Francisco Santos.

4. Dedicatoria de la primera edición: 'En Madrid. Por Pablo de Val. Año 1665. A costa de Juan de Valdés, mercader de libros. Véndese en su casa, en la calle de Atocha, enfrente de Santo Tomás.' Este Tomás Sánchez bien pudiera ser el Padre Maestro de la Cía. de Jesús que censuró algún otro libro del autor.

DE DON ANTONIO RUIZ DE LA CARRERA,
CABALLERO DEL HÁBITO⁵ DE SANTIAGO,
CAPITÁN EN LOS ESTADOS DE FLANDES

A LOS QUE DEDICA SUS OBRAS
FRANCISCO SANTOS

SONETO

VUELA el tiempo veloz, llega el olvido:
sepulcro triste de esperadas glorias,
importuno borrón de las historias
que perturba el amparo merecido.
¡Oh, cómo la pobreza ha consumido,
con envidia a la Fama sus memorias!,
pues siendo al mundo todo tan notorias,
entre esperanzas se halla confundido.
Éste es Francisco Santos, que dedica
a vuestro amparo su esperada suerte,
sus glorias reduciendo a breve suma,
pues por su protector hoy os publica;
y a pesar de la envidia y de la muerte,
por sombra os busca, y ala de su pluma.

5. Ser admitido como caballero en alguna Orden Militar era perseguido (a veces hasta el delirio y la ruina, pues los trámites solían ser largos y costosos) por los hidalgos con aspiraciones. Entre otras cosas, exigía un expediente de limpieza de sangre y de oficios que demostrase que el pretendiente venía de familia de cristianos viejos y que nunca ejercieron oficios considerados 'viles.' Por supuesto que todo se facilitaba disponiendo de dinero e influencias. El autor Francisco Santos siempre defendió que el hábito debía concederse únicamente a militares destacados por sus servicios a la Corona.

*DON AGUSTÍN DE BUSTAMANTE Y CÁRDENAS**A FRANCISCO SANTOS*

SONETO

QUIÉN eres tú, que riges la elegancia
y formas nuevo ser a la noticia,
sin que el mérito falte a la justicia
ni la razón admita repugnancia?
¡En chanza y en verdad, tal consonancia!
Tan alta, que la ignora la malicia,
haciendo que el Infierno y su malicia
pregone su fiereza y vigilancia.
¿Quién eres? Mas dirasme que lo lea:
un soldado que, siempre desvelado,
ha llegado a sí mismo a conocerse.
¿Quién si no es Santos habla en tal idea?
¿Quién escribe sin él tan avisado?
¿Quién sin su ingenio puede enoblecerse?

DE DOÑA ANA DE BUSTAMANTE
Y CÁRDENAS

A FRANCISCO SANTOS

DÉCIMAS

AGUILA sois, pues el vuelo
tan cerca del sol llegó,
que a vuestra⁶ pluma creyó
pincel retratando al Cielo.
Norabuena y sin recelo
tremole vuestra esperanza,
Santos, con feliz bonanza,
y el mundo, de agradecido,
jamás os eche al olvido,
pues os debe la alabanza.

Sendas de la eternidad
pintáis, ¡oh famoso⁷ Numa!⁸
debiéndose a vuestra pluma
tan cristiana piedad.
Santos, cantad pues, cantad
con discurso tan glorioso,
pues asombra lo ingenioso
retratando vuestra lid
las *Tarascas de Madrid*
y *Tribunal espantoso*.

6. Orig.: 'vestra'

7. Excelente.

8. Numa Pompilio, considerado el reformador de Roma.

DE DON ANTONIO DE LA CUESTA

A FRANCISCO SANTOS

DÉCIMA

CANTA con voz piadosa
tu armonía lastimada
la juventud mal guiada
entre la salud dudosa.
¡Oh pluma en todo gloriosa!
¡Oh aliento en todo real
que eternizas lo mortal!
Y así, a todo el mundo asombre
el⁹ que seas mortal hombre,
siendo tu nombre inmortal.

DON JUAN FRANCISCO DE LARA

A FRANCISCO SANTOS

DÉCIMA

REDUCIR a breve suma
de dos mundos el obrar
sólo lo pudo lograr
los realces de tu pluma.
Santos, tu fama presuma
regia acción con tal acción,
muy digna de aclamación,
pues ya tu desvelo alcanza
cumplida toda esperanza
y absorta la admiración.

DE PEDRO DE GUZMÁN,
AMIGO Y COMPAÑERO DEL AUTOR

ROMANCE

FRANCISCO Santos, no sé
cómo explicar tus loores;
mas ya tus escritos mismos
dan doctas explicaciones.
La elegancia de tus obras
con tal dulzura propones,
que segunda vez parece
se imprime en los corazones.
Dígalo aquella primera,
donde, con desvelos nobles,
en admiraciones causas
se hable de ti *día y noche*.
La segunda, que a María
en cien décimas conformes
su concepción retrataste,
es digna de abrirse en bronce.
No por tercera a esta obra
el *día y noche* se o pone,
pues *sin crepúsculo el alba*
por grande la reconoce.
En esta obra presente
se holgaran mis presunciones
en¹⁰ poder con su alabanza
dejar la alabanza inmóvil.
No he dicho bien que *movible*:
a más la alabanza corre;
que lo inmóvil no es capaz
de tantas aclamaciones.
Repita la Fama el eco
eternizando tu nombre;
y por víctima a tu acierto
se ofrezca en admiraciones.

10. Orig.: 'el'

Hoy, por dar más que notar,
le das *Tarascas* por nombre,
para que entre lo imperfecto
se admiren tus perfecciones.
Ya de gigante presumes,
pues con pincel y colores
hasta los Cielos retratas
para enamorar al hombre.
Madrid por *defuera* ofreces
con fiesta de *Gigantones*.
¡Oh pluma en todo dichosa!
¡Oh acierto en todo el más noble!
Perdona el atrevimiento,
pues mi amistad reconoces;
que quisiera en tu alabanza
tener la pluma de Lope.

CENSURA DEL P. FRAY PEDRO MEXÍA

Lector de Prima, jubilado, en las dos Universidades de Alcalá y Salamanca. Examinador Sinodal del Arzobispado de Toledo. Provincial que ha sido de esta Provincia de Castilla. Vicario General de España en la Orden de los Mínimos y Predicador de su Majestad

LAS *Tarascas de Madrid y Tribunal espantoso, pasos del hombre perdido y relación del Espíritu malo*, feliz empleo de la erudición de Francisco Santos, criado de su Majestad en la Real Guarda Vieja Española, que Usiría manda pase por mi examen, he visto con atención, y están tan ajustados al asunto que aun el más escrupuloso no tiene qué censurar; antes en semejante sujeto se debe admirar la elegancia del estilo, la verdad de los sucesos y la eficacia de los argumentos con que prueba sus asuntos. Y así, dijo¹¹ en otra ocasión Posidonio (lib. I, epíst. 3) registrando las obras de un su amigo: *Est opus pulchrum, varium, elegans, purum*, etc. Es obra hermosa, no sólo por la pureza del estilo, sino por la variedad de discursos con que le adorna. Es varia, por la multiplicidad de doctrina que junta, pues es admiración grande que un hombre sin profesión científica use de muchas, sin que haya solecismo en ninguna. Es elegante, porque del libro pueden sacar erudición muchos que la profesan. Y es pura, porque no contiene cosa que contradiga al servicio de entrambas Majestades, y así, se le puede dar la licencia que pide, salvo, etc. En este Convento de la Vitoria de Madrid, a primero de agosto del año de 1664.

Fr. Pedro Mexía

11. Orig.: 'dixo que.' Quizá el manuscrito leyese: 'digo lo que.'

LICENCIA DEL ORDINARIO

NÓS el Licenciado don García de Velasco, Vicario de esta Villa de Madrid y su Partido, por la presente, y por lo que a nós toca, damos licencia para que se pueda imprimir e imprima el libro intitulado *Las Tarascas de Madrid y Tribunal espantoso, pasos del hombre perdido y relación del Espíritu malo*, compuesto por Francisco Santos, criado de su Majestad en la Guarda Vieja Española, atento, por la censura de suso, parece no haber en él cosa contra nuestra santa fe, y buenas costumbres. Dada en Madrid a primero de agosto, año de 1664.

Don García de Velasco

Por su mandado,
Diego de Velasco

APROBACIÓN DE EL PADRE MAESTRO FR. TOMÁS DE AVELLANEDA

*Uno de los cuatro Maestros de su Religión de Premoste
y Examinador Sinodal de este Arzobispado de Toledo*

ESTOS discretos asuntos que se reconocen en *las Tarascas de Madrid, en el Tribunal espantoso*, en los *pasos del hombre perdido y relación del Espíritu malo*, que saca a luz Francisco Santos, criado de su Majestad, los he atendido con cuidado, por obedecer a V. A., y los veo muy útiles para la enmienda de las costumbres y muy provechosos para la mejor enseñanza; porque todo el asunto es mostrar las sendas del bien y los laberintos del mal. ¡Gran destreza del ingenio en el cuerpo de lo entretenido, descubrir por alma verdaderos desengaños! Reconozco estos ingeniosos discursos por unos vigilantes despertadores del hombre, faroles para no zozobrar en los peligros del mar de este mundo. Luciente antorcha que dulcemente aprisiona los más libres ojos. Hacha¹² encendida que con violencia apacible senderea al más ciegamente errado en la noche de su ignorancia. Que es lo que dijo muy del intento el gran Isidoro Pelusiota (lib. 4, epístola): *Quemadmodum enim fax in illam, ni nocte apparens sua sponte oculos allicit, sic haec meditatio omnes illuminare nata est.*

12. Se llamaba 'hacha' la vela de gran tamaño que llevaban los 'alumbrantes' en las procesiones. Se componía de cuatro velas juntas, cada una con su mecha o 'pábilo', recubiertas de cera para tomar forma cuadrangular.

Alabo de hoy más a los ingenios que, obligados a probar semejantes libros, en vez de censores se van a ser sus panegiristas; pues tales libros tanto enseñan y se deben estimar en tanto como se ve en este que escribe Francisco Santos, que entre rebozos de sus *Tarascas* enseña aprovechamientos tan seguros. Por esto, y porque no hay cosa que se oponga a las verdades de nuestra santa fe y buenas costumbres, no hallo ninguna cosa que censurar; mucha sí que alabar, porque merece muy bien la licencia que pide. En este Convento de nuestro Padre San Norberto de Madrid, a diez y ocho de agosto de mil seiscientos y setenta y cuatro años.

El M. Fr. Tomás de Avellaneda

*PAPEL A DON PABLO DE SAAVEDRA,
enviándole el autor este libro manuscrito*

LAS obligaciones conocidas una vez han de durar hasta la muerte. Yo que hallo logro en que v. m. vea mis obras antes que las lenguas zoilas muestren su hambrienta condición, le envió ésta para que sus atenciones la enmienden. Guarde Dios a v. m. como puede y yo deseo.

Francisco Santos

RESPUESTA DE EL CAPITÁN DON PABLO DE SAAVEDRA

SI a Jano pintan con dos caras sólo fue por lo prudente, pues dice Plutarco que fue tan sagaz que de lo pasado y presente sacaba y conjeturaba lo venidero. Y da otra razón el mismo Plutarco: que fue rey tan apacible y benigno que redujo a vida urbana a la gente más bruta, tosca y sin crianza. Si a ti te conociera Plutarco no alabara tanto a Jano, pues, pintándote con el alma a la vista y en las manos el corazón, dijera: «Mirad en ese cuerpo entretenido un alma de desengaños. Mirad cómo ofrece el corazón a su prójimo, sendereándole a la patria de Dios, avisándole dónde puede peligrar, ofreciendo paz a todo el mundo, pues ha cerrado las puertas a la malicia manifestando su hambrienta saña».

¡Oh discurso sin pasión! ¿Cuándo te concede tiempo el tiempo para escribir tan sentenciosos avisos, admirando al mundo tu *Día y Noche*, manifestando tu ingenio la pureza de su estilo en el *Alba sin Crepúsculo*, en que supiste pintar la mayor belleza en aquella purísima Rosa que crio Dios sin las espinas de humana; y sin descansar tu desvelo das hoy a la estampa esta tercera obra, escritas todas tres en menos de año y medio, sin dos comedias, que me han admirado: la una para devoción y la otra para desengaños del mundo?

¡Oh, quién pudiera asegurarte el plato para que ejercitaras la pluma sin los miedos de la necesidad! Este es mi sentir, sin sentir en tus obras qué enmendar, pues, sobradas de admirable doctrina, las leo respetándolas como a Maestro.

*El Capitán don Pablo
de Saavedra*

Fee de erratas

ESTE libro, intitulado *Las Tarascas de Madrid y Tribunal espantoso, pasos del hombre perdido y relación del Espíritu malo*, con estas erratas corresponde y está impreso conforme a su original. Madrid, a 15 de diciembre de 1664.

Lic. D. Carlos Murcia
de la Llana

Suma de la Tasa

TASARON los señores del Consejo Real este libro, intitulado *Las Tarascas de Madrid*, etc., a cinco maravedís cada pliego, como más largamente consta de su original, despachado en el oficio de Luis Vázquez de Vargas.

Suma del Privilegio

TIENE privilegio Francisco Santos, o quien su poder hubiere, para poder imprimir este libro, intitulado *Las Tarascas de Madrid*, etc., omo más largamente consta de su original, despachado en el oficio de Luis Vázquez de Vargas.

TABLA DE LO QUE CONTIENE ESTE LIBRO DE

LAS TARASCAS DE MADRID Y TRIBUNAL ESPANTOSO

DÍA PRIMERO

Turbación de los elementos y ingratitud del hombre - Enfermedad del hombre y palacios de la muerte - Llantos de una enfermedad - Olvidos del hombre - *Qué cosa es tarasca* - En lo que transforma el pecar - Temor del Infierno 229

DÍA SEGUNDO

Creación del primero y segundo día - Desvanecimiento y caída de Luzbel - El ilusionero - Prevención de los penitentes de luz - Perdición de holgazanes - El rematado 235

DÍA TERCERO

Palestra en que se batalla sobre si el martes es día aciago o no - Creación del tercer día - El obstinado en sus vicios - Mujer común, y sus alhajas - La mala vecina 243

DÍA CUARTO

Creación del día cuarto - Los alumbrantes - El penitente de azote - El aspado - Casa de locos - Sentimiento de la vanidad - La sierpe en jaula - Penitencia hipócrita 254

DÍA QUINTO

Creación del día quinto - Salida de Asmodeo - Los perdidos del Jueves Santo en la noche - Desvergüenza de la tierna edad 265

DÍA SEXTO

Creación del día sexto y pecado de Adán - El regalado - La mesa del pobre - Discurso del Demonio para vencer a Judas - Mesas de la Plaza - La salida a las Cruces 274

DÍA SÉPTIMO

El mal ayunador - El mal ministro 284

TRIBUNAL ESPANTOSO

La muerte - El Purgatorio - La Gloria - El Infierno - Relación de Aqueronte, barquero de las aguas del Lecteo y gobernador de los coches del mundo, donde cuenta de qué sirven y el daño que hacen - Relación que hace Asmodeo, príncipe de la lujuria - Relación de Esmón, general de los que faltan a la palabra que dan - Relación que hace Belial, capitán y regidor de gitanas, adivinos, brujas y hechiceras - Relación que hace Voraz, príncipe de la envidia y señor de los que la profesan - Relación que hace Auristel, gobernador de jugadores blasfemos - Relación que hace Leviatán, gobernador de perdidos profanos y de engañados hipócritas - Relación que hace Astarot, gobernador de infames logreros, cuatrerros y usureros - Relación que hace Renfás, diablo Cojuelo, gobernador de la pereza y dueño de los perezosos - Preguntas y respuestas saludables	294
Lágrimas del alma	352

A TODOS LOS QUE NACIERON PARA MORIR

PROLOGO

AMANTÍSIMO prójimo mío, de quien tan bien recibido ha sido mi libro del *Día y noche de Madrid*, si en su Prólogo te ofrecí la *Tarasca*, allá va ella y las que ha formado; y así, diré que ahí tienes las *Tarasca de Madrid*. Procura que no te espanten, porque son muy contrarias a las que sacan el día del Corpus; que aquélla espanta a la sinceridad de la tierna infancia y éstas a la malicia de la crecida edad, pues es muy cierto que sólo hiere y espanta el látigo de la razón a aquel que sin razón vive, y también es probable el que no puede espantar el Demonio al hombre que está en gracia, pues, estándolo, el hombre espanta al Demonio: tanto puede la gracia de Dios.

Bien sé que ha de parecer bueno este libro al bueno, porque admirará en sus luces la ignorancia del perdido, y podrá ser que parezca mal a aquel que siempre anda cegado con el Demonio, sin reparar que sólo procura la presa del alma batallando siempre con el humano poder, y que, siendo vencedor, es fuerza que se lleve lo que tuviere el vencido. *Gloriae futura est victoris*: la gloria es del vencedor; *Ex damno alterius utilitas*: del daño del uno es el provecho del otro. El aspirar del Demonio es, ya que perdió la gracia de Dios, procurar que la perdamos los mortales; y así, al hombre en pecado le llamo yo *tarasca*, o como a tal le retrato, pues el que está enojado con Dios, ¿qué forma puede tener?; que aunque parezca hombre no lo es. Y aunque tome la forma de serpiente puede borrarla buscando la gracia que ha perdido; y aunque no parece hombre ni es serpiente (*Quod nec est homo, nec est draco*), puede quedar *tarasca* si se descuida, que será lo mismo que demonio. ¡Cuidado, amantísimo lector mío!

No dirás que soy perezoso, pues antes del año sale a buscar tu abrigo mi tercera obra; pues la segunda (que se siguió al *Día y noche*) fue el *Alba sin crepúsculo*: pequeño volumen, pero el mayor asunto que, fuera de Dios, tiene el Cielo y la tierra, pues habla del privilegio en cuyo original jamás hubo errata. Te prometo que no hallo trabajo en escribir: en no tener lugar hallo trabajo; y así, si la Fortuna me fuere más favorable que hasta aquí, te prometo los *Gigantones en Madrid por defuera*. Suplícale tú a la Fortuna (si la conoces) me favorezca, que yo procuraré el logro de mi palabra, pues en escribir obras que hallan tan buen hospedaje en tu amor poco haré en rendirlas a tu grado:¹³ tu cordura es el norte que me guía. A ella aspiro.

13. Voluntad, gusto.

AVISOS DE LA SEMANA SANTA

DESCUIDOS Y DÍA PRIMERO

PINTURA DE LA INGRATITUD DEL HOMBRE

CONFUSA la luz, ausente el sol, el cielo rebozado de tristes y oscuras nubes; temblando la tierra, gimiendo el aire, llorando el agua, triste y turbado el fuego; las piedras negando al centro que las produjo, parecía que se arrancaban de su albergue, intentando hacerse pedazos unas con otras; las aves dando articulados suspiros; las fieras buscando amparo donde no le había, parecía que, sujetas, se humillaban, mostrando rendimiento por tristeza; los peces huían del cristal en que nacieron, viéndole vuelto un cenagoso abismo. En fin, todo fuera del ser en que fue criado, batallaba tan confuso que apenas se conocía si el primer caos se desplegaba o si se plegaban las luces del mundo para negarse a tantas ingratitudes como fragua el hombre, pues, olvidado de que nació para morir, tan a rienda suelta corre, desbocada, su vida, que parece que olvida todo su ser, sin acordarse que la Gloria, patria de Dios, fue para él criada.

Navegando va por la campaña del mundo el hombre descuidado de la muerte (cuyos avisos suelen ser tal vez la enfermedad y tal la desprevenida fortuna o repentino suceso), cuando impensadamente de un monte de culpas, en cuyo pie se veía una cueva bruta, paca¹⁴ o bostezo de la tierra que entre las malezas de unas peñas espantosas había formado el continuo azote de un arroyo nacido del olvido, de cuya abertura salía una figura tan seca como fea, ocupadas sus manos con un alfanje corvo y una amarilla asta, despreciando sus pies coronas y cetros, tiaras y laureles.

14. Bala, fardo, bulto. Quizá el manuscrito decía 'poça' (p. 2).

Y al mirar un seco tronco de un funesto ciprés (que, sin vida, ni verdor, era un dechado su pálida arquitectura de la ruina fatal; y asiento del último fin o albergue de la hoz de la humanidad, pues en sus pesadas ramas buscaba aliento quien sin él vivía) cuando, perdido el tacto, ajeno del sentido y extraño a las potencias, guiaba¹⁵ el hombre a su perdición, y, pisando encima de su propia materia, tropezó en el tronco del ciprés. Y al aplicar las manos para valerse de ellas se abrazó con el esqueleto espantoso, que al caer entre sus brazos abrió los ojos, cerrados de tantos tiempos y a tantas luces negados, sordos a tantos avisos y a tantos golpes mudos. Y sintiéndose precipitado, entre susto y aliento anhelando a levantarse, aunque con flacas fuerzas, se enlazó con su misma imagen y luchando con los alientos gastados, pero no perdidos, le rindió la media anata¹⁶ de la vida; pues, cayendo en tierra, con el golpe grande que dio [...] ¹⁷ y aplicó el oído dando licencia a la lengua para que obrase y entre tanto piélagos de congojas procurase asilo; y obedeciendo, por la fuerza de la necesidad en que se hallaba, dijo así:

—¡Ay, de mí, triste! ¿Cómo tan ciego he vivido, surcando gustos embarcado en mi ceguera, sin haber reparado en este tropiezo, que casi con el horror me obscurece el sentido y me enajena del amparo humano? ¡Triste de mí! ¿Qué confusión es ésta? ¡Qué horror! ¡Qué espanto! ¡Qué abismo de congojas me cercan! ¡Qué cerco de culpas me asaltan!

Aquí llegaba con el aliento hartado cansado, cuando, volviendo la vista a mirar aquel bulto (que al principio le pareció ramas peladas de un seco tronco), reparó en la corona de aquella espantosa arquitectura en un retrato de la muerte; y volviendo su voz al continuo «¡Ay de mí!», por huir de aquel espanto (con quien se vive y tanto se olvida), dando vueltas por la triste campaña sobre agudas y punzantes espinas y atrevidos abrojos (frutos que la tierra produjo después de maldita), herido y triste, sin poder conseguir el levantarse, se halló dentro de la espantosa cueva, tan postrado, enfermo y cansado, falto de humanas fuerzas, que, no pudiendo hacer más que aplicar la vista a todas partes, todas le obligaban a cerrar los ojos por no ver los tristes y fúnebres aparatos del horrendo cuarto: era el suelo una mesa de diferentes y espantosas sabandijas (como fieros y ansiosos gusanos, escarabajos y otras figurillas asquerosas y cansadas) y unos fierísimos moscones que daban desatentos golpes en el rostro; las paredes, cubiertas de huesos y calaveras; el techo daba espanto, por ser de una peña que parecía venirse abajo. Bañaba la entrada de la espantosa cueva un cenagoso y negro arroyo (o laguna que de las crecientes de la vida allí había quedado para solo dar horror en el fin de la caduca edad) en cuya hediondez se criaban sapos y culebras, que para descansar se salían del negro lago y arrimaban a la lóbrega cueva. Entrábalas una triste y pequeña luz animada de un negro farol, teniéndole en las manos una figura como de gigante, desnudo el cuerpo y el rostro cubierto de una barba cana y larga; y de los hombros le salían unas alas, estando coronado de un laurel.

Volvió el hombre a abrir los ojos y vio que, con espantoso ruido, entraban por la estrecha puerta cinco leones espantosos: tenía el primero grandes ojos y muy relucientes, con que en un instante registró cuanto había en la cueva que ver; el segundo tenía grandísimas orejas y todo se ocupaba en aplicar el oído al ruido y meneos del hombre; el tercero tenía

15. El autor usa abrumadoramente de 'guiar' por 'dirigirse, encaminarse,' o simplemente "irse".

16. Tributo consistente en la mitad del beneficio anual de un empleo.

17. Aquí parece haberse extraviado algo.

el hocico más fiero que el de un puerco, y más espantoso, con que todo lo olía, levantándole a lo alto para coger aire y prevenir olfato; el cuarto tenía disforme boca, tan espantosa que así que entró se empezó a ocupar en lamer los huesos secos y dar espantosos crujidos; el quinto león tenía el cuerpo de mala hechura, fiero sobre todos, tropezando con cuanto había en aquel triste albergue.¹⁸

Así que estuvieron juntos empezaron a batallar al son que hacían tres figuras que también entraron por la puerta, hermosas a la vista y adornadas con sus adargas, en cuyas tarjetas había unos carteles, que el primero decía: *De todo me acuerdo y de todo daré cuenta*. El segundo decía: *Todo lo penetro, pero no me sé aprovechar*. El tercero decía: *Todo lo apetezco y todo me daña*.¹⁹ Servíale de pena y tormento al hombre cuando la vista registraba, y, levantándola a la luz (que parecía irse acabando), vio que el que la tenía se había dividido en otras tres figuras muy espantosas: la una tenía la forma de un demonio; la otra, de una mujer en carnes, y la tercera, una figura adornada de ricas galas y costosos apereos,²⁰ con el rostro risueño y apetecible a la vista humana.²¹

Vio el miserable hombre a otro lado un horrible monstruo entre una cuna y un ataúd, que iba sacando papeles de la cuna y leyéndolos, y luego los arrojaba debajo del ataúd.

Todo era espanto cuanto se veía, cuando a este tiempo entró por la puerta la triste y pálida figura que dejó sentada en el funesto ciprés, y, llegando donde el hombre estaba, se echó encima del agonizante cuerpo. Con cuya carga (aunque parecía ligera, por ser de huesos) sintió tanta pena que, deshecho en llanto, empezó a decir así:

—¡Ay, de mí, triste y miserable! ¿Dónde hallaré yo quien se apiade de mí y me socorra en tanta angustia y pena como tengo por haber vivido tan ajeno de semejante tropiezo? ¡Ay de mí, que, siendo tan cierto, tan olvidado lo tenía! Esposa amada, pues me hiciste compañía en las holguras,²² ¿cómo me dejas ahora entre las penas que padezco? ¡Socórreme, pues soy tu esposo! ¡Ea! ¿A cuándo aguardas, que no vienes a mi llanto? Amados hijos del corazón, buena ocasión es ésta en que os podéis mostrar amantes de vuestro padre. ¡Ea! ¿Para cuándo es el favor a quien os engendró? Padre mío —repetía entre lágrimas—, aquí está el hijo que engendraste; socórrele, que yace entre las mayores penas que se pueden imaginar. Madre amada, vuelve por este a quien pariste; mira que soy aquel a quien llamaste hijo amado cuando, criándole, le diste tus pechos y por ellos tu sangre. Amigos y deudos, amados hermanos míos, ¡socorro! Mirad que soy quien fue vuestro amigo y compañero en las adversidades y en los gustos. Mirad que padezco, triste y abatido, sin poderme valer. ¡Valedme vosotros!

A todas estas ansias y peticiones nadie entraba por la puerta a darle socorro ni ayuda, ni cesaban las luchas y batallas del triste aposento. Dábanle pesadumbre aquellos cinco leones, congojábanle las tres figuras de los carteles, causábanle horror las otras tres espantosas visiones y atemorizábale el que barajaba los papeles entre la cuna y el ataúd. ¡Qué triste que estaba el hombre! ¡Qué congojado, qué desamparado se veía! Pero en medio

18. Alegoría de los cinco sentidos: vista, oído, olfato, gusto y tacto.

19. Alegoría de las tres potencias: memoria, entendimiento y voluntad.

20. O 'apereos': aparejos. El autor lo usa como 'adornos.' 'Gala' es el vestido lujoso.

21. Alegoría de los tres enemigos del alma: el mundo, el demonio y la carne.

22. Dicha, bienestar. También valía por 'regocijo, diversión.'

destas aflicciones levantó la vista a lo alto y se acordó que había Dios. ¡Oh miserable gusano, que lo más cierto y verdadero dejas para el fin, para cuando no hay quien te valga ni hallas quien te dé la mano! Cuando te ves lleno de miserias, de congojas, de sustos y desdichas, entonces te acuerdas del que más has menester y mejor te favorece.

Con articuladas sílabas mal formadas, faltó de aliento y cerca del último *vale*²³ de su vida triste, pidió a Dios socorro mojando los senderos de los ojos y clavándolos en el cielo. Al pronunciar «¡Piedad, divino Dios y señor!» desapareció toda aquella confusa máquina, volviéndose la cueva una hermosísima quinta o casería de placer y el triste arroyo un cristalino corriente que, naciendo de una abundante fuente, huía de la misma que le daba aliento encubriéndose entre murtas²⁴ y arrayanes y copetudos álamos; el campo trocó las zarzas y abrojos a hermosísimas y fragantes flores.

Cuando me pareció que, volviendo yo de una suspensión en que estaba, veía un hombre ufano y contento que sólo contemplaba en la gala que le adornaba (o tapaba la fábrica mortal), y, llamando a la memoria, la halló ajena de todo lo pasado y sólo le acordó de una belleza que había mirado con atención, formando audiencia en su loca mente que para hablarla era menester pulimiento y adorno (pues con él se atrae los simples albedríos), y, olvidado de desdichas pasadas, se empezó a pintar a sí mismo, idolatrando su pelo y adorando en las puntas que por toquilla cubrían al sombrero. Se empezó a sacudir los zapatos, y para hacerlo a gusto levantó el pie a una piedra, contemplando las medias que enredaron cuatro agujas; y al mirar un madero que salía de las entrañas de la piedra vio que era una cruz con un rótulo que decía: *Aquí mataron a un hombre. Rueguen a Dios por él*, y sin hacer reparo en un aviso tan cierto, que representa lo caduco de la vida, guio sólo a su apetito, olvidando las fortunas que por la navicilla de su ser habían pasado, cuando oí una voz que decía: «Hombre divertido²⁵ y olvidado, ¿dónde vas, que guías al despeñadero?».

Entonces, levantándome del sitio donde ni bien dormido ni despierto vi lo que he dicho, hice reparo que todo cuanto había pasado era verdadera copia de la perdición humana, ceguedad del hombre y poca atención que tiene a su Criador; pues sabiendo que hay muerte, Juicio, Infierno y Gloria, de todo se olvida, y sólo se acuerda de sus gustos, sin reparar lo que postra una enfermedad, pues negando la salud obscurece la hermosura, ofreciendo la dolencia plaza a la batalla de los cinco sentidos con recuerdos de las potencias viendo presente los enemigos del alma; sin mirar que el tiempo se acaba y se va llegando la cuenta (más cierta que imaginada), pasando de la infante cuna a la senectud de la tumba; sin reparar que en las necesidades no llega el socorro de los hijos ni de la mujer, padres, parientes ni amigos no sirviendo de cosa alguna, y que sólo Dios alivia y da gloria. Todo lo olvida y enajena de sí, sin mirar que en una hora el que era respetado, querido, colmado de salud y hacienda, brioso y galán, se mira entre una triste mortaja, causándolo un repentino suceso de su prevenida fortuna.

Así camina el hombre embarcado en la tartana de sus vicios, arbitrando galas,²⁶ desplegando pensamientos y especulando memorias; lince de ojos, ligero de pies, sin que se le

23. Despedida.

24. Mirtos.

25. Distraído.

26. Inventando nuevos vestidos y adornos.

ofrezcan dificultades en cosa que toque a su gusto, sin atender a un tiempo santo de una Cuaresma. Cuando debía la criatura parecer y ser santa, procura entonces transformarse en demonio (siendo formado a la imagen de Dios), haciéndolo con las ocasiones que ruedan en el juego del mundo; aplicando a sí lo que otros dejan con harto dolor del cuerpo, sin dolerse del alma que va inficionando; aguardando muchos a que las lenguas de metal publiquen que ya resucitó Cristo, y entonces resucitan para volver a sus apetitos y perdiciones con más fuerzas que antes. ¡Oh triste montoncillo de tierra, que aun no quieres creer tu fragilidad y lo robusto de la muerte (pues vence la más fuerte y lozana juventud) en este tiempo santo, en que la Iglesia celebra (revuelta en tristeza) un silencio profundo, enlutando sus hermosos adornos!

¿Pero qué esposa, amando como debe, no obra como Dios manda, y viendo padecer a su esposo tantas penas y afrentas no arroja de las entrañas suspiros que llamen agua a los ojos? Desnúdase, en fin, la esposa amante sus hermosos adornos y viste triste luto, y entonces parece que los elementos muestran tristeza, pues el aire gime fuerte y ruidoso, mostrando en su esfera sentimiento natural; el agua llora y, pesada, se arroja para ser ultrajada, pareciéndola que, muerto el Criador, todo el bien murió; el fuego, macilento, no tiene bríos para alumbrar, y la tierra, turbada, se estremece porque ve que se va a poner el Sol hermoso que la fertiliza;²⁷ y el hombre, a quien alientan los cuatro elementos, está más hecho tarasca en este tiempo que en todo el año.

Deste que con poco temor cierra las orejas por no oír cómo le reprehenden sus vicios (procurando la hoz de la razón podarle tan malas ramas como ha criado, quedando tan bastardo que casi pierde la forma de hombre por la de dragón), tapando los ojos por no ver al que llorando, revuelto en tristezas, siente con el tiempo y llora por quien muere. De este desagradecido bruto o tarasca he de hablar, pues, negado de su materia frágil, contemplándose eterno, sintiéndose robusto gozándose con salud, ofende a Dios y le trae por testigo a lugares horribles llamándole con juramentos adonde comete sus infamias, sin tener atención ni reparo.

Es la Tarasca una imagen del pecado. Sacánla en espantosa visión, vencida y ultrajada, a la vista de un Dios sacramentado. Sale en los hombros de la humildad (que a fuerza de su trabajo se regocijan en servicio de su Dios), y la inocente edad le apedrea y corre, como a un vencido tan soberbio. Saca sobre sus hombros los trajes indecentes del mundo,²⁸ como quien dice: «Con esto que me ofrece la vanidad estoy contenta, aunque vencida». Lánzase este fierísimo monstruo en la gente perdida de Madrid, dividiéndose en cuantas partes hay; con que donde hay perdido hay tarasca, en un tiempo que debía el hombre ser un santo.

Crio Dios al hombre después de haber criado todas las otras criaturas, y criole tan diferenciado como criarle en pie, con el rostro levantado al cielo para que sólo contemplara en la Gloria y en su Criador; y a los demás animales crio el rostro bajo a la tierra, para que, como brutos, sólo tratasen de comer y buscar sus apetitos; y sin reparar el hombre en que tiene alma eterna, para el bien o para el mal, y que la vida no es durable y el cuer-

27. Orig.: 'fertiliza' (p. 12).

28. En algunas poblaciones, sobre la serpiente o dragón iba una figura femenina muy engalanada (la Carne). De hecho a esa figura se llamaba Tarasca o Tarasquilla, y a veces se la vestía tan magníficamente que marcaba la moda femenina del año.

po está sujeto a miserias, de todo se olvida. Habiendo sido criado tan hermoso (en cuya fábrica vinieron las Personas de la Santísima Trinidad, dándole memoria, entendimiento y voluntad) y un cuerpo tan perfeccionado, con un discurso tan penetrante que llega a los cielos, todo lo olvida, dando fuerzas al Demonio por medio del pecado para que con sus mismas armas le deje hecho tarasca.

Prohíbe y veda Dios en su sexto y noveno mandamiento la nube horrenda de la sensualidad, y el hombre deja el camino ancho por donde podía huir deste peligro y toma la vereda llena de trabajos, de sustos, de perdiciones, de desasosiegos, de inquietudes, de aflicciones, de gastos de hacienda, salud y honra (y a veces de vida y alma), y sólo por buscar la fruta vedada, que le transforma de hombre en tarasca, arriesga la forma mejor que crio Dios sin reparar que aunque se mire al espejo y se contemple hombre racional y de buen rostro, no advierte en que el alma es la que se desfigura, y sólo cree en un cristal de tierra sin advertir que Luzbel pecó y perdió la imagen de ángel y quedó en la de tarasca; y que el hombre peca, y le quiere Dios tanto que consiente el que busque su enmienda, y, desagradecido, todo es ofender a Dios y a su prójimo, quedando de hombre vuelto dragón, sin escuchar al clarín de la verdad, que dice: «Dios consiente y no para siempre», y que no le castiga en esta vida, como a otros.

O como a Seferio, hombre poderoso, que siempre que pecaba mortalmente se le volvía el rostro tan espantoso que atemorizaba a cuantos le veían. Sucediendo que una vez llamó a la puerta de su casa y, saliendo su esposa a una ventana a ver quién era, se entró la casa adentro dando voces, diciendo que un demonio llamaba a su puerta; y viendo Seferio que no le abrían y que la gente que le miraba huía, se fue al templo, y, viéndole un sacerdote, se puso una estola, tomó agua bendita y le empezó a conjurar hasta que Seferio lloró y con el agua del corazón lavó lo fiero del rostro. Y para su enmienda bastaba la memoria²⁹ en acordarle el castigo que le aguardaba, con que se apartó de muchos pecados que adquiriría con el poder. Como muchos lo hacen hoy: en lugar de reparar que son administradores de los bienes que tienen y que no se los da Dios para emplearlos mal, obran al contrario de lo que les protesta la razón, y pudiendo hacerse ángeles con facilidad (pues en el camino del Cielo, aunque pintan espinas, no hieren a quien las busca), todo lo olvidan y sólo procuran hacerse tarascas.

Remataré con aconsejar al lector que lea cada día esto que se sigue:

Florón, español justo, hacía coger ratones en dos molinos que tenía y luego los soltaba en una sala espaciosa donde echaba gatos para sólo ver con la fiereza que aquel animal casero embestía al ratón y cómo le despedazaba entre sus uñas y sepultaba en sus entrañas. Y preguntándole su esposa que de aquel entretenimiento qué sacaba, la respondió así:

—Amiga mía, contemplo en el acción de estos animales la infernal crueldad con que los demonios se entregan en un alma que sale de la cárcel del cuerpo condenada a las perpetuas llamas.

¡Oh español santo! Imítente todos los hombres, pues tu entendimiento penetra los cielos para que, haciéndolo así, no pierdan la memoria de las postrimerías o novísimos, para que el hombre sea siempre imagen de su Hacedor y no imagen de su enemigo, el Demonio, que sólo procura pierda el hombre lo que ya perdió él y quede hecho tarasca.

29. Orig.: 'mnmoria' (p. 15)..

GRANDEZA DE DIOS, A CUYA VISTA QUEDÓ VENCIDO EL DRAGÓN

ABUSOS DEL SEGUNDO DÍA, LUNES

ENAMORADO del hombre estaba Dios, habiéndole formado en su soberana mente; y así, deseoso de verle viviente, quiso primero aderezarle la posada y adornársela de todo lo necesario. Y para ello crio el cielo, y juntamente en él puras criaturas, y hermosísimas, con que le dejó con gloriosos moradores para que hubiese quien con alegre alborozo recibiese al hombre cuando a él fuese (y en pago de este soberano amor sólo aspira a ingrato y desconocido). Crio la tierra vacía, sola y entre tinieblas. ¡Oh misericordia divina, pues diste en eso avisos a la criatura para que salga de la tiniebla del pecado! Y para más majestad a la tierra (o destierro de la humanidad) hizo la luz, apartándola de la tiniebla obscura, a quien llamó *noche*, y a la luz *día*; avisando en esta acción tan generosa a la criatura, que estando en pecado será imagen de la triste noche, y saliendo dél será día claro que alumbrará para ver el camino del cielo.

Dio a la luz mañana y tarde, con que quedó hecho de la poderosa mano el primero día del mundo; algunos dicen que fue esta luz una nube resplandeciente que hizo Dios y sirvió después para que della se hiciese el sol (o, como dicen otros, la esencia de la luz, moviéndola el primer móvil), siendo día en el hemisferio donde el presente habitaba, y noche donde ausente, y cuando acabó de rodiar todo el universo quedó hecho el primero día, que fue domingo. Hízose este día por marzo, y por marzo padeció Cristo muerte y pasión; que la ingratitud del hombre aguardó al tiempo cuando Dios le hizo tantos bienes para pagarle en pasión, dolores y muerte.

A este día, domingo, sucedió el segundo día, lunes. Del Lunes santo, cuando Dios andaba tan cerca de la Pasión santísima, he de hablar: Pues habiendo criado el firmamento (o cielo estrellado, fijando en él tanto diamante), al paso que iba Dios mostrando su amor a la criatura quiso la criatura mostrar su desagrado, pues penetrando aquel ángel (a quien Dios crio tan hermoso) los misterios divinos y especulando que una de las tres Personas se había de hacer hombre y morir (en cuanto hombre) y resucitar glorioso y subir en cuerpo y alma a los cielos sentándose a la diestra de su eterno Padre, empezó el Ángel a desvanecerse, soberbio, y decir entre sí: «¿Yo había de doblar la rodilla a un hombre? Eso no». Imaginando en lo vano de su pensamiento, publicó guerra, de donde salió vencido y descalabrado y desterrado de la presencia de Dios para siempre jamás habitando en espantosos senos de la tierra, donde padece gravísimas e intolerables penas, siendo la mayor carecer de la Gloria donde fue criado y de la presencia de Dios que le crio; y para su venganza ordenó al instante hacer guerra eternamente al hombre, por ser imagen de Dios.

En el segundo día, lunes, dicen algunos (y es opinión de los hebreos) haber sido la³⁰ caída deste soberbio, y parece ser así por lo que diré: que en diversas iglesias de la cristiandad se tiene devoción de decir este día misas a los Ángeles, como en alabanza y gloria de los que permanecieron en el cielo. Y le da mucha fuerza a mi razón el que vido Dios en cada uno de los seis días que era bueno lo hecho, y no dice esto del lunes: pudo ser que no diese a este día semejante título de bondad por la traición que en él hizo Lucifer y todos los de su bando. Todo lo dicho aprueban (con muchos santos y doctores de la Iglesia) Alonso de Villegas,³¹ toledano insigne, y el señor Obispo Palafox.³² Y, para más autoridad, dice San Jerónimo que no echó Dios su bendición en el día segundo. Este es lunes de la Semana santa, llamada así porque celebra la Iglesia de Dios su pasión y muerte.

Y pues ya queda sentado lo que es tarasca y lo ingrato que es el hombre a quien tantos beneficios le ha hecho, pintaré lo que al hombre le hace parecer tarasca.

Sale de su casa un hombre que sólo le alienta la vida el sustento que adquiere personalmente gastando afán y sudor. Sale de lo lóbrego de un pobre aposento (que le cuesta el feudo de vivirle ocho reales cada mes); y como se ha vestido a poca luz y algo temprano, sale a la claridad de la calle, mírase los pies y repara que se ha puesto una media al revés. Vuelve adentro, descálzase, enmienda el yerro y vuelve por segunda vez a salir a la calle; y al poner en ella los pies ve un tuerto, mírase uno a otro (aunque no igualmente) y, tomándolo por agüero, se vuelve a entrar en su choza. La mujer que le siente volver entre las mantas de la pobre cama, esperezándose y abriendo la boca, le pregunta:

—¿A qué vuelves? —y como lo dice con tanta boca abierta y el labio no hiere, parece que habla como el que sale de unciones.

Responde el marido que ha topado con un tuerto. Y ella que tal oye, le dice:

—Desnúdate, hermano, y vuélvete a la cama.

Él la escucha en chanza (y todo él me parece chanza, pues se espanta de un tuerto y no de sí mismo, siendo bruto y vil agorero y ilusionero infame, sin reparar que el que tiene alguna falta personal dice con ella al que no la tiene: «Dale gracias a Dios, que te pudo poner peor que a mí y no lo hizo»).

Vuelve a salir y oye graznar un cuervo (que cuando el día está triste van estas aves bajas, buscando el calor de la tierra, guiando su vuelo adonde haya qué comer): parécele el peor agüero el haber visto esta ave, y, metiendo el cuerpo hacia la parte de adentro, la deja pasar. Sala de casa guiando sus pasos a la Plaza Mayor, y en el camino encuentra con otro amigo tal como él, y sin darse los buenos días, dice el uno:

—¿Qué hay, hombre? ¿Dónde vas?

Respóndele:

—Voy en casa de el maestro, a trabajar.

Vuelve el primero y dice:

30. Suplo 'la' (p. 19).

31. Su obra más conocida fue el *Flos Sanctorum*.

32. Juan de Palafox y Mendoza fue obispo de Puebla (Méjico) y escribió numerosos tratados históricos y religiosos.

—¿Hoy, lunes, y tan de mañana? Ven conmigo, que voy en casa de nuestro amigo Fulano para que todos juntos nos lleguemos a la casa de un mayordomo³³ que saca veinte y cuatro hombres de luz el Miércoles Santo, y da túnicas nuevas y hachas, y de merendar.

—Vamos —responde el amigo—, que en verdad que yo de muy mala gana iba a trabajar.

Parten juntos, más contentos que pobre que hereda. Empiezan a charlar alto y a contar valentías, sin perdonar a cuantas gorrinas³⁴ topan en el camino, ya pellizcándolas o manoseándolas, o adelantándose a otras cosas harto escusadas; con este divertimento llegan a la casa del amigo sin haber mojado el paladar en todo el camino, porque, aunque se acordaron, faltó la morusa³⁵ (que así llaman estos guapos³⁶ a la moneda). Hallan al amigo riñendo con su mujer porque, no habiendo blanca en la casa, la estaba pidiendo unos cuartos y porque no se los daba la llamaba hija de un tal y un cual; y como llegaron los amigos cesó la pasión y, dejando tema y mujer, se vuelve a los amigos con el tonillo de:

—¿Qué hay, hombres? ¿Cómo estáis, hombres? ¿Dónde vais, hombres? ¿Qué se ofrece, hombres?

Dícnle a lo que van y todos tres guían en casa del mayordomo; preguntan por él, responde la mujer con rostro desabrido (como conoce que van a gastar por muchos caminos); óyelos el mayordomo y sale a recibirlos con agasajo; y para que lo conozcan (porque conoce la gente que es) envía por vino para que se desayunen, porque repara que los ha menester. Ellos muy contentos, empiezan a charlar; llega el vino, sacan pan y embisten al consumo (que tales hombres no tan solamente se acuerdan cuándo es día de ayuno, pero creo que ni aun si hay alma, muerte y Infierno). Apuran el jarro y empiezan a tratar de sus negocios: el más letrado de los tres toma por su cuenta el hacer y deshacer, y pregunta:

—¿Qué túnicas nos tiene vuesa merced? Que yo me encargo de traerle veinte y cuatro amigos, gente honrada y mozos de buen talle.

A lo que responde el mayordomo:

—Amigos míos, iremos a buscar las mejores que se hallaren.

—Mire vuesa merced —dice otro— que han de ser nuevas y muy al uso, porque si no tienen una vara³⁷ de cola que arrastre y muy ajustadas al cuerpo, no es cosa para la gente que es.

Otro dice:

—También es menester que los capirotos sean de a dos varas y cuarta de alto y los cartones dobles, por que si llueve no se pasen con la brevedad que sencillos.

El primero vuelve a preguntar si las hachas son de a cuatro pábilos; responde el paciente mayordomo que sí. A lo que dice uno:

—Pues para que vuesa merced saque su cuadrilla muy lucida es menester que nos dé guantes, colonias³⁸ y ceñidores, y que vamos luego a prevenirlo todo, porque ya se sabe que

33. Se refiere al mayordomo de una congregación o cofradía.

34. Mujeres de mal vivir.

35. Antigua moneda de plata. Como si hoy dijésemos “la pasta” o “la plata.”

36. ‘Guapo’ es el joven galanteador y amigo de libertades y pendencias; en fin, irresponsable. El autor lo emplea en el sentido que hoy diríamos ‘gamberro’.

37. La vara medía 3 pies (84 cm).

38. Cinta ancha de seda.

quien se descuida en tales ocasiones halla lo peor; y no será razón que llevemos túnicas que quien las viere se ría de nosotros y no sean cosa para sacarle de empeño.³⁹

Parten con esto muy contentos, enderezando sus pasos al portal de los roperos de viejo, donde en estos días desembarca la flota del dinero, pues con una túnica que cuesta cien reales sacan en los tres días la cantidad que costó y se quedan con ella para otro año, que con una poca de tinta cocida con agua cola la vuelven nueva, y con unas mangas del uso que las mudan (que en Madrid cada día hay usos nuevos) vuelven a sacar otros cien reales de alquiler; y cada año es lo mismo, hasta que, por desbrasida,⁴⁰ se queda para aforrar vestidos viejos, donde paga la mayor parte de lo que costó cuando se hizo. Antes de llegar adonde van encuentran otra media docena de holgazanes conocidos, y todos juntos llegan adonde desean; entran en el portal, donde ven cincuenta hogueras de leña vieja (que al verlas arder tiemblan los garabitos⁴¹ y mesas de la Plaza). Hay en cada una de estas hogueras arrimadas media docena de ollas como tinajas, llenas de tinta, y a los postes,⁴² junto a ellas, unas mesas en cuyas tablas encolan y tiñen las túnicas cien mozos (que para hacer aquello sueltan la esportilla⁴³ del hombro).

Encuentran estos de quien hablo a un tratante de túnicas y pregúntanle si se atreverá a darlos veinte y cuatro túnicas nuevas y muy al uso para el miércoles; dice que sí, que hechas las tiene para unos amigos; pero que quien primero llega ése se las calza, que concertándose en el precio serán suyas. Enséñalas y parecen bien a nuestros penitentes en cierce. Trata el mayordomo de el concierto y, después de tanto más cuanto, las ajusta a cuatro ducados cada una; deja de señal un doblón de a ocho y parten a ver los capirotos y capillos. Hallan unos de a dos varas y mandan que los añadan unas puntas. Van luego a la calle Mayor, compran guantes y colonias. Ceñidores no se los quieren alquilar, y a voto de un penitente sacan a dos varas de colonia para cada uno.

Parten muy contentos, con guantes nuevos, las manos vestidas muy a la vista para que se vean los guantes (que como es gente que en toda la vida se los pone sino en estas ocasiones, tan embarazados van que no les cabe aquel trasto debajo de la capa). Pasan por una casa donde lo hay de a veinte y ocho cuartos;⁴⁴ avisan al mayordomo, entran dentro y saca cada uno un cuartillo en el buche. Salen muy contentos; ya es mediodía; pasan por una iglesia de donde sale mucha gente de el sermón que en ella ha habido, y aunque han reparado en que algunos sacan los ojos tiernos de haber llorado, no hacen caso nuestros penitentes, porque van tan divertidos con sus guantes y en esperar el Miércoles santo, que no reparan en que (pues se andan paseando) se debe oír misa, siquiera por ser el tiempo que es, o rezar para acordarse de Dios. Pasan de largo porque entre la gente que sale de la iglesia no hay ninguno de los que ellos buscan para llenar su número de túnicas. Dícelos el mayordomo que miren si quieren algo, porque es tarde y tiene qué hacer. Respóndele uno:

—Y ¿nos hemos de despedir llorando?

39. Y le hagan quedar mal, merezcan crítica.

40. Desgastada, raída.

41. Las tablas con patas sobre las que verduleras y fruterías exhiben su mercancía.

42. Aguardando turno. Se refiere a que también acabarán en el fuego.

43. La espuerta es un cestón de esparto, con asas. El esportillero merodeaba por la plaza y se ofrecía a los compradores para acompañarles y luego seguirles a su casa con la carga.

44. O 'de lo caro'. Obviamente, se habla de tabernas.

Con que vuelven a mojar la cuesta vinosa. Despídese, y ellos echan una calle arriba, donde encuentran con otro mayordomo que también le trae desvelado el buscar gente que le coma medio lado. Traban conversación, declara en lo que anda, con que se le ofrecen todos y, de agradecido, los dice que si saben por allí dónde lo haya bueno que guíen; y ellos, sin pereza, le obedecen, con que vuelven a dar socorro al zaguán del sorbo. Despídense todos unos de otros, dándose palabra de juntarse a la tarde en casa de Marica la medidora.⁴⁵

Estos nueve camaradas guían a sus casas; juzguemos por el uno lo que será de todos. Llega y quítase la capa y dice:

—Comamos.

Responde la mujer:

—Lo que vuesa merced ha traído podrá comer. ¡Bravo desenfado gasta! ¿De adónde viene, que he ido en casa de su maestro y no ha querido darme dineros?

—¿Por qué no se los dio? —pregunta el marido.

A quien responde la mujer:

—Porque dijo que si vuesa merced tomaba la Pascua desde el lunes, que no podía sustentarle tantos días, sobre estar empeñado.

—¡Voto a tal —dice el penitente en vísperas— que es un tal y un cual, y que tengo de ir ahora a su casa y le tengo de decir quién es!.

—Mejor fuera haber ido esta mañana —dice la mujer— y haberse puesto a trabajar, y no andar perdido con otros tales como él.

El de los guantes nuevos ha menester poco para enfadarse y la sacude cuatro guantadas. Ella levanta el grito llamándole pícaro, borracho, y él vuelve a tomar la capa y, puesta al revés y el cuello a la parte de adentro, se va.

Señor penitente, escuche vuesa merced lo que le dice la razón: Hombre, compuesto de cuatro simples a quien sustenta una vital y leve respiración. Ciego más que bruto, o bruto como ciego. Vaso sin capacidad o incapaz montoncillo de tierra. Mira que es tiempo santo, y que debes parecerte al tiempo y que te vas volviendo demonio.

Sordo está, no oye, tiene el sentido en sus amigos y en el miércoles, que ha de merendar mucho y bien. Vase al puesto donde quedaron de aguardarse y ve que no ha llegado ninguno de sus amigos; procura hacer tiempo, y para ello determina el ir en casa de su maestro. Entra (más blando de lo que prometió); pregúntanle cómo no ha ido a trabajar y responde que al salir de casa encontró a un amigo a quien había sucedido un trabajillo y que fue fuerza acompañarle hasta dejarle en salvo; que para una ocasión han de ser los amigos. Pide que le den dinero, y dáselo, aunque de mala gana; despídese diciendo que el martes irá a trabajar y madrugará. Guía muy contento al puesto apalabrado sin acordarse de su casa ni del estado en que dejó a su mujer. ¡Ojo alerta, holgazanes perdidos!, que ese modo de vida es para perderla, y ese obrar es para quebrar el asiento honorífico de la honra, dejando vuestra consorte maltratada sin causa y mal sustentada. Haya caricia y buen trato, ya que falte lo demás, reparando que es matrimonio de Dios.

45. Medidora de vino.

Llega al puesto dicho, donde está por paranza⁴⁶ una picarona que ha sabido hilar hospedada enfrente del Hospital General⁴⁷ y se ha quejado hartas veces en la Casa de San Juan de Dios⁴⁸ y ahora está midiendo vino y ya va pelechando;⁴⁹ hase puesto un guardapiés⁵⁰ con unos relumbroncillos (que han dado en usar las fregonas), liga de la vareta del Demonio.⁵¹ Siéntase nuestro alumbrante y llégase a él la ya nombrada medidora y tira de un lazo de los guantes; llévasele; él lo tiene a mucho favor y la dice que tome otro, si le quiere, y ella lo hace sin pereza. Van llegando los amigos, todos traen dineros, sea de adonde se fuere; empiezan a echar cuartillos, enteros para la paga, mediados para el sorbo; uno va por panecillos y queso, porque pica la hambre. Acábase aquella fiesta y salen en busca de amigos; topan con brevedad lo que quieren, porque en tales días hay muchos que buscan donde tragar después de haber alumbrado. Júntase una escuadra de ellos, vanse a la plaza Mayor; ve uno una artesilla de piñones mondados y guía él y todos hacia ellos. Empieza a darlos piñones la que los vende con una cuchara (pudiendo dejarlos comer en la artesa,⁵² que tales bestias, que no respetan el día santo, no es razón que se nombren *hombres*). Apártanse de allí y ven una mujer que vende unas castañas verdes; llámanla y uno toma unos cuantos cuartos de ellas a tiempo que otro dice:

—¡Andad acá, hombres, que en tal parte hay un tintillo que puede arder en un candil!

Síguele todos, más gustosos que si hubiera dicho: «Vamos a oír un rato la palabra de Dios» (que en tales días, y en todos los del año, más saludable rato fuera para el alma). Llegan y empiezan a echar de tan buena manera que, como andan todo el día fuera de sí con el sentido en el miércoles que aún no ha llegado, y como no han comido cosa de provecho y en el beber no se han descuidado, a algunos de ellos ya les forma la demasiada bebida humos,⁵³ que van buscando lo más alto de aquel saco de cuartillos. El humo se sube a buscar su perdición, pues el aire le desvanece y acaba; así el tufo de este licor se sube a la cabeza y la priva del sentido, obligando a estos penitentes que se vuelvan Gigantones y pasen a demonios, tentando adonde arrimarse.

Entra un hombre en esta casa a beber yendo en su compañía una mujer, y uno de nuestros penitentes la da a la mujer un pellizco en un brazo de tan buena manera (como no está en sí) que saca de sí a la mujer y la hace dar un grito, rematando con decirle:

—¿Está borracho?

Calla, porque está más para tenderse que para tender lo valiente. El hombre que va con la mujer vuelve a ellos con un vaso en la mano y dícelos que sean más corteses con las mujeres y reparen en que va con un hombre.

46. El lugar en que el cazador se aposta y aguarda a que pase la presa.

47. Es decir, en la cárcel de mujeres. Las internas trabajaban como hilanderas.

48. Hospital en que se trataba la sífilis.

49. 'Pelechar' se dice al cambiar de pluma las aves o de pelo los animales.

50. O 'tapapiés': falda que llegaba al suelo. Eran de telas buenas y solían llevar adornos bordados de plata u oro ('relumbrones'). El autor censura constantemente el que las clases bajas adopten los usos y vestimenta que sólo las clases altas pueden permitirse.

51. En relación al modo tradicional de cazar pájaros vivos.

52. Recipiente de madera, de forma generalmente cuadrangular. Según la forma y tamaño servían para varios usos (amasar el pan, fregar, dar comida a los animales...).

53. Vapores.

—¡Qué hombre o qué nada! —responde uno de nuestra cuadrilla (porque se sintió con alguna fuerza en la lengua, aunque bien poca en los pies).

Y el hombre, colérico y mal sufrido, tira el vaso a uno y dale en la cara; hiérole y saca la espada: empiezan los gritos y la confusión, unos caen y otros huyen; llega la justicia, asen a dos de ellos y métenlos en la cárcel, ausentándose los demás como pueden.

Esto hacen el Lunes santo algunos holgazanes de este lugar, siendo causa de que por estos malos pierdan los buenos. Y sin atención de que nacieron cristianos (que es lo mismo que decir cortesés de Dios o cortesanos del Cielo), privados del uso natural, quedan caídos en un día que cayó por el pecado el Ángel más hermoso que tenía el cielo, quedando de ángel un fiero demonio; y el hombre, que es un retrato de Cristo, queda hecho tarasca.

Va uno destes perdidos a su casa (él dirá de qué manera, pero yo diré que sin sentido y ausencia de todo un día), llama a la puerta (a modo de quien no acierta); ábrele su mujer y al entrar tropieza con la misma que le abre, y sin hablar palabra suelta la capa y la espada y se va desnudando, y para conseguirlo con brevedad, procura romper las agujetas⁵⁴ (porque se le anudan al ver tan sin pulso los dedos), y al desabrochar los botones los arranca. Dejando cada pieza del vestido en diferente parte, guía a la cama (olvidándosele el descalzarse el un pie), y así que se ve en ella le parece que ya ha salido de todo el trabajo de aquel día; pero, pues en las holguras hay agrazones,⁵⁵ ¿por qué había de faltar en las gulas más infames, pues son fomentadas en tiempo santo?

Así que se van estendiendo los humores por todo el cuerpo, con el calor de la ropa le empiezan a sacudir unas ansias grandes; la mujer se angustia creyendo que es otra cosa, y los humores viendo lo frágil del sujeto en que se hallan, se levantan a mayores con aquel albergue de culpas, tomando posesión del fuerte o cabeza del edificio, con que, privado del natural uso, le parece que ha llegado a sus umbrales el segador de las vidas. Empieza, con mal formadas razones, a pedir confesión; la mujer se aflige; como se ve sola, creyendo que le han dado algunos hechizos, según las ansias que hace, alborota la vecindad; viene gente, míranle mortal el color, los ojos abiertos y privado el uso de la lengua; y, viendo estas señas, dice una vecina que no fuera malo llamarle un confesor.

Llégase⁵⁶ a él un amigo, ásele las manos, tíentale el pulso, mírale el semblante y dice a todos los oyentes:

—No llamen vuestas mercedes confesor, porque, según las muestras de Fulano, no tiene necesidad de otra cosa que el sosiego y dormir; que para una enfermedad tan conocida no será razón hacer venir el doctor de alma.

Procura hablar al enfermo; respóndele a ciertas preguntas, aunque de mala manera, hasta que revienta la cuba podrida de sus entrañas arrojando lo que dañaba su cuerpo y alma, pues, ocupadas sus potencias entre tanto desacierto, habían perdido la hidalguía con que nacieron. Algunas mujeres curiosas le miran y dicen:

—A este hombre le han dado algo malo. Gran dicha ha sido el que haya arrojado el mal fuera.

54. Cordones de piel con puntas herradas. En este caso se refiere a las agujetas con que ajustar ('atacar') los calzones.

55. Disgustos, contratiempos. 'Agrazón' es la uva silvestre o la que nunca llega a madurar.

56. Orig.: 'Llegase' (p. 32).

Míranle todos por mayor, y algunos lo creen y otros conocen el daño que le hace enmudecer, pues ven que ronca como cochino (o como quien es), con que poco a poco se van los que habían venido al ruido. La mujer viéndose sola, vuelve a mirar con mucha atención el rostro de su marido y, pareciéndola que en durmiendo estará bueno, se va a recoger.

Miren de el modo que queda un hombre perdido, notado de cuantos le han visto, alborotando la vecindad y dando pesadumbres a su mujer. Y si, en despertando, le dejan las heces de aquella mala cuba reparar en lo que causa la embriaguez,⁵⁷ será cierto el abstenerse de volver a tan perdido vicio; y más si se acuerda de Bala, mujer de Jacob, pues, embriagada y descuidada, se quedó dormida descubiertas sus carnes, con que bastó la ocasión para que, entrando Rubén (el mayor en edad de los doce Patriarcas menores), y, viendo a su padre Jacob ausente y presente tan deshonesta ocasión, la gozó, ofendiendo a Dios y a su padre gravísimamente, siendo causa el demasiado vino. Pero conociendo su pecado Rubén, tuvo tan gran dolor de lo que había cometido que se abstuvo por tiempo de siete años en no comer carne ni beber vino (ayudándole Dios, viendo sus lágrimas, con un dolor de ijada que le duró siete meses); y aunque hizo pausa al cabo de los siete años, no la hizo en llorar continuamente el haber ofendido al Padre del alma y al padre del cuerpo (pues, avergonzado con la ofensa cometida, no se atrevía a mirar al rostro de su padre). Mire ahora el penitente caído lo que causa la embriaguez y los daños que atrae, y, abriendo los ojos de la razón, repare que es tiempo santo en el tiempo que obra de la suerte referida; que no parece hombre, pues la ofensa le transforma en bruto de hombre perfecto con alma racional, y si no procura la enmienda a vista de la razón, quede conocido por tarasca.

57. Orig.: 'emariaguez' (p. 33).

ABUSOS DEL TERCERO DIA, MARTES

PARA LOS DESCUIDADOS Y PARA QUIEN TIENE HIJAS

DESPUÉS del segundo día, lunes, sucedió el día tercero, martes. Misterioso día: tiénenle muchos por aciago;⁵⁸ engáñanse, que los sustos y presagios, fortunas⁵⁹ y calamidades, el hombre las causa con su mala vida, no el día; pues sólo da luz para la facción. Ni hay casa de mal pie, engáñase quien lo dice o cree,⁶⁰ que el que la vive, si vive mal la hace mala, y si bien, buena.

El número impar dicen que no es bueno, y alaban⁶¹ el igualado de par, alegándole para su grandeza el decir que cuando intentó Rebeca aquella dichosa bendición de Isaac pide a Jacob dos cabritos, bastando uno para su apetito, y que para tal bendición obró el número par. Aquí digo que tengo de alabar el día martes, día de impar, pues a un hombre traidor le llaman hombre de dos caras y de segunda intención; con que ya le hacen del número par. Alegan los de la parte del número par que a Noé mandó Dios que en el Arca no entrasen de los animales más de dos en dos. A eso digo que es tan ruidoso número que por ser dos Zara y Farés levantaron guerra en el vientre de su madre Tamar sobre cuál había de presidir en la confusión del mundo. Lllaman al día tercero día de presagios; yo le llamo misterioso, y aunque huyen muchos de pretender o pedir en tal día, digo que cuando Dios quiso tentar a Abrahán con un gran disgusto en que le anunció la muerte de un hijo querido, le dijo: «¡Abrahán! ¡Abrahán!»; con que para este susto obró el número par; y a un reo criminaloso, para darle el castigo merecido a su pena se le dice que merece pena doble. De dos en dos he leído que arrojaban los suspiros los moradores de Babilonia en su destrucción.

Muchas cosas se podían decir; sólo diré, para grandeza del número impar que toca al día martes, que cuando Dios envió a su precursor Juan al mundo le llamó *tercero de sus secretos*; y la Santísima Trinidad prometiendo la redención al hombre, dice que vendrá a salvar y quitar el pecado al mundo una de las tres Personas (a quien confieso un solo Dios). Y pues para dar Dios al hombre ilustración de alma le dio tres potencias, vencida queda la dificultad de ser gran día el día tercero, día martes.

Este día santo crio y descubrió la tierra la deidad suprema de Dios apartándola de las aguas de quien se veía cubierta, y, separado lo uno de lo otro, llamó *mar* al agua, y a lo que quedó sin agua llamó *tierra*, quedando seca; pero acta para producir yerbas, árboles, flores y frutos, todo en acto presente a la vista, como afirman muchos santos que en su *Flor* alega Villegas. ¡Oh misterio incomprensible!, pues en criar la tierra seca, pero acta para pro-

58. Por ser Marte el dios de las batallas. 'En martes, ni te cases ni te embarques'

59. Infortunios.

60. Orig.: 'cree' (p. 35).

61. Orig.: 'alaben' (p. 35).

ducir, enseñaste al hombre a que reparase en que, aunque era hecho de seca y pobre tierra, tenía alma y potencias actas para adquirir la gloria y producirse en ella; y para que no formase quejas de pobre le diste cinco talentos⁶² para que emplease, y viviese previniendo tierra en que descansar. ¡Guárdese el mal obrero que camina ciego, sin guía, animal o palo que le adiestre! Mire que, ya que le dieron caudal, no se lo dieron para que le entierre en parte que no gane con él, y llegue a pedirle su talento el que se le dio, y, viendo el mal empleo que ha tenido (pues pudiendo adquirir con él se durmió, enterrando entre vicios el caudal que adquiere la gloria), atendiendo a su descuido el Dueño de todo, no le condene para siempre adonde hay crujir de dientes.

Este día tercero fue hecho el Paraíso terreno, todo para el hombre, y en todo fue el hombre tan desagradecido que parece que al paso que Dios obraba con él mercedes multiplicaba desagradecimientos, sin reparar que es grande error ser desagradecido a un bienhechor, y más siéndolo con el Criador de cielo y tierra, sin respetar el tiempo santo en que andaba tan cerca de su pasión y muerte.

Martes santo guiaba yo mis pasos por una de las infinitas calles que tiene Madrid cuando vi un hombre a quien conocí en la voz y vestido (que en el rostro verdaderamente parecía haberse apoderado algún espíritu infernal), y, reparando en sus pretensiones, para examinarlas mejor, metiéndome en un portal noté que, paseando la calle, miraba a una casa con atención; donde después de algún espacio llamó con recios golpes, a tiempo que un pobre zapatero que remendando estaba en el zaguán donde me entré, oí que no con muy mala voz cantaba, divertido, así:

*Hombre falto de razón,
vuelve en ti, que es yerro grande
que un⁶³ perdido así se ande
detrás de su perdición.*

Hombre mortal me engendraron,
mis padres mortales fueron,
pues para morir nacieron
y a la muerte me entregaron.
Por ajuares me nombraron
penas, angustia y pasión.
Siendo cierta esta lición,
sólo me espanta que al hombre
la misma razón no nombre
Hombre falto de razón.

Si lo que soy considero,
¿por qué a pecar me levanto?
¿Por qué de mí no me espanto,
contemplándome tan fiero?

62. Antigua moneda romana. *Mateo*: 25,14-30

63. Orig.: 'vu' (p. 39).

Si la perdición adquiero,
 es penar que el mortal mande
 que con él la culpa ande,
 por contemplarle perdido.
 Abre la vista y oído,
vuelve en ti, que es yerro grande.

¡Ea, bruto desfrenado,
 detén el paso, y carrera!
 Mira que la muerte fiera
 te llama a ser condenado.
 Mira, que es tiempo sagrado,
 y, si pecas, que Dios mande
 el darte castigo grande
 si al Infierno te condena,
 siendo gran lástima y pena
que un perdido así se ande.

Engaño es grande, en la suerte
 de tener el alma asida,
 creer durable la vida
 y olvidarse de la muerte:
 Detén el paso y advierte,
 mortal, que es todo ilusión,
 o que en bárbara nación,
 hombre, naciste precito,⁶⁴
 pues te arrastra el apetito
detrás de tu⁶⁵ perdición.

Bien creí yo, habiendo oído las voces de este humilde hombre, que también hiciese reparo el que llamaba a la puerta; pero tan ciego estaba que sólo atendía en aumentar fuerza en los golpes, hasta que por una ventana (que, algo apartada del suelo, la tapaba lo franco una traidora celosía) preguntaron: «¿Quién es?». Levantó el rostro este tal hombre para responder, y como al levantarle le conociesen, volvieron a callar grande rato sin hacer mención de haberle oído; pero enfadado este perdido de quien hablo, volvió a llamar con más brío, siendo causa que a la porfía de sus golpes saliese a la ventana una dama que con rostro más desabrido que cariñoso preguntó quién era. A lo que el paciente perdido, levantando la vista, dijo:

—Sin duda debe de haber algún impedimento dentro, pues no se me abre a la primera llamada.

64. Condenado.

65. Orig.: 'su' (p. 41).

Con esto bajó la tal señora y, abriendo la puerta, le dijo que en tal tiempo qué era lo que quería; pero con tan turbadas y descompuestas razones que no reparaba en que hablaba tan alto que la podía oír cualquier vecino; que no hay alguno que no tenga las orejas como las del cipo, que es un animal que se cría en Armenia, tan venenoso como ambicioso, pues oye cuando quiere, como el murmurador, que escucha las faltas de su vecino y ensordece cuando había de oír las suyas. Este animal sale de su cueva a sólo ser centinela de la de su vecino, deseándole ausente para ofenderle matándole los hijos, sin hacer reparo que con su ausencia da medio para recibir el daño que procura hacer. Así son los vecinillos de estos tiempos: muy desvelados a escuchar faltas ajenas o descuidos de la humanidad para sólo hablar a su tiempo, sin creer que con la ausencia que hacen a la cordura dan lugar a su daño o se disponen para recibir el mismo daño que procuran hacer. Como el que en el juego de la espada tira un codazo al contrario: que al ejecutar el intento enseña descubierto el brazo para que le puedan herir donde herir procuraba.

Pero, olvidada de todo esta tal dama, prosiguió diciendo que, pues había despedídose hasta el domingo de Pascua, ¿a qué volvía? A cuyas razones respondió el hombre:

—A sólo ver si es cierta mi imaginación, pues algo confirmada la veo con la tardanza de abrir la puerta; y así, apártese, que tengo que registrar toda la casa.

—Eso —replicó la señora— ya es falta de la confianza y hacer poco aprecio de mí; y así, váyase con Dios y mire que soy doña Fulana de Cardona.⁶⁶

No pude dejar de admirarme de que tan descaradamente se atrevan estas polillas del alma a ser ladronas de apellidos ilustres y grandes, y sin duda alguna se llamará [...] el más mecánico del mundo.

Así contemplaba mi discurso cuando vi que porfiaba en que había de mirar la casa, aunque las diligencias de la señora eran en contrario; pero él, viendo la resistencia, dio crédito a la imaginación, pues, apartándola con fuerza, sacó la espada subiendo una escalera arriba; y, viendo el pleito de tan mala data, salió la Cardona a la calle dando voces y pidiendo favor, que se mataban dos hombres.

«¡Ah, infame! Tú y quien te sustenta, pues da bríos a un enemigo mortal!», dije casi en alta voz. Y sacando mi espada me puse con toda brevedad la escalera arriba, a tiempo que ya se bajaban acuchillando dos hombres. Era el que dentro estaba de buena presencia, pero mal empleada, pues cubría un alma nada buena (que por las obras exteriores se pinta lo interior). Bajaba descalzo y enchancletados unos zapatos, en jubón y calzoncillos de lienzo, con el pelo atado atrás con una colonia encarnada. Bajaron con brevedad, por ser las escaleras pocas, pero ya heridos los dos (aunque no de cuidado). Púseme en medio con alguna diligencia, bastando para que no se volvieran a tirar. A cuyo tiempo llegando más gente, pude hacer entrar en una casa de pared y medio⁶⁸ al celoso, reportándole y diciéndole que aquel hombre no tenía culpa, pues tales mujeres son causa en tener tan franca condición que no tienen cosa suya; y así, que a ella se le había de dar el castigo, si acaso merecía una mujer común más castigo que dejarla y no hacer caso della.

66. Orig.: 'Cordova' (p. 43).

67. Aquí parece haberse extraviado algo. P. ej.: 'Cardona' o 'Mendoza'.

68. La casa de al lado.

Sosegose con esto el celoso, y yo pasé a la casa de la dama para que el pobre diablo se acabase de vestir y tratásemos de las amistades. Hízolo con toda brevedad, y en el ínterin vi que el cuarto de la Cardona se componía de alhajas⁶⁹ que un príncipe no las tenía tan buenas: eran dos escritorios⁷⁰ de concha (que si la tuvieran los que se los dieron no los tuviera ella), un estrado⁷¹ de ocho almohadas de terciopelo carmesí (que por que no anduvieran tan arrastradas como los que las compraron rodaban sobre una rica alfombra), y a las dos cabeceras dos escaparates⁷² muy ricos, sillas de cañamazo y las paredes tapadas con muy ricas pinturas; la cama colgada de brocateles, y sobre un bufete, donde estaba un espejo grande y bueno, había un azafate⁷³ lleno de cintas de todos colores, dos matas de pelo adornadas de lazos de agujetas, un rascador⁷⁴ de perlas y de perlas las manillas⁷⁵ y gargantilla, y en una caja de plata había unas sortijas; y a otro lado un vestido de raso de flores con un guardapiés de ormesí con ocho guarniciones de plata: alhajas de harto buen gusto, pero harto mal ganadas.

Acabose de vestir el asustado señor y bajó la escalera atado el pañuelo en la pierna izquierda, donde salió herido; procuré hacerlos amigos: consiguiose por no haber habido de por medio palabras de las que pesan, y la señora Cardona cerró su puerta con ademanes de aquellos de «¿Es posible que ha de estar una mujer como yo sujeta a un hermano que en toda la vida aun no la da una sed de agua?».

No pude⁷⁶ dejar, al oírla, de mirarla al rostro, mostrando el mío en forma que conociese que la conocía, y aun la quise decir si se acordaba cuando rodaba en los paradores de la calle de Alcalá.

En fin, hechos amigos, se fueron los dos opositores y yo me quedé admirado, porque mi discurso, revolviendo razones, decía así:

¡Que tan ciego esté un hombre en un tiempo santo de aquella semana en que Dios obró tantas y tan altas maravillas, y que él, perdido y ciego, haga tan horrendas obras que al huno se parezca! ¡Que para con Dios basta el apartarse seis días del pecado, dejando palabra dada de volver a él, y que no conozca su falsa e inválida promesa, pues tiene segunda intención! ¡Oh miserable hombre! Mira que Dios no puede ser engañado, que sólo eres tú quien a sí se engaña. Y aun si el abstenerte de la sensualidad aquellos seis días fuera con propósito firme de no pecar en ellos, pudiera ser que aquel tiempo te ayudara con más tiempo; pero mira, con un indicio que tuviste, cómo volviste a ver aquella lombriz que vive de chupar la sangre humana, aquella carcoma que roe la salud, aquel fiero⁷⁷ rayo que acaba la vida y deja lo que fue cuerpo mortal frío y triste cadáver vuelto ceniza; sin reparar este gusano con alma, sentidos y potencias que aquella vil mujer le admite en

69. Mobiliario equipamiento de la casa.

70. Muebles de cajones.

71. En las casas importantes, el 'estrado' era la habitación en que la señora recibía cómodamente a las visitas; pero el mobiliario era más o menos el aquí descrito (quizá añadiendo una mesita baja y un brasero).

72. Vitrinas, aparadores.

73. Canastilla de forma rectangular y poca altura.

74. Adorno para el moño femenino. Tenía forma de aguja o clavo.

75. Pulseras.

76. Orig.: 'puede' (p. 45).

77. Orig.: 'aquel fiero, rayo' (p. 46).

aquel tiempo que los más perversos se abstienen de pecar; y que se pague de un escaquin que han desechado otros, poniéndose a riesgo de haber llegado una estocada bien guiada y quedar de hombre con alma que podía gozar de la presencia de Dios, condenado en las penas de el Infierno a la vista del Demonio! ¡Que no repare el hombre el amor que tales sabandijas tienen que sólo es porque las dan con que adornar el cuarto de casa y el pecador cuerpo que le vive!

Absorto me tenía lo frágil de nuestra mala naturaleza y la ceguedad de nuestro discurso, tan rodeado de acciones torpes y horrorosas a la vista de Dios, creyendo que puede condenarnos acabando nuestra mala vida, sin saber dónde nos espera la muerte.

Refiere Plutarco un caso admirable, y porque no disuena del propósito le diré: dice que en Argos dio un hombre la muerte a un varón famoso llamado Mistio, varón tan ilustre que había merecido estatuas; y aunque le mataron, jamás se supo quién fuese el dañador. Pasaron muchos días que, ya olvidado del caso, acertó a pasar el matador por junto de una estatua de Mistio y, levantando el rostro, miró aquel bulto tan parecido a su dueño y, trayendo a la memoria del modo que le dio muerte, cayó la estatua sobre él y le mató, quedando hecho cadáver y deshecho hombre. Muchas veces dilata Dios el castigo en aquellos que le merecen y en lugar de buscar la enmienda buscan su perdición a la vista de quien los puede castigar, sin hacer reparo en que puede dejar caer el azote de su justicia.

Imaginaba yo entre mí la poca vergüenza de la Cardona postiza en haber con tanto desenfado cerrado la puerta sin temor de la justicia; pero, reparándome, consideré que como tienen seguro el que no las ha de hacer mal la justicia de el mundo (porque para los malos ministros⁷⁸ está abierta su casa, y ya la saben, y lo franco de su dueño), con este seguro rúan la playa⁷⁹ de el mundo; que si ellas conocieran que la justicia había de obrar como debe, cierto es que se fueran a la mano y buscaran modo de vida con menos ofensas de Dios.

Divertido me hallaba en esta contemplación cuando, abriendo la puerta la criada, echó en la calle a su guapo. Admíreme, mas no mucho, porque ya se sabe que el discípulo obra como ve obrar a su maestro, y que tales mujeres no pueden aconsejar al contrario de lo que obran; y si no fuera con la libertad que dan no tuvieran tantas criadas como tienen sobradas, y para traerlas lucidas a su lado es fuerza que las consientan tener caudal en la mercadería de⁸⁰ sus amas. Estas viles mujeres, fingidas deidades a fuerza de galas, ofenden a Dios a rienda suelta, sin mirar que su modo de vida no es para gozarle, pues se vuelven demonios en tiempo que habían de ser y parecer ángeles. Nunca se atreviera el Demonio a Eva si no la viera holgazana, mirando deseosa la fruta del árbol del bien y del mal; pues si estuviera dando gracias a Dios, que la había criado tan hermosa, o estuviera asistiendo a su esposo y no maquinando deseos, no se atreviera la astuta⁸¹ culebra a decirle: «Come,⁸² serás como Dios; que por que no le iguales te ha vedado esta hermosísima fruta».

¡Qué cierto es el dejarse llevar las mujeres del adorno y vanidad: lazo que las deja como dejó a Eva y su consorte! Y para que vea el discreto lector lo que la vanidad destruye y el

78. Aguaciles.

79. Quizá haya errata por 'plaza' (p. 48).

80. Orig.: 'que' (p. 48).

81. Orig.: 'estuta' (p. 49).

82. Orig.: 'Como' (p. 49).

deseo de parecer bien, habiendo mal consejero, atiende como cuerdo y sin pasión juzgue, y entreténgase con mi pintura admirando sus luces.

Críase en un barrio de Madrid una doncella, hija de padres humildes y enseñada a humildes adornos, pues para los días de fiesta guardaba un hábito de estameña parda, tan angosto y chupado como de ropería. Hállase en la edad cuando naturaleza descubre bien formadas las partes de la hermosura; repara en ella una vecina que toda su vida ha hecho obras de demonio; ve que la doncella es en extremo hermosa y, llamando a solas a la imaginación, forma un ayuntamiento de viles partes, pues son sus sentidos y potencias. Toca la campanilla en la sala de su codicia criminal, y la gula hace oficio de portero y manda callar.

Entran en consejo (como próximos al mejor lugar) las potencias, como más llegadas al espíritu. Dice la memoria (hablando por su infame dueño): «Cuando yo era de la edad de esta muchacha, si tuviera la cara que ella tiene, ¡qué de hacienda que hubiera ganado!». El entendimiento dice: «Pues ya pasaste a la edad madura, cuando el que te quiso en lo florido te desecha en lo estéril, y pues en ti el mayo se volvió diciembre a competencias de los días, válete de esta muchacha, que adornada de galas ha de ser afrenta de Venus y jugando las armas de Cupido podrá herir a los hombres». Con estos dos votos se alienta la voluntad y facilita los medios, abriendo a todo camino franco y anchuroso. Con esto se juzga ya (si surte lo propuesto) mujer rica en breve tiempo. Aprueba estos votos el infame fiscal diciendo que son buenos, sin dar lugar a que abogue en contra la obligación cristiana acordándola que hay muerte y Infierno.

Entran votando los sentidos, y el primero, penetrante atractivo, la retrata en su idea adornada de galas. Parécela bien, y ya la juzga fuera de la casa de sus padres y que con sus infames engaños (diciendo que la lleva a la comedia que se hace, que es de un santo y muy ejemplar) fíansela. Penetra un aposento el más obscuro para el caso; parécela que ve entrar el galán que tiene avisado y que ejecuta su intento y ella sale medrada por haberlo tejido y urdido. Mira, por otra parte, que con achaque del sermón la llevará adonde quisiere. Entra el segundo voto y parécela que oye la música, el galanteo, el ofrecimiento y la dádiva, con que imagina pretendientes a montones. Los demás votos atropelladamente aconsejan a gusto de su dueño, sin hacer reparo en la ofensa de Dios ni el riesgo a que se pone. Recoge esta infame mujer el⁸³ proceso, y en el libro de acuerdo sale que lo ponga en ejecución.

Entra como vecina en la casa de la tal doncella, saluda a sus padres; lleva en las manos un rosario muy grande y lleno de medallas, y en una toca fruncida una cara engañosa. Trabaja conversación, saca en ella un ejemplo con que los hace estar muy atentos y que la crean buena cristiana, siendo una infame enredadora. Va trabando estrecha amistad; enseña escapularios, reliquias y devociones, hace relación del rezo que tiene cada noche, el semblante muy mesurado, el habla muy relamida, los ojos bajos, admirándose de que haya quien peque; y como los ve tan suspensos, promete que a Fulanita la ha de enseñar muchas devociones. Los padres, como ven lo exterior de la mujer, tan hipócrita, se creen de ligero, como gente sana y sin malicias, y entre sí dicen: «¡Qué buena alma debe de tener esta mujer!».

Con esta seguridad dejan pasar a la casa del demonio a Fulanita, y el infame engañador va poco a poco sembrando el veneno de sus entrañas en la inocente doncella: propónela que sus padres son pobres, que tienen más edad que hacienda, que no la pueden favorecer

83. Orig.: 'al' (p. 51).

y que, compadecida de su cara, la ha de procurar remediar; y que ella conoce a muchas damas de la Corte que están queridas y estimadas, con muchas galas y muchas prendas y que tienen coche para salir de casa, y que lo adquieren con peor cara que ella. La doncella se estraña algo y pone rostro áspero, y la embajadora del Demonio, como ve su turbación, se llega a ella, áselas las manos y se las besa. Luego va a una mísera arquilla que tiene (que en el color parece alhaja del Infierno por lo ahumada); saca de ella unos dulces (que con otra ganga adquirió el día pasado), dáselos a la doncella, escúsase de tomarlos; pero, en fin, los toma: muerde una rosquilla que por estar seca se le añuda en la garganta, y con una muchacha que tiene (que no hay hombre de franco vivir a quien no conozca) envía por aloja,⁸⁴ y en el tiempo que tarda en venir la entretiene esta vil maestra con diversas liciones y documentos.⁸⁵ Viene la aloja, beben; llega el tiempo de irse la doncella, y por despedida la da una joyita de filigrana de plata, que aunque de poco valor, como se da al pobre halla agradecimiento. Despídese; pasa este lance, viene otro; a la niña⁸⁶ le va pareciendo bien lo que la aconseja aquella tarasca, y, quedando apalabradas de verse a otro día, se determina la vil engañadora de alquilar una gala de una amiga suya (que la ganó cuando moza) y tenerla prevenida para cuando la niña vaya. Llega la hora, la niña no se descuida, y así que la ve y ve que es buena ocasión para su intento la dice:

—A ver, Fulanita, cómo te está esta gala que me quedó de cuando moza.

La muchacha simplemente, por verse galana,⁸⁷ se quita la saya que lleva puesta y se pone la otra; parécela que la está bien, pónela el jubón, adórnala la cara y el pelo (como diestra en la materia), con que queda la muchacha hecha beldad; y, viéndola así, dice el engañoso cocodrilo:

—Por tu vida, hija mía, que está cifrada en ti toda la hermosura. No te lo quites, que así hemos de ir a la comedia; que si enviaren por ti tus padres y no te hallaren aquí, cuando volvamos diremos que habíamos pasado a la casa de una vecina. A ti no te dé cuidado, que yo quedo aquí.

La muchacha también desea el que la dure aquel ensayo, y sin hacerse de pencas⁸⁸ sigue lo áspero de aquel cardo vil.

Van a la comedia, entran en la cazuela⁸⁹ donde se guisa tanto pecado mortal; hácela sentar en un lugar en delantera, y cuantos la ven quedan suspensos o enamorados. Empiezan los lindos a mirar aquel rostro nuevo, o nuevo milagro (que los que tratan de este ejercicio ya conocen a las marcas, marcadas y cachorras primales)⁹⁰; reparan en el cabestro que lleva consigo (que la conocen por haber hecho más encierros que pelos tienen sus cejas); el deseo vuela ligero, y algunos con señas la preguntan: «¿Qué cosa?». Disimula la tarasca, con que se determinan algunos de esperarla a la salida para hablarla a la maestra y preguntarla quién es aquel hermoso discípulo.

84. Orig.: 'oloja' (p. 53).

85. Consejos.

86. Orig.: 'viña' (p. 53).

87. Elegante.

88. Poner objeciones a la oferta.

89. La zona frente al tablado, al final del patio.

90. Primerizas, nuevas.

Ve esta sierpe a un lindo tan blando como gastador, y con el que vende limas le envía a decir que allí está con una dama de obligaciones, que las envíe algo. El enamorado a todos vientos vuelve la vista a la cazuela; enséñaselas el de las limas, agrádale el rostro, y sin más tardanza sale a buscar unos dulces y con toda brevedad se los remite. Tómalos la maestra; parte con la niña, diciéndola que allí es permitido tomar cuanto las dieren. Con esto va el pedernal⁹¹ herido arrojando chispas a montones; porque la gala y la golosina son los embajadores de la perdición.

Acábase la comedia; salen del patio y en la calle están aguardando todos los que conocen al maestro de danzar. Háblanla y ella cita a su casa a los que sabe que tienen qué gastar y que no reparan habiendo rostro nuevo y bueno. Vanse las dos a casa, desnúdase la niña, y al ponerse sus vestidos se queda como el pavo después de la rueda. Vase en casa de sus padres tan llena de deseos como de traiciones su maestra. El demonio no duerme: halla entrada y propónela galas, regalos, riquezas, estimaciones, holguras y fiestas, con que ordena de dejarse gobernar de su vecina.

Hasta aquí, amante letor, no me he apartado de la pintura de el primer pecado; y si puedo no me apartaré del tiempo santo, pues sólo es mi intento pintar el riesgo, para que el discreto le huya y al que le puede venir le remedie.

Preguntan a la moza sus padres dónde ha estado, ella dice que pasaron a la casa de otra vecina, muy buena persona, y que la han regalado con dulces; y ellos, muy contentos y agradecidos, dicen que tienen mucho que estimar a su vecina. ¡Ah, padres descuidados, si lo supieses bien lo que debéis a algunas vecinas con razón hablarais de ellas!

A otro día, no ha bien estendido sus rayos el luminoso planeta cuando van llegando los llamados a la casa de la Margaritilla. Entra uno, a quien recibe con agasajo y haciéndole sentar, le pregunta qué se le ofrece (¡como si ella lo ignorara!). Él se declara y pregunta que aquella dama ¿quién es? Ella responde que es hija de un caballero forastero que ha venido a una pretensión de un Hábito, y que, por deudo,⁹² suele ir la niña a estarse con ella. El pretendiente lo cree y la alaba la hermosa. Ella que huele los albores del primer amor, le dice que no se atreverá a decirla nada sin que se anticipe alguna dádiva, y que, aunque es peña, a la vista de el *toma* se ablandará. Él pregunta qué la parece que la traiga, a lo que responde la rodela de Alcorcón⁹³ que lo que fuere de su gusto y que pertenezca a una doncella de sus prendas, que de su parte hará cuanto fuere posible; que allí está su casa, que no le dé cuidado. Con esto el galán se anima a la ofensa (que los galanes de nuestra edad no se animan para otra cosa): ofrece para el día siguiente una gala, y para la tarde del día en que está una merienda, sin hacer reparo que puede haber llegado la tarde del último día de su vida. La procuradora de leña para el Infierno queda contenta, y el acarreador parte alegre para que venga otro y otro, sin dejar de venir alguno de los que lo prometieron. ¡Qué bueno fuera si con tanto cuidado buscara el hombre a Dios como busca su perdición!

Todos prometen, debajo de esperanza, dádivas a nuestro caparazón, y ella los cita para diferentes horas del día. Despedidos todos, ella sale en busca de su mina; llega a la casa, recíbenla con amor, agasajo y estimación, agradeciéndola el favor recibido.

91. Orig.: 'padernal' (p. 55).

92. Por ser pariente.

93. Tapadera. 'Rodela' es el escudo redondo, y el pueblo de Alcorcón era famoso por las ollas que en él se fabricaban.

El valaor es un animal el más hermoso que crio naturaleza: tiene los ojos grandes y graves, proporcionado el rostro y adornado de cabello rubio; muestra humildad y agasajo a todos los moradores que habitan donde él se cría. Entra en las casas y le reciben amablemente; pero en viendo ocasión en los descuidados dueños, se come cuanto hay y estercola en lo más limpio que halla. Mire ahora el lector si se pueden comparar tales vecinas a este animal.

Ella que oye las estimaciones que no merece, dice con un rostro hipócrita traidor:

—¿Qué se ha de hacer? Alguna anchura se ha de dar a las doncellas, y más siendo tan decente y lícito que saquen dechado para vivir temerosas de Dios.

Dícelo de tal forma, mirando a cada palabra las cuentas del rosario, que la dócil y sana gente lo creen, y la desean presente, pareciéndoles que en ausentándose se ausenta su bien. Después de alguna conversación, cita a la niña para que la dejen pasar a su casa a la tarde: ofrécnlo y la niña no lo escusa.

Despídese con esto el almacén de culpas, y cuando llega a su casa ya está el galán que ofreció la merienda esperando con dos esportilleros cargados. Ábrele con las razones ordinarias de:

—¡Lo que cuesta una belleza! Famoso es el cuidado; pero todo lo merece la muchacha, que hermosura más salada no la ha visto Madrid.

Va sacando los trastos de las dos espuestas, da a los mozos ocho cuartos, dicen que es poco; saca otros ocho y envíalos contentos. Despídese él también, diciendo que se le ha olvidado cierta cosa; y en el ínterin viene la niña (algo encendida de rostro, como sabe que aquello va de veras). Así que la ve la maestra la arroja higas a dos manos,⁹⁴ diciendo:

—¡Bendígate Dios, qué hermosa vienes! Por tu vida que te has de vestir por ver con esas colores naturales qué tal está la gala, que yo apostaré que pareces un ángel con ella.

Vístela con toda brevedad y luego la dice:

—Oyes, famosa tarde tenemos, que la merienda ya está en casa: hala enviado un caballero sólo por verte; y así, en que te vea no vamos a perder nada. Y te aseguro que es de los honrados mozos que tiene Madrid, y muy rico, sobre ser caballero muy calificado.

Planta la mesa y hácela sentar, y apenas lo hace cuando entra el pagote;⁹⁵ quitase el sombrero con muy reverente semblante, y la jubilada en primer clase le hace sentar y que alcance un bocado de lo que hay en la mesa. De un lance en otro saca una sortija el dicho galán y dice si se la quieren feriar; mírala la doncella, tómalala en las manos, alábala de buena y hermosa; vuelve a dársela, y dice el embelesado:

—Habiendo tenido dicha de verse en tales manos no será razón que se ausente de ellas; y así, ya parece mejor con tal dueño: de vuesa merced es.

Ella se escusa, y la cabestronea, desembarazando la boca, dice:

—Tómala y calla, niña, pues este señor te la da.

Con esto la mete en el dedo con intento de guardarla cuando se vaya, por que sus padres no la vean. El galán, de un lance en otro, la toma una mano, y, viéndolo el Demonio,

94. La 'higa' era gesto despectivo y obsceno: cerrado el puño, se hacía aparecer la yema del pulgar entre los dedos índice y medio (otra variante, más explícita, era cerrar el puño manteniendo extendido el dedo índice). Curiosamente, también se hacía el gesto en situaciones como la relatada, quizá como una especie de sortilegio contra los demonios o hechicerías, que podrían ajar la hermosura de la persona alabada.

95. Hoy diríamos 'el primo'.

echa la yesca y enciende la materia frágil: ofrécela la gala y que no será sola; y la ayudante astuta dice:

—En verdad, niña, que has topado tu remedio.

Levántanse de la mesa, cítanse para otro día, y⁹⁶ al despedirse la ase una mano y se la besa. La niña se parte de aquella fiera enemiga que la va quitando la sinceridad y haciéndola pasar a la malicia lasciva para que pierda y destruya lo que Dios más ama, que es la virginidad. Vase a su casa, entra contenta, deseando el otro día que espere; cada hora se le hace un siglo imaginando la gala.

Llega el día; la buena vecina no se descuida (por lo que se le pega, tiene más atención a la ocasión que el Demonio a la vista de Eva); júntanse las partes; trae el galán la gala con mucho cuidado (y puede ser que por el camino, al comprarla y traerla, tópanse cien pobres tullidos y llagados y no se doliese de dar una limosna, y para la ofensa de Dios se gastan muchos ducados). Agrada la gala y el buen gusto; el agradecimiento siempre anda con la dádiva: discurra el letor lo demás, que yo sólo procuro avisar que en los viajes de la tierra hay muchos barrancos y peñas; y como soy marinero criado en este mar advierto donde hay bajíos en que se puede encallar la navecilla de nuestra frágil naturaleza tocando el clarín de la verdad para que atentos y cuidadosos escuchen la sordina triste de la pasión del Hijo de Dios, que por librarnos del pecado bajó del cielo a la tierra para enseñarnos a subir desde la tierra al cielo.

¡Cuidado! ¡Cuidado con una mala compañía, que no hay cosa peor en el mundo! Y una mala vecina hace esto que tengo dicho: cuide quien tiene hijas de no entregarlas a tales mujeres como ésta que he bosquejado; que hay muchas de su color y siempre un malo procura que todos lo sean; y como el malo tiene de su parte al Demonio, como tal aconseja.

Reparando el letor que aunque he pintado la salida a una comedia, que hay otras ocasiones y salidas, pues en lugar de ir a oír la palabra de Dios se suele ir a oír la palabra del Demonio; y con achaque de la procesión se ve a quien se desea hallar sólo para enojar a Dios sin respetar un tiempo santo, quedando todos hechos tarascas.

96. Orig: 'yi' (p. 59).

ABUSOS DEL CUARTO DIA, MIERCOLES

PINTURA DE LA PROCESIÓN Y TARASCAS QUE LA ACOMPAÑAN

Al día tercero, que fue martes, sucedió el día cuarto, miércoles, en que el poder soberano de Dios y suma omnipotencia hizo dos luminarias grandes, que son el Sol y la Luna, dándolos el cielo por lugar; el Sol, luminaria mayor, más resplandeciente y hermosa, para que diese claridad y luz al día; y a la Luna, luminaria menor, para que presidiese y diese claridad a la noche hizo también hermosísimas y resplandecientes estrellas, dándolas su lugar en el octavo cielo. La Luna quedó en el primero y el Sol en el cuarto, para que desde allí diese claridad a los siete cielos y firmamento, que fueron criados en el segundo día.

Pues todo se lustró y alegró en este cuarto día, Miércoles santo, suplico a Dios me ayude con su gracia (sin la cual no es posible que haya cosa buena), pues con el favor del divino poder he de pintar la primera procesión de esta santa Semana en que tantos cristianos católicos quedan hechos tarascas.

¡A la procesión, alumbrantes o penitentes de luz, o tarascas, que ya ha amanecido el cuarto día del mundo, el Miércoles Santo, día de procesión! ¡Ea, ordenad vuestros capirotes y lazos! Pero mirad lo que hacéis, que para vosotros es un día de grandísima fiesta. Atended que os parecéis mucho a Vandalón, rey persa, a quien imitaron seis reyes que le sucedieron, muriendo todos desdichadamente; que el día de su coronación prometían ofender a Dios (pues juraban de sustentar guerra contra católicos) y a otro día amanecían muertos, tan fieros y espantosos que atemorizaban a los suyos. Mirad vosotros, penitentes tarascas, que habéis prometido de alumbrar sólo por dar escándalo y tragar mucho, haciendo mal por donde vais. ¡Cuidado, que no se sabe si hay mañana!

No me parece que tengo necesidad de dar aviso a quien está desvelado aguardando el día, pues veo que con grande ansia saltan de las camas, llamando a sus mujeres los unos, y otros desvelando a sus amigos, empezándose a vestir a toda prisa. Salta uno de la cama de entre una remendada manta (que en toda la noche no ha podido tentar la sábana) y a medio vestir va en casa de un vecino suyo a que le preste unos calzones de terciopelo liso y unas medias blancas de pelo,⁹⁷ porque el día antes se lo ofreció; dáselo, vuelve a su casa muy contento y póneselo; parte luego a la casa del zapatero a que le calcen unos zapatos que ha mandado hacer, muy ajustados a las hormas, porque se han de azabalar;⁹⁸ cálzase los, y en prendas de doce reales

97. Medias de lana fina.

98. Repicar.

que le cuestan deja un jubón de estameña⁹⁹ de su mujer (porque tan sobrado se halla que aun para quince onzas¹⁰⁰ de pescado abadejo no hay en su casa).

Ya se mira con zapatos nuevos (que para calzárselos los hizo pedazos) y medias blancas, con su calzón de terciopelo liso, con que ordena de vestirse la túnica.¹⁰¹ Esto es a las nueve del día o antes; pónesela y empieza a mirarse por encima de un hombro a ver si arrastra harto; va dando vueltas y mirando su sombra; dícele la mujer:

—¡Jesús! ¿Todo ese pedazo has de llevar arrastrando?

Y él responde:

—¿Qué entiendes tú de eso? Esto y el beber para quien lo ejerce; las mujeres a fregar o a hilar.

Ella se ríe (como ve a su marido galanacho a costa de otros); pónele un lazo en un hombro, hecho de una colonia amusca¹⁰² de color, y en el pescuezo le pone un pañuelo arrollado y atado con otra colonia; átale atrás la regalada melena y luego se pone los guantes, agüecando las mangas abiertas de la túnica para que se vean las contramangas que le han prestado (de que necesitaba harto, porque la camisa, desde que se compró no se ha lavado, por ausencia de su compañera). Plántase el capirote después de haberse ceñido la cintura con un ceñidor de seda (que le prestó un licenciado); empuña la hacha y sale de casa.

La mujercilla muy contenta, sale a la puerta y, risueña, dice:

—¡Adiós, Juan! ¿No hay más hablar?

Vele un chiquillo que va comiendo un pedazo de pan y, granizando migajas de la boca, empieza con mucha ansia y no poca priesa a decir:

—¡Penitente, daca¹⁰³ el diente! ¡Daca la vara del Teniente!¹⁰⁴

A las voces déste salen otros a decir lo mismo, a cuyo ruido los perros ladran, con que se alborota la calle y la gente sale a ver la causa. Vele una gorroncilla y conócele en el lazo del hombro, (porque fue suyo un poco de tiempo); llámale y llégase a ella nuestro penitente y dícele:

—¡Muy galán vas!

Con esto se ensancha, y levanta la una punta de la túnica al ceñidor para que se vea la media, zapato y calzón. Despídese muy contento y va en casa del mayordomo, donde halla que se están vistiendo ocho de ellos. Uno dice:

—Esta no es la túnica que yo me probé.

Otro dice:

—Este no es mi capirote.

Otro da muchas voces para que le guarden la capa y el sombrero, otro pide sus guantes, otro pide agua, otro vino, con que la casa está toda alborotada. Yo no sé, en Dios y en conciencia, qué modo de acompañar a Dios con una luz en la mano es éste. Vamos adelante, que a fee que hay bien que hacer.

99. De estambre.

100. La libra castellana constaba, por lo general, de 16 onzas.

101. Orig.: 'tucica' (p. 64).

102. Marrón claro.

103. Saca, muestra, trae acá. Quizá 'diente' alude al aguzado capirote. Recuérdese la burla que los muchachos hacían del aguador Lope: '¡Daca la cola, asturiano! ¡Daca la cola!' (Cervantes, *La ilustre fregona*).

104. Por verle tan lucido y el hacha en la mano.

Sale esta cuadrilla y toman por nombre (para conocerse) *Perejil*. Van caminando en busca del estandarte o pendón, sin perdonar en el camino los que se ofrecen con licor.¹⁰⁵ Suben una callejuela arriba, y como es tanta la bulla y alboroto que llevan y el ruido de las encoladas túnicas cruje tanto, salen los perros a mostrar sus voces, y, enfadado un penitente, vuelve el hacha y da a¹⁰⁶ un perro un porrazo, con que el animal vuelve quejoso y él se queda con el hacha hecha pedazos, y de aquel modo la lleva, haciendo donaire de lo que lleva en las manos.

Sale otra cuadrilla de la casa de otro mayordomo; de poca gente, pero el cetrero¹⁰⁷ va muy adornado, pues lleva un corte de puntas de Flandes en el sombrero, otro corte de puntas a la espalda (hecha una rosa), otro corte en la daga y en la mano una varilla (que parece de paranza de jilgueros) con una cruz dorada al remate. Pregunto, señor cofrade: Con tantas puntas y tanta dagaza, ¿va vuesa merced a la campaña? Bien me podía responder que sí, que a campaña va, o representación de la que tuvo el Hijo de Dios con la muerte sólo por librar al hombre de las penas de¹ Infierno; pero para esta campaña no es necesario daga ni puntas de seda, que para salir vitorioso sólo son buenas armas y adornos un corazón resignado en la voluntad de Dios y una honestidad con que rijan a esos hombres que alumbran. Éstos toman por nombre *Anís*.

Sale otra cuadrilla con demasiada ostentación, en que van cuarenta hombres o tarascas; guíanlos dos cetreros o mayordomos, todos con túnicas nuevas, ceñidores de seda y capirotos muy altos; y me espanto el que no usen en el remate dél un lazo, que con eso parecía mayo de aldea.¹⁰⁸ Y ¡cuánto mejor pareciera en un penitente un ceñidor de esparto!, que para lo que representa fuera más decente; y para los que no saben lo que es penitente y para alumbrar se valen de la gala también estuviera lucido el esparto al pescuezo. Van en esta cuadrilla los dos cetreros sin perdonar el humo de Flandes¹⁰⁹ (que como vino en cajas no le desvaneció el aire, para que desvanezca¹¹⁰ las mocedades de Madrid): llevan unas vueltas¹¹¹ de puntas que parecen tapadores de tinajas; el sombrero hecho un escollo armado de puntas y ellos armados de vanidad. Salen muy briosos y toman por nombre *Piñones*.

Siguen a estas referidas otras muchas, y cada uno toma su nombre, como va dicho, y por la calle van dando voces, ¡*Perejil!* ¡*Anís!* ¡*Piñones!* y otros trastos a este tono, sin respetar el tiempo santo en que están. Incorpóranse a la procesión que se va componiendo de alumbrantes tarascas; y por el camino va uno empleándose en dar con el capirote a cuantos pobretes ve, hasta que al dar a uno se le ase y quita de la cabeza (con que descubre una cara de tarasca vinosa), obligándole a dar el hacha a otro en cuanto se pone el capirote ya hecho pedazos (que al levantarle se le cae la mitad a las espaldas, quedando como moco de pavo). Otro va pidiendo alfileres a cuantas mujeres ve y clavándolos en el hacha; otro va pellizcando y tirando de los lazos a todas; otro lleva el hacha llena de romero y va

105. Los rótulos de las tabernas.

106. Suplo 'a' (p. 66).

107. El que lleva el cetro ('varilla', más abajo) y dirige la cuadrilla durante la procesión.

108. Durante el mes de mayo, en algunos pueblos solían engalanar un árbol bajo el cual se organizaban festejos populares.

109. Toquillas de encaje o 'puntas' de seda negra. Se llevaba en señal de luto.

110. 'Humo' vale por 'vanidad'.

111. Bocamangas.

dando matas a las mujeres; otro va goteando cera encima de todas las que están sentadas; otro va diciendo dichos, agudos como él.

Y mirando a la calle¹¹² que forman estas tarascas cubiertas, pasa por ella un penitente que se va azotando, con unas enaguas con más pliegues que un redaño¹¹³ de puerco, hechas de beatilla¹¹⁴ (de que podía hacer un babador, según va de niño en las acciones), un capirote alto que se pierde de vista, y en el azote una pieza de colonia negra hecha una rosa, y el jubón con una abertura que parece ochavo segoviano,¹¹⁵ llevando detrás cincuenta pulidos que le acompañan y crecen¹¹⁶ la ostentación, con que va mirando a todas partes más tieso de cabeza que un empalado. Pregunto: ¿Por quién se azotará éste, por ostentación, o por los conocidos, o por las conocidas, o por los mirones, o por sacarse aquel poco de sangre que ya es costumbre en él, pues baja entre faldas, como regla femenina?

¡Ay, Dios! Que penitencia con gala es sospechosa, y más cuando debajo de la gala va un hipócrita que parece penitente y lo es de Satanás. No pretendo desterrar el azote ni la luz de las procesiones, que sólo es mi intento alumbrar a tanto ciego como va en ellas y enseñar el azote a quien le merece; sólo de la honestidad se agrada Dios, que de vanaglorias no. ¿Quién dirá que para alumbrar a un paso de la pasión de Cristo es menester ostentación de gala con tan poca quietud? Engañese¹¹⁷ quien lo dice: gala en el alma, honestidad en el cuerpo y peso y medida en las acciones. Creo que si fueran descubiertos todos fueran más cuerdos, aunque alumbraran menos de lo que alumbran.

Pasando iba la procesión cuando un coche (gobernado de un desvergonzado cochero) dio en que había de pasar la procesión atravesándola; pero una docena de penitentes, hechos un cuerpo, dijeron al cochero que se tuviera, o, si no, llevaría con algo. Oyolo un peinado¹¹⁸ que ocupaba un estribo,¹¹⁹ y, muy atusado, dijo al cochero: «¡Anda!».

—Téngase vuesa merced —replicó un hombre anciano, de humilde traje con un rosario en las manos—, que no es razón que por en medio de una procesión donde van efigies de Cristo y su Madre atraviere un coche guiado de dos animales tan grandes como los que van dentro, si consiguen lo que intentan.

Con esto que oyeron se empeñaron en que habían de pasar, pero de un hachazo rodó el cochero por encima de las mulas y los del coche salieron a la defensa sacando las espadas. Por cierto, ¡buenas acciones en tiempo santo! Sosegáronse por fin porque les estuvo bien, volviéndose a su coche, y el cochero, descalabrado y querrelloso, montó para huir.

¿Es posible que en el riñón del mundo, donde la fe resplandece, donde florece el ingenio, donde asiste el mayor monarca de el mundo y más católico rey, no haya medio para que una Semana santa se arrimen los coches, sin hacer reparo que las procesiones no hallan camino por donde ir? Y si le hallan es por el peor camino, pues el mejor le ocupan éstos

112. Pasillo.

113. Recubrimiento de cavidad abdominal, cuyos pliegues encierran las vísceras.

114. Lino delgado y claro.

115. Moneda castellana de cobre acuñada en la Ceca de Segovia. La 'abertura' debe aludir a la boca del león rampante en el reverso.

116. Orig.: 'creen' (p. 69).

117. Quizá haya errata por 'Engañase' (p. 69).

118. Orig.: 'penynado' (p. 69).

119. Los asientos centrales del coche, junto a la plancha que facilitaba subir y bajar.

trastos de vanidad, sin haber sosiego si no es aquellas pocas horas del jueves por la tarde y viernes por la mañana; y entonces parece otro mundo Madrid,¹²⁰ como goza sosiego. Pero los poderosos sienten mucho este tiempo, por parecerles que se iguala con ellos el pobre, pues aun si pudieran escusar el sueño lo hicieran, por no igualarse aquellas horas (como se igualan todos); y por eso dijo un poderoso a un mísero, algo enojado con él:

Solamente yo grande, y tú pequeño,
somos iguales lo que dura el sueño.

Poco se acordaba de la muerte este rico, aunque se acordaba de su ensayo, pues en el nacer y morir todos nos igualamos.

La procesión guiaba su camino, donde iban cuatro pobrecitos azotándose, las túnicas humildes, los capirotos pequeños y las llagas muy grandes y muy llenas de sangre, y los pies descalzos; y como los ojos del común vulgacho creo que sólo va a ver la fanfarria y no la humildad, empezó a reírse de ver con el ansia que se azotaban sin duelo de sus carnes. Hízolos andar aprisa un ciento de muchachos, todos con sus cruces a cuestras, y también empezó a hacer gestos la censura de los simples; porque algunos llevaban tapada la cara con tocas y puesta su corona de espinas en la cabeza, y a otros servía de túnica la camisa, sin reparar que de cualquiera manera ya se ensayan en ayudar a su Dios a llevar la cruz.

Aquí llegaba mi discurso cuando vi que al pasar de Palacio las tropas de tarascas, invocando sus nombres se iban desamparando los pasos, cuando, tirándome de la capa el hombre anciano que pretendió detener el coche,¹²¹ me dijo:

—Señor, aunque perdone, hágame el favor de sacarme de tantas dudas como se me ofrecen, que soy forastero y no he visto otra vez esta procesión y me tiene confuso lo que veo y oigo, pues reparo en que se van estos que alumbran y dejan los pasos con bien poca gente. Y lo que más me admira es la prisa con que se van, diciendo unos: ¡*Piñones!*; otros, ¡*Anís!*; otros, ¡*Tomates!*; otros, ¡*Berenjenas!*, y a este tono sesenta disparates.

Y por sacarle de dudas, sonriéndome, le dije así:

—Estos alumbrantes que vuesa merced ve que se van desde esta esquina, que llaman Casa del Tesoro, sólo han venido a alumbrar por la golosina de la merienda que los aguarda en casa de los mayordomos; que su devoción no es otra, y así que pasan de la vista de Palacio es esto muy de ordinario.

—Pues hoy, ¿cómo van a merendar, siendo día de ayuno? —me replicó el hombre.

A quien respondí:

—Para estos brutos o tarascas que se crían entre los buenos deste lugar como el zángano entre las abejas, no es día de ayuno ninguno del año; y crea vuesa merced que toda esta bulla que llevan, invocando tanto disparate, es para juntarse las cuadrillas y conducirse a la casa del mayordomo, donde los espera la ensalada con huevos, el salmón en empanadas y cocido, el congrido fresco, las colas de escabeche y otros trastos, acompañados de mucho vino. Y con esto hay sobrados alumbrantes, que si no fuera por este cebo hubiera muchos menos; que la devoción no es parte para que alumbren, ni el tiempo santo en que están los refrena; ni atienden a lo que representan estos pasos, pues todos pregonan las aflicciones y congojas que Cristo señor

120. Orig.: 'Madr' (p. 70).

121. Orig.: 'cobre' (p. 72).

nuestro pasó por el hombre, y el hombre vestido de ingratitudes se vuelve tarasca cuando había de obrar como ángel, pues hace lo que vuesa merced ha visto.

Con esto, sin responderme palabra, se despidió haciéndose cruces, y yo guié mis pasos una calle arriba, donde en un portal vi un penitente de azote que, habiéndose quitado el capirote, estaba empinando una bota de vino que llevaba debajo de las faldas de la túnica. Hacíalo por dar caudal a la espalda, pero ello, poco a poco, se iba a la cabeza; y así que hubo bebido guardó la bota y enarboló el capirote, empuñando el ramal, dándose golpes blandos y con amor (porque el licor obraba rigurosamente haciéndole dar mudanzas del traspiés). Perdile de vista por hacer reparo en un aspado que provocaba a dolor penitente: iba desnudo el medio cuerpo, llevando liados los brazos a una barra de hierro gruesa con una soga de esparto; tapaba su cara con un paño blanco, aunque sucio, y en la cabeza una corona de espinas (que ya algunas dellas habían buscado sangre por medio de las heridas que le habían dado, mojando aquel sudor del alma al afligido rostro). Llevaba en la una mano un crucifijo y en la otra un rosario; pero tales las manos que, habiendo acudido a ellas la sangre, envidiosa de la que arrojaba la cabeza, se quedaba helada, pasmando las manos (que, sin pulso, habían perdido el movimiento natural), y tales se mostraban que daban ternezas a los corazones más duros. Apretaba a los estendidos brazos una soga de esparto, tan impío que los tenía casi muertos.

¡Oh, lágrimas duras! —dije entre mí—. ¿Para cuándo es el mojar los senderos secos de los tristes ojos y ayudar a este penitente a sentir los tormentos de su Dios? ¡Esta sí que es penitencia, infinito Dios Hombre! Y sólo a Ti se te debe, pues das fuerzas a una flaca criatura para que pueda seguir tus pasos.

Volví el rostro a un «¡Ay!» lastimoso y reparé que había salido de una mujer adornada de buenos apreos; y, atento, noté que iba descalza y muy vestida de lágrimas los ojos, arrojando suspiros. Pareciome que era la causa (según su ansia) o la pobreza o pérdida de algo, pues poco importa el adorno personal para creer que donde habita puede haber harta pobreza. Llegueme a ella, compadecido de su tristeza, con intento de remediarla en lo que pudiese, y, preguntando la causa de su aflicción, me respondió:

—Sólo es mi ansia haber enojado a un Dios tan bueno con mis muchos desaciertos, pues ha que le ofendo lo que ha que vivo.

Fuese sin hablar más razón que la que dijo. ¡Oh gran Dios, que por estos ángeles consigues tantas tarascas como hay en este lugar!

Siguiendo iba sus pisadas mi aflicto corazón cuando a la puerta de una taberna vi una veintena¹²² de penitentes quitados los capirotos y muertas las hachas y encendidos sus rostros. Uno decía:

—¡Vamos tabicando!

Otro:

—¡Vamos echando por el aro!

Otro dijo al que empinaba el jarro:

—¡Date con esa pelotilla,¹²³ amigo, que no te hará sangre!

Otro dijo:

122. Orig.: 'ventana' (p. 75).

123. Bolita de cera con trozos de vidrio con que se herían las espaldas los disciplinantes en las procesiones. El azote solía ser de varios ramales, con una pelotilla en los extremos.

—¡Acabemos, voto a tal, que me seco y no puedo escupir de sed!

Otro:

—¡Vamos bebiendo y no andemos en díjome, díjome!

Otro, con la voz noturna, dijo:

—¡Dale bola! —y ella rodaba.

En fin, cada uno manifestaba su agudo entendimiento, y, ya hartos del copetudo licor, acabaron de salir a la calle a coger aire, todos descapirotados, a tiempo que pasaban unas picaronas y, deteniéndolas, las sacó uno de beber, trabando conversación con ellas y mano-seándolas, sin tener vergüenza, en una pública calle y en hábito de penitentes a la vista de todo el mundo. Repare el discreto lector en que es verdad esto que digo y que tengo razón en reprehender este modo de penitencia, pues siendo un sacramento que promedia paz entre Dios y el hombre, con el hábito de penitentes se hacen demonios, cometiendo todo género de pecados.

Fuime huyendo de aquel sitio, y a breves pasos oí en una casa grande bulla, que parecía casa de locos; y no me engañé, pues lo era de un mayordomo que había sacado veinte y cuatro tarascas y ya estaban merendando. Pareme a escuchar un rato y noté grande ruido de mascar, que parecía molino de papel cuando sueltan los mazos. Decía el mayordomo:

—Venga el congrio, que bien sé que lo han de tener pocos en su mesa.

—Saca las colas de escabeche y las empanadas, venga la ensalada la primera y vamos bebiendo —dijo un penitente.

A quien respondió el mayordomo:

—¡Sea norabuena! Venga vino, que harto hay, y bueno.

—Fulano —dijo otro penitente— no da cena, pero tiene famosa colación.

—¿Para qué queremos aquí confites? —dijo otro—. Más vale cosa que se pegue al cuerpo.

—Para mí, que ayuno —dijo otro—, apárteme vuesa merced un poco de ensalada que no tenga huevo.

A quien otro respondió:

—¡Buen santurrón ayunador tenemos! Coma de lo que los demás comen, que mañana ayunará.

—¡Ea, Fulano! —replicó otro—, que hoy es día feriado, en que veníamos a recibir favor del señor mayordomo.

—A su salud —dijo otro—, y a que muchos años haga esta fiesta.

—Enllena bien, muchacho, que este brindis no se puede perder —dijo otro—, y en casa y mesa llena no será razón que el vaso esté menguante.

Échame a mí —dijo otro— en ese vaso grande: brindaré a la salud de la señora de casa.

—¡Vaya! Y haremos la razón —respondieron todos, cumpliendo la promesa.

—Abreviemos, señores —dijo uno con grande bulla—, que nos estará esperando Fulano para que vamos por las túnicas, que está confiado en nosotros y no será razón hacerle falta.

Con esto dieron fin a esta mesa, saliendo a la calle y, dejando parte del vino a los umbrales de la puerta, se fueron con mucha bulla; y a breve tiempo oí que en la casa del convite andaba el:

—Míralo bien, que estará en la cocina.

Y la dueña de casa decía:

—En la mesa ha estado.

Y la criada dijo:

—Yo le saqué de allá dentro.

Y, escuchando con todo cuidado, noté que la falta era un vaso de plata, porque el dueño dijo

—¡Adiós ocho de a ocho!

Y a este tiempo la criada decía que dos servilletas faltaban y un cuchillo.

—Míralo bien —respondió el ama.

—Ya lo he mirado —replicó la moza.

—¡Que siempre tenemos en tales días sustos deste color! Con estas mayordomías —dijo la mujer— me ha de enterrar este hombre.

Y él respondió:

—No lo seré a otro año, por cuanto hay en el mundo.

Con esto me ausenté, por ser algo tarde, admirándome destas verdades, de estas glotonerías¹²⁴ en tal tiempo, de la poca abstinencia del hombre y de la falta de entendimiento y desaciertos sobrados deste lugar, cuando, guiado de la curiosidad, oí a dos lindas figuras que iban en un coche, que el uno dijo:

—Buen día nos viene en mañana del medio abajo, que será fuerza salir a pie.

A que respondió el otro:

—Yo juro a tal que no pienso salir de casa; que sin coche yo no acierto a andar, ni aun salir a misa.

¿Es posible —dije entre mí— que tantos ciegos tenga este lugar? Lástima me da que, faltos de luz y entendimiento, tropiecen en tantos pecados como cometen por tan arduos caminos. ¡Veinte y cuatro horas de abstinencia de coche se siente tanto en Madrid! Pues yo sé de algunas partes de Castilla donde se ponen lutos así que entra la Cuaresma y publican tristeza; pero en Madrid, siendo el mejor lugar del mundo, se vive al revés de la razón. Y creo para mí que algún demonio condujo el primer coche a Madrid, que en Madrid no se hizo el primero. Adelante verá el lector de lo¹²⁵ que sirven estos carretones en el mundo.

Paró el coche con las dos tarascas al ruido de un harpa bien pellizcada, y yo hice lo mismo, cuando reparé que por una ventana salía grande claridad y que de allí se oía el ruido sonoro del instrumento; y mirando la causa de tanta luz, vi un Cristo crucificado que, puesto en un altar, le alumbraban muchas luces, y el que tocaba el instrumento cantó en tono triste esta gloria:

*Si pecares pensarás
que a Dios estás azotando,
y que te pide llorando:
‘Alma, no me azotes más.’*

124. Orig.: ‘glotonas’ (p. 78).

125. Orig.: ‘los’ (p. 78).

Descuidado peregrino,
piloto mal gobernado,
que pudiendo estar hallado
perdiste guía y camino.
Mira que vas al destino
y que no hay volver atrás;
que cuenta estrecha darás
donde no vale el olvido,
y que perdiste el sentido
si pecares pensarás.

¿Por qué no tienes dolor
de haber puesto a tu Dios tal?
Mira que a ti te haces mal,
pues te tratas con rigor.
Si a ti te tienes amor,
lágrimas ve derramando
y tu pena lamentando,
creyendo cuando pecares
(si tu vida no enmendares)
que a Dios estás azotando.

¿A quién no mueve el mirar
de un leño triste pendiente
aquella divina mente
tan cerca del espirar
y que procura librar
la oveja que va buscando?
Vuelve: verás suspirando
a Dios por verte perdido.
Mira, hombre, a Dios rendido
y que te pide llorando.

Vuelve, ovejuela perdida,
que ya el perdón te concede;
que, siendo tu Dios, bien puede
ofrecerte eterna vida.
Mira la sangre vertida
de quien tan mal pago das.
¿No atiendes adónde vas?
Mira que te dice Dios:
'Solos estamos los dos,
alma, no me azotes más.

Apenas acabó de cantar cuando las dos tarascas a un tiempo dijeron al cochero. «¡Anda!».

¡Válgame Dios! —dije limpiando la terneza que a los ojos había traído aquella música celestial en que pintó aquel músico las ternezas de Dios y amor con que llama al alma—. ¡Que tan poco reparo hayan hecho estos hombres que sólo les haya detenido la voz, y no hayan hecho caso de la glosa, que tan claramente ha hablado con los perdidos!

El coche se fue y yo volví la vista a ver una sierpe espantosa que llevaban dentro de una jaula dos hombres pobres; pareciome sierpe porque salían por dos ventanas de la jaula dos alas tan grandes que parecían en el tamaño dos medias adargas; y luego mirando al rostro, noté una tarasca con la cabeza espantosa y un peñasco de pelo encima de la frente y tapadas las orejas con dos colas de caballo muy llenas de cintas de diversas colores; el pescuezo llevaba metido en una rueda de rayos y las manos en otras dos ruedas algo más pequeñas; metía las manos de rato en rato en un costal hecho de una piel de animal. Quedé espantado, y, limpiándome los ojos, reparé que era una dama metida en una silla de manos, a quien hacía parecer visión el verdugado,¹²⁶ moño, guedejas,¹²⁷ toca, valona,¹²⁸ vueltas, cintas¹²⁹ y estufilla.¹³⁰

Admíreme de que pudiesen aquellos dos hombres llevar a cuestras tanto demonio, cargado de tanto trasto que no parecía posible caber en la silla; pero, volviendo en mí, reparé que no hay cosa más ligera y vana que una mujer adornada a la usanza destos tiempos, pues todas son aire y cuanto llevan puesto es humo, que se viene a convertir en vanidad, o en nada, que todo es uno. Quedeme inmóvil y triste, pues al principio creí haber topado mi remedie, porque como mi cuidado era pintar la tarasca y topé aquella visión, juzgué que copiándola acababa mi afán.

Pasó la silla, y mis ojos vieron cuatro luces, que las llevaban cuatro tarascas o penitentes alumbrando con sus diez y seis pábilos a un bulto que se sacaba sangre por costumbre. Conocile por lo transparente de la túnica que le tapaba la cara; llevaba detrás mucha gente que le acompañaba.

Cierto —dije entre mí, viendo este azotado— que fuera mejor más honestidad y menos fanfarria, y no ir del modo que va; que da¹³¹ que notar y que quien le conoce se acuerda de su vida y milagros. Si este tarasca fuera honesto, solo y con la luz del entendimiento escusara la información que cada uno hace al verle, averiguando tanta vanidad en un hombre de tan baja esfera. Si el que tiene malas piernas se pusiera medias honestas no fuera notado; pero, por falta de entendimiento, se vale del color y traje más salido que hay, con que todos reparan en las medias y de camino notan la falta de lo galán. Así este hipócrita, no sé para qué gasta la sangre tan mal empleada, cuando su Dios con una soga de esparto al pescuezo la iba derramando a manos de impíos verdugos. Señor penitente, la sangre que destilada del corazón sale por los ojos basta para con Dios; pero ese modo de engañarse

126. Falda acampanada, que mantenía la forma con un esqueleto de alambres.

127. Rizos postizos.

128. Cuello de camisa muy ancho, extendido y caído sobre los hombros. Aquí se supone que lleva adornos de encaje o *randas flamencas*.

129. Lazos en el cabello, que se hacían con cintas de colores.

130. Manguito de pelo de animal para introducir las manos en tiempo frío.

131. Orig.: 'del modo,| que da' (p. 83).

es por darse a ver y que vean que se azota con aire. Y por sacar esta sangre (que en vuesa merced es regla y costumbre, como el menstuo de las mujeres) no dudo el que habrá muchos que se azotarán por Dios; pero creo que hay más que se azotan por vanidad, con que¹³² ofenden a Dios.

Contemplando en esta tarasca azotada estaba mi discurso cuando oí grandes gritos que daba una mujer, que en las razones (aunque mal formadas) declaraba haberla robado los trastos del aposento en el tiempo que había estado viendo la procesión. Mostraba la puerta roto un pedazo, por donde falsearon las armellas¹³³ de un cerrojo. Siendo su llanto parte para que se juntase gente, yo seguí mi camino, sin admirarme de que en tal tiempo haya ladrones, habiendo descuidados que dejan la casa sólo por ver tropas de tarascas.

Mudé de sitio, porque provocaba a lástima la afligida mujer, cuando vi que llevaban a la cárcel unos ministros a dos cofrades; y, preguntando la causa a un mozo, me dijo que era por haber dado el uno una puñalada a un alumbrante penitente porque le chamuscó una guedeja con el hacha; y el otro iba a la cárcel porque sacó la daga también, para volver por el cofrade. ¡Buen modo de penitencia! ¡Buena atención al tiempo santo! ¡Buen sosiego! ¡Buena prudencia! No sé si habrá alguno que diga que no es verdad cuanto pinta mi pluma con las colores del alma, y que no ando bien en llamar tarascas a quien comete tales yerros en tal tiempo; pero sírveme de consuelo que si hubiere alguno que lo diga le dejaré entre estos brutos de quien hablo, hecho tarasca.

132. Orig.: 'que' (p. 84).

133. La parte fija, que se clava en la pared. Aquí, 'falsear' vale 'romper, desmontar'.

ABUSOS DEL QUINTO DIA, JUEVES

PINTURA DE LOS PECADOS QUE SE COMETEN EN TAL DÍA, Y QUIEN LOS CAUSA

AL día cuarto sucedió el quinto, jueves. Si todo un Dios (a quien adoro) no me vale, no será posible pintar lo que tal día sucede en la Corte. En este día hizo la omnipotencia de Dios las aves, produciéndolas de las aguas, adonde se produjeron los peces grandes y pequeños, quedando por moradores de las aguas, y las aves volaron a lo alto; echoles Dios su bendición dándoles distinto¹³⁴ y naturaleza para que creciesen y multiplicasen. El agua donde fueron criados los peces fue el mar donde habitan; y San Agustín dice que el agua donde fueron criadas las aves fue una parte que en el aire se espesa por medio de vapores y exhalaciones que suben de la tierra, y que aquí fueron producidas las aves como los peces en el mar. También es deste parecer Ruperto Abad, y vino bien que fuesen hechos peces y aves, todo en vida, por el grande parentesco que tienen en el nadar y volar.

Este día en que Dios crio la caza y la pesca para regalo del hombre, sujetándolo todo a su arbitrio y poder, y en víspera de su creación; en Jueves santo, en día de tal misterio, en día que el hombre había de padecer y obrar como ángel, en este día se vuelve tarasca viendo la ocasión vil de la infame gala y adorno tan costoso a que ha subido el arbitrio del profano gusto; y con la ocasión de las estaciones,¹³⁵ en que había de andar como cristiano católico, anda como demonio, vigilante a la ocasión y desvelado por conseguirla, pareciéndole perezoso y cansado el tiempo para llegar a la ocasión de sus torpes vicios.

Pintando iba mi discurso la fermentada tarasca cuando, torpe el paso, triste el espíritu, turbadas las potencias, confusos los sentidos, pasmada la lengua, atónita la vista y tímido el corazón, me hallaba al parecer sin ánimo para seguir mis pasos, cuando oí unas espantosas voces acompañadas de bulla y algazara, entre cuyo ruido noté sonajas, pandorga, cascabeles, flautas, silbatos, pandero, castañetas, morteruelos, bandurrias y destemplados tambores; y, volviendo la vista a informarla de toda la causa, toda la causa dudé, pues la memoria me dijo: «En tiempo santo, y más en un día como el jueves, cuando Cristo señor nuestro mostró el grande amor que tenía a la criatura, pues como la amaba tanto y sabía que su partida se acercaba, ordenó el quedarse con lo que tanto quería; y para hacerlo mejor se adelantó a los extremos que hacía la madre de Tobías por la ausencia del hijo y a lo que hizo el patriarca Jacob por la vista de San José, pues pasados ciento y treinta años de

134. Instinto.

135. Ese día y la noche las mujeres solían visitar y velar en las iglesias y salían en compañía de amigas, parientas y vecinas.

edad partió con toda su casa y familia para Egipto sólo con deseo de ver el hijo que tanto amaba con todo su corazón, porque la condición del amor verdadero es tener presente lo que se ama y gozar de su compañía. Pues por esta causa, adelantándose Dios a todos, instituyó el divino y admirable sacramento en que realmente está el mismo Dios; como quien dice: *Fiar el amor de una carta, mensajero de ausencias, no todas veces sabe sentir el que lee como el que escribe; y así, el amor mío es tan grande que no hallo medio más de mi gusto como, transformado en pan y vino, quedarme con el hombre y regocijarme en su alma, y que, recibíendome en gracia, entre yo en sus entrañas y en ellas me huelgue y me alegre.* ¡Oh amor de todo un Dios, que pudiendo pasar sin la criatura ingrata, tanto te desvela el imaginar medios cómo no perderla de vista! Alaben tu amor los Ángeles, que el hombre ingrato y desconocido no acierta, y aun el más atento y justo no puede alabarte como mereces ser alabado».

Contemplaba mi discurso que en tal tiempo como el que he referido qué bulla sería aquella que oía, y como absorto y elevado, pareciéndome grande el estruendo, me arrimé a un lado, donde creí estar más seguro, y noté diferentes visiones, tan espantosas y abominables que, demás de serlo, iban haciendo fieros visajes al ruido de los instrumentos referidos, y detrás de todos venía un carro a quien tiraba un perro, una cabra, un gallo y un gorrion. El perro servía de reata y los tres iban al cuerpo del carro; las ruedas eran de llamas y las gobernaba, así a ellas como a quien las movía, una figurilla como de hombre, muy negra, los ojos hundidos y vivos; la boca grande y muy grandes orejas, el rostro mal barbado y asqueroso sobre todo animal inmundo. Encima del carro iba formada una nube, y en ella un demonio tan fiero y horroroso que me hizo cerrar los ojos, hasta que la voz de un pregón me obligó a dar la vista otra vez al carro, donde vi que se había quitado la nube y se dejaban ver muchas figuras de hombres y mujeres de todas edades, ocupando el lugar inferior del demonio, a quien sustentaban en hombros cuatro mujeres de vistosas galas y muy afeitadas, en cuyas frentes tenían unos rótulos que decían *Misterio*. Sosegáronse los instrumentos y el pregón dijo así:

Este es el demonio Asmodeo,¹³⁶ a quien el Infierno tiene por príncipe de la lujuria,¹³⁷ que de lo infernal de sus moradas oscuras y hediondas, donde gime el no poder gozar lo que el hombre goza, ansioso de su dicha y deseando quitársela, sale amparado de la criatura (a quien, traidor, halaga) a pasear el mundo para quitarle la dicha que hoy espera de quien le crio.

Cesó el pregón, volviendo los instrumentos a su bulla y ruido. Pasó el carro de largo, disparando tres piezas como de leva, pero en lugar de dar trueno, cada una de ellas fue una voz, y todas tres dijeron: *¡Mundo, demonio y carne! Quédé absorto, como fuera de mí, y, volviendo el rostro a otra parte por no ver aquel espanto, oí una mujer de buena edad que, turbada y triste, preguntaba a otras conocidas si habían visto a doña Fulana, que se le había perdido a la entrada de una iglesia.*

—¡Pobre de mí! —decía afligida—. *¿Cómo volveré a la casa de mis señores sin ella? ¿Qué me dirán, por el poco cuidado que con ella he tenido?*

Pasó esta mujer ansiosa y vi otra que en las razones que decía sentía el haber perdido de su compañía a una hija, y otra mujer la consolaba, diciendo:

136. Demonio que, enamorado de Sara, mató a sus siete maridos antes que consumasen el matrimonio (*Tobías*: 3,7).

137. Orig.: 'injuria' (p. 90).

—No tenga vuesa merced, señora Fulana, pena de Mariquita, que no se perderá; que edad tiene para saber volver a casa.

—¡Ay, señora —respondió—, que es de noche y siento el que no ha salido otra vez de casa tan tarde como ahora!

Siguieron éstas su camino y vi a dos hombres que, hablando el uno con el otro, decía así:

—Don Lorenzo, no os canséis ni dudéis; porque la vecina de enfrente, que es una que acude allá¹³⁸ muy de ordinario, me dio palabra de sacarla esta noche; y si se la pide a sus padres no dudarán en dársela, porque la tienen en reputación de buena cristiana, y yo la tengo agasajada y prevenida para esta ocasión.

—Gran dicha será para vos —respondió el tal camarada— el que sus padres la dejen salir en compañía de una vecina.

—No os canséis —volvió a replicar el tal enamorado—, que yo tengo por muy cierto que será como lo he dicho, y aquí me dijo esta tal mujer que la esperara. Y para lograr ocasión tan deseada, esta noche os he menester, y la llave de vuestro cuarto.

—Ya sabéis —replicó el buen amigo (que sólo a éstos llama buenos el mundo)— que soy vuestro, yo y lo que valiere y pudiere.

Aquí llegaban cuando se acercaron a ellos dos mujeres (a quien conocieron, por ser las que aguardaban), guiándolas adonde ellos quisieron. Quedeme admirado discurriendo la poca vergüenza y poco temor que tienen en el mundo, perdiendo el conocimiento de mortal los hombres en un tiempo que la Iglesia llora a Dios entre las mayores penas que la imaginación pueda arbitrar.

No pude¹³⁹ dejar de (como cristiano) afligirme algo, cuando cerca de mí había parados tres hombres y tres mujeres, y con el manto de la noche pude, encubierto, oír que decían los hombres:

—A fee que esta dicha, por¹⁴⁰ lo deseada, tiene realces de grande y costosa; pero con verlas presentes y fuera de su encerramiento se puede dar por bien empleado tanto esperar y desear, siendo centinelas de sus ventanas de día y de noche. Y pues dueños del albedrío somos estas breves horas, no las malogremos ni perdonemos la ocasión. Sigán a don Fulano, que nosotros dos iremos detrás en forma de guardas.

—¿A dónde nos llevan? —preguntó la una—. Que aunque nos perdimos de la dueña, ha buen rato, y el término de nuestra licencia es dos horas; y si tardamos más mi señora no lo llevará a bien, y más si va la dueña sola a casa.

—Pues al cuarto de don Fulano vamos —replicó el uno—, que es cerca y hay buena ocasión; y debajo del seguro que saben de nuestra palabra, bien podemos ir donde vamos.

Con esto guiaron, y yo me ausenté, por huir de aquel sitio (que creí sin duda que le había dejado inficionado el demonio Asmodeo), cuando a pocos pasos encontré a dos mujeres; la una iba llorando y diciendo:

—¿Es posible, señora, que a esto me haya sacado vuesa merced de mi casa? ¿Es posible que con tal engaño se viva en el mundo? ¿Que haya engañado a mis padres y me haya

138. Orig.: 'allè' (p. 91).

139. Orig.: 'puede' (p. 92).

140. Orig.: 'pero' (p. 92).

perdido una mujer haciéndome ofender a Dios? ¿Qué tengo de hacer, triste de mí? ¿Con qué cara volveré a la vista de mis padres?

Consolálabla la tal señora, diciendo:

—Calla, niña, por tu vida, que don Fulano merece mucho. Y pues te ha dado palabra de casamiento delante de mí, ¿qué más quieres? Y pues en tu casa no saben nada, ¿qué pena te da? Estas son cosas que el amor las permite; y razón ha tenido, pues ha tanto tiempo que te galantea. Hallose en la ocasión y gozola; ya no tiene remedio. Pésame que anduvieses tan rigurosa en dar ocasión a la fuerza que te hizo; pero ya fue. Vamos a casa.

Fuéronse, y la razón me hizo pronunciar estas razones:

—Rayos tiene Dios, y los manda y le obedecen. ¿Cómo ahora no envía uno para castigar esta tarasca? ¿Es posible, Señor, que tal permitas y en tal tiempo, sin que se desquicie ese soberano globo y coja debajo a tales mujeres, hundiéndolas a las infernales penas?

En fin, la una llorando y la otra consolándola, guiaron sus pasos, cuando media docenas de lindos venían con mucho regocijo alabando la dicha que el uno de ellos había tenido en un galanteo dentro de una iglesia; y el tal a quien alababan, dijo:

—Pues habéis de saber que me declaró que era mujer principal.

—Y ¿os dijo la casa? —preguntó uno de los dos amigos.

A quien respondió:

—Sí, amigo, casa y calle, y los medios que puedo tener para hablarla y a qué hora podré con más seguridad.

—Más dicha —respondió otro— habéis tenido que yo; que después de haber estado hablando dos horas en aquel confesionario con aquella dama y a ruegos y promesas amorosas haberla hecho descubrir la cara (que igual belleza no vi jamás), y haberme dicho que era casada y tenía el marido viejo, llegó un criado y la llamó. De modo que aunque quise preguntarla dónde la podría volver a ver, no fue posible, ni aun seguirla, por la mucha gente que estorbaba el paso; y así, quedé entre tinieblas antes de tiempo.

Pasaron con esta bulla y yo me quedé escuchando a una mujer que venía riñendo a otra, y en las razones conocí que eran tía y sobrina. La tía decía:

—Muchas cosas me ofrece el discurso que creer de vos; y aquí el remedio será decírselo a vuestro tío.

—¿Qué le ha de decir vuesa merced? —respondió la sobrinita—. Que me perdí a la entrada de una iglesia y no he podido toparla hasta ahora.

—A eso —replicó la tía— podré decir que parece que os habéis perdido, pues hice reparo que en algunas ocasiones os seguía un hombre, y aun me parece que os habló.

—Ya yo me espantaba que vuesa merced no imaginaba como suele —respondió la sobrina—. ¿Qué hombre me ha seguido ni hablado? Sin duda sueña.

—Ya os conozco —prosiguió la tía— y sé vuestras vueltas, libertades y desenfados.

—No nos maree vuesa merced —respondió la niña—, que parece que predica el Diablo en vuesa merced.

—Sois una libre y desvergonzada —replicó la tía.

Y, prosiguiendo su viaje se fueron.

¡Buenas cosas pasan en el mundo debajo de capa honesta, y en lugar de buscar a Dios se busca al diablo! ¿Habrà quien diga que usando tales desaciertos la criatura que hizo Dios a

su imagen y semejanza, no quede hecha un fiero dragón? Pues es cierto que el pecado desfigura y quita aquella primera forma, quedando la criatura en varias y espantosas figuras.

Guiando mis pasos por una calle arriba, vi que de una casa grande salía una mujer y un hombre, y detrás de ellos otro hombre venerable y de edad, diciendo en voz alta:

—Mucha desvergüenza y poco temor a Dios es el suyo, pues sin respetar un tiempo como éste se atreven a la ofensa vil que cometían. Y me holgara harto de hallarme como en algún tiempo, pues con más bríos me acompañaba una espada; que, ya que no consiguiera el remedio, por lo menos le enseñara cortesía. Pero quien no teme a Dios ni respeta el tiempo en que murió mal respetará estas canas que la edad arrojó por señales de su madurez al rostro.

—¿Qué le han dicho al chocho? —respondió la libertada mujer—. Hanle dicho más: que pues su edad le jubiló los bríos de la holgura carnal, deje holgarse a los mozos, y no haga espantos como si hubiera visto al Diablo?

—¿Qué más diablo —replicó el buen hombre— que una mujer tan libre y desvergonzada como vos?

Pero el galán, desatento, le dijo:

—No sea tan largo de lengua, que me obligará a darle muchas manotadas.

Y el viejo, con los bríos que le daba la razón, le respondió pesadamente; y por evitar alguna libertad que pudiese haber los dividí, atreviéndome a ello con el amparo de una luz que de la casa habían sacado, haciendo a los dos tarascas que se fuesen.

¡Qué rigurosamente serán juzgados los desatentos que se alientan a la ofensa de Dios sin abstenerse de cometerla en tales días, cuando hasta los pájaros, olvidando su sonora armonía, sólo se emplean en dar articulados suspiros! ¡Buenas cosas va obrando la tarasca, sin reparar en el día tremendo cuando su alma (con aquel tan cruelísimo dolor) se despienda del cuerpo y vaya a la presencia de Dios, a quien tiene enojado y ofendido! Mal pleito tendrá cuando, aunque quisiera y pudiera abogar por sí de modo que fuese creído, no podrá, por ir pregonando su misma alma en lo que se empleó viviendo. ¡Oh miserable vaso quebradizo, que en el primer precepto que te puso la justicia divina no te supiste abstener de quebrantarle tres horas cabales!

Pero, volviendo a nuestra estación, digo que me espanta a lo que ha llegado la desvergüenza de las mujeres, pues se ven por esas calles que con el rostro y acciones van convidando con su cuerpo a cuantos ven, siendo ya tan conocidas como la ruda;¹⁴¹ pero no de tan grande sentimiento como esta planta, pues si la quemar un cogollo, tanto lo siente que se seca. Pero aunque oiga la mala mujer que su amiga Fulana yace en una cama entre dolores y penas o que murió desastradamente,¹⁴² no la aflige la falta de aquel cogollo de su prójimo, ni seca sus vicios, siendo toda su compuesta vanidad humo combatido del viento de la muerte, que cuando gime dice: ¡Infierno! ¡Válgame toda la misericordia de Dios! (a quien suplico con toda ella me juzgue); que cuando la edad robusta brinda con salud y el mundo con haberes, ofendemos a Dios hasta más no poder (pues es hasta que madura la edad), y entonces (porque no podemos pecar) tomamos el rosario y nos recogemos. Cuando el dolor asiste y la pena crece, cuando las necesidades multiplicadas visitan, cuan-

141. Hierba medicinal, que favorecía la orina y provocaba la menstruación.

142. De mala manera. Aquí parece significar 'sin sacramentos'.

do para pedir a Dios el alivio de tantas aficciones¹⁴³ apenas hay lugar, ¿cómo habrá lugar para satisfacer la deuda antigua de toda una vida?

Respóndame el pobre, a quien siguen necesidades. Si hoy se adeuda en cien reales para comer, y con la miseria que siempre navega adeudándose cada día más y más; si se hallase tan flaco que aun a las deudas más próximas y nuevas no pudiese pagar de ninguna manera, ¿cómo pagará aquellos cien reales que ya tiene olvidados por antiguos, pareciéndole que cuando encuentra al dueño y le ve no se los pide ni hace memoria de tal deuda? Si esto es así, ¿por qué no trata el hombre de apartarse de cometer pecados y más pecados, dejando la paga para cuando obliga el dolor a pedir de limosna a Dios el sosiego de la poca vida que le falta de vivir, sin tener lugar de poder satisfacer parte alguna de la deuda pasada?

En fin, el mundo está tal que adelanta la malicia a la edad, pues de doce años ya se sabe perder la sinceridad y la inocencia; y esto bien sabe la razón que es verdad, pues, gobernados del maldito Asmodeo, pierden desde luego la salud muchos, cubriéndose aquel Hospital de Antón Martín¹⁴⁴ de los picados de la aguda fiebre.¹⁴⁵ Y se ve bien claro lo profundo de los ingenios de la Corte en edad que espantan por lo anticipado que anda en ellos el uso de la razón, quedando en la edad crecida grandísimos brutos por haberse dado desde luego a la sensualidad, que no hay cosa que más acabe y destruya la hermosura, la gentileza, el brío, la salud, el ingenio, el sentido, la memoria, el cuerpo y el alma, quedando, de hombres con profundo discurso, en breve discurso profundas tarascas.

En este divertimento iban mis pasos cuando le vi hacer verdadero a una muchacha que apenas cumplía doce años, que, adornada con los trajes ya referidos y nada descuidada con el ramo del mesón carnal, se detuvo a la llamada de un cachorro tan primal como ella; y viendo en él más ternezas que dádivas, le dijo, meneando el cuerpo y en arpón¹⁴⁶ los brazos:

—No entiendo de coche, que me mareo. Esa leva¹⁴⁷ a otra coima,¹⁴⁸ hijo: yo no busco galán de gusto, sino de gasto; y así, ya sabes mi casa: si me llevas las medias de pelo de color de escarola y los zapatos picados, como sabes, me podrás ver; que aunque esté allí mi ama, no importa.

Asiola el mancebo de la mantilla, y ella le dijo, procurando desviarse:

—No seas tonto, muchacho: si quieres ser admitido en la escuela de amor pon en *dari* tu argumento y te oirán; que yo jamás estudié en Baldo¹⁴⁹ ni en balde.

Con esto se fue, y él se la quedó mirando cómo hollaba entre arrogante meneo.

¡Buenas cosas en buena edad! Y así somos brutos cuando grandes, pues yo conocí a a un muchacho que en la edad de diez años representaba a Séneca, y, guiado de la fama, un hombre entendido le fue a ver y oír, y después de haber examinado la verdad dijo:

—Este muchacho, cuando grande, será grande mentecato.

143. Orig.: 'afficciones' (p. 98).

144. El Hospital de Ntra. Sra. del Amor de Dios, en la calle de Atocha, curaba enfermedades de la piel y venéreas.

145. La lujuria.

146. O 'en gancho'. Se entiende que apoyando las manos (o los puños) en la cintura. La expresión 'sentado en arpón' es quevedesca y parece significar 'doblado el cuerpo hacia delante'.

147. Argucia, truco.

148. Amiguita.

149. El jurisconsulto italiano Pietro Baldo, cuyas obras eran de referencia.

A quien el muchacho respondió:

—De ese modo, vuesa merced cuando pequeño era muy agudo.

Admirose la respuesta, y yo me admiro de que todo salió verdad cuanto el hombre dijo, pues hoy le conozco; que por haberse dado temprano al vicio se le ausentó el discurso, dejándole tan bruto como la piedra que se acaba de arrancar de su centro. Esto es común en la mayor parte de los hijos deste lugar, pues se hallan en la edad de doce a diez y seis años mayores gramáticos que vio París ni Atenas, quedando cuando habían de espantar con la discreción tan brutos que espantan, siendo tarascas.

Con el deseo de ver iba mi discurso navegando por las calles de Madrid, cuando vi un caballero que andaba las estaciones descalzo y descubierta la cabeza, imitándole dos lacayos y un paje. Allí tuve bien que notar, pues consideré que aquel que, penitente, visitaba el sepulcro de Cristo daba ejemplo a los suyos para que hiciesen lo que él; siendo cierto que el bueno procura que todos lo sean aconsejando lo que vale para el alma, y el malo aconseja lo que daña el cuerpo y el alma, siguiendo en esto la escuela de Satanás, en cuyo poder quedan los que se apartan de Dios. Divertido me fui detrás de este caballero, y en la primera iglesia que entró dio limosna a las demandas de la puerta, y después de haber hecho oración y, postrado, besado la tierra (imitándole los suyos), se fue por otra puerta dando alivio a las necesidades que veía. Deste modo iba, y yo me detuve a oír a un ciego que con una voz parda y grave rezaba (como quien con tristeza canta) este romance:

Divino Jesús, escucha
la voz de un humilde ciego
a quien trabó la malicia
y dejó mudo su yerro.
Tarde llego, mas no ignoro
que si mi culpa confieso,
si a la enmienda llegué tarde,
al perdón tarde no llego.
Aunque irrité tu justicia,
tan otro a tus pies me acerco,
que me juzgo arrepentido,
amante, que lisonjero.
Creo infinitas mis culpas
y tu poder creo inmenso,
mas, con tu misericordia,
que me perdonarás creo.
¡Oh mi Dios, y quién pudiera
haber perdido el aliento
así que el santo bautismo
le lavó su primer yerro
para no haberte ofendido.
Aquí la muerte deseo,
aunque jamás ha vivido
quien en tu gracia está muerto.

Todo el descanso mayor
 de lo mortal es el sueño:
 ensayo que de la muerte
 representa el triste velo.
 Dichoso el que en este mundo
 supo abstenerse, viviendo,
 de los lances de la vida,
 para no morir temiendo.
 Mas hoy, humilde y rendido,
 sin vista (en decirlo tiemblo,
 pues vista tiene quien sabe
 que estás por él en un leño).
 a tus pies yace postrado
 el que vivió sin recelo
 de que después de la vida
 puede seguirse el Infierno.
 Oye al vasallo, Señor,
 pues con tu sangre cubierto,
 le buscaste, y ya se humilla,
 temeroso de sí mismo.
 Juzgábate riguroso.
 ¡Qué crueldad! ¡Qué desacierto
 fue contemplarte león,
 siendo Tú manso cordero!
 ¡Ea, estiende bien los brazos!,
 pues en tus acciones veo
 que ofreces toda la Gloria
 por sólo un golpe de pecho.

Apenas hubo acabado el ciego de pintar este arrepentimiento buscando a Dios, cuando dio una voz o grito, diciendo:

—¡Ay mi capa! ¡Señor, no se burle de ese modo con un pobre ciego! ¡Déquela,¹⁵⁰ que me yela el aire!

Pero ni la capa ni quien se la quitó pareció; ni pareció ser burla, pues de veras se la quitaron.

—No hay más que ver —decía un hombre— ni hay que contar mayor desvergüenza que aquésta, pues sin respetar el tiempo santo ni atender a la miseria deste cuitado ciego, le haya un ladrón quitado la capa.

¡Oh miserable hombre que tal hiciste! Pues en día que debías arrepentirte de tus pecados cometes pecados nuevos, guárdate de un triste fin». Asustado el pobre ciego, no acertaba a moverse ni hablar palabra, cuando vi a un hombre que, quitándose la capa que puesta traía, se la puso al ciego, diciendo:

150. Dela acá, devuélvamela.

—Toma esta mía, pobre; que, representante de la razón, te desnudó la malicia. Viste tu pobreza.

Diciendo esto se la puso en los hombros y él se fue en cuerpo, llorando y limpiándose los ojos, dando harto que notar a cuantos lo vieron, y yo le seguí largo trecho, consolándome el ver un hombre que se apartaba de ser tarasca.

ABUSOS DEL SEXTO DIA, VIERNES

PINTURA DEL GLOTÓN Y SALIDAS A LAS CRUCES

Al día quinto sucedió el sexto, viernes, en que hizo Dios las bestias de la tierra, los jumentos y animales según sus especies, y, hecho todo, para remate de tan real y maravillosa obra, y para fin della, quiso coronarla con la mayor de todas, pues por timbre crio al hombre. Sin detenerse Dios en criatura alguna, aquí (como en todas) vinieron para obra tan real todas las tres Personas en un acuerdo, diciendo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza». ¡Oh poder infinito, pues en la fábrica de la criatura la levantas tanto que la formas a tu imagen y semejanza; y en pago de tal obra, en el mismo día que la criaste, en ese mismo día te da muerte!

Criado el hombre de hermosísima presencia, cuerpo dispuesto y grande, bien organizado de miembros y venas, rostro hermoso, la edad como hasta treinta años, dotado de alma adornada de tres potencias (hermosísimas vistas que las tres Personas le dieron, quedando con todas tres un solo hombre como las tres divinas Personas un solo Dios), adornole de cinco sentidos, que le dio en forma de caudal para que los emplease con su libre albedrío; y, sobre todo, le dio profundo saber con que penetró los cielos. Miró la tierra y empezó a rendirle vasallaje, pues el león, mostrando halagos, se le humilló; el caballo, brioso y lozano, se ofreció a su servicio, y deste modo todos los animales se fueron mostrando que salieron al mundo, conociéndole por señor absoluto. Las aves, deshojándose de los aires, le cantaban la gala en forma del *Te Deum laudamus*, como a señor y dueño tan deseado. El pez, mostrando la frentecilla de plata, con su lengua muda decía: «Para ti me crio Dios: bien puedes mandar en mí como en cosas tuyas». Lo que había producido la tierra en plantas y flores, todas le ofrecieron fruto. Viose señor de todo y conocióse maestro de todas las ciencias; sintiose grande astrólogo, penetró los cielos, conoció los astros y planetas, y el Sol y la Luna; midió el aire, pesó el fuego, surcó la tierra y rompió las aguas.

Pero durole poco el gozarlo sin afán y sin cansancio; que hasta entonces no habían entrado las pasiones del alma (como era criado en gracia); y viendo Dios que la comunicación de Adán no podía ser en común más de con animales y aves, ordenó de criarle una compañía con quien viviese gozoso y separado de la comunicación del bruto; y así, el Cirujano celestial quitó una costilla a Adán y formó a Eva; y, volviendo la vista Adán, miró a Eva y, al verla, la dijo palabras de amor sin espantarse de ver a una mujer en carnes (o en cueros, que no hay cosa más fiera); pero como gozaba¹⁵¹ la gracia en que fue criado, como amigo de Dios, no le asombró aquella costa¹⁵² tan grande que salió de su costilla: díjola palabras amorosas, conociola por compañera y ella por dueño al hombre. Y para

151. Orig.: 'gozova' (p. 108).

152. Costilla. El autor parece jugar con la acepción de 'trabajo, carga'.

que supiesen que, pues todo lo criado estaba sujeto a ellos y, obediente, se rendía a su poder, [...] ¹⁵³ reparasen que ellos lo habían de estar a Dios, que era el Criador y le habían de obedecer como a dueño soberano, y viendo Dios que en el hombre había tan poca firmeza, le quiso probar en fiarle una cosa bien fácil, y, señalándole un precepto, le dijo: «Guarda mi mandamiento, Adán, que en eso consiste mi ley».

Pero no pasaron tres horas que aquella costa de Adán no mostrase que el sustentar el hombre vil compañía le había de costar el sosiego y la vida, ¹⁵⁴ pues, llegándose Eva al vedado árbol, deseosa de ver cosas nuevas admirando plantas y flores, dio una vuelta a todo su discurso y, picándola la curiosidad, empezó a contemplar la hermosura de la fruta a que no podía llegar. Si entonces y ahora tratara la mujer de contemplar y desear sólo a Dios, no la tentara y venciera el Demonio: viola divertida y descuidada de sus obligaciones, y, viendo la ocasión tan a gusto y la puerta abierta, se entró en la posada que jamás creyó entrar. Alcanzó y comió de la fruta; pero al instante conoció en la golosina lo acibarado del engaño, y más disimulada que una zorra se fue a Adán, diciéndole: «¡Buenas cosas nos veda el Criador: el mejor sabor al paladar y la más hermosa fruta a los ojos! Toma y come, que yo ya soy otra después que comí, y ya me siento diferenciada de la primera forma».

Escuchó el hombre la equívoca razón y, creyendo que lo decía porque era mejor que él con aquel bocado y que ya era más perfecta que antes, se dejó llevar del engaño de su consorte y mordió el veneno: sintió su desnudez y conoció su pecado; reparó en la traidora razón de Eva, quedando desde entonces el equívoco en el mundo por palabra con dos caras (o con más, según suena).

Esto sucedió en el primer viernes del mundo, en que Adán y Eva, siendo criados tan hermosos, como amigos de Dios, quebrantaron sus mandamientos y quedaron tarascas; y por imitarlos hoy los nacidos, en el Viernes santo, sexto día de aquella semana de la Pasión y muerte de Dios Hombre, le ofenden de nuevo, como va dicho en los pasos referidos y diré en los siguientes, dándome Dios su gracia. A quien suplico me enseñe qué decir, pues conozco que lo corto de mi discurso no vale cosa alguna sin el divino favor.

Sale el Viernes santo el hombre regalado, creyendo que no es Viernes santo, pues sus obras, faltas de temor, no reparan en el tiempo, cuando el Sol hermoso, lleno de horror y confusión no da luz a la tierra por no ver en ella deshojada la cándida Flor a manos del ingrato y desconocido vasallo. ¡Oh, qué trabajoso día es éste para los poderosos!, que como en todo el año no ayunan ni saben que hay día en que se come pescado, y este día lo intentan comer por ser Viernes santo, se determinan a buscar muchos regalos para poder pasar este día. Visita la plaza buscando pescados frescos para su plato, huevos, leche, frutas frescas, espárragos y todo lo más regalado para poder pasar un día del año. Ve un labrador que vende una anguila de buen tamaño, tómala en la mano con intento de no dejarla por cantidad alguna; pregunta cuánto vale, responde el labrador que veinte reales; no se le hace mucho al que compra, porque ve que es regalado bocado. Dícele que adónde la cogió, responde que en Manzanares; admírase al oírlo, haciendo cruces en el rostro, a quien dice el labrador:

153. Aquí ('supiesen que... reparasen que') parece haberse extraviado algo (p. 108); pero bien podría ser lapsus del autor.

154. Orig.: 'tada' (p. 108).

—No se estrañe vuesa merced, y crea que aunque muchas veces le faltan lágrimas para llorar su pobreza y corto caudal, es dueño Manzanares de la mejor pesca de España.¹⁵⁵

En fin, la ajusta y se la lleva, por llevar mucho que comer. De todo esto arma su mesa para no comer carne aquel día. Bien se les puede agradecer a los que no conocen en el año las cuatro témporas ni los días que son vigiliias y abstinencias, que se acuerden de abstenerse aqueste día; pero lo hacen de un modo que no sé que merezcan cosa alguna. O, si no, vuelvan la vista a la mesa del pobre: verán un poco de abadejo malo, sobre ser poco, con un poco de vinagre aderezado; un potaje de lantejas (que danzan en el agua, por ser pocas), pan de lo más barato que hallan, y a la noche una ensalada (que ya la compra picada) hecha de hojas verdes de escarolas (que porque dan buen recado por un cuarto se arriman a ella). De este modo pasa el viernes o vigilia, ayunando el día de precepto sin jugar el atrevido y desatento refrán de *Harto ayuna quien mal come*, pues para ayunar cuando lo manda la Iglesia poco importa el mal comer. Esto se entiende con el pobre; que el poderoso come carne todo el año y no conoce la necesidad, que es un afán cansado que sólo batalla con el pobre hasta que le deja rendido.

Este día que por abstenerse de comer carne el poderoso busca tantos regalos, procura el pobre ayunar a pan y agua. Esto hace el pobre que tiene entendimiento rico, con que ve lo que conviene a su alma; que la joya que da valor al anillo debe guardarse mucho; pero el pobre que vive con libertad todo el año, el Jueves santo propone de ayunar a otro día, y así que llega el día le iguala con los demás, siendo causa el estar mal enseñado, y aquel en quien tiene hecho asiento el mal enseñado es menester que la buena regla le eche a palos y golpes del lugar que ocupa; pero no lo hace, porque estima mucho su cuerpo, y el poderoso mucho su salud, que le parece que la perderá si deja de comer carne algún día.

En todas partes hay brutos: entre pobres muchos, y entre poderosos no hay pocos. A semejante gente suele llamar el entendido *hombres sin alma*; yo no diré tal, pero diré que, teniéndola, parece que no la tienen, según la estiman. Mire el perdido no dé lugar a que el Demonio (por causa del pecado) le ponga parecido a Judas, haciéndole arrojar del seno el precio de la sangre de Cristo; que, si lo hace, cuéntese un segundo Judas predestinado al Infierno. Y por que la comparación no quede con duda, atienda el lector:

Desde que nació Judas no le faltó un demonio a su lado; y también puede creer cualquiera hombre que le tiene, como tiene ángel bueno; pues los recuerdos buenos y buenas inspiraciones que se le vienen a la memoria son causadas del ángel que le asiste, y los malos pensamientos y malos deseos y obras los causa el Demonio, que fue nombrado para hacerle guerra perpetua en cuanto vive sobre la tierra. Y así, digo que para que Judas se condenara le aconsejó el Demonio que restituyera. Mire el lector el camino que buscó el Demonio para condenar aquella alma, pues la acometió aconsejándola la restitución. Y fue que, como el Demonio veía en poder de Judas el precio de la sangre de Jesús, le pareció que era imposible el condenarse hombre que tal precio tenía consigo, y por eso le aconsejó la restitución; y así que le vio que había lanzado el dinero en el templo y le miró tan pobre y desnudo, con facilidad le hizo desesperar. Mire ahora el católico que con sus vicios va perdiendo la hidalguía cristiana, y que si le ve el Demonio sin adorno de merecimientos el alma, que puede con facilidad enseñarle la soga y el árbol de su condenación. Acójase el

155. Muchos autores de la época aluden irónicamente al raudal del río Manzanares y la desmesurada "puente Segoviana" que lo cruzaba; pero el autor (madrileño hasta los hígados) parece hacerlo de veras.

lector a la sangre de Cristo, que allí matará todos los pecados cometidos, quedando limpio para producir gracia en el alma.

El terebinto es un árbol misterioso: suda un licor que cualquiera animal ponzoñoso que quiere roer su tronco, si le cae encima una gota queda muerto; y por esto dice un teólogo que al pie de este árbol enterró el gran Padre de familias los ídolos de Ismael, para que el sudor del árbol los consumiese. Busque este árbol el pecador, que en los confesonarios se halla, y entierre allí sus vicios, procurando no volverlos a desenterrar, y verá cómo se halla libre de que el Demonio le venza.

Amón, caballero inglés, se crio como se crían los hijos de los poderosos, y más siendo varón solo en la casa de sus padres. Vivió en su primera infancia enfermo y delicado, hasta la edad de catorce años, conociéndosele penetrante discurso. Quitole la Fortuna hacienda y padres, causado de las persecuciones de Cromuel;¹⁵⁶ llegó al extremo de pedir por Dios para pasar la vida. Vino a Madrid, donde le dio el mal de la muerte, y, tendido en una miserable cama, le oí decir estas razones:

—Cuando en casa de mis padres me sobraba el regalo siempre viví enfermo; pero así que se enseñó el cuerpo a miserias y mal pasar, me sobró la salud. Quien regala el cuerpo con demasía hace criar en el entendimiento ovas que obscurecen su claridad; y quien se enseña a un humilde sustento, sin salir de él, hace aclarar los sentidos; pues es cierto que el cuerpo vivirá como le enseñaren; que el mal pasar no le acaba, pues con sólo yerbas pasaron muchos santos en los desiertos; que el verdadero sustento es Dios.

Esto le oí decir a un hombre que se había criado entre herejes; y en Madrid, criándose entre católicos, se nos pegan todos los vicios que sustentan los siete pecados mortales.

A la Plaza Mayor guían este día, viernes, dos amigos; el uno lleva poco dinero y con el otro, que lleva más, se quiere igualar en el comprar, porque le parece que otra cosa será mengua (y suele echar todo el caudal que lleva en sólo un bocado, y no repara que sin los adherentes necesarios el buen bocado no luce, y más si falta pan y vino). Llegan donde hay parte de los regalos que a doce pobres dan los católicos Reyes el Jueves santo,¹⁵⁷ y, viendo algunos platos de gusto, se detienen; y aunque ya han comprado lo bastante para comer aquel día, no por eso dejan de poner en precio un plato de albuces;¹⁵⁸ ajústanle por lo que quiere la que le vende, y de cuatro que tiene el plato pellizcan el uno de tan buena manera que se le comen; la sal que tiene es demasiada y por aplacarla guían a un bebedero remordiéndose los labios y mondándose los dientes con un dedo, y a falta del dedo con la lengua. ¿Es posible que no se abstendrán estos hombres, hoy viernes, siquiera por quien lo ve? «No (dicen ellos); que para nosotros no tiene más el viernes que el domingo; que aunque parecemos hombres no lo somos, pues somos tarascas».

Llegan otros tres amigos a este sitio de las mesas y conciertan un plato de uvas, más secas que pasas, pero muy llenas de flores;¹⁵⁹ y apenas le compran cuando se ponen a comer las uvas, diciendo el uno: «El plato se lo vale» (y a todo rigor vale doce cuartos y les ha costado cuatro reales). Velos un muchacho que, cargado con una aceitera, anda buscando

156. Se refiere a Oliver Cromwell.

157. Era costumbre de la Casa Real agasajar a 12 pobres, lavatorio de pies incluido.

158. Cierta pez de río y de carne muy blanca. Abunda en el Guadalquivir.

159. 'Flores' eran malas artes, trampas, bien en el juego, bien fingirse tullido o gravemente enfermo para pedir limosna...; pero no acierto cómo aplica aquí.

a un aceitero para tomar aceite, y como en su casa deben de vivir cristianamente, espantado de ver comer aquellos tres hombres en tal tiempo, llamando a otro de su edad, le dice:

—Oyes, Juanillo. ¿No ves aquellos hombres cómo están comiendo en mitad de la plaza y siendo Viernes santo?

—¡Jesús! Quien tal hace —dice el otro— ¡qué mala gente!, que no creen en Dios. En verdad que en mi casa todos ayunamos a pan y agua.

—Y en la mía —prosigue el otro—, aunque están los más enfermos. Pero ¿no ves el que tiene el plato en la mano, que tal muestra el rostro que parece cara de demonio? Vámonos, que me da miedo.

Vanse los muchachos, y ellos, después de haber acabado de comer aquellas uvas en un tiempo (y ya ni bien pasas, pues a pasas no saben), se llega a ellos una tapada de medio ojo,¹⁶⁰ y al que tiene el plato en la mano se le quita. Suéltale con facilidad y, gozoso del empleo, la dice si quiere otra cosa. Ella le vuelve a mirar; hácele señas, con que la sigue. Atraviésase un pobre tullido pidiéndole una limosna, pareciéndole que la tiene segura por haber visto lo manirroto de su condición; y respóndele:

—Vaya a servir al Rey, que con tan buenos carrillos bien puede.

Repare el que tal hace en que hace mal, pues se trueca de hombre a demonio y da ocasión con lo profano y bruto de sus obras para que la infante edad conozca en su cara lo barato de su alma. ¡Un Viernes santo siquiera es posible, cortesanos!

¡Oh amantísimo lector! Si mis moralidades te cansan perdona, que soy cristiano y como tal he de aconsejar a mi prójimo.

El pájaro cichón¹⁶¹ es una ave muy pintada, copetuda y del grandor de un tordo, cuyo canto suspende con la dulzura y diversa música; toca de calandria y ruiseñor; llámanle en algunas partes *clarín de los valles*. No cesa su canto en todo el año, sólo los días tristes, a quien pone luto el ausencia del sol, no canta ni se atreve a salir de su albergue, poniéndose casi mortal, con los ojos inclinados a la tierra. Ave es ésta con grande discurso, pues la suspende el canto y alegría un día triste, y al hombre no le suspende su vicio y torpeza un día en que murió su Dios.

La yerba estere¹⁶² es de la forma de la estrellamar,¹⁶³ pero no tan común; esta yerba que digo quita la calentura y alivia del dolor de ijada, y, metida en el pecho a raíz de la carne, del mismo modo que se va secando seca y consume las almorranas. Es su color muy vivo el verde; sólo los viernes del año muda su gala a la color mortal, pues se viste de color ceniciento y se entristece o marchita. Yerba misteriosa es ésta, sólo la falta lengua para dar voces y llamar al hombre, diciendo: «Bruto a quien dan nombre sus obras, contempla en mi color mi sentimiento, pues me amortajo huyendo de la vanidad el día en que murió el Criador de cielo y tierra». Mire ahora el hombre su vida y costumbres y repare en sus torpes acciones, que si lo hace conocerá tanto yerro que le parezca imposible el poder vivir tan cargado de peso. El árbol lais,¹⁶⁴ a quien el fuego no quema,¹⁶⁵ dicen por muy cierto

160. Uso que persistía, pese a las prohibiciones repetidamente publicadas.

161. O 'sinsonte': ave de América del Norte (en Méjico: 'cenzontle').

162. Por 'asteridae'.

163. 'Cuerno de ciervo', en algunos lugares.

164. Orig.: 'laiz' (p. 118).

165. Comentado por Plinio y recogido por Celio Rodiginio.

los que habitan donde él se cría que lloran sus hojas todos los viernes del año; y si lo hace, ¿qué mucho que no ofenda el fuego a quien sabe llorar? Mire el hombre empedernido en sus vicios que le puede abrasar el fuego del Infierno, y que tiene mucha dureza, estando sujeto a la muerte como la más débil planta.

En fin, los regalones de la Corte, o glotones, después de una mesa como día de boda, los unos por costumbre y otros porque han ayunado, cansados de dos días de procesiones, se van esta tarde a las Cruces:¹⁶⁶ una salida es muy buena, pues se va a visitar los pasos tan penosos como doloridos de Dios Hombre. Pero pregunto, ¿a qué salen las tarascas de Madrid? ¿A volverse tarascas los que no lo están? Juzgo que fuera acertado el que a esta salida fueran sólo hombres un día y otro mujeres, pues así se evitaran muchas ofensas que se hacen a Dios. Alabo los oratorios de Madrid donde sólo entran hombres a frecuentar los sacramentos, pues allí se goza quietud, porque la quietud habita donde no hay mujeres. Caminando van a las Cruces los que a buscar cruces van.

Sale una cuadrilla de cuatro amigos y en el campo encuentran una mujer tapada con su manto; llégase a ella el uno y dícela:

—Reina mía, sólo el aire del cuerpo obliga a que la diga si quiere algo. Pida, no sea tonta; pero no lo podrá ser quien sabe cautivar tapada. Buen medio ha tomado vuesa merced para no hacer cegar de improviso tomando las veces del Sol. A dicha tengo el haber salido esta tarde al campo, pues he visto tanto bueno. Y para que mi dicha sea cumplida sólo me falta ver el rostro, que bien creo que será como el de un ángel.

A todos los disparates deste tarasca calla la mujer (sin duda no lo es, pues calla); prosigue en sus requiebros y llégase tan cerca que casi la impide el paso; la mujer echa por un lado y por otro, sin responder y siempre tapada, hasta que la obliga a descubrir un rostro macilento, tiernos los ojos y nada niños, y dícele:

—Cierto, caballero importuno, que creí que no traía yo traje ni modo para que ningún hombre me requebrase ni hiciese caso de mí; pero creo que quien en tal tiempo obra tan determinado y con tan poco respeto, que no es hombre, sino demonio. Váyase a la mano y encamine los ojos a la muerte, que no sabe si se habrá cumplido el número de sus días.

Tápase con esto y arrodíllase al pie de una cruz; y este tarasca que pinto, haciéndose en el rostro admiraciones, como quien se hace cruces, dice a los otros:

—Camaradas, ¡buena vejez encontré! ¿En qué he ofendido yo a Dios, que siempre topo con viejas consejeras?.

Poco estima el tal hombre los avisos de Dios; pues donde busca su perdición halla su desengaño.

La hormiga huye de la abubilla, en tanta manera que muere si a ella llega, y también huye de la parte donde hay aceite, pues en el árbol que untan el tronco con este licor no sube: conocimiento para huir del daño en cosa tan pequeña; y la mejor obra de Dios, que es el hombre, no huye de su perdición. ¡Válgame Dios, qué poca vista hay en estos tiempos!

Pasan estos perdidos de la primer cruz y en la segunda ven dos pobres mujeres vergonzantes que, tapadas, piden limosna, a quien dice el uno:

—No tengo devoción de dar limosna a estas tapadas.

—Ni yo tampoco —dice otro.

166. A recorrer los *Via Crucis*.

—No hay limosna —replicó otro— como a un ciego, a un tullido y a un viejo.

—Bien decís —responden todos.

Pero ni al ciego, tullido ni viejo dan consuelo, aunque pueden. Más adelante están dos muchachos de los Desamparados cantando en tono amoroso la Pasión de Dios Hombre; páranse a oírlos sin atender que piden con aquel gracejo limosna para ellos y sus hermanos. Cánsase de oírlos, y dice el uno:

—¡Quien los amagara con una hornada de pasteles!

Otro dice:

—No, que para éstos mejor era una olla de almondiguillas.

Otro, por que no se le pudra su agudo dicho, dice:

—Mejor fuera una olla de mondongo.

Miren qué tales están de ciegos que sin reparar que están en Viernes santo, tienen la memoria en aquello que se pusieran a comer si presente lo vieran; que quien no se sabe abstener de otras ofensas poco evitará ésta.

Vanse haciendo burla de aquellos pobrecitos sin darlos limosna, y ven a un ciego que, sentado a un lado del camino, meneaba de rato en rato los hombros (que será cierto que lo hará por espantar los piojos que le atormentan las pobres y mal vestidas carnes). Páranse a mirarle y dice el uno:

—¡Ola! ¿No veis aquel ciego como juega espada y daga? Bravas estocadas tira con ambos brazos.

Ríense los camaradas, y dice el uno:

—La devoción quita este ciego cuando pide por las calles, pues da unas voces con que espanta el sosiego de las casas.

—El pobre —dice otro— ha de pedir con tono bajo.

Con esto se van sin dar limosna a ningún pobre. Hombres miserables, ya que no dais limosna al pobre necesitado, no hagáis burla dél. Si no os mueve la pobreza de una mujer a quien la vergüenza tapa el rostro, ni la de unos pobres muchachos a quien faltó el amparo de sus padres, ni la extrema necesidad de un ciego, ¿a quién habéis de socorrer? Ellos lo dirán, prosiga el lector.

Encuentra con ellos una gorroncilla, tan vil como mala, y como los ve tan de su gusto y su anhelo es buscar perdidos (que como el tiempo está algo estéril deste ganado, o este perdido, no ha topado más de a éstos), detiene al uno y dícele que la dé para aloja,¹⁶⁷ y sin más petición saca un puñado de cuartos y se los da; despídese con esto la polilla de bolsas y ellos guían su camino, en lugar de a las Cruces, al Infierno.

Sale al paso una moza que vende cañamones y tostones¹⁶⁸ (que nunca anda lo uno sin lo otro, porque es como palillos y cucharas); llámala el uno y toma un puñado de cañamones y se los echa en la boca, a cuya acción dice un camarada:

—¿No ayunáis, Fulano?

A quien responde:

—¿De cuándo acá aconseja la Méndez a la Chaves? ¿Desde cuándo habéis dado en santurrón?

167. Bebida de miel, azúcar, agua (a veces también vino) y especias que se tomaba fría. Se vendía en las 'alojerías'.

168. Semillas de cáñamo y garbanzos tostados.

Tírale de la capa la de los cañamones y dícele:

—Señor golilla,¹⁶⁹ a ese precio, vendidos están los de la cesta.

Vuelve a mirarla y parécele razonable un rostro entre una toca mala y un mal sombrero y un mirar de tagarona¹⁷⁰ taimada; echa los ojos al tronco y ve que se asoma a los perfiles de unas cortas enaguas un zapato, que parece media botilla, que tapa su pie y el de unas medias de estambres blancas. Saca un real, diciendo:

—Tome, mi enamorada, y échese ese cuartillo por mi cuenta.

Tómalo y guía al son de sus voces, y él se queda embelesado hasta que le hace volver un:

—Ay, pobre y miserable de mí! ¿Hay quien se duela de mi necesidad? Vuelvan los ojos a estas llagas y pobreza de un necesitado.

Vuelven la vista estos perdidos a la triste voz y ven un hombre de mediana edad que, mostrando las piernas espantosas y llagadas, arroja lágrimas a petición de dolores y necesidad; y en lugar de reparar en la miseria humana y a lo que está sujeto el cuerpo mortal, dice el uno de los perdidos:

—Vámonos de aquí, hombres, que da asco este pobre con aquellas llagas.

Apártanse de aquel sitio chanceando, como si fuera tiempo para ello. Llegan donde un ciego está echando de repente y glosando algunos pies que le dan; llégase un sacerdote al ciego y, viendo que escucha tanto perdido, procurando avisar que hay muerte y Infierno, adelantándole la limosna al ciego le dice que glose esta quintilla:

Número tiene el pecar,
término tiene el lucir:
el que nace ha de morir,
y no se puede salvar
el que no supo vivir.

Escucha, bulto formado;
 atiende, gran pecador,
 pues niegas a tu Señor
 las riquezas que te ha dado.
 Alma te dio y, olvidado,
 te excusas que has de pagar
 al Juez que te ha de juzgar;
 y el que, traidor, se desdice
 oirá la voz que dice:
Número tiene el pecar.

Mortal, si con los verdores
 a que te alientan la vida
 vives, la muerte atrevida
 puede marchitar tus flores.

169. Adorno de cartón forrado que circundaba la base del cuello (‘gola’) y luego se abría hacia los lados y hacia atrás, pero no por debajo del mentón.

170. Morisca.

Huye de tantos rigores,
pues es tan cierto el morir.
Procúrate divertir
mirando a Cristo en la cruz,
pues de tu caduca luz
término tiene el lucir.

Ejemplo dio en el madero
Jesús al hombre mortal
para que huya del mal
que convida el lisonjero,
pues, siendo manso cordero,
allí nos quiso decir
que no hay firmeza en vivir.
Y pues Dios avisos dio
que como hombre murió,
el que nace ha de morir.

Triste de aquel pecador
que, olvidado de la muerte,
que es frágil bulto no advierte,
sujeto a todo dolor.
Quien vive siendo ofensor
de Dios, se ha de condenar:
mérito del mal obrar,
del lascivo y homicida.
Triste si está en la partida
y no se puede salvar.

Abre los ojos perdidos,
mira el tiempo que se va,
y avisos la muerte da
con espantosos gemidos.
Ten atentos los oídos
si acaso oyeres decir:
¡Ay triste, que he de morir!
Todo el ser se ha de acabar,
y se puede condenar
el que no supo vivir.

Unos alabaron la glosa por ser tan del tiempo, otros rindieron estimaciones al autor del pie, y otros se entristecieron mostrándolo en los ojos; y estos amigotes perdidos empezaron a murmurar: el uno dijo que aquel pie era muy viejo y lo glosado no valía nada; otro, que él lo había leído en unas coplas. Todos mintieron.

Y por mostrar que eran tarascas guiaron al reclamo de unas mujeres que vieron, inquietadoras de almas, y sólo de almas a quien inquieta el Demonio; que el alma que ama a Dios ha de ser como el humo sin ser como el humo. Sea como el humo en irse a lo alto (así que se ve criado) buscando su esfera; busque el hombre lo alto de la gloria y procure no parecerse al humo, sin que le desvanezca el aire de su perdición. En él **guiaron al reclamo** de aquellos demonios adornados, empezando a convidarlas a la primera vista, y ellas a despreciar sus personas notando al uno de calvo, al otro de zámbrigo de piernas, y al otro de mal encarado, y que el otro olía a escarpines; y haciendo de la desvergüenza gala y donaire, llegaron sin atención a una tropa de gente que oyendo estaba a un santo religioso Descalzo a quien vestía un saco de sayal. Mostraba el rostro pálido y barbado, sin aliño, y una sogá puesta al pescuezo¹⁷¹ y en sus manos un crucifijo; vertía lágrimas y a voces decía: «¡Penitencia!», moviendo a llanto a infinitas personas que le escuchaban;¹⁷² pero estos perdidos guiaban a su perdición haciendo donaire de los desprecios que los habían dicho.

¿A qué salen tantas almas este día, Viernes santo, camino de las Cruces del convento de San Bernardino y las del convento de Atocha? A rezar, dirán todos, y a contemplar los pasos de la pasión del Hombre Dios. Eso se debe hacer; pero a mí se me ofrecía hartó que decir de lo que veo y oigo a tanto bruto. Y pues la criatura, a quien formó Dios este día a su imagen y semejanza, ilustrada con tantas partes, siendo la maravilla mayor que crio Dios hasta hoy, ya muda al consejo, ya ciega al aviso, ya olvidada de lo pasado, ingrata y desconocida, apartada de la razón natural, se olvida de la muerte y del Infierno, cometiendo obras para ir allá, denla por título y nombre tarasca.

171. Orig.: 'puescuerdo' (p. 128).

172. En esos días de Cuaresma solían los predicadores hacerlo en la calle, y podría decirse que competían en dramatismo y gestualidad.

ABUSOS DEL SEPTIMO DIA, SÁBADO SANTO

PINTURA DE EL MAL AYUNADOR Y DE EL MAL MINISTRO

GLORIOSO y bendito en los cielos y en la tierra quedó el supremo Artífice el séptimo día, sábado, y, gozoso de ver lo criado todo tan hermoso, cesó este día de obrar su omnipotencia, porque ya estaba todo criado y con toda perfección (que lo que Dios hace no necesita de enmienda: sólo a su poder es fácil todo). Descansó este día de obrar, no porque a Dios se atreve el cansancio; y así, diré que cesó de obrar para que tal día cesase el hombre de su común tarea y cesase el pecador de ofenderle y, contrito, confesase bien su pecado, pues en aquel tiempo el sábado era como ahora el domingo: que le dedica Dios para que se le dediquen, sin ofenderle en él quebrantando sus Mandamientos.

Sábado santo, por ser víspera de Pascua, intenta de ayunar el que no lo ha hecho en toda la Cuaresma; creo que lo hace porque sale muy harto de pescado del viernes, día en que se abstuvo de comer carne. En fin, quiere ayunar; despierta a las seis de la mañana y empieza con mucha priesa a llamar a la criada para que encienda lumbre y le haga chocolate. La criada dice que no hay azúcar: danla para media libra; va a medio vestir por ella y, como es temprano, no halla tienda abierta. Al cabo de una hora se determina de llamar en una confitería; ábrela una muchacha y, entre esperezos, abriéndosele la boca y limpiándose los ojos, la pregunta qué quiere; responde que dos reales de azúcar (y para media libra la dieron dos reales y medio; pero ¿cómo había de faltar sisa en esto, si la hay en todo?). Pésala¹⁷³ seis onzas y parte con ellas a su casa y en el camino se come unos pedacillos que iban separados de uno grande. Llega a casa y, como ha tardado, la recibe el ayunador echándola cien maldiciones. Más valiera abstenerse de maldecir que de comer; pero este ayunador no hace uno ni otro: empieza con gran priesa a dar voces que encienda lumbre y ponga agua a calentar; la moza abrevia lo posible, hace el chocolate, sácale una jícara de cosa de un cuartillo y el ayunador echa dentro un bizcocho de buen tamaño, diciendo entre sí: «Parva materia¹⁷⁴ es: no puede quebrantar el ayuno».

Vístese con mucho espacio, imaginando qué habrá en la plaza que comprar para comer aquel día y para el domingo de Pascua (que le espera por instantes, porque dos días de pescado se le hacen un siglo de penas, sin reparar en lo que serán las penas de un siglo). Estándose vistiendo oye cantar en la casa de enfrente de la suya; atiende al eco suave de una doncella que en la compañía de su pobre madre se sustentan de una labor tan mísera como la de la calle de las Postas,¹⁷⁵ pues de una camisa que acaban entre las dos cada día

173. Orig.: 'Pesalas' (p. 131).

174. Escaso alimento.

175. En ella se concentraban las tiendas de mercería y de ropa.

las dan real y medio, librando en esta ganancia el sustento personal; y por divertir parte de las penas, que las molesta en mirarse la una a la otra con muy trabajosos vestidos, vertiendo lágrimas con que humedece la camisa para poderla doblar, canta (tan triste que equivoca la música) este romance:

¡Qué triste que estaba el día!
Y no es mucho de espantar
que la criatura sienta
ver al Criador penar.
Sangre lloraban sus ojos,
y sin poder agotar
tanto¹⁷⁶ caudal de sentir,
al sentir pide caudal.
Las lágrimas que arrojaba
recogía un pedernal,
y por solo acompañarle
guarda en sí el tierno raudal.
Siento (dijo) por quien sientes,
y así, te quiero ayudar,
pidiéndote solamente
que dejes en mí señal.
Las piedras sienten el ver
a su amante Dios penar;
y, siendo dura materia,
allí se ven ablandar.
Y el hombre, sordo a tus quejas,
¡oh, gran Dios!, no quiere dar
ni el oído a la razón
ni el sentir a tu penar.
El tiempo siente la muerte
de su Autor universal,
y las piedras se enternecen
y el hombre vuelve a pecar.
No es posible. Sí es posible.
Respuesta la razón da
por quien sin razón se pasa
a vivir con libertad.
Dios muerto por la criatura,
y la criatura va
a su gula y su pecado,
pudiéndose condenar.

176. Orig.: 'Tants' (p. 133).

Burila en tu corazón
 lo que ves a Dios pasar
 por ti, siendo Dios quien es,
 y tú un gusano mortal.
 ¡Ea, hombre! ¿A cuándo aguardas?
 Mira que tiempo no hay,
 pues todo el tiempo gastaste
 en buscar tu liviandad.
 Abre los ojos dormidos,
 despiertos sólo a tu mal,
 que puedes hallar la dicha
 si la supieses buscar.
 Mira pendiente en un leño
 a tu Dios, y su anhelar
 es dar voces que te ganes,
 y tú, perdido, te vas.
 La ocasión tienes presente:
 procúrala aprovechar:
 pues Dios quiere tus suspiros.
 llora, hombre, y vencerás.

Apenas acabó la humilde doncella cuando el ayunador, con una risilla tan falsa como él, dijo:

—¡Ola! ¿Estas gracias tiene mi vecina? A fee que no es mala la voz, ni el rostro, que con peor ramo se ha vendido mucho vino en Madrid.¹⁷⁷

Vase acabando de vestir, imaginando en su dañado corazón que donde hay pobreza el tener vence con facilidad. Con esto va cubriendo de deseos el alma, pareciéndole que ya es dueño de la que ha cantado, y que es muchacha y pobre: que un vestido lo ha de hacer todo. A esta imaginación toma el jubón en las manos, pónesele y abre la ventana para que le vean en jubón, procurando dar principios a sus deseos; y apenas lo hace y mira a la reja de enfrente, cuando oye que, divertida en su labor, canta esta glosa:

*Las galas que te sirvieron
 para tapar lo mortal
 llegaron a extremo tal
 que mortaja se volvieron.*

¿De qué ha servido vivir
 larga edad, si, inadvertido,
 no has aplicado el oído
 al reclamo del morir?
 ¿Qué sirvió tanto lucir?

177. Las tabernas se anunciaban con un ramo de hiedra sobre la puerta. Dicho popular: 'El buen vino, sin ramo se vende.'

Tantos años, ¿qué se hicieron?
Las fuerzas, ¿dónde se fueron?
¿Qué se hizo la razón?
Si son tu condenación,
las galas, ¿qué te sirvieron?

Jardín de la mejor flor,
bulto con cinco sentidos,
hombre, pues tienes oídos,
procura tener dolor.
Si al alma tienes amor,
no llegues a extremo tal
que acabe tu vida en mal,
mal que no admite soborno.
Contempla el último adorno
para tapar lo mortal.

La vida va caminando
desde el instante primero
a la muerte, jornalero
que los días va cavando.
El fin se nos va llegando,
se acerca el tiempo fatal
del último fin, señal
que para en la sepultura,
pues adorno y hermosura
llegaron a extremo tal.

Vuelve en ti, bulto animado,
no aguardes a tiempo crudo;
y pues no naciste mudo,
confiesa bien tu pecado.
Mira que el fin se ha llegado,
y que tos haberes fueron
humo, y en él convirtieron
todo el poder y tener,
y de cierto has de creer
que mortaja se volvieron.

Más enamorado quedó desta segunda voz, y, sin atender al desengaño de su vana vida, poniéndose la capa, sale de casa; va a visitar a un amigo, llega a tiempo que están en la bolla del chocolate; dícele que se siente: tomará una jícara y un bizcocho tostado; responde que ya es después; vuelven a porfiar, diciendo que bien cabrá también aquello, y, por no parecer grosero, vuelve por segunda vez a tomar aquella bebida.

¿Qué es ayunar?, pregunto a quien tal hace, y no me acierta a responder porque tiene el cuerpo lleno de agua caliente, azúcar, cacao, mijo, vainillas, canela, pimienta y bizcochos, y otros trastos nuevos que ha arbitrado el gusto glotón; de aquesto se compone aquella bebida parva.¹⁷⁸ A un loco le oí reprehender una vez porque andaba comiendo todo el día, aunque el día fuese de ayuno, y respondió:

—Lo que yo como es trigo, que de una parva¹⁷⁹ lo cogí; y pues dicen que parva materia no quebranta el ayuno, esto que como de parva es: no tiene nada de duda.

Éste era loco, y sin duda lidiaba entre locos de conciencia ancha. La moderación siempre fue buena, y mala la demasía; tales gentes se vuelven serpientes, y las serpientes gentes de discurso, pues hacen lo que el hombre había de hacer valiéndose del discurso cristiano.

La serpiente, cuando vieja, se le obscurecen los ojos, y viéndose así, no come en cuarenta días y noches, y luego come una yerba muy amarga que la provoca a vómito, con que arroja todas las bascas del cuerpo y expele de sí los humores podridos y dañados. Esto hace la serpiente para cobrar la vista perdida, y el hombre, para cobrar la gracia perdida, ¿qué hace en estos cuarenta días de ayuno de la Cuaresma? Levantarse algo tarde; después de haber tomado chocolate (como va dicho), al mediodía, los mejores regalos que halla, con postres y principios, que hacen durar la mesa dos horas; entretarde, holguras harto escusadas; a la noche, la colación demasiada, compuesta de treinta baratijas, no como la usa el de buena conciencia, que es poco pan y una legumbre.

La serpiente (que quiere decir engaño) hace lo que he dicho, y el hombre, que es hecho a la imagen y semejanza de Dios, hace lo que digo; y si la serpiente tiene tanto sentido que excede a todo animal, el hombre tiene un discurso con que excede a todo sentido; y si la serpiente no anda camino derecho es porque no tiene pies; pero el hombre, teniéndolos, no anda jamás camino derecho; y pues tiene la serpiente más discurso que el hombre y sabe adquirir semillas y guardarlas en su cueva para que el rigor del invierno no la coja desprevenida, y el hombre, con cinco sentidos y tres potencias, no sabe adquirir obras buenas para que la muerte no le coja desprevenido, no se espante que le llame, por incapaz, glotón y desatento, tarasca.

Da un reloj las seis de la mañana cerca de la casa de un mal ministro (que aquí sólo de los malos hablo); oye los golpes del reloj, va desterrando el sueño, abre la boca muchas veces, sin acordarse algunas de las cruces que se deben hacer en ella (pues en algún tiempo, cuando no había gracia, se entraban los malos espíritus así que veían la boca del mortal abierta, y por eso se usan las cruces que en ella se hacen). Olvidado de todo, se espereza y con los codillos de los dedos se exprime los ojos; salta de la cama, empieza a vestirse y al tomar unos calzoncillos de lienzo, más negros que limpios, los halla quebrada la cinta, y, viendo algo tarda la disposición del vestido, empieza su despepitada lengua a echar juramentos (que sólo lo hacen los que no tienen lengua).

El polvarizato es un animal muy pequeño y no tiene lengua; come con mucho trabajo y sudor, y para tragar gime, en cuyo ruido parece que dice «¡ay!» (y a mi entender es que al recoger aire pronuncia «a» y al descansar la «y»). Este animal sin lengua gime triste, pues el «ay» es el timbre de la tristeza, y el hombre, con lengua, no se acuerda de un «ay» peca-

178. Antonio León Pinelo llegó a publicar en 1636 una *Cuestión moral: si el chocolate quebranta al ayuno eclesiástico*. El texto alcanzaba a 122 folios.

179. Lugar donde se tiende el trigo para trillarlo.

dor. En un libro italiano he leído las partes deste animal, y *polvarizato* quiere decir en aquel idioma *cosa convertida en polvo*. Mire el hombre de lo que es formado, que a eso ha de volver.

Remedia la cinta de los calzoncillos añadiéndola con una agujeta; vase vistiendo. Acordándose que tiene poco dinero y necesidad de algunas cosas (que en su casa no hay qué comer y en sus pies muy bellacos zapatos, que en lo bellaco se parecen al dueño), llama a su discurso a consejo y mete petición de cómo buscará qué comer. El discurso remite el acuerdo a sus habilidades y ellas le traen a la memoria sesenta embustes: llama con mucha prisa a una muchacha que le sirve, tan diestra en marañas como su maestro en embustes; dícela que abrevie en vestirse, porque ha de ir con él. La muchacha abrevia lo posible, que parece que la dice el Diabolo: «Date prisa, que vas a hacer mal».

Así que la ve vestida la dice que vaya y llame a su escribano y le diga que a la puerta baja de la carnicería le espera, y que se vaya ella con él. Va la muchacha al recado y él sale de casa. Pregunte el letor si se santigua, que yo no lo sé; sólo sé que poco cuida del alma quien se desvela en hacer mal a su prójimo. Enrosca la vara o junco y, dejándole en forma redonda, le mete en la pretina. ¡Ah ministro, mucho misterio tiene esa vara en la forma que las has dejado! Y por si acaso lo ignoras, atiende:

Junco es, y forma una corona como le has puesto; Cristo es Juez verdadero y fue coronado con juncos al modo que tú has dejado la vara. Mira que, según tus intentos, parece que te dispones para volverle a coronar, pues imaginas cómo hacer mal a tu hermano. Justicia formas con esa vara en las manos; a Cristo se la pusieron para que adivinase (siendo la suma omnipotencia), y con ella en la mano sufrió flaquezas a sus contrarios y dijo verdades. Tú formas a la injusticia, y, sin imaginación de sufrir nada a nadie, antes piensas en dar ocasiones pan pecar: en todo te contradices a justicia.

Sale de casa y, rebozando el rostro, le lleva como quien pretende que no le conozcan, y él va mirando y notando cuanto se ofrece. Llega a la plaza, pasa por la carnicería y encuentra a su escribano, y sin decirle nada da una vista a las mujeres que venden los despojos; llama al escribano y suben a la plaza y, apartando a la muchacha a un lado, la da un real de a cuatro, diciéndola:

—Tú has de ir adonde venden los despojos de los carneros, y de una mujer que verás con una mantilla blanca y en la garganta tres vueltas de aljófara gorda¹⁸⁰ has de comprar una asadura; y no regatees el precio, sólo digas que te la dé buena, Y no digas cómo eres, y aquí te aguardo.

Con esto se llega a su escribano y le dice:

—¡Bravo día tenemos si surte a lo que va la muchacha! A fee que este negocio que no le ha arbitrado vuesa merced en su vida. En no habiendo discurso para estas cosas, no vale la vara un higo.

¡Buen discurso tienes, ministro con quien hablo! Una araña hay muy corta de pies y muy conocida; tiene por boca y lengua dos pequeñas plumas. Tiene conocimiento de, en viendo una mosca sosegada, traidoramente la busca la espalda con tanta quietud y maña que las más veces la coge y la chupa la sangre hasta que la deja sin vida. Mira tú si hay cosa más parecida a esta araña que tu alma, alentada con las plumas de tu escribano y guiada de los cortos pies de esa muchacha que te sirve. Mala cuenta das de una alma que tienes,

180. Perlas de forma irregular.

a quien puedes conservar sana y buena con buenas obras, mirando sólo a Dios y no al Demonio, a quien pides consejo.

No sé si te retrate gigantón de la Villa o tarasca de el Infierno; pero gigantón se llama una planta, por otro nombre mirasol; es muy parecida al hombre, pero tiene más atención a quien le crio (teniendo el hombre más obligación, pues tiene alma, potencias y sentidos). Esta planta no pierde de vista al Sol, pues, siguiéndole toda la redondez del mundo, cuando se pone el lucero hermoso queda tan triste esta planta que baja a la tierra toda su pompa y belleza hasta que vuelve a salir el Sol, esperándole a las puertas del Oriente. Pero el mal hombre, ciego y desatento, sólo mira su logro y a su torpe vida, y no a Dios, que es sol de justicia: llámote tarasca.

La muchacha guía como un viento, llega a la mujer, pídelo la asadura, escúsase de darla diciendo no se la quiere dar, no la tope algún alguacil. Responde la muchacha que bien puede con seguridad, que ella la llevará tapada, y si la topan dirá que su amo se la compró y no sabe lo que costó. Con esto la mujer, cegada del corto interés (que lleva más de la postura),¹⁸¹ se la da llevándola treinta cuartos; vuélvela lo demás del real de a cuatro y con todo parte la culebrilla. En el camino, pareciéndola que la asadura vale en el tiempo de Pascua cuatro reales,¹⁸² sisa cuatro cuartos y los mete en el zapato.

Llega¹⁸³ donde la espera la malicia de su amo, enseña lo comprado; pregúntala que cuánto la llevó por ella. Responde que cuatro reales. Santíguase (no por santiguarse, sino por hacer aquel ademán de admiración). El escribano que lo oye, dice:

—¡Gran ladronicio! ¡Vive Dios que buena causa se podía hacer!

Y el alguacil (más alguacilado que el de Quevedo) responde:

—Manos a la obra, que esta desvergüenza no se puede sufrir.

Guían con alientos dañados y inquietud de alma al puesto de la mujer, que así que ve a la muchacha entre aquellos sayones se le muere todo el color del rostro, y los labios se le ponen tan traspillados que no puede formar razón; desenrosca la vara el mal ministro (y tampoco repara en lo que significa el junco tendido, pues con él, usándole mal, azotaron a Cristo, y ahora se dispone para ello). La primera razón que dice (enderezando la vara, no con intento de andar) es:

—¿Estamos en tierra de alarbes¹⁸⁴ o en Ginebra, que se lleva por una asadura cuatro reales? Sin duda creen que no hay justicia en Madrid. Pues crea que hay mucha.

Es verdad, se le podía responder; pero entre la buena vives tú y los de tu color.

—Véngase con nosotros —prosiguen—, que estas demasías merecen ser castigadas.

La mujer santigua aquel rostro pálido y dice a la astuta culebrilla:

—Niña, ¿cuánto te llevé? ¿Era yo la que te la di? Míralo bien.

La muchacha, más diestra en aquella facultad que tahúr viejo jugando primera,¹⁸⁵ responde:

181. El precio oficial.

182. Pasada la Cuaresma y Semana santa se producía un incremento puntual en el precio de la carne, aprovechando la demanda.

183. Orig.: 'Lleva' (p. 146).

184. O 'alárabes': beduinos, nómadas; en general, 'bárbaros'. Ginebra era considerada tierra de herejes.

185. La jugada ganadora en este juego de naipes era el 'flux' (todas las cartas del mismo palo). La 'quínola' (7, 6 y as de un mismo palo) valía 55 puntos.

—Vuesa merced me la dio, y de un real de a cuatro de plata se quedó con cuatro de cuartos.

—¿Está contenta? —dice el escribano—. Basta lo que oye. ¡Ea, abrevie!, que gasta mucha flema y tiene muy poca vergüenza.

Lástima tengo a todos los que tienen tratos deste color, pues están sujetos a que un hombre no conocido, sólo por traer una vara en las manos los trate como quiere, sin obrar como deben; que si lo hicieran habían de ser más atentos que todos los nacidos; y si no, miren lo que dice *Justicia*. ¡Váyanse burlando!

La afligida mujer empieza a verter lágrimas, apretando las manos una con otra, mirando a todas partes por ver si hay quien la socorra; vuelve los ojos a la muchacha y dícela:

—Bien podías decir la verdad, niña: bien sabes que no te llevé tanto como dices.

Vuelve la muchacha a responder que cuatro reales la llevó; y la mujer, con alguna pasión bien fundada, la dice:

—¡Ah ladrona echadiza,¹⁸⁶ mala mujer!, que no puede ser menos, pues has obrado tan mal.

Con esto se enfurece el alguacil, tratándola mal de palabra y aun de obra, haciendo que devuelva la demasía a la muchacha; y así que se la da la despide, por que no la conozca alguien por su criada.

Guía la mujer con ellos y a pocos pasos encuentra a un hombre, a quien conoce; llámale y dice cómo la llevan a la cárcel; cuenta el porqué y que por amor de Dios lo ajuste. El hombre se mueve a ello; llama aparte al alguacil, dícele que aquello no ha de pasar adelante, que se sirva de dejarla, que él está de por medio y se ofrece a la satisfacción.

—¿Qué satisfacción? —responde el envarado—. Vuesa merced no debe de saber la causa que es. Pues sepa que es bastante para ponerla en un palo.

—En fin —replica el hombre—, sea lo que fuere, yo he llegado y algo he de valer con vuestras mercedes. Esto se ha de hacer por mí.

Llaman al escribano, en quien hallan mucho coraje fingido, diciendo que por vida de tal y cual que es negocio para darla cien azotes; que otra cosa se puede hacer por un amigo, pero que la presente no tiene ajuste.

—Ya ha llegado Fulano —dice el alguacil— para que se deje a esa mujer.

El escribano se finge mohíno y se aparta. Llámala el hombre y dícela lo que hay, que mire que encarecen la causa mucho, que diga lo que los podrá prometer. Ella responde que haga lo que quisiere, que los prometa cien reales y que irá a casa por ellos. Vuelve el hombre a la justicia, dícelos que aquella persona va por cien reales y que perdonen, que ya conoce que le hacen¹⁸⁷ favor. Ellos empiezan a gruñir, pero presto se sosiegan; viene la mujer con el dinero, dáselo al hombre y él a la justicia, diciéndolo al tomarlo:

—Esto, de mano de vuesa merced viene seguro, y crea que más se hace por amistad que por interés tan corto.

El hombre también cree que le han hecho algún agasajo y, agradecido, los dice que le sigan. Hácenlo, y llévalos a una taberna de lo de a veinte y cuatro, tomando de camino media libra de bizcochos para que se desayunen. Escusado será el decirlos que es día de ayuno y

186. Tenía la acepción de 'cómplice informador' del malo.

187. Orig.: 'haze' (p. 149).

Sábado santo, pues están toda la mañana ofendiendo a Dios con el pensamiento, palabra y obra, engañando a su prójimo y jurando falsamente, ¿cómo se han de acordar de ayunar? Allá lo verán en los senos de Plutón¹⁸⁸ y Proserpina lo mal que obran en el mundo.

Plantó un sabio una vara muy derecha en una heredad, cuidando que no criase vicio alguno, hasta que el engaño, cavando cerca de ella, colgó en esta vid una bolsa con dineros, y con el peso que hizo se torció y quedó con vicio. De aquí se han cortado las varas de los malos ministros.

Estos de quien hablo, despedidos del hombre, parten con sus cien reales a partirlos; el alguacil, que es el que va entregado en ellos, le da al escribano treinta, diciendo que aquel negocio es suyo y él lo buscó. El escribano dice que por qué no parte igualmente, que de no hacerlo ha de escribir la causa con otro alguacil. Trábanse de palabra, hasta el extremo de sacar las espadas; llega a meter paz un hombre, sacando para ello la suya, y en lugar de agradecerse se vuelven contra él dando voces: «¡Favor a la justicia! ¡Resistencia!». El hombre se aturde y acobarda; quítanle la espalda y llévanle a la cárcel; déjanle entre puertas y él avisa a un amigo suyo del suceso, pidiéndole se llegue al punto a verle. Hácelo así; cuéntale el preso todo el suceso, dícele quién son y parte a buscarlos. Hállalos en un oficio; dícelos a lo que va, responden que buen negocio tiene con una resistencia formada; el hombre los amansa con cincuenta reales, con que van y le sacan de la cárcel y dan la espada.

Esto hace el mal ministro, que el bueno se acuerda que es justicia y obra con ella, temiendo a Dios y conociendo que es mortal y que fue elegido por ministro de la justicia que se deriva de la de Dios, y que ha de haber juicio para él, y será mayor la pena si se condena.

Armase este día en Madrid un sinnúmero de tarascas, anhelando a comprar qué comer para hacer medianoche¹⁸⁹ y otros aguardando a que toquen a la Aleluya para volver a sus vicios; sin reparar los glotones que a medianoche tocan a maitines los religiosos y piden a Dios aumentos de la Iglesia, la paz de los príncipes cristianos y gracia para las almas; y entonces estos glotones procuran ofender a Dios cayendo en el pecado de la gula faltando al respeto del tiempo (pues aunque se cuenta la noche hasta las doce, y de allí adelante es mañana, no se entiende para aguardar la hora para sus torpes y desatentos vicios). El rey Baltasar¹⁹⁰ perdió la vida en una cena en que profanaba los vasos del templo; y el hombre desta era profana el tiempo y la fe que tiene, pues no se abstiene de pecar, sin creer que su muerte anda con su sombra desde que nació.

Oyen los perdidos tocar al Aleluya y al instante van discurrendo en sus dejados vicios, diciendo entre sí: «Ya tocan a la Resurrección, volvamos a los vicios que dejamos sepultados en la ceniza por tiempo de los cuarenta días de la Cuaresma», sin creer que no tuvo Dios descanso (en cuanto gozó el mortal velo) en acordarse que había nacido para morir; y él, bruto desfrenado, no hace reparo que para servir a Dios y gozarle nació, si vive como debe; pero vive para espantar, pues alberga en sí un pecado mortal que tiene la forma del Demonio. Y lo que me admira es que nos atemorice un difunto y nos parezca en la confusión de la obscuridad que le vemos o sentimos, y que la ilusión o fantasía le representa amortajado, con que nos da pavor, siendo no más que un bulto de tierra a quien faltó la

188. Orig.: 'Plutarco' (p. 149). Plutón y Proserpina eran los reyes del Infierno mitológico.

189. Esa opípara cena era casi saltarse el ayuno, dándolo por acabado justo después de las doce campanadas del viernes noche.

190. Por 'Belsasar' (*Daniel*: 5, 1-30)

vital armonía que le daba brío; y no nos espanta una ofensa contra Dios, que nos borra la imagen suya y deja en la de demonio. ¡Oh ciego gusano a quien anima el alma racional, que huyes de un cuerpo muerto y te da horror su estado, y no te causa¹⁹¹ espanto ni da temor tu alma muerta con el pecado mortal! Sólo diré al que aguarda a que toquen a la Aleluya para volver a sus vicios; que donde no hay arrepentimiento y propósito firme de la enmienda no hay aspirar a la gloria, que todos gocemos para siempre jamás. Amén.

— o O o —

Amantísimo lector mío, lo mejor que he podido te he pintado la Semana santa; sólo te suplico leas con cuidado lo que se sigue, que aunque lo soñé dormido lo escribo despierto, para que vea el mortal que lo que obra ofendiendo a Dios es con ayuda y consejos del Demonio, que le cela y guía para que pierda la gracia y, borrada la imagen de hombre, quede hecho tarasca.

191. Orig.: 'cause' (p. 152).

POSTRIMERÍAS DEL HOMBRE Y TRIBUNAL ESPANTOSO

CANSADO de ver tarascas y gigantones, tan sin provecho y con tanto daño en estos días santos de la semana más misteriosa, me recogí a mi casa temprano y, por divertir parte de una tristeza, empecé a leer en las *Meditaciones*¹⁹² del Padre Puente, y al abrir los sentidos meditando en la parte décima tercia (*Del Juicio Universal y sus señales*),¹⁹³ pasando a la meditación siguiente (*De cuándo Dios vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos, y de las cosas que hará antes de dar la sentencia*),¹⁹⁴ me venció un profundo sueño que, postrándome a la tarea mortal, me pareció que me hallaba en un espacioso campo, donde, tendiendo la vista, vi un edificio medio arruinado (que apenas determinaba la atención de qué fuesen sus paredes), y, pareciéndome que daba muestras de haber sido obra maravillosa, me fui acercando para notar de más cerca una fábrica que parecía estar tan próxima a los fines, cuando, de improviso, me hallé dentro, notando infinitos sepulcros en la tierra, donde vi Sumos Pontífices, cardenales y obispos, con las insignias que se adornaron en la vida; y a otro lado había reyes con sus púrpuras reales, coronas y cetros, y en otras partes hombres armados con grabados petos y brazaletes, y sus bastones: todos tenían los rostros, descubiertos, parecidos a la imagen de la muerte, donde me pareció que sin duda había yo ido para quedarme en aquella triste morada, porque a mi lado reparé en un sinnúmero de cuerpos amortajados en sábanas, y otros en hábitos de San Francisco, y muchos en carnes y sin mortaja; y, verdaderamente, que como la cama es retrato de la sepultura y el sueño imagen de la muerte, daba crédito a que sin duda representaba yo mi último papel; y, volviendo la vista a lo más levantado de una pared, noté escritas en un amarillo papel estas fúnebres letras (que por ser sus caracteres grandes las pude leer), que decían:

*Si esto es cierto, ¿en qué se fia
el hombre con lo que hace,
pues desde el punto que nace
lleva la muerte por guía?*

192. Luis de la Puente: *Meditaciones de los misterios de nuestra sancta fe. Con la práctica de la oración mental sobre ellos* (Valladolid, Juan Godínez, 1605).

193. 'Del Juicio Universal, cuanto a las señales y cosas que preceden a su día'

194. 'De la resurrección de los muertos y la venida del Juez, y de las cosas que hará antes de dar la sentencia'

Aquí conocí que era la triste posada del último fin, y, haciendo diligencias (falto de bríos y lleno de temores) para buscar por donde salir, sentí un ruido grande y espantoso, y, volviendo la vista a la parte del estruendo, vi que la pared se había hundido, siendo hecha de huesos y calaveras; y, viendo la ocasión, quise salir por encima de las ruinas, y después de largo trecho que había andado por entre huesos tropezando y cayendo, no podía apartarme de aquellas señales tristes, donde conocí que nunca se aparta destas señales el hombre en cuanto vive, pues debajo del vestido de la carne trae huesos, tan miserables como feos.

En fin, después de larga porfía salí a tierra, con que creí estar libre (¡como si hubiese diferencia alguna de huesos a tierra!), y, volviendo la vista a ver si había algún portillo, vi uno tan angosto que no era posible, a mi ver, caber por él persona viviente; y, reparando en su pórtico, noté que en lugar de colunas tenía dos canillas, y por chapiteles dos huesos de caderas; y en lugar de arco unas costillas, que remataban en un hueso de espinazo, y en el remate había una calavera con un rótulo en la frente, que dice: *Finis coronat opus*. Aquí noté que el fin corona la obra, y la buena muerte corona la vida. Apliqué la vista al pórtico, y todo él era la armadura de un cuerpo mortal, sirviéndole de brazos dos rétulos, que el de la mano derecha decía:

*Cetro y corona imperial
a mí me pagan tributo,
pues mis leyes ejecuto
con cualquier hombre mortal.
Sólo halla en mí su mal
el que vivió descuidado,
divertido y olvidado;
que el que en sí me retrató
nunca mi aspecto temió,
por ser discreto avisado.*

Y el de la siniestra:

*Triste de aquel que creyó
que yo no tenía poder,
y cuando lo llegó a ver
su arquitectura se hundió.
Si de improviso me vio,
descuidado y divertido,
y sin estar prevenido
se vio en brazos de la muerte,
sentirame amarga y fuerte
entre el horror y gemido.*

Admíreme de leer versos en la posada de la muerte, y, mirando al centro del pórtico, vi que le servía de piedra fundamental una como de sepultura, donde había abiertas unas letras que decían: *Aquí descansan los huesos del que creyó que había fin*, y debajo, para más claridad, leí estos versos:

*La muerte al justo dio gusto
porque vivió con temor,
y al malo, justo dolor.*

Desengañado de la vida con lo que¹⁹⁵ había visto, me procuré ausentar, y al intentarlo caí en el suelo, imprimiendo todo mi rostro en la tierra, y, mirándome en mi propio espejo, me vi tan parecido que casi dudaba si le había dejado en la tierra; y al valerme de las manos para levantarme topé entre ellas un papel, que las letras que le labraban decían así:

*Este rostro que, animado,
la tierra te presentó,
aviso fue que te dio
que de tierra eres formado.
Procura tener cuidado,
de vivir para vivir;¹⁹⁶
que bien puedes discurrir
el que hay Infierno y hay Gloria,
sin apartar la memoria
de aquel paso del morir.*

En fin, aunque maltratado, salí de aqueste triste albergue casi vuelto cadáver, y a breve estancia me hallé cerca de unas caserías como las que tienen los pescadores orillas del mar, o como las chozas de los pastores, o soldados de un sitio; pero a éstas las cercaba un cordón de muralla, hecha en arcos, con muchas ventanas y troneras; y, acercándome a ver quién habitaba en aquellas moradas, oí mucho ruido, como cuando en una fiesta se mezcla la confusión del grito y la risa. Y, aplicando el oído, escuché que cantaban, tomando por mote: ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!

Aquí llegó el desengaño a mí, pues conocí que era aquel lugar el Purgatorio de las almas dichosas, que apurando el olor de la culpa hacían su cuarentena para entrar en la Celestial morada. Arrimeme a las paredes y por una ventana vi infinitas almas entre llamas espantosas; pero tenían las almas muy hermosos los rostros, y risueños; y pretendiendo entrar por una ventana (aunque me parecía imposible, por ser muy estrecha), noté encima un cartel grande, que con grandes letras decía así:

*En este seno profundo,
ningún mortal puede entrar,
que primero ha de dejar
la carne, Demonio y mundo.*

Con esto dejé la pretensión comenzada, y, guiando los pasos a buscar más admiraciones, vi un campo espacioso, cuya alfombra, matizada de diversas flores, daba a la vista suspensión y aliento a los sentidos, comunicando el aire un profundísimo olor a quien no igualaba los del mundo, pues daba brío y nueva vida a quien le gozaba. Y, estendiendo la vista a buscar camino, vi a lo lejos una hermosísima fábrica, como de ciudad, y con deseo de gozar

195. Orig.: 'con que lo' (p. 158).

196. Orig.: 'vir' (p. 158).

su estancia guié los pasos a ella, donde, ya algo cerca, reparé en una maravilla a quien todas las siete del mundo no igualaban, pues no es posible imaginar tal belleza; y, acercándome lo posible, vi que una muralla me impedía el paso; y, atenta la vista, reparé que toda era hecha de preciosas piedras, sin reservarse diamantes, pórfidos, rubíes, esmeraldas, jacintos, amatistas, zafiros, ágatas¹⁹⁷ y carbunclos, tan resplandecientes que parecía que quitaba la vista. Eran los cimientos de la muralla de piedras imanes tan finísimas que se llevaban el alma de quien las miraba. Había bazahar,¹⁹⁸ jaspe, pantauro,¹⁹⁹ turquesa y ácate,²⁰⁰ y los torreonnes de la muralla eran de gruesas perlas, que de verlas se quedaba la vista absorta. Y como la pobreza anda siempre batallando con el poder (o tener, que todo es uno), me pareció a mí que con una piedra de aquéllas tenía yo harto para que huyese la pobreza de mí, y que aunque la tomase no podía hacer falta donde había tantas: alargué la mano, atrevido, a una esmeralda que enlazada estaba con un diamante, cuando oí una voz que dijo: «¡Para!»; y al levantar los ojos vi un papel blanco, en cuyo casto campo había estas letras:

*¿Para qué quieres llevar
al mundo tanta hermosura,
si al ir a la sepultura
allá se te ha de quedar?
Segura aquí puede estar
entre los demás haberes;
y si gozarla quisieres
vive siempre con temor,
y aquí tendrás el valor
como la vida tuvieres.*

Al punto volví a encoger el brazo, y reparé que hablaban conmigo aquellos versos, pues, siendo viviente, yo²⁰¹ no podía alcanzar piedras de tal sitio. Y determinándome a dar vuelta a esta hermosa muralla por ver si hallaba entrada para alabar su joya, llegué donde había tres puertas, todas iguales, con sus tarjetas en lo alto, y en ellas unas letras de diamantes que decían: *Fe, Esperanza y Caridad*. Eran las puertas de bruñido oro, claveteadas de unas piedras que no conocí; eran tan resplandecientes que quitaban la vista al mirarlas; las cerraduras eran de hechura de corazones, con unas letras grabadas que decían: *Mientras más blando, mejor*. Aquí volvió la admiración a decirme que reparase que aquel jeroglífico avisaba que el corazón más blando tenía cierta la gloria, como no le faltasen las puertas de la Fe, Esperanza y Caridad.

¡Oh, qué grande fue aquí el deseo que tuve de entrar dentro para ver qué tal sería la ciudad a quien guardaba tal muralla, fabricada de tan ricos materiales! Pero aunque más lo procuré no fue posible; sólo por la puerta de la Fe, que ocupaba el colateral derecho, pude registrar algo de la fachada de la ciudad, donde noté una fábrica como de Dios: tenía también tres puertas, y a la de en medio la adornaban siete columnas tan firmes como

197. Orig.: 'gagatas' (p. 160).

198. O 'bezaar, bezoar, bezar.'

199. Piedra considerada 'solar' hallada por Apolonio y que atraía a todas las demás.

200. O 'agatas'

201. Orig.: 'y' (p. 162).

hermosas, teniéndolo todo. Tenían sus tarjetas, y en ellas jeroglíficos; pero no pude leer lo que decían, sólo noté que las puertas tenían tres rótulos grandes que, bien entendidos, publicaban: *Voluntaria pobreza, Perpetua castidad, Obediencia perpetua*. Y por la puerta de en medio de la muralla, que era la de la Esperanza, pude ver otro pedazo de aquella misteriosa fachada, donde noté otras tres puertas que hermozeaban el un costado, en cuyas tarjetas leí que decían: *Oración, Ayuno y Limosna*.

¡Oh, qué contento que recibí aquí!, porque me acordé que la puerta de la Fe me dejó ver que pobreza, castidad y obediencia aseguraban el Reino de Dios, y esta segunda puerta de la Esperanza me dijo que la oración, ayuno y limosna me llevarían a la bienaventuranza.

Con ello pasé a la tercera puerta, de la Caridad, y vi por ella otro hermosísimo lado de la ciudad, donde en un pórtico había un rótulo que decía: *Misericordia, Humildad y Caridad*. Aquí me consolé, y conocí ser allí la verdadera patria del hombre, de donde ausente vive. Aquí me quedé suspenso, imaginando cuán engañando vive el que trueca por un pecado mortal la Gloria a las penas del Infierno.

Y, dado todo el sentido (aunque dormía) a la imaginación, sobre qué tales serían las penas del Infierno, de improviso se levantó un recio viento que, habiéndome derribado en tierra, me llevó rodando una cuesta abajo, donde perdí el sentido, hasta que volví en mí y me hallé en un campo, donde vi unos montes ardiendo en llamas; y, pareciéndome que fuesen algunos rastrojos que se quemaban, me acerqué a ellos, cuando noté que, aunque subían altas las llamaradas, salían de unos profundos barrancos, tan hondos que se perdía la vista en su estancia; pero con el deseo de ver me acerqué lo posible, y vi unos hormigueros de almas que ardían sin consumirse, ellas ni las llamas, sin ver la materia que producía el fuego. Había en cada seno o barranco de la tierra tantas almas que parecía como cuando un animal inmundo se convierte en gusanos; que así bullían y se derribaban unas a otras, saliendo un hedor fiero y abominable de aquellos pozos, que, mirados con más atención, parecían sepulturas, tan angostas y llenas que todo era derribarse unas a otras, maltratándose por buscar la comodidad que no hallaban por más que hacían. Algo confuso y turbado me quedé admirando lo que veía, cuando oí a unos que se quejaban arrojando tristes suspiros, y otros maldiciéndose a sí, y a quien los trató y comunicó. En otra parte se oían blasfemias y peticiones, y por otra parte, aullidos espantosos, siendo causa el gran pavor que me dio que procurase ausentarme. Y al volver el rostro vi a mis espaldas un padrón, con unas letras que decían:

*Triste del que, siendo muerto,
busca abrigo en este puerto.*

Y debajo había, con letras amarillas, estos versos:

*En esta cárcel obscura
no se halla cosa buena:
todo es rabia, angustia y pena,
queja, llanto y desventura.
Aquí viene la locura
que allá en el mundo lució
y ofendiendo a Dios vivió,*

*sin creer por cosa cierta
que el Cielo cierra su puerta
al que en pecado murió.*

Aquí fue cuando cada cabello de mi cabeza se apartaba de la compañía poniéndose como piel de erizo; aquí fue cuando perdí los alientos, con la vista oscura y dudoso el uso del andar. Pero me ayudome Dios en el parasismo desta pesadilla, pues invocando al dulce nombre de Jesús cobré aliento, creyendo que quien lugar tiene para llamar a Dios no está condenado; pues tal era lo espantoso del lugar que si despierto lo viera sin duda me quedara muerto de espanto. Pido a Dios con lágrimas de mis ojos no permita que el que alcanzó su gracia por medio del bautismo en tales senos habite, sino en compañía de sus santos, ángeles y suya.

¡Oh sueño pesado! Pero permitió Dios que algo perdido el miedo estuviese con lo que había visto, para que no me espantase de lo que después vi y oí.

Pareciéndome que el campo estaba todo cubierto de abrojos y malezas, corriendo un viento ruidoso y frío que me traspasó el cuerpo, y levantando la vista al cielo, le vi cubierto de luto, empañándole²⁰² tristes y oscuras nubes amenazando truenos espantosos y cometas (que todo despedía de sí rayos de fuego que abrasaban la tierra), mostrándose por las roturas que en las nubes hacia el aire la Luna vuelta un círculo de sangre.²⁰³ Todo se mostraba espantoso a la vista, cuando oí unas sordinas tristes que sonaban por el aire acompañadas de parches destemplados, a cuyo ruido apliqué el oído, aunque con harto miedo, y noté de más cerca los confusos instrumentos, y, demás, mucho tropel de gente con gritos espantosos que me obligaron a buscar un sitio apartado (consiguiéndolo, aunque con mucho trabajo, pues me parecía que arrastrando cumplía mis deseos), cuando vi una grande polvarada y²⁰⁴ oí un ruido como de una gran carretería que asombraban el sitio, descargando maderaje con la bulla que brutos pastores suelen traer.

Y, oyendo que tan cerca de mí era el ruido (sin poder ver quién le causaba), cerré los ojos largo espacio; pero al oír una confusa gritería los abrí y vi formado un anchuroso tablado hecho en cuadro, y en cada frente una escalera, y encima del tablado unas gradas espaciosas, todo cubierto de fuego que sin consumirse ardía en vivas llamas; a cuyo sitio me pareció que llegaron unos fieros gigantes y que, apeándose de unas espantosas visiones, subían al tablado y se sentaban en las gradas. Y repitiendo sus tristes ecos la confusa caja y el animado metal, empezó un pregón a decir así:

Lucifer, Príncipe de los Infiernos, desterrado por soberbio de la presencia de Dios, donde fue criado; hoy sale de las eternas llamas donde gime y llora a pedir cuenta a sus secuaces en qué se emplean en el mundo, pues en cuarenta y más días que ha que viste el Cielo luto acordándose de las penas de su Dios, no han venido a estas cavernas espantosas; y así, hoy Sábado, día de hacer cuenta, los llama, antes que resucite la celestial Antorcha que quebrantó los espantosos senos sólo para sacar a sus amigos de aquel profundo horror, a quien llevó a sus gloriosos Cielos.

202. Orig.: 'empeñándole' (p. 166).

203. Joel: 2, 31.

204. Orig.: 'yo' (p. 167).

Dio fin a su bando y vi que se abría la tierra por diversas partes, y de ellas salían entre espantosas llamas unos bultos que apenas pude apercibir su forma; sólo los rostros noté a la luz que los pintaba. Eran tan horribles que al verlos creí haber perdido las esperanzas de viviente; pero a breve rato sentí nuevo aliento que, apoderándose de mí, me ofrecía fuerzas y ánimo; con que pude creer, según lo visto, ser allí la patria de los que, olvidados de la del Cielo, se vuelven tarascas por sólo su apetito.

Pero no vi figura formada a la de viviente, como dicen algunos que vieron en el Infierno hombres, mujeres, niños, doncellas, papas, cardenales emperadores y reyes; que aunque como mortales se pueden condenar, tiene la vida una puerta muy estrecha, cercada de guardas, para el que sale al mundo darle el adorno con que ha de vivir durante el tiempo de su comisión, y, en acabándola, vuelve a entrar por esta estrecha puerta, pidiéndole las guardas los aprensos que al salir le dieron; y para ello sacan el libro de memorias y por su abecedario buscan el nombre del que dio fin a su jornada despojándole de los aprensos mortales; y así, vuelve desnudo a la tierra, como a la tierra salió, pasando al Tribunal Supremo donde es juzgado su espíritu, y no más, hasta que venga aquel espantoso día, cuando, volviéndose a unir al cuerpo que dejó en la puerta, será juzgado, pidiéndole cuenta en qué empleó aquel palacio donde habitó como vivo, siendo juntado el buen espíritu a buen cuerpo, y el malo a malo.

Y pues con este artículo de fe queda sentado y probado el artículo de la resurrección de la carne, y que en el Infierno no puede notarse alguno en el hábito de mortal, paso a mi sueño.

Sentados aquellos espantosos espíritus, subieron²⁰⁵ por las cuatro escaleras aquellas figuras que salieron de los senos de la tierra, y con el sosiego que entre semejante gente puede haber salió uno a visita, y fue nombrado por otro espíritu (que, según su asiento, hacía oficio de relator),²⁰⁶ diciendo:

—Éste es el barquero de aquellos miserables charcos del Leteo, que, por pasajero de los desdichados, sale a visita el primero.

Relación que hace Aqueronte,²⁰⁷ barquero del Leteo y Gobernador de los coches del mundo

Apenas nombró el relator al barquero del Leteo cuando se puso a la vista un espíritu muy desvergonzado, con una pala en la mano, como de remo, y con muy espantosa voz dijo:

—Yo soy Aqueronte, barquero del Leteo del mundo, pues paso a los nacidos de la dicha que podían gozar a la mayor perdición que pueden adquirir, inventando para ello los vasos que surcan los mares de Madrid,²⁰⁸ como piloto mayor; pues desde el coche se

205. Orig.: 'subieran' (p. 169).

206. El letrado que presenta la causa al Tribunal.

207. O 'Caronte': el barquero que transporta al Infierno las almas de los muertos cruzando en su barca *las aguas del olvido* (el río Leteo).

208. Francisco Santos evidencia, también aquí, la fobia que sentía hacia los coches, llegando mucho más allá que otros autores de la época. Por más Pragmáticas Reales que se publicasen intentando regular su uso, el número de coches no hacía sino crecer y crecer.

pasan al Infierno, en tanto grado que ya los que quieren ser enredadores procuran echar coche, ruándole a menudo, y los que le ven se dicen unos a otros: «¡Ola! ¿No veis a Fulano cómo ha echado coche, y ayer era un pobre metemuertos? Muy rico está quien tal gasto sustenta». Otro le echa para con él brindar a la lujuria, y cuando va por la calle, cualquiera mujer que ve, si le parece que tiene rostro agradable, saca la cabeza por un estribo y la dice: «Reina mía, si se quiere servir del coche, aquí lo tiene, y a su dueño, que la servirá de lacayo. Entre si quiere, que será muy bien recibida».

Y crea el Infierno que no ha inventado otro espíritu alguno mayor alcahuete que el coche. Y, si no, al Prado²⁰⁹ doy por testigo, pues apenas oye una liviana mujer que la convidan con un alhaja tan de su gusto cuando la admite, y admite la petición sin dar traslado a la parte,²¹⁰ pues da cuanto la piden, Y conozco en Madrid más de cuatro mil y quinientas mujeres en quien ha entrado tanto la vanidad después que las galas y adorno las sacó de fregonas, que si han de salir fuera envían donde saben por el coche, con que se convidan a la paga del empréstito; y el del coche no le niega a ninguna conocida, antes las convida con él para cuando le quisieren; y como es trasto de vanidad, cualquiera mujer vana lo admite, disponiéndose para la ofensa de Dios.

Y estos días he hecho que una doncellita a quien sus padres han dejado salir, con el cuidado del palmito²¹¹ del rostro y pareciéndola que la luna del espejo la dice que su rostro es un sol se ha dejado llevar de la soberbia del deseo, teniéndole de andar en coche, y para conseguirlo se ha introducido en la casa de una vecina (que cada semana muda barrio porque la persiguen sus pecados), y como la ve salir cada día en coche (aunque cada día diferente), ha buscado su amistad por los medios posibles, diciendo que su deseo es el servirla, que la haga favor de pasar a la casa de sus padres y decir la dejen ir en su compañía. Y la tal dama que oyó la súplica de un rostro no muy malo, la admitió, allanándolo todo y llevándola consigo a un jardín donde fue convidada en el tiempo que andaba la procesión del Miércoles santo; con que tendí mis lazos por medio del coche, pues, enamorada²¹² de la caballería, se rindió a la voluntad de un amigo del dueño del coche (que también lo tiene, y yo le llevé al jardín aquella tarde, avisado de una tía de la tal dama).

Y así, navegan muchos que tienen coche en el cenagoso charco de la culpa, siendo dueños de aquellas miserables mujeres que por dos horas de coche pasarán dos días de hambre; y aunque sepan que han de venir acá, lo llevan a bien y dan por bien empleado, por venir en coche. Y con el Prado²¹³ nuevo y viejo hago mi agosto, encerrando almas para todo el año con la carretería que gobierno. Y ahora he conducido unas gorroncillas, tan primales como desvergonzadas; y yo las adorno el rostro todo lo más saladillo que puedo, y el cuerpo se le pongo amortajado en una mantilla blanca, y las llevo al Prado y arrimo a los coches donde va gente de gusto, y con cuatro chanzas desvergonzadas que dicen los emboban y las hacen entrar dentro (donde no falta asiento para mí, como maestro de todas aquellas acciones). Y ayer hizo ocho días que hice entrar a una en el estribo de un coche

209. El concurridísimo Paseo del Prado, lugar para ver y ser visto, al que (acompañando el buen tiempo) se lanzaban los madrileños en las tardes.

210. Fórmula judicial. Se refiere a informar a la otra parte pleiteante.

211. Diminutivo de 'palmo'. Se aplicaba ('buen palmito') a la cara femenina.

212. Orig.: 'enamoroda' (p. 172).

213. Orig.: 'Padre' (p. 172).

donde iba un hombre mayor, y tan grande calor arrojó el pedernal nuevo con el aliento que yo le presté, que aquella yesca, aunque vieja, la encendió tanto que cerró las cortinas por que no se fuese la ocasión, haciendo sala de culpas el coche; y, dejándolos enzarzados con el abrigo del aposento vil, me fui a la vista de otro coche donde iban cuatro amigos, que, habiendo mirado en otro carretón cuatro damas, los hice abordar y trabar tan larga conversación que enlazados los dejé para todo el año.

Y a un buen viejo que en la florida edad se ha abstenido del pecado sensual, le hice estotra tarde que guiase el coche orillas de un arroyo donde estaba lavando una mozuela desenvuelta y cantora, maestra en siguidillas; y, parando el coche, le sembré tal calor por todas sus venas que miserablemente se dejó vencer de mis gustos (que todos paran en pesares), pues, enamorado de su voz y cara, la llamó diciéndola si le quería lavar un pañuelo, y de palabra en palabra la hizo entrar en el coche y llevó a su casa, donde la tiene regalada y adornada que ya parece otra; y tengo de hacer que un criado de la casa la solicite y alcance (que en tales mujeres quien tiene seguridad queda más burlado que el perro que soltó la presa que llevaba en la boca por parecerle mayor la sombra), y tengo de hacer que con palabra de «Casareme contigo» traten de dar veneno al viejo; y, ejecutado, acabará miserablemente, y ellos serán descubiertos y castigados por la justicia; que mis gustos duran tanto como un soplo arrojado a viento recio, y nunca tienen mejores fines. Y todo esto ha de ser por medio del coche, alcahuete infame del mundo.

Ahora ando solicitando el que uno que ha heredado una gran suma de hacienda eche coche y lacayos, y para su esposa compre silla, y, en viéndose dueño de coche, tengo de hacer que compre un jardín, adonde con el vicio del tener haré que el coche acarree ganado a la casa de placer, y deste modo le tengo de ir consumiendo la hacienda. Y ha de llegar a extremo tal que para no bajar del coche y silla se ha de valer de medios dañosos contra su alma y su prójimo, siendo causa el coche, sin hacer reparo en lo que sirven en el mundo siendo alcahuetes y encubridores para la ofensa de Dios, apurando las haciendas y acabando el mundo y destruyendo cuanto hay, pues para ellos se cortan las nuevas encinas, y los nuevos álamos, sin dejarlos crecer para que den más provecho, haciendo que se pase el oro y la plata a Moscovia para la conducción de las baquetas,²¹⁴ destruyendo el oro en sus techos y clavazones, encareciendo la seda con el gasto de sus damascos, galones, fluecos y alamares; gastando la cera y lienzo sus encerados, encareciendo el cáñamo la destrucción de sus tirantes; y para ruarle suben el precio a las mulas, con que las hallan ellos y no el labrador para arar y cultivar las tierras, subiendo la cebada en tal forma que, al verlo el labrador y conociendo en ella su ganancia, la siembra antes que el trigo, subiendo el precio como se ve, causado todo del²¹⁵ gasto de los coches.

Yo hago que se críen muchos hombres que podían jugar una pica o un mosquete en servicio de su Rey, empleándose en desvergonzados cocheros y atrevidos lacayos y libres mozos de sillas, siguiendo estos barcos y arrastrándolos por las calles de Madrid, haciendo mi industria que se atraviesen²¹⁶ en los pasos, quitándole a los pobres y impidiéndole a las procesiones. Y aquí es donde más ciegos pongo a los dueños, pues sin reparar que

214. Fuste, la varilla con que se azota al caballo.

215. Orig.: 'el' (p. 175).

216. Orig.: 'atreviessen' (p. 175).

ha de pasar su Dios, o los Santos en efigies, ocupan lo más limpio de una calle con aquel trasto tan sucio y asqueroso. Hago que destruyan infinito hierro, y con él los empedrados del lugar, causando por allí un gasto grande a la Villa (sin pagarle los causantes), pues por ellos no duran los empedrados seis días). Y ahora tengo ordenado que un hombre que ha echado coche quite la casa, para hacer cochera, a una pobre viuda con una hija; que la pretendía remediar con la casa y tengo de hacer que se coman el dinero que por ella las dieren y se hallen pobres, para que por este camino pierda casamiento y pierda la flor que la hermo seab a, causado todo del infame coche.

Y a tal extremo los he traído que hago que metan vino y aceite por las puertas de Madrid sin pagar lo que se debe: haciendo que vayan en sus estribos dos valentones, otras veces dos damas (con que no llegan a mirar lo que podían hallar dentro), hago que metan en Madrid muchos contrabandos y muchas cosas que no podían entrar sin el abrigo de estos alcahuetes. Hago que si sucede alguna muerte en alguna parte secreta, trasplanten el cadáver a otro barrio. Hago que muchos coches sean ladrones (que encubridores y alcahuetes muchos días ha que lo son); y donde más tiendo mi red es en el Prado ausentándose el día, pues, abordando dos bergantines uno con otro, se ajustan los personajes y truecan de una parte a otra a cometer la ofensa; que a no ayudar el coche no fuera posible, pues, confiadas en que las ha de tapar aquel breve rato sus faltas, se determinan a salir al Prado a darse estos verdes,²¹⁷ con que el Infierno gana por medio del coche infinitas almas.

Yo hago que si alguno puede servir de alivio al pobre, no se mueva a ello hasta que el pobre busque o alquile coche y se le lleve para que salga a la diligencia; con que por aquí hago que se aburra el pobre y ensoberbezca el rico. Yo hago que el hombre gastador y manirroto, para cualquiera holgura que tenga, le parezca que no es grande si no lleva coche, buscándole prestado o alquilándole cueste lo que costare, aunque para ello se venda o empeñe una prenda y haga falta a otro día, venciendo imposibles sólo por ir en coche, aunque sea malo y alquilón, gastando para ello más de lo que ha de ganar en una semana. Y a tanto extremo he hecho llegar la vanidad, que las parteras que ayer se holgaban de ir a pie adonde las llamaban, ya hoy, si no es en silla o coche no salen, aunque la que quiere parir esté agonizando entre dolores. Y los doctores que ayer se holgaban de tener mula en que andar y para ser conocidos la adornaban de una gualdrapa, ya no salen a visitar a nadie, aunque se muera medio lugar, si no hay coche, porque con él crece su vanidad y cree que gana fama aunque mate a cuantos cure. Y no tengo de parar hasta que haga que las rapanaderas anden en coche, que ya poco falta; y, en consiguiéndolo, bien puede tratar Lucifer de ensanchar estas moradas, porque todo el mundo se ha de venir en coche a los Infiernos.

Y estotro día,²¹⁸ preguntándole a uno que tiene coche (y tanto se preciaba de ir en él que para pasar a la casa de un vecino enfrente de la suya le mandaba poner), preguntando que el coche qué dignidad era, respondió: «Este trasto no se hizo para otros más que para los poderosos, y sirve de diferenciarlos de los humildes, sin que lleguen a hombrar con ellos los hombres ordinarios y los pobretones, pues no era razón que se igualaran todos. Y así, es un arbitrio famoso el de los coches, pues en ellos va el poderoso corno joya en caja».

217. Regocijos, alegrías.

218. El otro día, hace unos días.

Y a tal extremo llega la vanidad deste trasto, que hago que lleven en él los difuntos a enterrar a la iglesia: con que por aquí quito muchas oraciones que alcanzará si fuera en público en un ataúd a hombros de cuatro pobres. Y estotro día hice hablar a una difunta que llevaban a enterrar dentro de un coche, que, viviendo a la Puerta de Foncarral, se mandó llevar a la Almudena sólo por gozar largo trecho la vanidad; y cuando llegaba cerca dijo al cochero: «Da vuelta a casa, Domingo, que no voy bien amortajada ni me han puesto los lazos en las manos»; y así que lo oyó un criado que iba a un estribo, se arrojó al suelo medio muerto, y el cochero hizo lo mismo.

Y a otro encochado le ando perdigando para traerle acá, porque estotro día, habiendo acabado de pagar rnil reales de aderezos del coche, llegó un pobre a pedirle una limosna por Dios, y le respondió: «Perdone, amigo, que harto pobre soy yo también. Y no me parece que lo veo falto de salud ni sobrado de edad para que no trabaje; y si no halla dónde, campaña hay; que los señores harto haremos en sustentar nuestros criados, sin cuidar de los holgazanes». Y diciendo esto le volvió las espaldas, dejando al cuitado mendigo más llenos de agua los ojos que su duro corazón de piedades. Y le tengo de hacer volver humo el caudal que tiene, pues con lo que le cuesta el coche de aderezos podía hacer obras para no venir acá; pero él más quiere coche, porque en él ha de venir a vernos antes de mucho.

Y ahora tengo en los últimos de la vida a un hombre, porque tomó tan a pechos el susto de la falta de una mula, que se le murió, y dos cortinas que le hurtaron, que por no hallar mula que venga igual con la suya y haber días que no sale en el coche, dura la tristeza tanto en él que, si Dios no le remedia, en coche o sin él vendrá a visitarnos; porque aunque mejor de la melancolía, hasta tener coche bien sé que no ha de salir a misa.

Y por lo que aspiro a un grande premio es por haber inventado mi profundo ingenio estos carretones de culpas, pues son tan hechiceros que ahora me doy famosos ratos con un loco que ha comprado una caja de coche (y para ello vendió dos colchones de la cama) y la tiene colgada del techo con cuatro cordeles; y, en vistiéndose, abre un estribo y se mete dentro, diciendo con grandes voces: «¡Ola, González! ¡A Palacio!». Con esto se está dentro dos horas, sin llegar a la boca sustento alguno, y cuando se quiere apearse vuelve su reclamo a decir: «¡A casa, González!». Con esto se apea. Y pasa la vida diciendo entre sí: «¡Oh, quién hallara modo de vivir con que echar coche, aunque se muriera luego!»; y tiene una loca como él por mujer, que así que le ve salir de la caja entra ella, diciéndole a él: «¿Quiere usía algo para el Prado?». Y él la responde: «Id en paz». Con esto pasan la vida los desdichados, sin tener los más días qué llegar a la boca.

Y crea el Infierno que le son los coches de más provecho que los ladrones facinerosos, porque, aunque el ladrón y matador nos da muchos gustos al año, ya con las muertes y ya con los robos, tal vez da en manos de la justicia y va a la horca o a galeras; pero, sirviéndonos el coche de tantos aumentos y dándonos tantas almas como nos da, jamás le castigan, pues para uno que se deshace se hacen dos, y tal privilegio, libertades y exempciones le tengo concedido que no se le atreve la justicia del mundo. Y espero antes del Juicio Universal de granjear tanto caudal con esta mercancía, que ha de ruar coche por las márgenes del Leteo Aqueronte.

Y ahora he dispuesto que un coche que vende un hombre, porque la caja es vieja y le cuesta de aderezos más que vale, le compre un loco, que tiene la mujer tan vana que para cuatro mil reales que llevan por él la ha de vender las joyas, y ella lo llevará a mucho favor

por salir en coche, y no ha dos años que no tenía camisa. Y el domingo tengo de hacer que una mondonguera y una castañera y una tendera de aceite y vinagre, y la mujer de un lacayo, busquen coche para ir a misa a Atocha, y en la puentecilla del arroyo del Prado tengo armado un lazo donde se ha de quebrar una rueda y, volcándose el coche, volverán maltratadas y sucias a sus casas, a pie, sin oír misa.

Y ahora ando urdiendo una tela (y la tengo de tender bien presto), y si surte me ha de valer tres almas sólo un coche que ha empezado a rodar los anchos y largos de Madrid; y ha de ser que, reparando el dueño dél en el rostro de una vecina de su barrio, ha de buscar medios para solicitarla, y yo le he comunicado uno, que es el mejor: que tomando el tal señor el apellido del marido de la dama, le envíe a llamar y se haga su pariente; y a él tengo de infundir una caballería de Don Quijote no más de por haber oído decir a don Fulano que es su pariente, sin reparar el cuitado que su padre llegó huyendo a Valladolid, y de allí salió porque le dio miedo una oliva y una espada,²¹⁹ y ahora cree que su vida era sueño, pues ha despertado siendo pariente de un señor calificado que arrastra coche y sustenta lacayos, sin creer que sólo es el blanco desta mira el rostro de su mujer. Y por aquí he de conseguir el ensoberbecer a este cuitado humilde, y que, vano y presumpcioso, se olvide del trato que le alentaba y con el parentesco creído deje salir a su mujer en coche; y ella viéndose agasajada y regalada del nuevo deudo (por parte de Adán), y viendo a su marido tan otro como solía en acudirle, no se muestre ingrata a quien la da coche y le pague en buena moneda; donde mi barato²²⁰ es como el del bolichero:²²¹ que si jugando dos personajes largo tiempo y dura la controversia, al cabo se hallan sin caudal y el bolichero se halla con todo; y yo, por imitarle, vendré a cargar con todos estos talentos²²² tan mal empleados, pues, pasados algunos días, se ha de enfadar el tal caballero de la maza²²³ del marido, por verle tan soberano y tan ciego, y de palabra en palabra le enviará noramala a él y a la señora, con que por no bajar del coche buscará otro que le tenga, y será un ginovés que gana docientos por ciento.²²⁴ Y en una ida al Pardo tengo de hacer que, yendo el paciente en compañía del ginovés y su mujer, se despeñe el coche y caiga en el río, ahogándose todos miserablemente. Y al caballero primero, porque la inquietó de su sosiego con la golosina del coche, le tengo de celar hasta traerle acá; que si no se enmienda será muy presto.

Y a un lindo (que por tal se tiene y sólo lo es de bolsa), porque le ha puesto la Fortuna próspero en sus bienes, pues rúa coche, niega que es hijo de una pobre mujer que ayer se sustentaba de coser camisas de la calle de las Postas, y, soberbio y vano, dijo el otro día que Mari Hernández no era su madre; que su madre se llamaba doña Hermelina de Guio-mar;²²⁵ y porque el que niega a sus padres en cuanto al cuerpo está muy cerca de negar al Padre del alma, le ha ordenado el Cielo su castigo: que el domingo de Pascua, yendo en el

219. Alusión al escudo de la Santa Inquisición. El ramo de olivo sugiere la paz para los herejes que se reconcilien con la Iglesia Católica, en tanto que la espada simboliza extremo rigor para con los herejes contumaces.

220. La propina del jugador ganancioso a los que servían el juego, mirones e informadores.

221. El que regenta el garito.

222. Antigua moneda romana.

223. Orig. 'moça' (p. 183). Pero en otras obras el autor usa 'maza' en acepción de 'molestia'.

224. Los genoveses solían dedicarse a oficios de banqueros y prestamistas.

225. Nombre y apellido de origen germánico.

coche²²⁶ que tanto ama, ha de soltar un muchacho un cohete²²⁷ y se ha de meter por un estribo quemándole un ojo, para que se acuerde que su padre era tuerto y pobre.

Y a otro que entró en Madrid descalzo y sin blanca de moneda, le tengo tan ufano con su coche que cada mañana se levanta antes del día a contemplar en él, sin contemplar cuando un día comió un cuarto de mondongo, y habiéndole venido la dicha por la pluma que ejerce, no se acuerda de quién le enseñó. Y tan ciego le tengo con la vanagloria del coche y un *don* que le han puesto los que le han habido menester, que no se acuerda cuando entró en Madrid y se arrimó a una mondonguera para que le diese una escudilla de caldo. Y habiendo pasado por esta miseria, se olvida que la hay en el lugar, pues jamás da una limosna, y en pago de obra tan agradable a nuestros ojos, le voy criando un hijo tan parecido a las mañas de su padre que ha de arrasar con la vida y hacienda de quien le engendró.

Aquí llegaba Aqueronte cuando se oyeron unas voces como de mujer, que decía:

—¡Para! ¡Para, cochero! No andes más, que aquí es. ¿No hay un paje que quite el estribo? ¡Ola! ¿Qué desvergüenza es esta? Apeaos, Ordóñez: quitadle vos. Llamad a esa puerta: decid que saquen hachas.

Alborotose todo el Tribunal, y Aqueronte fue adonde se oían las voces, y escuché que dijo:

—¿Quién es quien, atrevido, viene en coche al Infierno, dando tantas voces que nos ha inquietado nuestra visita?

Aquí escuché que en una voz delicada y triste respondieron:

—Yo soy, que, cansada de lidiar en el mundo entre mentecatos, me vengo acá, teniendo por mejor partido lidiar con el Diablo que con tanto simple como hay en el mundo.

Volvió Aqueronte, diciendo:

—Ven acá. ¿Tú no eres Inesilla, la que asaba castañas los inviernos y ahora andabas vendiendo cañamones y tostones por las crujías²²⁸ de el Prado antiguo?²²⁹ Pues ¿cómo te veo tan adornada de galas y en coche, que quien te viere pensará, no conociéndote, que eres la hija del rey Cubo? Cuéntame qué fortuna ha sido ésta, que me tienes sin sentido; que en el traje que te veo más nos importabas en el mundo, pues con tu esparavel,²³⁰ balanzas, redes, garlito, butrón,²³¹ corcho, veleta y sedales creo que nos habías de abastecer de pesca. ¿Qué trabajo es éste? Acaba de contarlo, que se me hace cada hora un siglo.

Aquí oí (sin saber quién hablaba) que dijo:

—Inesilla soy, la que vendía cañamones. No te espantes de verme en coche, que muchas quedan en el mundo ruándole que han tenido peores principios que yo. Sabrás que mi suerte me llevó una tarde al estribo de un coche donde iba un hombre de los que, habiendo toca, no se espantan de una borrica para quebrantar el sexto; y, pareciéndole mi cara de su gusto, aficionado de mí, me hizo entrar en el coche, sin mostrar turbación de verme con dos cestas en los brazos, una mantilla por los hombros y en la cabeza un sombrero y con unos zapatos abotinados. En fin, me llevó a su casa después de ser dueño de

226. Orig.: 'cohete' (p. 183).

227. Orig.: 'coche' (p. 183).

228. Caminos, calles. Como es sabido, la crujía era el pasillo de tablas que cruzaba la galera de proa a popa.

229. La zona de Atocha, distinguiéndola de la zona de Recoletos, más moderna.

230. Red con plomos alrededor de su parte inferior.

231. O 'buitrón': cesta de mimbre. Aquí se citan varios aparejos de pesca y trampas para peces.

mí dentro del coche (que es este en que vengo), y, adornándome de galas, me transformó tanto que yo misma no me conocía, pues me desvanecí de tal suerte que, deseando ser vista de todos, labré mi perdición y la de este cuitado que traigo conmigo (que cuando yo hablo no despega él su boca, de miedo que me tiene), que, viéndome un día, se enamoró de mí y yo le pagué el amor yendo un día a su casa; y apenas cumplió su antojo cuando mi primer galán, habiéndolo sabido, entró y nos dio de puñaladas; y así, acá venimos por orden divina a pagar los pecados cometidos. Y si no hay misericordia conmigo, siquiera por esta carilla ¿no podré pagar el diezmo de mis holguras?

—Aquí —respondió Aqueronte— no busques piedad ni misericordia, que es moneda que jamás ha valido en estos senos, y aun hoy creo que no pasa en el mundo que tú dejas. Pero ¿cómo quieres tú que se tenga piedad con quien no la tuvo consigo? Y jamás hizo una limosna tu duro corazón; que hartas veces oí lamentarse los pobres a tu puerta. Como a la de otro desdichado que pasé ayer el Leteo, que, entre otras razones, me dijo que por huir de los enfadosos mendigos se venía al Infierno. Pero ya que has venido antes de tiempo, como la flor que derriba el cierzo, lo que por ti haré, por lo mucho que me has querido, que pases en tu coche el Leteo y en él entres en estos senos.

Apenas dijo esta razón Aqueronte cuando todo aquel sitio se hundía a voces, con tanta confusión que no se podía oír razón formada, hasta que tocaron los del Tribunal un espantoso cencerro, con que callaron todos, sólo uno que dijo:

—¡Barquero de Satanás! ¿Qué pretendes? Demás de no tener sosiego alguno en estas mazmorras ¿nos quieres traer coche? Destruído te veas tú y tu fingido barco si tal haces. No metas acá tan infernal trasto, que me parece que por no andar entre esos cajones de culpas mirando la desvergüenza de un cochero (como se atreve con las alas y bríos que le da el amo) no respetando cosa alguna, atropellando al pobre y salpicando a todos, cansando al mundo con su «¡Fuera de atrás!», rompiendo quietudes y devociones y ocupando el mejor lugar en cualquiera ocasión con aquel asqueroso trasto, digo que me fuera a los más horribles senos destas moradas, si acaso hay diferencia de más o menos donde la pena es tan igual. Y así, ese trasto sólo le consentimos en el mundo por el provecho que nos da; que acá, ¿para qué le queremos?

Otro espíritu dijo, con una voz como quien masca esparto molido:

—¿En el Infierno coches? Bueno dejarán²³² el sitio, donde no hay empedrados, pues en Madrid, donde cada día están empedrando, apenas hay piedra con piedra, causado todo de estos infernales trastos. Buena ayuda de costa nos traías acá, pues era fuerza empedrar y encajonar todas estas moradas. Y en verdad que si se hiciera que lo habían de pagar los coches, echando a cada uno cien ducados cada un año; que si así lo hicieran donde los hay no hubiera tantos; que los pobres no lo desempiedran, pues jamás tienen zapatos, cuanto más coche o caballo. Y lo mejor será no meternos en tanto ruido, que nadie sabe lo que es lidiar con cocheros y cuarteleros, que, mal pagados o bien pagados, jamás hay calle limpia ni empedrada.

En fin, el Tribunal, con toda la brevedad que pudo, sentenció que fuese quemado aquel trasto; y para la ejecución sacó un demonio una ascua grande, y, preguntándole que de dónde había sacado aquella chispa, respondió que del seno de los alcahuetes y testigos

232. Orig.: 'dexarán' (p. 188).

falsos, que no halló lumbre más propia para quemar un coche, que es capitán de todos los pecados que se cometen detrás de cortinas. Ejecutose la sentencia y vi la llama, pero no los personajes.

Con este alboroto, Aqueronte no volvió al puesto, pues le ocupó otro espíritu más negro que la tinta, a quien el relator nombró:

*Relación que hace Asmodeo,
Príncipe de la lujuria*

—Éste es el Príncipe Asmodeo, con quien anda todo el Infierno junto, como con el dueño de todos los daños o los más del mundo.

—Yo soy —dijo el espíritu— el inventor de la sensualidad y Príncipe de la lujuria, tan conocido en el mundo por lo amado que soy; y pues sabe el Infierno con la grandeza y aparato que salí, escuchen estas tristes moradas el servicio grande que hago paseándome por el mundo.

Yo me divido por la espaciosa planta de Madrid, en particular aquel día que la Iglesia celebra la institución del Bocado de Gracia,²³³ en quien tiene armas el hombre para defenderse de nosotros y, olvidado de su fin, se hace a nuestro bando atendiendo a nuestros avisos y creyendo nuestros ofrecimientos; que todo es para que pierda la gracia que por medio deste Bocado puede venirle. Y así, le hago que, vigilante, se pierda por su gusto, sin reparar en más que gozar su apetito sensual; y como le veo tan divertido, le ofrezco la ocasión mayor de toda la vida, pues la noche deste día jueves salen fuera de su casa muchas mujeres que en todo el año no ven la calle, y si la ven no la pisan. Y a una doncella recogida he hecho que pague a un lindo algunos billetes que ha recibido dél; y para responderle al último (que recibió el miércoles), no hallando papel para ello, la hice que lo ejecutara en la vuelta de su Bula, sin que hiciese reparo de su valor ni en el servicio que hace al cristiano aquel breve del Pastor de las almas. En fin, respondió dándole cuenta de su salida y que a tal hora la aguardase en tal parte, que iría en compañía de la vecina que adereza valonas (que a vueltas de las valonas adereza estos lances), y que tuviese buscado donde se viesen. Y él que oyó y vio en sus manos lo que tanto deseaba, discurriendo a qué parte la podía llevar, hice que llegase a un hombre que estaba asistiendo a una demanda en una iglesia y que le pidiese la llave de su aposento, por ser su amigo, diciendo que en su casa no había nadie y que le había dado un accidente; y el tal hombre creyéndolo, por tenerle en reputación de hombre quieto y sosegado, se la dio, y con ella guió más contento²³⁴ que si fuera a adquirir diez años de vida. Y llegando al puesto señalado le puse el gusto a la vista. Llevolas al aposento, y después de largo espacio, repentinamente (con licencia que tuve de Dios) ahogué a la que hasta entonces había sido doncella, quedando tan fea como yo (que quien me imita en vida razón será que me imite en muerte); y, asombrado con tal suceso el galán, y la alcahueta, se quedaron vencidos de un profundo desmayo, acompañando a aquel desdichado cuerpo que, pudiendo ser dichoso, quiso por un breve gusto enojar a

233. La misa de Institución de la Sagrada Eucaristía se celebra el Jueves santo.

234. Orig.: 'contenta' (p. 191).

Dios y quedar esclava nuestra para siempre jamás. Y por no dejarlo así mucho tiempo, volvió mi cuidado al dueño de la casa y le hice que se recogiera; y viendo que aunque llamó no le abrían ni respondían, le facilité el que de un rempujón se abriese la puerta, y cuando creyó hallar a su amigo solo, o solo su cuarto, vio aquellos miserables cuerpos; y aquí hizo mi industria que, turbado y confuso, llamase a la vecindad, por parecerle no hallar medio más conveniente; con que, acudiendo gente al ruido y viendo dos mujeres, creyeron que él estaba con la una, y el crédito que tiene de buen cristiano le perderá con cuantos supieren el suceso. Y a este tiempo hice que volvieran en sí los dos desmayos, y, contando el suceso, procuraron con el medio mejor llevar el cuerpo a su casa dentro de una silla, diciendo que al salir de una iglesia la cogió la muerte. Todo esto ordené con licencia de Dios, por el poco respeto que tuvieron al tiempo santo y atrevimiento de ajar aquel privilegio que el Pastor de la Iglesia concede a vivos y muertos, haciéndole servir de papel profano, perdiendo por ello la vida y el alma. Y no lo dejé aquí; que cuando la alcahueta llegó a su casa la halló robada, y de susto ha de caer mala, viviendo pobre y arrastrada en pago de su oficio. Y al desmayado galán, cuando llegó a su casa halló que le habían llevado a una hermana suya y sus padres le echaron la culpa por no haber estado en casa; y de pena de la muerte que vio, ha de vivir sin sosiego toda su vida hasta que acabe miserablemente. Y al que prestó la llave, demás del crédito que ha perdido, le tengo de dar cuantos sustos pueda, porque presta su casa y cama sin reparar que tal préstamo jamás fue para cosa buena.

Y a un hombre que se había apartado esta Cuaresma de sus torpes vicios, le hice caer esta noche con un pensamiento que le puse en la imaginación, y luego adorné mi persona de galas y me fue siguiendo lo más de la noche, enamorado de mi aire y brío, sin verme la cara (que el tapar la cara al pecado ya es ordinario en nosotros, pues si el hombre viera lo fiero²³⁵ del rostro de la ofensa no la cometiera, y así, con nuestra industria no ve más de la cara del gusto), y, cansado de seguirme y ver que no me destapaba, hice que a fuerza lo consiguiese en un sitio que inquieté infinita gente que, divertida, estaba orando a Dios, pues al llegar a la puerta de una iglesia me destapó, y al verme este rostro fueron tan grandes los gritos que dio que perturbó la quietud a todos, haciendo que saliesen a ver la causa; que sólo a él hallaron, tan espantado que no acertaba a decir palabra.

Y a otro lujurioso atrevido, que a dormir hice que entrase con una vil mujer (ejecutándolo por una ventana que se enlazaba con un balcón) esta noche, por no respetar el tiempo santo y porque se había cumplido el número de sus pecados para ser condenado, al subir se arrancó la reja, quedando debajo de ella hecho pedazos.

Y a una sobrina de una mujer que se aparta de nosotros llegándose a los mandatos de su Dios, esta noche la infundí unos deseos fierísimos, determinándose de ejecutarlos con un criado de la casa, tan vil que sólo cuida de dos alanos a quien estima su amo, teniendo cuidado en que no los falte todo el regalo posible (y jamás ha dado una limosna a un pobre, aunque llegan hartos a su puerta). Aquí pido atención al Infierno, pues esta tal mujer de quien hablo, sobrina de los dueños desta casa, viendo que no era posible pasar al aposento del mozo, se lo facilité dando un profundo sueño a sus tíos; y, viendo la ocasión, la logró harto desdichadamente, pues, habiendo perdido la vergüenza (parte que si no se pierde no es fácil que se pierda el alma) habiendo entrado en el aposento del mozo,

235. Orig.: 'fiera' (p. 193).

dio muestras de sus antojos, donde halló el cumplimiento de sus viles apetitos; pero antes que llegase el fin del gusto llegó el de la vida, pues al ruido que hacían, espantados los dos alanos, los acometieron tan fieramente que despedazados los dos desdichados cuerpos y cebados en la sangre los perros (a quien infundí todo mi aliento) los dejé y desperté a toda la casa; y, entrando al ruido el dueño, creyendo que los perros le obedecerían²³⁶ como a tal, los empezó a amagar, pasando al castigo; pero ios animales, fieros y encorajados, mostrando el agradecimiento a quien negaba el favor al pobre por darlos de comer, le hicieron pedazos, quedando todos tres vueltos demonios, y yo con tres almas de ganancia.

Y a un hipócrita, de edad tan madura que podía prestar vergüenza, le hago que en las conversaciones reprehenda el pecado de la sensualidad con un semblante muy mesurado, los ojos inclinados al suelo, relamido en las razones, y él se acuesta con una criada suya a quien tiene en días de parir. Y tengo de hacer que pierda el crédito que ha ganado tal falsamente, pues, viendo el chichón en la barriga de su criada, ha de procurar echarla de casa, y, sabiéndolo ella, cantará públicamente la solfa de «Quien tal hizo, que lo pague», quedando sin crédito el que le tenía violentado a la razón.

Y a un holgazán que come y viste sin tener hacienda, tan presumido y fantástico que siempre que le veo me da gana de reír (aunque en nosotros es impropia el alegría; que quien a Dios no puede ver, ¿cómo se podrá alegrar?). Pero es tanta su vanidad y la estimación de su cabeza que si por quitarse el sombrero hubiera de ganar las Indias dejara de ser cortés; y no se acuerda cuando su madre echaba soletas²³⁷ en una esquina en compañía de un zapatero de viejo.²³⁸ En fin, a este tal, para que caiga de tanto perejil le enamoré de una casada principal y virtuosa, a quien ha galanteado y de quien ha sido enviado noramala; pero él ha porfiado, sin mirar lo grave de la ofensa, y, ciego, esta noche, habiendo sabido que quedaba sola en su cama, falseando una cerradura entró dentro; y así que ella le vio empezó a dar voces, diciendo: «¡Ladrones! ¡Que me roban!»; a cuyo ruido un ministro que en busca andaba de un facineroso llegó a la puerta, entrando dentro, y el tal lindo de quien hablo sacó la espada formando una muy cumplida resistencia, que con ella y un cabe, golpe en bola y causa de ladrón, le llevaron en casa de tía²³⁹, de donde saldrá a gozar las cuatro erres del charco. **** Y a la tal señora que huye de mis consejos, la tengo de dar muchas pesadumbres, haciendo a su marido, cuando sepa el suceso, que asiente crédito en su pensamiento que el ladrón hizo de ella lo que quiso, pues le hallaron dentro; y deste modo ha de vivir celoso mucho tiempo, hasta que, destruyendo Dios mis intentos, los pondrá en paz y quietud.

Y a dos lujuriosos éstos, tan parecidos a mí que no hay ninguna que los parezca mala para la ofensa, los di un susto grande, porque se desafiaron con celos que tiene uno de otro, siendo la causa una picarilla, que si no fuera por el valor del alma no importaba toda ella para limpiar los zapatos al verdugo que cuida de Judas, que es un despensero que lo fue muchos años, y llora mucho, no por verse en los Infiernos, sólo lo hace porque le dicen al extremo que ha llegado el logro de las despensas y botillerías, y, acordándose de cuando

236. Orig.: 'obedeceràn' (p. 194).

237. En las medias, la parte de la planta del pie. El 'soletero' reparaba o 'echaba soletas'.

238. Remendón, que repara zapatos.

239. A la cárcel.

vendía macho por carnero y que los traperos le llevaban piernas de caballos y de borricos, y que, picada, con dos horas de adobo, lo envasaba en tripas y vendía a diez y ocho cuartos la libra, se pela las barbas y da fieros aullidos.

En fin, por esta mozuela salieron desafiados, creyendo simplemente que son solos, y andan en la obra ellos y un lacayo, un paje y un mozo que vende aceitunas de Sevilla, sin otros personajes que la miran con antojos míos; y sólo es porque con desenfado toca una castañuela y canta una jácara; y si la manosean ensarta la farándola de él:²⁴⁰ «¿Soy yo voila,²⁴¹ camarada Jacinto? Juegue quedo y pare en largo». Luego cabecea y, puesta en jarras, se bambolea, diciendo: «Seor golilla, manos quedas, que me marea tanto coche. Muy duro es este pandero para el aro; cobra aliento, mozo, que te acabas y me enfadas». Con esto los enlaza a los cachorros primales en el Infierno (sin mirar que tiene más bubas²⁴² que pelos su cabeza), sin más sainete que el que yo la pongo. Pero bastante es si el hombre me cree, llevándole al despeñadero, donde caerá sin poderse levantar, pues en cuanto vive, como le ofrezco gustos, sólo mira a la pronunciación de mi engaño, sin reparar que pisa sobre tierra y que el que la pisa no vive seguro. Y los dos que salieron desafiados volvieron maltratados; y fue que al volver una callejuela vieron un bulto blanco y, creyendo que era alguna cosa de la otra vida, por huir, cayeron y, descalabrados, se ausentaron, imaginando que iba detrás de ellos el bulto; y era un penitente que se azotaba.

Y en lo que más he trabajado ha sido con dos mujeres de crecida edad que estaban rezando dentro de su casa; pero con poca devoción, pues a vueltas de las palabras de Dios que se dicen en sus oraciones, consentían torpes pensamientos²⁴³ de lances de la vida pasada; y, viendo tan buena ocasión, me lancé dentro de sus espíritus avivándolas la memoria y dándolas deseos. Y a este tiempo, como yo no duermo, traje a un mozo, más holgazán que virtuoso, que, no hallando a aquella hora en la vecindad donde encender un candil, le guí a esta casa y, llamando a la puerta pronunciando su petición, le abrieron, picadas de mis agudas puntas; y así que dentro estuvo cerraron la puerta, empezando a preguntarle y a ofrecerle; y como yo era el que andaba de por medio, hubo menester poco para, vencido, caer de sí, pues, vuelto peor que yo (que un malo es peor que el Diablo), se acostó con la una, y a la otra la llené de tan ardientes deseos que dormida se quedó, y se quedó para siempre dormida, rindiéndome el alma como el cuerpo. Y al galán le hice soñar que se le llevaba el Diablo, y levantándose sin sentido y con pecado (que el que está en pecado no tiene sentido), tropezó en una silleta de palma y, cayendo, se metió por una sien el borde de un brasero de cobre. Y cuando despertó la tal señora que quedó en la cama, levantándose en busca de su galán, creyendo que estaba con la otra, le halló muerto, y ella se quedó tan sin sentido que parecía cadáver, hasta que la vecindad, al ruido que hice, rompieron la puerta y hallaron aquel trágico suceso. Aquí gané dos almas; que a la que quedó desmayada no pude llegar, porque antes del desmayo fue tan grande el dolor que tuvo de la ofensa cometida y el arrepentimiento del pecado, que, guardada de quien más puede que yo, no pude ofenderla, y la perderé para siempre por la grande penitencia que ha de hacer

240. Orig.: 'de e, soy yo, boyla camarada Jazinto' (p 197).

241. Conjeturo que se trata de la voz 'voila' que en el juego de la taba se usa para pararla o declarar nula la tirada. Es posible que también se aplicase 'voila' a la acción o lance de echar mano a la taba.

242. Granos con pus. 'Bubas' era el 'mal francés' o sífilis.

243. Orig.: 'pensaemintos' (p. 198).

gimiendo su pecado hasta que muera. Pero si el mortal, cegado con su apetito carnal, se vence a mis pies, ¿qué hago yo en maniatarle los sentidos y aprisionarle las potencias para que, falto de ayuda, se rinda el alma, pues voluntariamente me rinde el cuerpo sin reparar que quien por fuerza rinde la villa también rinde la hacienda?

Aquí llegaba este fiero espíritu cuando reparé que empezó a dar recias y espantosas puñadas en su rostro y a arrancarse los pelos que le malbarbaban y a crujiir los dientes (mayores que los de un jabalí). Y, preguntándole uno de los del Tribunal que por qué hacía aquellas demostraciones, respondió:

—Hágolas por no poder llorar, que aun este alivio nos ha quitado Dios; y teniéndolo el hombre tan a su albedrío el poder verter lágrimas, lo más olvidado que tiene es, siendo lo que más alivio le ofrece. Hago estas demostraciones, ya que no puedo llorar, porque la memoria me acordó de dos mozos que, según empezaron, creí traerlos acá bien presto, y ya los siento perdidos, porque esta Cuaresma se han dado a leer libros que enseñan a huir de nosotros, y los han tomado con tanto fervor que el uno quemó más de cuarenta que tenía, diciendo que ninguno le había dicho la verdad como aquéllos.

Aquí preguntó el Tribunal qué libros eran, para mandarlos recoger. A quien Asmodeo respondió:

—No es fácil, por ser obra de los dos Luises, Granada y Puente, uno dominico y otro jesuita,²⁴⁴ de quien han²⁴⁵ tomado el modo para seguir el camino de la Patria que nosotros perdimos, pues, siendo dos grandes pecadores, estos mozos están ya tan otros que no los conozco. Pero yo me vengaré en un hombre poderoso, que ya le tengo perdigado para traerle acá, que en tiempos pasados no creí yo que fuese de mi bando, porque, demás de ser limosnero, hacía otras obras meritorias y de piedad, teniendo en su casa tres doncellas huérfanas y pobres, sustentando y adoctrinando; y ahora le he hecho que lo olvide y se dé al vicio, aconsejándole que bastantes obras tiene ya hechas para salvarse, que bien puede holgarse algún tiempo, pues la edad no es mucha y es mucha la salud. Y, algo blando a este consejo, ha mirado de unos días a esta parte a una viuda vecina suya en quien se halla pobreza, hermosura y honestidad, con tres hijos a quien sustenta la labor de sus manos; y para que la vaya conquistando y se vaya perdiendo le he aconsejado que la pida los hijos para criárselos, y por este camino le abriré²⁴⁶ puerta para que la solicite, aunque siempre hallará muro en su honestidad (que la que quiere ser buena en cualquier parte y estado está segura); pero, ardiendo en el apetito sensual, se aconsejará de un criado a quien fía sus secretos, y le amonestará por orden mía que haga su gusto por fuerza, pues no hay otro medio, eligiendo para ello el que la envíe a llamar, diciendo: «Vea una travesura que ha hecho uno de sus hijos», y que la espere en un aposento apartado de lo común de la casa, que él la meterá y cerrará. Con esto, encendido en mi fuego, lo pondrá por obra, viendo que en ella ha hallado un risco al combate de sus amores, eligiendo un aposento donde guarda algunas cosas del gasto de la casa, y entrando dentro y cumpliéndose el número de sus pecados, un gato, que ha de estar encerrado dos días, viendo cerrar la puerta y entrar un hombre, embestirá con él, y con el aliento mío (y todo con decreto soberano) le degollará,

244. Se refiere a fray Luis de Granada y al padre Luis de la Puente, ya citado.

245. Orig.: 'ha' (p. 200).

246. Orig.: 'brirè' (p. 200).

quedando fiero y espantoso a las heridas del fierísimo animal. Pero ¿qué cuerpo queda con buen parecer cuando va sin parecer el alma? Y al querer entrar la inocente mujer la tendrá un impulso soberano (que mi intento era que entrara y la echaran la culpa de la muerte, ya que no podré conseguir el que guste de mi veneno), y, viendo la importunación del criado en que entre, dará voces, a cuyo reclamo vendrán los hijos con la demás gente, y, viendo el aposento abierto, entrarán y verán aquel espanto (saliéndose el gato sin que le vean), prendiendo al criado por parecer a todos ser el homicida, donde será atormentado por los buenos consejos que dio a su amo, quedando la viuda libre; que aunque lo siento no lo puedo remediar; que yo no sigo ni busco a quien no me busca y sigue, por las gangas que saben que almaceno.

Y a un buen viejo (bueno para mí), que aunque en su mocedad había sido de nuestra parcialidad ya nos había dejado, pero estotro día le llevé a un convite entre gente moza y libre, y, empezando a engolfarse en los dichos de la florida edad, le preguntaron cuántas mujeres había conocido en el discurso de su vida. Respondió: «Ciento», sin atender que palabra y pensamiento son pecados; y así que dijo cuántas había conocido le hice acordar de gustos pasados, holguras y entretenimientos,²⁴⁷ en tal forma que le infundí deseos de volver a ellos, todo causado del poco miramiento a la crecida edad y poco respeto a Dios, pues le acuerdan las ofensas que le han hecho, sin llorar este vil gusano al acordarse que ha enojado a quien le crio. En fin, tan resuelto a la ofensa le vi, que al salir del convite le puse al encuentro una mujer a quien había hablado tiempos pasados, y tan fuerte soplo di en aquella vil materia de fuego y estopa, que, hechos llamas, quedan ensayándose a pasar las de aquestas moradas. Y quebrados aquestos dos vasos en quien hallé tan poca resistencia, los hice verter de los pechos la gracia que habían alcanzado habiéndose recogido y apartado de la ofensa de Dios, sin estimar aquella palabra de «Yo te perdono»; pero yo los daré el pago que suelo, aunque ahora los dejaré unos días; que hartos los tendré acá, pues será para siempre jamás.

Y a un mancebito, tan lujurioso como soberbio, que en cualquiera ocasión pierde el respeto a sus padres y mayores, llevará el pago por medio de mi veneno; que una noche de éstas ha de ser llamado de una moza que sirve a unos casados virtuosos, cuya casa pretende profanar (pero no lo logrará, pues la vivienda del justo quiere Dios que lo sea también, no cometiéndose en ella pecado); y viendo a sus amos que se van a la Salve a una iglesia, ella le avisará, y al ir el perdido mozuelo, creyendo logrados sus torpes pensamientos, errará la casa, entrando en otra de pared y medio donde están aderezando una cueva que se ha hundido, y en una boca que estará tapada con unas esteras, caerá y se hará pedazos, quedando por su pecado condenado para siempre.

—Cánsate de hablar, espíritu maldito, pues sabes que lo que yo tengo que decir es parecido a cuanto tú has dicho.

Esto dijo otro espíritu, y, ocupando el lugar de Asmodeo, prosiguió:

247. Orig.: 'entrenimieetos' (p. 203).

*Relación que hace Esmón,²⁴⁸ Gobernador y
General de los que dan palabra de
enmendarse y no la cumplen*

—Yo soy Esmón, a cuyo cargo está el engañar a todo el género humano; y para más fuerza a mi comisión traigo en mi compañía a Serpiente, y Goletto, Larvas²⁴⁹ y Bestias. Yo me entretengo en este tiempo santo de la Cuaresma en que el hombre perdido prometa la enmienda y no la cumpla creyendo mis ofrecimientos, con que le hago que se engañe a sí propio, pues cuando empieza este tiempo promete el enmendarse de la vida arrastrada que trae y sólo lo hace aquellos cuarenta días, sin atender a que no es buena confesión la que da palabra de no volver a la ofensa y deja en su corazón un rinconcillo sucio, donde yo me albergo, porque veo en él un deseo que dice: «En tocando a la Aleluya volveré a mis vicios». Y con la ocasión de la Cuaresma hago yo mi feria, y por este camino cautivo más cristianos que todos los cosarios de las playas de Argel, Túnez, Tetuán y Marruecos, haciendo que la criatura prometa el confesar sus pecados, donde hacen mis²⁵⁰ desvelos que siente a la margen de su memoria, o entre renglones de sus sentidos: «Mira que doña Fulana queda desamparada; mira que no tiene a quien volver los ojos si no es a ti (y la tal dama suele tener docena y media de galanes); mira que la tienes obligaciones, pues tienes en ella hijos» (y si los hay en tales mujeres puede creer el que por padre se tiene que son como quesos flamencos). Con estas memorias, hipócrita confesante, no protesta firmemente la enmienda, acordándose que su destierro ha de durar cuarenta días; y cada semana se le hace un siglo para volver a la ocasión, sin reparar el miserable cuitado que también condena la palabra como el pensamiento, y el pensamiento consentido como la obra ejecutada, y que cuando confiesa va expeliendo de las entrañas unos fieros monstruos que arroja por la puerta de la voz; y como no son con amor natural o dolor firme de su llaga, vuelve a criar materias y vuelven a entrarle aquellas sabandijas por donde salieron, pero con más ansias de inficionar el alma; y, contento con aquella fee de amistad en que le dicen *Ego te absolvo*, se va a la comunión sin hacer reparo en la gravedad que da a su culpa; pues, desatento y sin vista, se llega a recibir aquella triaca tan saludable como misteriosa y la recibe como traidor de dos caras con segunda intención.

Y por este camino se acaba de condenar en el tiempo que se había de salvar; y no le ha de valer al que tiene habilidad para buscar la ofensa el que le falte para saberse apartar de su daño; que aunque se nombren ignorantes, la ignorancia no quita pecado, pues hay tantos doctos a quien preguntar lo que se ignora y oír de ellos lo que está bien para el alma. Y no es sólo este pecado en el que caen estos brutos, que para ellos no hay pecado reservado. Y con este seguro que tengo en el hombre me hago relator, fiscal, procurador y agente de unos simples que sólo por este tiempo se han apartado de la ofensa, dejando prenda y palabra de volver, señalando renta para el plato de las pecadoras a todos vientos, con intento

248. O 'Eshmún'. Fue adorado en Sidón y Cartago y podría asimilarse a Esculapio. No entiendo por qué el autor lo relaciona con el auto-engañó.

249. Orig.: 'Larues' (p. 205). Conjeturo que podría referirse a las *larvae* de los etruscos, que eran las almas o espectros de los hombres que habían sido perversos en vida.

250. Orig.: 'mas' (p. 206).

de llevar esportillero cargado de vianda así que oigan tocar al Aleluya. Y aunque durante aquella mal fundada abstinencia, como no haya acto corporal, no se les da nada de la visita, recados ni papeles, y acudir con cuanto han menester, siempre se hallan tristes sin el demonio que los ofrece los gustos profanos y viles. Y con estos personajes he de tener feria antes de muchos días, pues a uno le hago que todas las mañanas se acuerde de sus vicios, pues al tomar el jubón besa un relicario que atado trae a los ojales, donde tiene el retrato de su dama junto con uno de una Imagen; y aunque besa por el lado de la razón, al punto se acuerda de la cautela que está detrás, y la destapa y mira, y yo entonces, como no duermo, se la represento a los ojos el más bello prodigio que nació, y aunque estira las cejas y mira al cielo, allí se deja su quebradero de cabeza y acabamiento de alma. Y al tomar los calzones encuentra con ojos y manos en las agujetas, que se las dio ella haciéndolas de unos lazos suyos, con que a todas horas le acuerdo a la memoria que entre sus imaginaciones diga: «¿Es posible que un hombre desprecie a un ángel, y que teniendo tal dicha no la sepa lograr? ¡Ea, que más es cobardía que otra cosa!, pues doy ocasión a que entre sus soledades arbitre deseos»; y cuando él está en estas contempladas imaginaciones está ella con otro galán en la cama; que hay muchos galanes que hallan ocasiones de escarpines desechados en este tiempo, y en este tiempo los buscan.

Y estotro día, a uno de los que se enmiendan para perderse más le llevé por una calle, porque me pareció que se olvidaba de su amor, y le puse a la vista la dama dejada por tiempo limitado y le representé el que hablaba con otro; y fue tanto el veneno que esparcí por todas sus carnes que, ciego y sin reparo, llegó (olvidado de lo que a Dios había prometido) y la dijo que con aquel hombre qué hacía. Y ella que vio calor en la ceniza que había creído muerta, llamó demostraciones de agua a los ojos, y con semblante mesurado le²⁵¹ respondió (siendo yo el que apuntaba) que dejase imaginaciones falsas, que ella no era mujer de dobleces ni trato semejante; que, si no era con él, había hecho juramento de no hablar a hombre en su vida, y que aunque no se lo estimase ella era quien era. Con esto le volvió las espaldas, dándole ocasión a que (tomando mi consejo) la siguiese hasta su casa y dejase en ella a su dama y a su enmienda, quebrada la palabra que dio a su Dios. Y quien le viere por la calle creerá que es un santo, viéndole visitar iglesias y cargado de rosario y medallas, sin creer estos perdidos que, estando metidos en pecado mortal, no merece la limosna, devociones, escapularios²⁵² y reliquias la cuarta parte que mereciera estando en gracia, pues si al dar la limosna considerara que pudo Dios haberle puesto tan pobre como aquél, y no lo hizo, y él, que cargado de reliquias anda entre culpas, muy poca vergüenza tiene, pues hace tales testigos de su pecado. Y el desatento congregante²⁵³ que con el pecado en el seno se llega a frecuentar el Pan sagrado repare que lo que más aflige a los demonios es el no poder llegar a Dios, porque es la gracia, y el pecado no puede llegar adonde hay gracia; y así, mire el que sucio y asqueroso pretende llegar a la limpieza del Cielo que ha de quedar sin mérito y muy próximo para venir acá.

Y sólo porque no alcance el hombre lo que le destruye una mala confesión hice otro día enmudecer a un loco porque decía en voz alta por las calles de Madrid estas palabras:

251. Orig.: 'la' (p. 209).

252. Orig.: 'especularios' (p. 209).

253. Cofrade, hermano.

«Todos los hombres y mujeres sois perros con vómito»; y el privarle del habla fue porque, preguntándole que por qué comparaba el hombre al perro, respondía: «Porque lo que el perro hace, hace el hombre, que es arrojar por la boca el pecado cometido diciendo en confesión que no volverá²⁵⁴ a él, y apenas se aparta del sitio donde dio la palabra cuando vuelve a tragar todo aquello que había abortado el pecho». Así es el perro: vomita lo que le da bascas en el cuerpo y luego al punto lo vuelve a tragar. Y no cesan mis alientos ni cesarán mientras Dios fuere Dios y me concediere el celar al mortal que sin acordarse que lo es anda perdido, pues poco hago yo en ofrecerle el gusto que le condena, si él me busca desvelado, arriesgando por gozar mis ofrecimientos hacienda, salud y almas, estimando más un pecado mortal que la gloria y amistad de Dios, pues a los avisos divinos cierra todos sus sentidos, sin reparar en el amigo que más ha menester, pues, habiéndole criado y ofreciéndole la gloria si le ama, obra traidor, ingrato y desconocido contra aquel a quien más ha menester y debe todo el ser. Y lo que más nos atormenta a los espíritus infernales es el que perdone Dios al hombre tanto sinnúmero de culpas por sólo un *pequé*, y que nosotros fuésemos desterrados y condenados para siempre jamás por sólo un pecado. Y pues no hay otro desquite para nosotros que procurar que el hombre se pierda, prosiga el Infierno en ello, que yo tengo de hacer que caigan en mis lazos los que, olvidados que hay tormentos en estos senos, se dan a todo vicio.

Y ahora ando con unos amancebados que se apartaron de la junta carnal el día que los dijeron que eran de tierra; y, ciegos y sin sentido, no reparan en que en el pensamiento viven sus torpezas, pues con palabra de acudirlas con lo necesario se apartaron. Y en particular ando con uno que dijo a su dama que no había de durar para siempre el pecado, y así, que se quedase en paz, que no era él demonio para perseverar. Y para hacerle volver a la ofensa he ordenado de meter cizaña en el corazón de su mujer y que le pida celos cada hora, con que ha de arder la casa en viva guerra y maldiciones, en tanto extremo que, viendo él tal laberinto en su casa y que a todas horas hay inquietudes y desasosiegos, se acuerde de los gustos que ha tenido en casa del diablo y los tormentos que a todas horas tiene en su casa, y acordándose del cariño que siempre le ha mostrado, imaginando entre sí el gracejo y amor del pecado (que yo siempre llamo a los melindres y sainetes de la mala mujer la sal de Satanás, y se saborea tanto el hombre en ella que poco a poco pierde el ser), en fin, este hombre, por despucarse de los malos ratos de su casa ha de volver a su antiguo tormento, diciendo entre sí: «¿Qué tengo de hacer? En mi casa no tengo hora de gusto; en la de Fulana he pasado muchos. Allá me vuelvo hasta que mi mujer deje su tema». Con esto, engañado a mis consejos, volverá a su laberinto.

Y ahora ando ordenando las salidas de los engañados para el domingo de Pascua, pues al oír las campanas de alegría, que con lenguas de metal dicen: «Ya ha resucitado el Sol de justicia», se disponen a renovar la ofensa de Dios haciéndose en contradizos unos con otros; y yo procuro que sea en las iglesias (que es lugar que hace mayor el pecado que en él se comete), y tan ciegos y engañados van que aun a mí me da vergüenza cuando los veo. Y a uno le tengo dispuesto que aguarde a la dama, de quien se apartó el miércoles de Ceniza junto a la pila del agua bendita, y al tomar agua la tal señora la ha de decir: «Ya parece que su aire de vuesa merced ha desterrado las tinieblas del tiempo, pues he visto salir al

254. Orig.: 'bolver' (p. 210).

sol más hermoso que jamás. A dicha tengo haber merecido tal ventura». Y en estudiar estas palabras he hecho que haya estado desvelado más de treinta noches de la Cuaresma, teniéndole tan engañado que con una confesión que hizo, en que prometió no hablarla más, le parece que basta para con Dios, sin creerse tan engañado como el ciego que soñó que veía y sin ver se levantó. Y le tengo prevenido un susto harto grande para el domingo de Pascua; y será que, estando aguardando a la dama, al verla venir irá a salir al paso tan ciego y divertido que ha de caer en tal sepultura (que han de abrir para otro engañado); y aunque causará horror a cuantos lo vean, a este mentecato no, pues con juramentos y maldiciones se levantará del sepulcro quejándose de su suerte por haber caído en presencia de su dama, y no ha de hacer reparo que puede ser aviso del Cielo y admitirle por tal. Hablarala, en fin, de quien oirá que ya es tarde; que, pues la dejó, no se queje de que ella haya buscado otro amor. Y con pesadumbre se ha de ir a su casa, permitiendo Dios darle el mal de la muerte. Y vendrá acá, porque no ha de ser otro su cuidado sino pensar en la ingratitud de la tal dama.

Y también tengo prevenido para el domingo de Pascua otro encuentro de donde he de sacar dos almas, pues al salir un hombre de su casa, pareciéndole que ya se puede volver al pecado por haber salido la Cuaresma, irá a buscar a su trasto y al entrar hallará ocupado el lugar, llevando muy mal lo que la vista le ofrece; y sin reparo ni prudencia sacará la espada para el que hallará almorzando con ella, por ser un amigo suyo y de quien se fió un tiempo, pues le hizo tercero de sus secretos; y viendo su traición descubierta sacará la espada para su defensa. Y al tirarse los primeros golpes, guiados de mi destreza, bastarán para perder las vidas y las almas (que son las que yo pretendo, pues en ellas libro yo el caudal destes senos). Y viendo este suceso la honrada, huirá sin cuidar de las alhajas (que no son más de una cama de cordeles y un jergón a quien tapa una manta colorada, una mesilla de pino y dos silletas de palma, un plato en que se traen pasteles y un jarro que ha hecho harto gasto desde que salió de su patria, Alcorcón, y en un clavo una guitarra con buenas cuerdas, que por instrumento tuvo dicha en casa de ama loca). Todo lo dejó perdido por no verse hallada en manos de la justicia, creyendo que a buen librar no puede librar bien; y acordándose de la casa de una amiga (aunque apartada de su barrio, no de su trato, pues el de las dos es uno), y al ir por el camino dirá su imaginación: «Si ellos se lo quisieron, ¿quién les tiene la culpa? Allá se lo hayan, que, pues no acaban de conocernos y ciegos y engañados viven, como viven mueran». Y en pago de que sabe conocer el yerro de los otros y no el suyo como causante de todo (que estas tales no ven su daño y saben notar el de todo el mundo); pero donde buscará sosiego ha de hallar su castigo, pues al entrar en casa de la amiga donde irá a ampararse he prevenido que esté un ministro muy de mi gusto ocupado, tan nuevo en la vara que aún no sabe a qué parte ha de andar una cruz mal formada que en ella trae (y sólo la trae por alcanzar sirenas engañosas del mar de la Corte, y ellas le darán el pago, que antes de mucho tiempo le tengo de hacer trocar el delgado junco que ahora trae²⁵⁵ por un grueso palo donde arrimarse y descansar del gran peso que le harán los pecados sin saberlos arrojar de los hombros); y al ver entrar aquella asombrada mujer, con la turbación que pueden causar dos muertes, conocerá el ministro en su pálido color su ansia, preguntándola la causa, a quien ella no ha de acertar a mentir, aunque lo profesa

255. La vara.

desde edad de doce años (que era cuando entró a servirme, tan satisfecha de mi paga que en veinte que ha que me asiste, aunque no ha adquirido más de los trastos referidos, vive consolada con que en tocando un pasacalle en su guitarra y cantando el tono de Anaxarte acuden a su reclamo más gorriones que por agosto a las eras).²⁵⁶ En fin, viendo su mucha turbación y sabiendo su casa, la dará palabra de favorecerla si le dice la causa para poner remedio; y, creyendo sus ofrecimientos, engañada como siempre, hará relación de los sucesos próximos; y, dejándola asegurada el ministro, irá a su casa, donde hallará los dos cuerpos que vivieron engañados con mi consejo, y, viendo que al hacer las diligencias de justicia son conocidos y se sabe que el uno deja mujer y cuatro hijos, y el otro poco menos, por estrenarse en lo ministro y compadecido de la desdicha que ve (aunque ajeno de su enmienda, pues anda en los mismos pasos y no cree que la vara de ministro no es coleteo ni malla), volverá adonde dejó la perdida mujer y la llevará a la cárcel, donde pasará harta crujiá;²⁵⁷ y, engañada de mi industria, negará hasta ser atormentada, quedando de modo que por haber tocado aquellas cuerdas del potro no tocará más las de la guitarra.

Estos lances tejo en los telares de el mundo, hilándolos en el tiempo santo de la Cuaresma (que para dar más gravedad al pecado procuro que sea entonces), engañando con mucha facilidad a los que nacieron dueños de cinco sentidos y adquirieron tres potencias.

Y también tengo dispuesto por orden divina un lance a otro engañado, que si con él no se enmienda será cierto el que vendrá acá muy presto, porque la fábrica de su vida, labrada a la malicia, ya se desmorona; y aunque mala, en ella tengo mi huésped de aposento; y, según los réditos que me debe, creo que he de cargar con toda la obra si no trata de componerse con el dueño. A este tal le tengo de enseñar una carta de pago de las que da el mundo, y ha de ser que el domingo, así que se levante, ha de ir muy contento a su antiguo tormento; y aunque toda la noche pasada oiga aullar un perro a su ventana (que no todas veces aúllan sin causa) no hará caso.²⁵⁸ En fin, entrará en la casa de su dama y hallará a la que imaginaba viva, muerta; a la que hermosa, fiero y espantoso cadáver; a la que adornada de galas, con un triste saco de sayal cubierta; a la que pensaba topar alegre, triste y fúnebre; a la que imaginaba entre contentos, revuelta en tristezas. Habiéndola dejado el domingo de Ramos viva, hermosa, con muchas galas, alegre y contenta, la hallará el domingo de Pascua muerta, vuelto un cadáver liado en un saco con tristes señales; y será causa de su muerte el recogerse el Viernes santo con una efigie de nuestro Atormentador (que, aun no contento con morir por la criatura, se quedó retratado, padeciendo para que el viviente se acordase de aquel paso y cortase el hilo a los de su perdición). En fin, esta pública pecadora, arrepentida de sus pecados después de una confesión bien hecha, fue tanto el dolor que tuvo de las ofensas contra Dios que en una hora de lágrimas ablandó la dureza de toda la vida y ganó la gloria. Y si este perdido que he dicho no se enmienda al ver aquel espanto, y aquel desengaño no le refrena y, desbocado prosigue, tengo orden de Dios para cargar con él, pues aunque Dios consiente, no es para siempre.

Y con una engañada mujer he andado ocupado esta Semana santa, y la tengo tan ciega que no conoce que la conocen (y cuantos la ven se acuerdan cuando se tapaba con una

256. Haciéndose la inocente. Anaxarte se ahorcó antes de ceder a los amores de Ifís.

257. Castigo propio de la marinería: el culpado había de pasear la crujiá recibiendo golpes de los demás.

258. Se consideraba signo de mal agüero.

mantilla y sabía los ranchos de la Puerta del Sol, calle de Toledo, tabernillas de Parla, calle de Atocha, plazuela de Antón Martín y la del Conde de Barajas, habiendo tenido en todas estas partes aduanas),²⁵⁹ y creyéndose señora al mirarse bien vestida y con buen manto (que todo se lo ha dado un engañado, creyendo que por haberla sacado de paños menores le guardará fee), ha dado esta engañada en ser muy grave y hablar muy majestuoso, saboreándose con un *don* que se ha puesto, mudando de barrio cada mes; y aunque en cualquiera parte que va la conocen, cree que no. Y tan engañada vive, hipócrita a la vista, con mesura fingida y un rosario de ámbares muy gordo, que estotro día me enfadé y la hice echar todas sus faltas en la calle por la boca de otra tan buena como ella (que tampoco se conoce); y fue que hice que riñesen dos gorroncillas de quien se sirven, y por su defensa llegaron las amas a las dagas, y salió a la plaza que la una, aunque se llamaba doña Fulana de Toledo, se oyó nombrar de su amiga Paulilla Carrasco; y la tal que la dijo su nombre propio se oyó nombrar Inesilla Gómez, descubriéndose la una a la otra todas sus gracias. Y a este tiempo hice ir a sus más próximos amantes, que, engañados, creían que sus damas eran de alto linaje, siendo dos miserables fregonas que han sabido comer ración de falda de vaca en casa Real.

—Deja qué decir a los más antiguos espíritus— dijo una voz, aunque delicada, espantosa.

Desapareciendo Esmón, ocupó su lugar otro, a quien el relator nombró:

*Relación que hace Belial,²⁶⁰ Capitán y
Gobernador de Gitanas, Adivinos,
Brujas y Hechiceras*

—Éste es Belial, capitán de los enredadores.

—Yo soy —dijo el espíritu—. Y conmigo andan stigres,²⁶¹ jorguinass²⁶² y Viracocha, que engañó a los indios²⁶³ del Cuzco. Yo tengo aprisionados a mis órdenes, como sabio en las ciencias de la Nigromancia, o Nomancia o Quiromancia, a los brujos, magos, encantadores, adivinos y hechiceras; y cuando he menester alguna ayuda destes senos me valgo de duendes y trasgos,²⁶⁴ estigris y jorguinass. Y con quien más lidio en el mundo es con quien se vale de enredos para engañar a los simples que se creen de tal gente; y si alguno ignora que hay tal gente ignora que hay diablos, pues todo cuanto hacen es con nuestra²⁶⁵ ayuda,

259. Oficina en que se cobran tasas por el paso de mercancías. En la germanía: 'burdel'.

260. En la Edad Media se le creía el Príncipe de los Infiernos, liderando ocho legiones de demonios. Se le asocia con Satanás, como San Pablo en *Corintios II*: 6,15).

261. O 'estriges': lechuzas. Alguna creencia popular llamaba así ('estigris', más abajo) a supuestos demonios alados que actuaban de noche y bebían la sangre de los niños.

262. Brujas. En el orig.: 'Jorginass' (p. 221).

263. Orig.: 'impios' (p. 221). Debe referirse a Viracocha Inca, que escapó de Cuzco con su familia dejando la ciudad en manos de los Chancas.

264. Demonios domésticos que inquietan la casa con sus travesuras.

265. Orig.: 'vuestra' (p. 221).

siendo tan parecidos a nosotros que, todos juntos, apenas se juzgará cuáles son diablos o cuáles son enredadores hechiceros.

Pero sólo siento que me hayan quitado la mayor granjería que tenía en Madrid, pues me han vedado el ayuda que hallaba en las gitanas, por ser las que me daban aliento contra la humanidad sirviéndome de todo cuanto malo se podía imaginar en el mundo; que después de ser malas de sus personas (con que inficionaban a muchos), eran bandoleras de la honra, y con su achaque de la buenaventura no había reservado para ellas el más escondido retrete, siendo corredoras de la quietud y honestidad llevando y trayendo recados y papeles, facilitando imposibles y imposibles venciendo, dando deseos y ofreciendo medios para la ofensa de Dios, y, de camino, siendo ladronas famosas y con sus enredos²⁶⁶ y embustes quitando la hacienda poco a poco a los simples que se dejan creer que puede haber bondad donde no hay Dios. Y pues tan ingrato y desconocido es el mortal a quien le crio para llevarle a la Patria que nosotros perdimos por un pecado, invente el Infierno trazas, modos, tropiezos, lazos y barrancos, y pierda la gracia, pues se deja vencer de un falso ofrecimiento.

Y para que vea el Tribunal presente la ganancia que tenía con tal gente, escuche y sienta la pérdida que le ha venido en que las hayan desterrado:

Entraba una pareja destas sierpes acecinadas en una casa, donde, viendo ocasión, no llamaban a la puerta por hacer su hecho, y si llamaban y la dueña salía, la embestían con la farándola de la buenaventura, diciendo: «Buena cara, así te goces que escuches. ¡Qué ojos que tienes! Malos años para quien mal te quiere. Y ¡qué mirar tienen tan cautivador! ¡Oh, qué de ángel que tienes en esas mejillas! Malos años para la rosa, y ¡cómo se deshojó al verte! ¡Cuántos habrá que perderán la vida por gozar tu cielo? ¡Ay, qué boca de perlas! Una señal tienes harto dichosa, si las ofreces limosna a las gitanas te revelarán secretos maravillosos». Todo ello lo decían mirando las alhajas de la casa más manuable, o, según la casa, guiando la vista a lo más retirado, o para dar su recado o para quitar la moneda con sus embustes adivinando por las señales de las manos y rostro lo venidero, obrando como la ballesta de bodoques: que si acierta un tiro yerra treinta, y con el yerro entretiene. Encontraban con una mujer, de muchas que hay simples y amigas de saber, y con su labia amorosa la cogían las manos, y si la vían alegre de ojos hacían una admiración al mirar una raya de las manos y luego decían: «¿Eres casada, buena cara? Parece que te miro mal empleada. Si es así, ensancha ese corazón, procura vivir, no malogres tanta belleza. Si quieres algún imposible, habla; que delante tienes quien te lo facilitará a poca costa».

Muchas veces topaban con mujeres que no vivían muy en paz con sus maridos (por no ser ellas muy santas), y viendo la ocasión presente pedían remedio para que sus maridos no las celasen; ofrecíanse estas arenques secos, y decíanla: «¡A buen tiempo has hablado! Danos para el recado que te diremos, o cómpralo tú, y verás cómo te adora y haces dél cuanto quisieres». «¿Qué recado?», preguntaba la tal, y respondíanla: «Mira: tu marido, según lo que tu rostro nos dice, anda amancebado días ha, y ésta es la causa de que ande contigo no como tú mereces. Compra un puchero grande y vedriado, que sea de Alcorcón; y una libra de cera blanca, y cincuenta agujas y un papel de alfileres, y una cabeza de carnero, que sea negro, y una docena de huevos, y con ello haremos cosas que han de hacerte espantar».

266. Orig.: 'enredos' (p. 222).

Con esto, la simple mujer ofrecía de tener todo lo que pedían para la segunda vista; dábales de presente los cuartos que podía, y se despedían. La tal señora quedaba imaginando en su marido, discurriendo cómo sabría quién era la mujer con quien estaba amancebado, y para vengarse dél ordenaba en su idea el buscar ella también su entretenimiento, prometiendo a su corazón el valerse de estas congrias secas. Mire todo el Infierno si se puede sentir tal falta como ésta, pues con este embuste engañadas tales mujeres, concebían en sus entrañas un nuevo cuidado de celosa imaginación, creyendo por cosa muy cierta cuanto oían destas enredadoras, pareciéndolas que ya era tarde para su venganza, sintiendo el estar sin verlas un instante.

Volvían a la casa (que las esperaba con todos los trastos ya referidos); entraban con su acostumbrado engaño, hallando ocasión siempre (como yo no dormía); recibíalas con afaible rostro la tonta para su alma. Preguntábanla si había traído el recado. Respondía que sí; sacábalo a la vista y dábalo al engaño. Ellas lo tomaban y guardaban, diciéndola: «Ten buena esperanza en nosotras y verás cómo te aliviarnos de todos tus pesares, que es lástima que con esa cara pases trabajos. Abúrrelos. Desecha a quien te agravia, ama a quien te estima y corresponde a su amor. Goza tu hermosura, que tiempo queda para lo demás, Lúcete, que bien podrás, rindiendo la fuerza al general amor; que nosotras te ofrecemos ayuda para todo. Y si quisieres, haremos que tu marido no sienta ni vea, pues para todo hay remedio debajo de las estrellas y de todo somos dueñas mediante la industria y cuidado».

La mujer, en parte confusa y en parte consolada, las agradecía las promesas satisfaciéndolas con ofrecimientos en esperanzas y de presente algunos dineros. Despedíanse con palabra de volver a otro día, y, en saliendo de la casa, en el primer portal que hallaban partían la cabeza y huevos entre las dos y vendían, para pan y vino, la cera, agujas, alfileres y olla. La simple y confusa mujer sin atender al daño ni a la ofensa y sin reparar que donde no hay Dios no hay quietud, con imaginaciones y deseos revolvía todo su discurso y, ofuscando todo el entendimiento, procuraba aclarar su voluntad (obscureciendo toda su memoria), determinada y resuelta a la ofensa de su marido, y en ella a la de Dios.

Entraba el marido en casa algo tarde por haber tenido qué hacer, y ella, picada de mi aguda fiebre, empezaba a decir: «¡A buena hora viene vuesa merced a su casa! Fuerza es que acudiendo a dos en alguna se ha de hacer falta. ¿Queda ya esa señora contenta? Harto es que le ha dejado venir tan temprano. Mucho más merece la infame que se queda como esclava entre dos paredes». El hombre, inocente de todo lo que oía, la respondía algo en chanza, con que ella daba fuerte crédito a su engaño, encendiéndose en ira, arrojando algunas razones escusadas. Cansábase el marido de oírla, y con alguna pasión la sacudía el bulto y se iba de casa, y ella echaba el sello a sus imaginaciones, deseando sólo la venida de sus nuevas consejeras para poner por obra sus determinaciones y perdición, pues nuestros ofrecimientos, dádivas, gustos, pasatiempos, banquetes y alegrías, todo para en sustos, congojas, aflicciones, pesares y desdichas, llevando nuestra mira a que se pierda el alma, para que, traperos desvelados, la hallemos antes que amanezca su salvación.

Volvía el hombre a su casa creyendo que ya se habría apaciguado su esposa; hallábala llorosa y triste, a lo de papel de comedia; procuraba agasajarla, con que a ella le parecía que ya obraba el remedio que se habían comido y bebido las otras. Volvían a otro día las espías con todo cuidado, por haber sentido blandura en la mujer; hallábanla sola (porque mi cuidado lo procuraba); y antes de entrar topaban en la calle a una muchacha, criada

de la tal mujer, que las daba cuenta de lo que pasaba, encargándolas el secreto. Con esto entraban contentas, empezaban a consolarla diciendo (como que lo habían sabido por sus desvelos) todo lo que había contado la muchacha (que aunque nosotros penetramos los sentidos humanos y podemos obrar con aparentes fantasías, es tan sin gracia que para que se nos dé crédito nos valemos de la criatura y por su boca recibimos fuerza para obrar). La mujer volvía a renovar su llanto a la vista del demonio, pareciéndola que en ellas tenía su consuelo, y ellas la consolaban diciendo que todo tenía remedio, que no se entristeciese, pues ya se había dispuesto su cura y que sabían ellas que había empezado a obrar. Proponíanla luego muchos gustos; ella no lo oía mal; decíanla que con toda seguridad podía, que a su marido ya le pondrían de tal forma que no hiciese caso de cosa alguna; que aunque hay algunos que por comer y beber y pasear hacen la vista gorda, y cuando llaman a su puerta, así que los responden dicen «No abras, que ya vuelvo», todo por dar tiempo al tiempo, estas remediadoras se empleaban en dar a los hombres con que los mataban, por hacerlos mansos.

De este modo traían enredadas las gentes y perdidos a muchos, chanceando públicamente en las calles con los que conocían fáciles a la vil tarea que tanto acaba el alma, haciendo por este camino perder el crédito a muchos entre los buenos que lo veían; y luego, con el gracejo de las galas que buscaban para las danzas (sin cesar de andar en danzas todo el año), granjeaban conversaciones, enseñando a sus hijas y parientas la runfla de la buena ventura, y a los muchachos, a bailar y tocar la castañuela, y luego a buscar hierro de cuevas y ventanas, volviéndolo trébedes, parrillas, garabatos, paletillas, asadores y barrenas, con otros trastos semejantes. Pero lo que me consuela, que aunque salieron de Madrid en otras partes obrarán; y en Madrid me han quedado adivinos, hechiceras y enredadores con quien paso la esperanza de mi engaño.

Y ahora ando urdiendo una, y buena, por medio de un adivino; y ha de ser que un paseante enredador (que con fama de bueno y virtuoso vive de lo que se halla antes que se pierda, con que sustenta el demonio en su casa en una mala mujer), yendo estotro día a un escritorio suyo en busca de unos doblones a quien había tentado el pulso sin estar enfermos, no hallándolos, se quedó tal que creí que me daba que hacer en traerle acá. Y, habiendo hecho pesquisa en su casa y hallando mal remedio, se fue a un adivino y, dándole dos reales de a ocho le pidió consuelo en su afán. Y sacando Mercurio (que así se llamaba el adivino, siendo su nombre propio Esteban de Araña) un compás, y una regla cuadrada, unos papeles y un espejo manchado a trechos (por faltarle el azogue), y estendiendo unos cordeles llenos de nudos, abriendo los papeles, en que había pintados caracteres de hombres y animales, caserías, alamedas y arroyos, le preguntó al afligido arañador²⁶⁷ que a qué hora los había echado menos y en qué parte los tenía, cuántos eran y qué²⁶⁸ gente tenía en su casa. Y después de informado dijo con una voz confusa y mirando al espejo: «Casa, escritorio, mujer... bolsa... colchones»; y bajando los ojos al suelo empezó a hacer visajes, y a corto espacio le dijo a el hombre: «Vaya vuesa merced a su casa, que en una bolsa los está metiendo una mujer con intento de guardarlos entre unos colchones».

267. Orig.: 'ara?|ñador' (p. 229).

268. Orig.: 'qu' (p. 229).

Con esto se despidió el engañado del engañador, y, entrando en su casa, cerró y quitó la llave de la puerta, diciendo a la honrada compañera que le diese la bolsa de los doblones; y, viendo que negaba, echándose un millón de maldiciones fue a mirar debajo de los colchones; pero no los halló, aunque registró todos los rincones de la casa. Pero ¿cómo los había de hallar, si dos días antes, una noche que vino hecho una uva, se los echó en la faltriquera, y aquella noche, yendo a robar a casa de una pobre mujer viuda, estando una escalera arriba, por bajar a las voces que ella dio rodó seis escalones, en cuyas vueltas perdió el oro de la bolsa dejándolo en casa de la pobre, que por ser honesta y virtuosa permitió Dios que se quedasen en su casa los doblones?

En fin, lleno de cólera, acordándose que el adivino le dijo que una mujer los tenía, asiendo de su trapo, la empezó a dar ciertas puñadas que la obligaron a dar fieros gritos, con que se alborotó la vecindad, llegando entre otros un hombre que con grande cuidado repara en el lucimiento de su vecino, sin tener renta ni juros (y no mira su vida, que es tan buena como la de el tal), y al llegar a la puerta oyó que decía la mujer, entre sollozos y lágrimas: «¡Ladrón! ¿No basta que te encubro tus hurtos y me los haces ir a vender, sirviéndote como una esclava, sin que ahora me hayas puesto deste modo?». Y sin escuchar más razones, el buen vecino dio cuenta a la justicia y los llevaron a la cárcel, dándole a él ducientos y diez de renta en tierra y mar;²⁶⁹ y a ella, por buena, la hicieron trocar el pelo a un jubón,²⁷⁰ mandándola que con la plaza de Cloto²⁷¹ ganase el sustento cerca del general hospedaje.²⁷² Y al enredador adivino (que el último verbo le viene como propio), por haber confesado el ladrón en el tormento la historia al pie del potro y la casa del enredador que se lo dijo, le buscaron dos alguaciles, hallándole más trastos que los que vio don Cleofás en casa del que tenía preso al Cojuelo en la redoma,²⁷³ dándole, por enredador, dos tercios de baqueta,²⁷⁴ enviándole a escribir sus obras al charco salado, pues no es razón que quien me sigue pare en otros fines.

Y a otro ladrón famoso, que con fama de adivino sabe en las casas que le envían a llamar lo que está fácil de quitar, estotro día, habiendo hurtado una mula a un conocido suyo, la dio a vender a unos marchantes que iban a una feria; y sintiendo la falta el dueño, acudió a él a pedirle consuelo y luz de su pérdida, y después de agasajado, el farandulero dijo: «Vaya vuesa merced a su casa, que por mi cuenta once horas ha que le falta la mula, y está en Madrid, en casa que sin duda la volverán; porque, según mis estudios, cuando el ladrón la quitó del pesebre (donde, si no me engaño, cortó un cordel que estaba asido a una cadena, y por más señas la habían acabado de echar de comer), todo fue con intento de un viaje y volvérsela al cabo de él».

Con esto el dueño de la mula, absorto de oír tantas verdades en las señas, admirado de tal saber y con agradecimientos y promesas se despidió, y al salir vio colgando de un clavo, en el hueco que hacía una escalera, la cabezada de su mula (que por descuido se había que-

269. 'Doscientos [azotes] y *n* [años de] galeras' era castigo muy común.

270. 'Dar un jubón de azotes' era azotar las espaldas.

271. Las tres Parcas eran Cloto, Láquesis y Átropos. Cloto era la que hilaba el hilo de la vida del mortal.

272. El Hospital General. La Galera o cárcel de mujeres estaba al lado.

273. Se alude a un pasaje de *El diablo Cojuelo*, de Vélez de Guevara.

274. Quizá alude a la carga que lleva el animal sobre las espaldas, repartida en un 'tercio' a cada lado. Entonces hablamos de una carga [completa] de azotes, que equivaldría a los 'ducientos' de antes.

dado allí), y sin más dilación fue y dio cuenta a un Alcalde de Corte,²⁷⁵ que con brevedad le visitó la casa, donde halló algunas cosas ajenas que estaban allí sin licencia de sus dueños. Y le tengo metido en un calabozo donde purgará parte de los tártagos²⁷⁶ que ha dado a muchos. Y para mí no hay gusto como andar entre astrólogos, adivinos, saludadores²⁷⁷ y ensalmadores²⁷⁸ y hipócritas, que todo es uno, pues se engañan a sí y creen que engañan al mundo; y tan sin rienda los traigo que desbocados se vienen acá; no por sus pasos contados, pues con la priesa de venir a estos senos no cuentan las horas ni los pasos que dan.

Y ahora ando con una vieja, tan maestra en el hechizo que lo ha heredado de más de cuatrocientos años de servicios de sus pasados abuelos y abuelas, y con tal arte lo usa que trae por el lugar muchos hombres perdidos y sin salud, llenos de canas y de dolores siendo mozos. Y pudiendo vivir en el mundo, se ven como digo por creerse de malas mujeres, pues con la golosina de lo que las dan los procuran asir bien asidos a su gusto valiéndose para ello desta pitonisa, pidiéndola remedio para no ser olvidadas;²⁷⁹ y de tal forma los han puesto que desean por horas la sepultura para salir de dolores. Y estotro día yéndola a visitar una dama, por despreciada y buscando remedio, para que viese sus habilidades, Lucrecia (que éste era su nombre) la enseñó un aposento todo el techo lleno de cebollas albarranas, raíz de gordolobo, siemprevivas, zabidas, estrellamar, rábanos silvestres, cohombros amargos, varas de saúco, hojas de pita y raíces de cañas (que a tener muchas eran buenas para quemarla el cuerpo, que el alma acá vendrá); y luego la enseñó pintadas las paredes de espantosas caras de demonios; que para imitarlas bien se miró al espejo, retratando su rostro propio, pues es largo y seco; la frente llena de arrugas y preñada; cejas, ni un pelo; ojos hundidos y pequeños, los cuales apenas pestañeaba; nariz como pico de alquitara, moqueando cada instante; la boca, tan deseosa de ver las orejas que por cada punta lo pretendía, por ser mayores que las de un asno, y por tener la boca tan rasgada se habían salido con la suya los dientes y muelas, pues, desierto aquel pozo de mentiras, tan hundido estaba que su barba resalía sólo por verla, y, topando con la nariz, decía: «Aquí debajo está». Este era su rostro, amortajado en una toca: lición que la doy de que la traiga siempre, no por que tape el pelo (que no le hay), sino por que cuando se muera aun no ha de tener una para que la amortajen (pues las deste oficio no medran más; que como es su hacienda adquirida por medio del Demonio, no dura ni luce, como es humo), y por que después de sus días, cuando me la traiga no me dé asco su fiera catadura, he prevenido que tenga toca grande, para que con ella la tapen el rostro. Y en toda su casa, que son dos aposentos, hondos y oscuros, no hay más alhajas que las referidas, y una docena de ollas grandes y desasadas, llenas de excrementos hediondos, porque permite Dios que con esta pobreza hagan barato de sus habilidades y las comuniquen a todos, para que por este camino nos animemos los demonios a pretender corromper la fe por medio de tales mujeres y de quien las cree, pues cree las liciones del Diablo.

275. La Sala de Alcaldes de la Casa y Corte fue una institución administrativo-judicial que administraba justicia y ejercía las funciones de gobierno de la capital del Reino de Castilla, con un radio de cinco leguas.

276. 'Malos tragos', diríamos hoy.

277. Curanderos.

278. Que hacen ensalmos.

279. Orig.: 'ol-|dadas' (p. 233).

Y, ya que no sea más, vendrán las almas a estos senos y aquí conocerán cuán engañadas vivieron, pues pudiendo morir para vivir, vivieron para penar eternamente, pactando con el enemigo de Dios, haciéndose de Dios enemigos como lo somos los espíritus infernales; verán de qué sirvió (con el poder del Demonio) aparentemente arrancar los árboles, secar las yerbas, abrir las nubes y fingir apariciones, convertirse en varias figuras de animales, detener la generación del hombre, plagarle y enfermarle.

Apenas dijo esta última razón cuando se hundió, ocupando su lugar otro espíritu, más encendido que las brasas, a quien el relator nombró:

*Relación que hace Voraz, Príncipe de la envidia
y Gobernador de los que la profesan*

—Éste es Voraz.

Y el espíritu dijo:

—Yo soy. Y me acompañan, como a demonio, Apolón, Devorador, Calumniador, Dolador,²⁸⁰ Bramador y Tentador, Áureo y Timantes²⁸¹ y todos los desesperados; y el mismo Lucifer me sirve, como a príncipe de la envidia, pues sólo es mi entretenimiento hacer que reine la envidia en todos los hijos de Adán, pues pocos se escapan desta tiranía. Y por graneo de mi esperanza la siembro por vínculo de mi anhelar, teniendo cuidado desde que la sembré entre los hijos del primer hombre (que en aquéllos se empezó, por la prosperidad de los tiempos); que siendo las víctimas y sacrificios colmados en el uno, fue envidia en el otro, quedando tan establecida hoy que se tiene por hábito, sin hacer caso del pecado que es, pues quebranta en él el décimo mandamiento de Dios. Y cuando confiesa el que lo usa, se acusa de que quisiera tener tantos bienes como el otro, habidos por medios lícitos; y miente, que, envidioso del hermano, le desea pobreza y aflicción, holgándose cuando le censuran otros y dicen mal dél, negándole el habla por verle lucido y con hacienda; y si le encuentra en la calle se le turba todo el ser sólo porque ve a otro con más apreos que él, y yo hago que crea que no es pecado, que sólo es imaginación de su pobreza y deseos lícitos de tener. Y niegan a la razón, pues sólo lo hacen por envidia que tienen y enemistad que cobran, sin acordarse de dar gracias a quien lo hace todo y considerar que aquel a quien da colmados bienes se los da tal vez porque los merece, y tal porque haga bien con ellos, por haberle conocido su afable condición. Y muchas veces lo hace Dios para llevarlos a la perdición, destruyéndolos el tener, y a otros el desear tener sin creer su desmérito. Y, ansiosos, los envidiosos dicen, en viendo a un hombre bien tratado en bienes de fortuna: «¿No ven a Fulano cómo ha subido en cuatro días? En verdad que le conocí yo bien pobre, que había día que no alcanzaba para pan, y miren con la brevedad que ha adquirido hacienda. Y yo, que ha que estoy remando toda la vida, no tengo un cuarto»; y con este pensamiento se enciende en envidia, dando puerta franca a viles pensamientos; donde yo, en viendo la mía, se los ofrezco a montones, facilitándolos el medio para la ejecución. Y los cuitados

280. Orig.: 'Bolador' (p. 236).

281. Famoso pintor de la Grecia antigua.

no hacen reparo que sin duda alguna no los conviene más, y no saben contemplar en el porqué, pues no se conocen envidiosos y llenos de discordia.

Yo hago que los pretendientes vayan desvelados a puros pensamientos y que pasen las semanas sin alcanzar lo que desean, sin poder conocer que no lo merecen, y que llegue otro al tiempo y alcance, para que la envidia reine de asiento en sus corazones, diciendo de aquel que posee lo que ellos procuraban: «Fulano ya está en posesión de tal puesto; en verdad que había otros de más prendas y merecimientos que él, pues por parte de sus padres nunca creí yo que llegase a pretender tal puesto. Ya ningún hombre de bien puede aspirar a él»; dícelo delante de personas que conocen ambas partes y, oidores desapasionados, se estiran de cejas, teniendo a este maldiciente por cruel envidioso del que ya posee por humilde. Pasa un hombre a caballo por donde hay envidiosos, y así que le ven empiezan a roer sus infames lenguas, diciendo: «¡Ola! ¿No veis a Fulano qué tieso que va en su caballo y qué mal jinete que hace?». Dice otro: «¿No veis qué desaliñado va de capa?», «¿Qué largas lleva las riendas (dice otro) y qué mal puesto en la silla! ¡Que dé Dios bienes a quien no los sabe lucir! Si yo cogiera aquel caballo qué diferente le llevara, y cómo le apretara aquellos ijares para que conociera el que llevaba encima». Y este murmurador en su vida ha sabido montar a caballo; sólo una vez que le costó cuatro reales una mula de alquiler que apenas podía andar de hambre y mataduras, y con dos coces que tiró por picarla una mosca le echó en el suelo camino de Caramalchel en tiempo de moscatel.

Y jamás sirven estos tales de otra cosa que envidiar las mejoras del prójimo, por verse ellos miserables, sin reparar que el que va a caballo es un hombre humilde, y por la humildad ha adquirido cuatro reales y con ellos pasa sin envidia. Si es en²⁸² los juegos, hago que quede envidioso el que pierde del que gana, aunque no sea cosa lo que se juega, sólo porque aplauden de buen jugador al que ha ganado; que tales hombres no quisieran ver a otro hombre a quien alabaran en parte alguna, sólo ellos quisieran ser sublimados. Y con quien tengo particular cuidado es con oficiales, que en oyendo alabar a otro de buen obrante se pudren los envidiosos al oírlo, despreciándolos y desluciéndolos de la estimación que merecen. Y esta envidia jamás la confiesan, ni se apartan de cometer tal pecado, por parecerlos que no lo es; que como tal gente lleva siempre a montones los pecados mortales y muy graves, dando nombre de venial a muchos mortales, juzgando que los lava el agua bendita, y jamás los confiesan, quedando ellos tan sucios que no basta a lavarlos cuanta agua hay en el mar y ríos de la tierra, dejando siempre hecha una mala confesión, pues la envidia a su prójimo y a los bienes que poseen no les parece pecado; y cuando le dan tal nombre es de venial y no le confiesan, con que yo no hago más de enviar quehacer a Aqueronte despoblando al mundo y poblando estos senos, sin que se enmiende el mísero mortal cegado de mi veneno, ni repare que la envidia es un apetito desordenado, o profunda tristeza y una ansia infernal al bien del otro porque sobrepuja al suyo, y que nace este pecado de la soberbia y de la ira; y así, el envidioso lo es todo.

Yo hago con mi asistencia que los envidiosos no tengan sosiego, cebándose en toda suerte de pecados con ansia de hacienda y honra de las dignidades, privanzas (de la hermosura del cuerpo) y otras cosas semejantes, sembrando esta peste en todo el mundo. Y no reservo de mi veneno las letras ni ciencias ni habilidades en artes, penetrando las excelencias del

282. Orig.: 'es en èl' (p. 239).

entendimiento, procurando que entre mi veneno en tantos hipócritas pesándoles que el otro sea caritativo y por tal le nombren; ni que el otro sea santo, procurando alegar contra él mil embustes para quitarle el crédito, como pesaroso de sus aumentos. Y por aquí los hago cometer pecados contra el Espíritu Santo; y por igualarse a los prósperos en bienes del mundo los hago ladrones homicidas, robando honras y quietudes, sin creer que la envidia es un soplo del Demonio por el cual lanza todo su veneno junto, induciendo a gravísimos pecados, obscureciendo la razón, embraveciendo el alma y alterando el cuerpo y pudriéndolo los huesos, destruyendo las virtudes, sosiego y quietud. Como oirá el Infierno si está atento, de quien espero gran premio por el gran provecho que hago con la envidia.

Yo hice estotro día que, saliendo una vana mujer a la puerta de su casa a arrojar el agua con que había lavado unos livianos (que pretendía poner a cocer para dar de comer a su marido) y al pisar la calle, vio pasar a una vecina (a quien yo procuré traer al tiempo por que la viese una gala que llevaba), y así que la vio la de los livianos se llenó toda su alma de envidia profunda sólo en ver a la otra con más atavíos que ella tiene; y tan turbada volvió adentro que perdió todo el sentido, variando sólo en discursos de envidia: puso su olla y no dejó fuera el garguero para que espumara la maleza de los bofes; la lumbre echó tan sin tiento que, de dos libras de carbón que alcanza su caudal cada día (habiéndolas de compartir en algunas veces), las echó de una vez (como no tenía el sentido en aquello que hacía, pues todo lo ocupaba en la gala que vio a la otra, discurrendo de adónde la habría venido). Deste modo la tenía tan fuera de sí y tan olvidada de su casa, que, habiendo llamado una vecina a la puerta pidiendo un poco de lumbre, no la había oído hasta que la vio junto a sí.

Era esta tal vecina que iba por lumbre de tan buenos cascos como ella, y por conocerla yo la guíe a esta ocasión; y así que la vio tan suspensa y elevada la dijo: «¿Qué hay, Fulana? ¿Qué cara es ésa? ¿Qué ha sucedido? ¿Un rostro tan hermoso, triste?». A quien respondió la de los bofes: «La tristeza, amiga mía, en mí es muy propia. La buena cara he ignorado hasta hoy; que quien tiene tan corta estrella como yo no sé que tenga cosa buena». «Muy estraña vivís de la razón (prosigue la de la lumbre); que si yo tuviera la cara que vos tenéis no me trocara por Fulana, que ahora va por ahí arriba que la calle parece angosta para la gala que lleva puesta, y yo no puedo adquirir para unos zapatos». «Mucho me espanta (dice la de los bofes) que con un miserable jornal de su marido pueda adquirir para una gala como la que lleva». «¿Eso ignoráis? (responde la de la lumbre) ¡Oh, qué boba que sois! Huélgome que la hayáis visto. ¡Ay, lo que ha medrado después que entra en su casa don Fulano! Y no sé, por cierto, de qué se paga; pero bien dice el refrán que *ojos hay que de legañas se enamoran*, porque en ella sólo el aire del vestirse se puede alabar». «Todas supiéramos lucirlo si lo tuviéramos (dice la de los bofes), que no es tan bravo el león como le pintan». «Bien decís (responde la de la lumbre), que yo siempre he dicho que vale más vuestra cara que cuantas hay en el barrio. Y en verdad que estotro día, delante de Fulano, el cajero del Conde, lo litigamos, y quedó por vencedor el que alabó vuestro rostro».

Con esto que oye la desvanecida mujer (y como tiene el vestido de la otra tan a la vista y tan en el alma la envidia) determina²⁸³ de dejarse tratar, creyendo que para ello tendrá buena amiga en la que va por la lumbre.

283. Orig.: 'determinada' (p. 243).

Esta tal amiga dejó en su casa al marido aguardando a que le hiciera de almorzar, y, viendo que tarda, está hecho una sierpe, echando juramentos y porvidas, saliendo cada instante a la puerta de la calle a ver si viene. En fin, harta de envidia y cansada de hablando los consejos que yo enseñe, toma la lumbre (y aunque ve poca en el brasero, que es un barreño de Alcorcón, no por eso anda miserable), vase a su casa, entra dentro y su marido la recibe diciendo: «¡La hija de un tal! ¿De adónde vienes?» A esto se siguen unas cuantas bofetadas a medio abrir la mano; derríbala en el suelo y juega de pie pisándola la barriga; luego le ofrezco a la vista una estaca (que ella misma quitó de una carreta de bueyes) y con ella sacude de tan buena gana que la quiebra un brazo (que no era razón que quien me sigue y aconseja como yo ordeno quedase sin la paga que merece).

La embelesada, envidiosa y desvanecida por haber oído alabar su cara y que se hacen academias de su hermosura, llena de envidia de la gala de la otra imagina trazas de manifestar su agrado a quien la alaba; y, guiando a un mal espejo que tiene (que la costó cuatro reales), se mira en él; mete la mala camisa hacia dentro, empieza a remilgarse y a parecerle bien su cara; y a todas estas cosas la olla se está poco más adelantada que cuando la puso. Acuérdate de ella y empieza a soplar los carbones, que ya están vueltos ceniza; sopla recio y levanta una polvareda como mía; los bofes están (como no han espumado) que parecen a mi cara, y más tiesos que suela de zapato. Viene el marido a comer, halla la disposición que he dicho; ella ambrolla lo posible y saca la olla sin haber echado sal ni especias ni verduras. Miren qué tal estarían los livianos sin haber espumado; que, por malos que sean, serán mucho mejores los que venden en el sotanillo de la Puerta del Sol. Lo primero que el marido hace es tirar la olla, y luego anda la puñada que se cruza, y, ya cansado, lo deja; y ella bien molida, pero mal enmendada, se determina a su venganza, causado todo de la envidia que obró lo adornado de la otra.

En esto me entretuve un día que no había qué hacer, que fue harto para mí, porque hay tanto despacho²⁸⁴ a la envidia que aun no tengo tanta como me piden; y el día de hoy, aunque la cebada y trigo encierra en sí el logro (y en particular la cebada, por haber tantas bestias que la coman), en verdad que no hay pocas para la envidia, y no he de trocar este logro al otro.

Y a un hombre pobre le llené de envidia estotro día; y fue el ver que pasaba junto a él otro conocido suyo con un vestido de felpa corta, y fue tan fuerte la fiebre que le picó, o que yo le infundí, que al mirarse con un mal vestido de bayeta de Sevilla se quedó mortal al umbral de una puerta, donde estaba imaginando medios (que, aunque viles, ninguno desechaba), determinándose de robar una casa donde solía entrar, envidiando la gente que la vivía. Púsole por obra, pero no le salió como creyó (que mis ofrecimientos tienen más espinas que flores, y los principios los pongo yo muy fáciles, allanando y facilitando imposibles para que se anime el hombre, cegado de la envidia, a la ofensa de Dios, que es a lo que aspiramos los espíritus del Infierno); y fue que, habiendo falseado las guardas de la cerradura que afianzaba la puerta de la calle, entró en el zaguán, lleno de envidia, aspirando a robar la hacienda de la casa para deslucir a los dueños y dejarlos en la necesidad y salir él de la que tiene; y al entrar por una puerta que daba al dormitorio de los que descuidados estaban de tal traición, se cayó un lienzo en que había pintado un San Miguel y a sus pies estaba yo

284. Orig.: 'despecho' (p. 245).

imitado; y al pasar el ladrón envidioso hice que se quebrase el bramante en que se tenía, y, cayendo, le dio tan fuerte golpe en²⁸⁵ la cabeza que, herido y espantado creyendo que había sido cuchillada, se quedó mortal y sin sentido, hasta que, habiendo despertado los dueños (admirados del ruido y espantados de ver las puertas abiertas, y, absortos, reparando que²⁸⁶ cuando ellos dormían velaba el mismo Dios en su guarda, atribuyéndolo a milagro), así que volvió en sí el envidioso le echaron en la calle, quedando más triste que la noche, viendo descubierta su infamia. Y tan turbado se halló que en lugar de irse a su casa guio a la de un ministro, con que hizo público su pecado y castigo, pues en la cárcel acabó de volver en sí; que los envidiosos nunca tienen mejores fines, ni yo los puedo dar, aunque quiera.

Y crea el Infierno que mi veneno es tan penetrante y profundo que hasta los huesos hago ceniza en el miserable cuerpo que me da entrada. Y bien se sabe que soy el que inficionó a Caín, pues al ver que Dios había acetado el sacrificio de su hermano Abel y no el suyo, cubierto de la envidia que le infundí, ordenó el darle muerte, como lo hizo, encubriendo su pecado a instancia mía (como si para Dios hubiera cosa secreta). Y como es tan feo y sin provecho este pecado, hago que el hombre al confesarle se avergüence o le parezca que no es mortal; y así, le pasa en blanco, sin confesar. Y bien sabe el Infierno que sembré este fiero veneno entre los hermanos de José, pues, ciegos y envidiosos, le empozaron y vendieron por esclavo; y aunque se humilló a sus hermanos, no pudo ablandar su fiereza y envidia (como yo andaba con ellos). Y con Datán y Abirón, por envidia que tuvieron a Aarón y Moisés, pretendiendo usurpar su dignidad y alterar el pueblo a petición mía, prosiguieron ciegos y envidiosos hasta que la tierra se abrió y los tragó; y esto bien sabe el Infierno que lo publica el *Génesis*. Y bien saben todos la envidia que sembré en el corazón de Saúl, haciendo que, como fiero envidioso, viviese como endemoniado y muriese como desesperado. Y donde yo más trabajé fue con los judíos, para que, como envidiosos, cometiesen los mayores pecados que se vieron en el mundo; pero recibieron en pago los mayores castigos que hasta hoy se han oído.

Y pues todo esto sabe el Tribunal que escucha que es verdad, atienda: oirá lo que hice estotro día.

Fue que, entrando un pobre en la casa de un poderoso a hora de comer, vio que le sacaban diversas viandas a la mesa, de aquellas que el poder gasta; y, contemplándolas, le hice acordar que su olla se componía de unos cascotes de cabeza de carnero; y con esta imaginación sembré en su corazón tan fuerte envidia que, ciego, sin sentido, le hice ordenar unas informaciones falsas contra el poderoso, jurando él en ellas falsamente, con que le puso triste y perseguido algún tiempo, holgándose el envidioso de verle de aquel modo, haciéndole yo creer que no era pecado ni en él había envidia, y que aunque se holgaba de verle en pobreza, no era más de por que supiese lo que era ser pobre y pasar trabajos; y como el hilo de la verdad no le podemos quebrar (pues sólo lo que hacemos es adelgazarlo tanto que parece quebrado), volvió el poderoso a su prosperidad y el envidioso acabará miserablemente.

Y a otro, que cada vez que ve algún hombre más bien tratado que él en aumentos de fortuna le da un trasudor y una melancolía que por desecharla se sale al campo, le²⁸⁷ tengo

285. Orig.: 'ed' (p. 246).

286. Suplo 'que' (p. 246).

287. Orig.: 'y le' (p. 249).

prevenido el castigo por un camino bien raro; y será que en una tierra arada se ha de hallar un lío de ropa y joyas de mucho valor, y al toparlo²⁸⁸ ha de decir entre sí: «Ahora sí que podré hombrear con los lucidos, pues Dios me ha deparado este socorro por tan impensado camino». Y al cargar con ello para entrar en Madrid, creyendo un guarda que lleva alguna bota de vino, le mirarán y, viendo el lío un alguacil que con orden estará en la puerta esperando a un hombre para ir en seguimiento de un ladrón que ha robado todo lo que este envidioso se topó (que de miedo de ser perseguido lo dejó en aquella tierra, creyendo que por allí nadie podía andar por estar a trasmano y fuera de todo camino); y, viéndolo el ministro (como informado en las señas de lo que había faltado) y mirándolo en poder de aquel hombre, asiéndose²⁸⁹ dél, pedirá favor a la justicia y será preso el envidioso, y después de atormentado irá a galeras, donde ha de reinar la envidia en él sobre cuál de los del banco rema mejor, pues a la envidia muy pocos hay que la resistan; y, si no, responda nuestro príncipe Lucifer.

Así que dijo esta razón desapareció, ocupando su lugar otro espíritu, fiero todo lo posible; y el relator, en voz alta, le nombró diciendo:

*Relación que hace Auristel, Gobernador
de jugadores blasfemos*

—Éste es Auristel.

Y el espíritu, con una voz espantosa, dijo:

—Yo soy. Y conmigo andan Plutón, Proserpina, Tarthax, Sphinge,²⁹⁰ Baaldat y Testacepusa. Yo soy el que inventé el naípe, ayudándome a ello cuatro espíritus de los que pinta el Apocalipsi²⁹¹ a caballo en cuatro serpientes, y cuatro apóstatas viles adornados de ajenas vestiduras y cuatro engañadores; que el uno brinda en copa de oro con veneno, pues al que lo prueba le dan a la vista oro y al tomarlo halla palos²⁹² y sangrientas espadas entre blasfemias. En fin, soy el que tengo a mi cargo los jugadores, tahúres y juradores, que todas tres calidades se hallan en el tahúr, sin perdonar lo maldiciente y blasfemo.

Y bien puede creer el Infierno que soy diablo de mucho provecho para estos senos, pues me ocupo en el mundo en hacer perder crédito, hacienda, salud y alma, todo causado del juego, siendo parte de una general perdición, pues el que más pierde procura más para más perder; y el que gana, con el cebo de lo ganado vuelve al reclamo. Y, según mi ejercicio, pienso poblar estas moradas muy presto, aunque se queje Aqueronte de la poca ganancia que tiene con tal gente, pues dice que ha que gobierna el barco del Leteo más de cinco mil y seiscientos años y jamás ha pasado jugador que lleve moneda para pagar el pasaje; pero dice que recibe mucho gusto en verlos blasfemar y arrancarse las barbas.

288. Orig.: 'taparlo' (p. 249).

289. Orig.: 'assiéndole' (p. 249).

290. Orig.: 'Spingue' (p. 250). La Esfinge tenía rostro de mujer, cuerpo de león y alas.

291. Orig.: 'Epocalipsi' (p. 250).

292. O 'bastos'. Se habla de los 4 palos de la baraja.

En fin, a tal extremo llega lo embelesado que los tengo con el juego, que el otro día, al acabar con su vida un tahúr que a mi gusto era pintado, dijo (cerca de arrancarse el alma): «¿Hay quien me juegue, en viéndola, esos vestidos, que no quiero dejar cosa mía en el mundo?»; y, reprehendiéndole un amigo suyo, que escusase chanzas y mirase que se moría, le respondió: «Antes he de gastar más de cien barajas»; y diciendo esto espiró sin tardar un credo (como en su vida le había dicho).

Y a otro jugador ando perdigando que ya le falta poco, pues ha perdido una gruesa hacienda que tenía y ha llegado a estado de poner a servir a su mujer y dos hijos sin mostrar sentimiento, pues se anda de casa en casa de juego. Y la otra noche perdió un coletillo²⁹³ que traía, y el que se le ganó se le hizo quitar, descubriendo al hacerlo huérfano el cuerpo de la camisa y jubón, y, quedando algo avergonzado (que en tal gente es mucho), se salió a la calle, aconsejándole yo que tratase de robar; y tan bien recibido fue en él este consejo que aquella noche quitó dos capas; y lo continuará, como el juego, hasta que la justicia le ablande la espalda.

Y crea el Infierno que se me va el alma tras un jugador hasta que, de rematado, se me ofrece. Y le celo con mucho cuidado, y tanto, que no es posible más, desvelándome desde que se me fue de las uñas Franco el de Sena, pues llegó a perder los ojos al naípe, todo con mi consejo.

Y un día destos pasados hice una de las mías (aunque yo, si vale decir verdad, no pudiera sin la voluntad de Dios); y fue que, acabando de ganar un tahúr cierta cantidad, al salir del juego llegó otro tahúr y, oyendo decir a uno de los mirones: «Aquel hombre que va allí ha ganado cien doblones y no ha querido dar barato», hice que le siguiese algún tiempo, hasta que, viendo buena ocasión, le dio dos estocadas con que cayó muerto; y al irle a estafar²⁹⁴ las faltriqueras conoció que era su padre (no turbándose, pues animándole yo, le quitó cuanto llevaba). Y luego le hice ir a otra casa de juego y, pidiéndosele a un ministro (que también hay ministros tahúres, y no muy pocos) y al irle ganando los doblones que quitó a su padre alevosamente, reparó el ministro en estar llenos de sangre, y, admirado de lo que veía, levantando su dinero, pidió favor a la justicia y con ella le prendió. Y, dando cuenta a un juez, se averiguó la muerte hallándole la espada llena de sangre. Permittió Dios así: la muerte del viejo por la mala doctrina que daba a su hijo, y al hijo tristeza, prisión y necesidad y fin en la horca, por la ambición que tenía para tener qué jugar.

Y a otro mancebito (que aún no ha escrito en su rostro la línea negra naturaleza) le ando disponiendo un lance que ha de tener por el juego; y será que, viendo a quien le cría que no hace obras de padre, pues le ha enseñado sus mañas (que son todas jugar cuanto tiene), ha de salir tan buen discípulo que un día destos que se esperan le tengo de guiar a una casa donde ha de perder cuanto lleve, y al ir a su casa con intento de robar unas joyas a su madre para volver al juego de donde salió picado, le ha de conocer la madre la intención y, procurando defender su hacienda ha de llegar a extremo que, atrevido y desatento, sin Dios y sin ley, la ha de dar una bofetada, y ella, por vengarse, le ha de echar una maldición, diciendo: «Permita Dios que, pues el enseño y doctrina de tu padre es causa de tal atrevimiento como el que has tenido con la que te parió, hagas lo mismo con

293. Chaleco de piel.

294. Robar. Quizá con sentido germanesco de 'vaciar, limpiar'.

él, castigando Dios tu fiera osadía». Esto se cumplirá por decreto soberano, pues a pocos días después, estando jugando, ha de hacer una ganancia considerable, y al verlo su padre ha de pretender quitarle la mayor parte de la ganancia, y, por defenderla, el tal mancebo dará a su padre una bofetada; y al echar mano a la espada se le tragará la tierra, con que en cuerpo y alma nos vendrá a ver para siempre. Y así, es menester prevenir nuevas penas con rigor nunca visto por tal pecado; pues es cierto que el que tal hace está dejado de la mano de Dios; y si Franco mereció el Cielo fue por el amor y caridad que tuvo a su padre, y el padre deste desdichado ha de vivir arrastrado por ser causa de la perdición de su hijo, naciendo todo del juego.

Y el alma que envié ayer a estas tristes cavernas fue la de un jugador que, no hallando el Viernes santo abierta alguna casa de juego donde jugar dos doblones que le dieron por poner bien puesto un lío de ropa que se halló en un lavadero (y la pobre lavandera lo llora sin haberlo perdido; pero a quien se lo compró yo le haré que sin estribos corra la posta sobre una albarda, llevando un lacayo detrás que le espante las moscas), y viendo que no había juego abierto, fue a inquietar a un mozo para que jugara, en tal forma que, viendo que no quería aunque más le persuadía a ello, arrojó los doblones al suelo, diciendo: «Descomulgado debe de ser este dinero, como su dueño»; permitiendo Dios que se le pasmasse la lengua con una perplejía tan profunda que sin poder hablar palabra se quedó muerto, sin faltar yo de su cabecera; que con mis amigos tengo yo mucho cuidado.

Y ahora ando solicitando a dos amigos que saben mejor jugar la valenciana²⁹⁵ que confesarse, y tengo dispuesto que se encuentren en una posada donde ha de parar un mercader rico, aficionado al librilla de Auristel, y se han de introducir del modo que yo he dispuesto: que el uno ha de alquilar una mula y buscar prestado un vestido de color, y ha de pedir posada donde está el forastero, y trabando conversación con él le dará cuenta cómo viene al pleito de un mayorazgo, y luego ha de ir el otro fullero a verle, como que ha sabido su venida; y por la primer vista llevará unas pollas de leche; y el tal lagarto, forastero fingido, convidará al mercader y acetará, como ignorante de su engaño; y por fin de mesa sacará el fullero una baraja muy atada y sellada, que verdaderamente parecerá que jamás ha pecado, y le brindará con unos cientos; y estándolos jugando irá el otro inocente y de un lance en otro pasarán a flor, introduciendo la suya, de tal suerte por entonces que se harán perdidosos de alguna cantidad considerable, citándole para otro día, donde dejará el mercader todo cuanto caudal le acompaña, quedando de tal data que para volver a su casa no ha de tener un consuelo, si no lo busca prestado; y por esta causa perderá crédito, después de la hacienda, obligándole a quebrar. Y de aquestos fulleros traigo los bastantes por las casas de el naipe, y ya se conocen unos a otros y no se muerden; que sólo muerden a los inocentes, si acaso hay alguno entre los de tal profesión.

Y los días pasados urdí una de las que suelo (pero fue con orden de Dios) a un fullero que, viendo a un ganancioso dar barato a todos los mirones y contadores, alegando cada uno sus servicios, se llegó a él, diciendo: «Si vuesa merced me ha de dar barato no sea aquí, que lo está viendo uno a quien debo ciertos cuartos y embestirá luego a pedirlos. Yo le iré sirviendo y guardando las espaldas hasta donde gustare». El ganancioso volvió a mirarle, discurriendo entre sí: «¿Qué debo yo a este hombre, que con tantos requisitos y comodi-

295. Parece valer por 'baraja trucada': '...evitando las mesas donde fulleros de él conocidos, *doctores de la valenciana* expertos en ahuecar el as, el siete o la sota...' (Deleyto y Piñuela, J.: *La mala vida en la España de Felipe IV*)

dades socarronas me pide barato?». Pero arbitrando con brevedad en su idea una respuesta (en que se vengó), le dijo: «Vaya vuesa merced y adelántese a la despensa²⁹⁶ de tal parte y aguárdeme allí, que yo, por que nadie nos siga, echaré por otra parte». Con esto guio muy contento el perdido holgazán, y el²⁹⁷ taimado burlador echó al contrario²⁹⁸ por otra calle, dejándole burlado. Llegó el holgazán a la despensa, y para estrena echó un cuartillo con medio panecillo que tomó, tan hambriento como codicioso, pareciéndole que la paga de aquel gasto, y más su barato, estaba como en la uña. Pasó algún tiempo sin venir el que tanto deseaba, y viendo que debía ocho cuartos y que en su faltriquera no había más de un ochavo, dos dados, una taba y un poco de tabaco de hoja (que rosario, en otra ocasión lo dejó empeñado, siendo la mayor infamia que usan los que lo usan), ordenó (dejando descuidar a un mozo que le dio el vino y el pan) liarlas, como lo hizo; mas no tan a gusto como creyó, pues viendo su fuga el despensero (que le tenía en cuidado), salió tras de él y le asió de la capa diciendo que le pagase lo que le debía; a que respondió, echando diez juramentos y otras tantas porvidas, que ya le había pagado. Pero el despensero que vio en su traje poco fuste y en sus razones poca bondad, le sacudió ciertas puñadas a tiempo que, llegando un hombre al ruido, y conociendo al fullero, diciendo que era un ladrón le sacudió una cuchillada tan buena que por la posta vino su alma a estos senos; y fue porque en una ocasión ultrajó a un sacerdote, permitiéndolo Dios por la falta de respeto que tuvo con aquel que representa la persona del primero y segundo Melquisedech.

Y ahora ando solicitando que se pierda otro jugador: pues yo gimo y lloro lo que perdí por mi soberbia, he de hacer que lo pierda el hombre por mi industria y consejo, pues en el jugador obstinado se hallan todos los pecados mortales; que después de jurador blasfemo (que es la primera lición que doy), juegan aun más diestramente que las pintas²⁹⁹ los siete pecados mortales, sin escaparse alguno de soberbio, a quien procuro dejar más perdido que caballo desbocado, que hermosura al espejo, que pavo en la rueda, y que yo cuando cometí mi perdición y caída, avariento de cuanto ve, deseándolo para perderlo (que lo mismo es que para jugarlo), con que le comparo al perro, a la sierpe y aquel desdichado que se ahorcó. Lo lujurioso es muy propio en los perdidos, y el jugador no es muy hallado, pues si va de ganancia anda más fiero en el pecado que la cabra y el gallo buscando sus gustos. La ira, tan suya es que, si pierde, no está seguro en su sepulcro el que murió mil años ha, quedando con el espíritu de un león. La gula, habiendo con qué, no la imita el puerco como él. La envidia, tan vasallo le tiene cuando ha perdido, que los ornamentos sagrados aun no se libran de sus ojos, quedando tan parecido a nosotros que no le diferencia más de el vivir. Pereza, no hay asno cansado, caracol en invierno o tortuga espantada como él para diligenciar lo que importa a su alma. Y aunque sabe que estos pecados son tan graves que cualquiera de ellos priva de la gracia, dejando mortal el alma, no por eso busca la triaca saludable en la humildad. Pues largueza, sólo en parar largo la tiene. Castidad, no sabe qué cosa es; sólo la guarda cuando la tristeza de haber perdido le corta las alas del gusto; y muchas veces lo quiere Dios, para su enmienda, el que pierdan, y en ellos es materia que

296. Establecimiento de venta de comestibles.

297. Orig.: 'al' (p. 257).

298. Orig.: 'centrario' (p. 257).

299. Juego de naipes consistente en extraer cartas del mazo en tanto que sean del mismo palo (distinto para un jugador y otro y establecido por las 2 primeras).

aviva su maldita lengua, con que pierden la paciencia, y así, andan sin ella. Templanza, no la tiene porque la huye. Caridad, quien no la tiene de su alma, ¿de qué la ha de tener? Diligencia es sólo lo que establezco en ellos en que adquieran³⁰⁰ caudal para el juego.

Y a tanto extremo ha llegado la fuerza del juego vil, que un alma que envié sin lengua el otro día fue de un jugador que, habiendo perdido cuanto tenía, dijo: «¿Hay quien me juegue el alma?»; y respondiéndole uno que lo oyó: «El alma no es tuya, y así, mal podrás jugar lo ajeno», dijo: «Pues ¿cúya es?»; y volviendo a responderle: «Es de Dios», replicó: «Mas que sea del Demonio». Y allí delante de todos le hice (con el mandamiento que tuve de Dios) que arrojase la lengua hecha pedazos, y el alma envié a los Infiernos, donde yo gemiré para siempre.

Acabó con esto y desapareció, ocupando su lugar otro espíritu, a quien nombró el relator:

*Relación que hace Leviatán,³⁰¹ Gobernador
de perdidos y de hipócritas*

—Éste es Leviatán.

—Así me llamo —dijo el espíritu—. Y en mi servicio traigo a Mammona,³⁰² Apolo, Adonis, Tumus,³⁰³ Abraham, Adramalec,³⁰⁴ Adagester, Camon,³⁰⁵ Baal, Demormogón, Dagón³⁰⁶ y Astarté.³⁰⁷ Yo soy el que vivo (aunque penando) con los amantes de la gula; y según mi empleo (ayudado del hombre, que yo por mí no hago más de disponer, y él ejecuta) merezco gran premio y gran nombre. Y así, escuche el Tribunal.

Yo me he ocupado estos días en hacer que el mortal, pudiendo ganar con su Criador en salir acompañando las procesiones, sólo lo haya hecho por comer y beber mucho a costa de otros, sin haberle llevado otra mira; y sin haberle dejado un instante le he hecho perder la forma de hombre trocándola a la de tarasca, que es la imagen del Demonio. Y ayer me ocupé en andar con dos hombres de tal calidad que en antojándoseles un buen bocado no hay prenda segura en su casa; y codiciosos de las comidas que había en la plaza, fueron en compañía y compraron una cesta de las que da el Rey a los pobres (con que nos da penas y tormento, pues imita a su Dios en aquel acto), y, muy contentos con tanta comida, la partieron, habiendo llenado primero los bucheros.

Y el uno envió un salmón a la casa de una dama, y a la de una que hace terceros papeles envió unas ruedas de congrio; y a otros amigotes (que sólo lo son cuando hay qué engullir) dieron también parte. Y, pasando al tiempo una picarona de mantilla (que con la carilla

300. Orig.: 'adquiran' (p. 259).

301. Voz hebrea que podría traducirse por 'solapado, maligno'.

302. O 'Mammón': el diablo que representa la codicia.

303. Debe ser Tamuz, una deidad babilónica (Ezequiel: 8,14).

304. O 'Adramelech' que significa 'el rey del Fuego'. Se le supone cabeza de mulo, cuerpo humano y cola de pavo real. Habría sido, con Asmodeo, uno de los dos ángeles del Trono divino.

305. Debe ser Camos, dios de Moab (I Reyes: 11, 33).

306. En su templo quisieron los filisteos sacrificar a Sansón (Jueces: 16,23).

307. Baal y Astarté fueron antiguos dioses de los israelitas (Jueces: 2, 13).

que tiene y galas que la voy dando nos³⁰⁸ ha de enviar ganado para que pazcan estos valles), y a esta tal (a quien yo llamo *perro cargado de mazas*) la dio dos servilletas, un plato de dátiles y la cesta de mimbre, y él se quedó con un plato de nueces, que envió a su casa para su mujer. Y en verdad que si no fuera por ella que ya él estuviera acá, porque es una mujer que, demás de haber ayunado al traspaso (ayuno que traspasa a todo el Infierno), todo se le va en encomendar a Dios a su marido, y sólo por ella le sustenta la tierra que pisa.

Y el otro camarada dio una lamprea a un conocido para que la llevase a una casa (y el amigo se quedó con ella, como hacen muchos de quien se fían tontos), y un pastelón dulce envió a una mujer que le ha dado palabra de ser su abogada en una pretensión; que la alcanzará él cuando yo le alcance, pues su intento es lograr un pecado mortal y al punto se cumplirá el número de sus culpas. En fin, se igualaron en despender la cesta, enviando este segundo a su casa un plato de pasas y almendras, diciendo al que la llevó que dijese en su casa que le guardasen para hacer colación.

Y ahora ando en la bulla de los que hacen medianoche hoy sábado, pues, presurosos, andan previniendo comida de carne, como gigotes,³⁰⁹ estofados, pollas, perdices, cabrito, pavos y tocino; y los traigo tan vigilantes que a mí mismo me da vergüenza verlos con la priesa que se quieren venir acá, sin saber los tormentos que aquí se pasan; pero sólo se acuerdan de hacer su cena a la medianoche, como muchos lo usan, a quien tenemos asientos aparejados.

Y de aquí pretendo sacar muchos provechos, porque, demás de ser grande la gula y poco respeto a la abstinencia del tiempo, hago que enseñen a la gente menor de la casa, para que, habituados de mal cultor, cuando grandes hagan lo mismo, guiando sus vidas a la perdición. Y para que de todo punto queden perdidos he determinado de repartirme en todos los relojes de Madrid, y de el mundo; y a eso de las once de la noche, cuando las publica el reloj, que consiga otro golpe el apetito de mi veneno y, contando doce golpes, planten su mesa de pecar creyendo que ya es medianoche, y empiecen a volverse demonios los que son hombres, y herederos de nuestra perdida Patria, sin querer detenerse aquellas breves horas. que faltan hasta el día.

Aquí noté grande algazara y bulla entre aquellos espíritus infernales, y, levantándose uno, hizo subir a Leviatán en una grada, mandándole que desde allí prosiguiese, donde, ya herido de más luz, noté su cara: tenía en la frente preñada dos verrugas como dos huevos; los ojos, tan hundidos que apenas se veían; las cejas, muy largas; las narices, de la hechura de un tomate grande y maduro; los bigotes, como de gato; la barba, tan salida que a visitas se iba de los ojos sin poderlo conseguir. Tenía en ella unos pelos como de cabra vieja, los carrillos muy chupados, y de una rasgada boca le salían unos colmillos como de jabalí. Y, puesto el espíritu en el lugar superior, prosiguió diciendo:

—A estos perdidos glotones, por que no se duerman hago que los entretenga el naipe para que logren su medianoche y yo vaya cogiendo las almas de los que a tan poca costa me las dan. Y a uno que tiene de costumbre esta holgura le hice comprar un pavo, mandando a su mujer que le asase las pechugas y de lo restante le hiciese una pepitoria; y para aguarle su fiesta tengo dispuesto que un gato de la casa de un vecino pase a la suya y vuel-

308. Orig.: 'no lo' (p. 262).

309. Guisado de carne picada, preferiblemente de pierna de cordero, por ser más jugosa.

que la pepitoria de una olla donde estará, y luego cargue con el asado (que topará en una cazuela) y, llevándolo a su casa, lo deje entero. Porque por aquí consigo más de lo que parece; que en la tal casa del gato hay un hombrecillo tan celoso que el aire (cuando ruidoso gime) le parece que requiebra a su mujer; y, hallándolo, ha de creer que algún galán se lo envió a su esposa, y sin más averiguación que topar la pechuga del pavo tengo de hacer que la muela a palos, sin merecerlos; que a mí no hay que ofrecerme más fiesta que el castigo dado a quien no tiene culpa.

Y cuando yo veo a un pobre avasallado, corrido y ultrajado de todos, le llamó *perro forastero*, porque al perro que pasa un barrio donde no habita y otro perro (que sólo ladra en su muladar) le muerde y con el sentimiento se queja, sólo porque se quejó no queda perro en todo aquel distrito que no le muerde, ansiosos todos a herir en el mísero y falto de favor. A este modo es el pobre: si la necesidad de ver que su caudal son tres reales que gana cada día, y que ha menester para la familia que Dios le ha dado en los hijos que tiene tres panes que cuestan cinco reales, y con el ansia de su pobreza gime, no hay poderoso que no le castigue, riñéndole en tanto grado que falta poco para que la lengua con que forma aquellas verdades se la arranquen de la boca. Y para mí la mayor fiesta es ésta: que se queje el necesitado y nadie se compadezca de sus cuitas. Gima el pobre, pase necesidades, arranque suspiros del corazón, llore sangre y, falto de fuerzas, sujétese a la muerte; que con eso quitaremos del mundo los pregoneros de la verdad para que sólo queden a sus anchuras los que pregonan. Vengan al remate del alma que nos alienta; que aunque costó tanto a Dios, a precio de un pecado mortal la rematamos, aunque sabemos que el comprador es el Demonio. Y como yo tengo ansia de haber perdido la Gloria y ver que el hombre la puede poseer y no quiere dejar lo que le ofende, me animo a todo su daño y procuro su perdición.

Y también he dado en hacer hipócritas, pues es gente que pareciéndoles que engañan al mundo sólo a sí se engañan; y desde el lunes no he cesado de padecer tormentos, causados de unos oradores que con lo que dicen recogen perdidos, siendo su doctrina contra nosotros; pues para más atormentarnos han inventado un nuevo tormento, que llaman *misión y jubileo*,³¹⁰ con que nos destruyen las fuerzas; y si esto va así ha de llegar tiempo que no ha de valer la plaza de demonio cosa alguna, pues sin estar contentos con el azote que contra nosotros concedió el Pescador Juan veinte y dos, ni el látigo, que nos ayunta en los primeros de agosto, que contra nuestras fuerzas trazó³¹¹ aquel mendigo que nació en Asís...

Apenas dijo esta razón cuando empezó a rugir el tablado, oyéndose tristes alaridos y llantos a vueltas de impacientes blasfemias, diciendo uno:

—Calla la boca, que me das fiero tormento; pues ese que has nombrado, ese humilde Francisco, goza la silla que yo tuve algún tiempo.

Sosegado aquel espantoso rumor, prosiguió Leviatán, diciendo:

—Ni basta a dos de abril tantos azotes y bofetadas como nos da otro Francisco que nació en Calabria³¹² para nuestra perdición, y otros muchos castigos que nos dan, que por no recibir más tormentos dejo de nombrar. Pero no por eso me ha faltado gente de mi humor; que hallo tantos que ya me enfadan, pues me he dado en ocupar en que muchos

310. Indulgencia universal.

311. Orig.: 'troco' (p. 267). Debe referirse a la llamada 'Indulgencia de la Porciúncula', solicitada por San Francisco y concedida por el Papa Honorio III a quienes acudiesen a la ermita de Sta. María de los Angeles.

312. San Francisco de Paula, fundador de la Orden de los Mínimos.

hombres, con achaque de acompañar las procesiones esta semana, siendo cristianos, los he dejado con alma hipócrita, y a muchos que con achaque de la devoción llevando una luz en las manos debían ir contritos y sosegados, los hago que vayan sólo por ser vistos, cometiendo pecados a montones: los unos, llevados de la vanidad de la túnica nueva y fanfarrona ribeteada de culpas; y a unos lindos (que hasta lo lindo lo usan en sacarse sangre) los traigo tan perdidos que han menester que los amigos que van en su compañía vayan publicando a todos cuantos conocidos ven: «Éste es Fulano, que saca sangre de un cuerpo hipócrita y la enseña en las espaldas, ya que no en los ojos».

Y ayer viernes anduve con uno todo el día, haciéndole, cuando empezó a golpearse, que lo³¹³ hiciese con fuerza delante de otro, y, viéndole un mayordomo, le dijo que no se diese de aquel modo, que Dios no quería que el hombre se maltratase tanto; y el tal azotado respondió: «No lo hago por Dios, ni por el Diablo; que sólo lo hago por que vea este mentecato que viene detrás que hay quien se las mulle». Aquí hice mentir a los dos: después de hipócrita penitente, el uno mintió en decir que no lo hacía por mí, pues por mí lo hacía; y el otro mintió en decir que no quería Dios que castigase el hombre su cuerpo (pues Dios quiere que sujete la criatura con castigo aquel vaso quebradizo en que le encerró el espíritu para que no se pierda saliéndose con lo que quiere), pues en parte³¹⁴ negó la penitencia, siendo sacramento. Y también he andado todo ayer mañana con un cofrade que así que se levantó de la cama echó cuatro juramentos porque el día antes había mandado a su mujer que quitase las puntas de un manto y con ellas le hiciese una rosa para las espaldas, y porque no lo había hecho se puso más fiero que gato encerrado, y que nuestro Príncipe cuando oye nombrar a Francisco el de Asís.

Aquí volvió a temblar todo el sitio, oyéndose espantosos bramidos, donde conocí el engaño del poeta que, pintando el Infierno, dijo que se reían los demonios y salían de las penas, pues sólo vi establecido el enojo, el tormento, la blasfemia y el llanto, revuelto entre fieros crujidos.

—También procuro —prosiguió— en que mucha gente de Madrid vayan corriendo por las calles como locos, y, preguntando a qué, digan que a ver la Borriquita, no llevándoles otro deseo más del adorno y gala de un paso, que, siendo aquel cuando huyó con el Sol de justicia su amante Esposa y Madre, aquella a quien no pudo llegar nuestro contagio por estar guardada de su eterno Hijo...

Aquí volvieron a oírse unos espantosos gritos y aullidos, como que se quejaban; y luego, en unas lamentables razones, oí que dijeron:

—Con ese privilegio nos ató Dios los bríos antes de nacer su Madre.

Aquí me alegré de oír al Demonio cómo confesaba la verdad, siendo el padre de la mentira; y, aunque dormido, me acordé cuando otra vez lo hizo, según dice San Basilio de Seleucia en su Oración veinte y cinco, que empieza diciendo: *Venisti ante tempus*; búsquelo el curioso, o yo se lo enseñaré en despertando.

Cesó el alboroto, y prosiguió el espíritu:

—También he gastado el tiempo en que se adornen los mortales de las mejores galas para ir a ver a su Dios muerto y amortajado en una pobre sábana, y, ciegos, sin discursos,

313. Orig.: 'le' (p. 268).

314. Orig.: 'partes' (p. 268).

sólo contemplan en aquel hechizo que llevan puesto. Y el jueves hice que a un lindo que llevaba unas medias de pelo, tan sutiles que parecían ser hechas de nuestros espíritus, le diese otro un conterazo de tal suerte que le llevó un repelón bien grande, y al verlo echó un porvida; y cada vez que se las pone hago que se suelte una carrera, con que basta para que suelte un juramento, y ya le tienen de aderezos más que lo que costaron de compra; y así, en el Infierno llámanse las medias de pelo *jueces de comisión*, pues sube más el salario que la causa principal. Y a tal extremo ha llegado mi maña con este traje, que hago que los pulidos, temiendo que al arrodillarse salte algún punto de las medias, he introducido que en el templo oigan la misa en pie o arrimados; o, si hay lugar, los hago sentar en los confesonarios, para que al salir el confesor, viendo ocupado su lugar con aquellas fantasmas, se vuelvan, temerosos, a sus celdas, y de este modo carezcan los penitentes de aquel consuelo que quita de acuestas tan grave peso como es el pecado. Y, idólatras de sí mismos, descuidados de lo que más importa, poco a poco me los he de traer, pues para hacerlo he inventado el color amarillo en las medias de las mujeres, y lo llaman color de escarola (siendo color que la muestra la llevé al Infierno un día que tomaron posesión de sus llamas un testigo falso y dos alcahuetes), y como es color tan salida se van tras él, y por sus pasos detrás de mí.

Y ahora, para más sainete (pues ya está todo en la gala), he inventado los relumbrones en los justillos³¹⁵ y guardapieses, sin que quede fregona que no lo use y traiga. Y también ha quince días que empecé a adornar a una picarona que ayer era fregona y mala, y para el jueves la hice buscar una gala prestada y se puso de tal forma que embobó a cien tontos (y si la miraran con atención por adentro, en verdad que no tiene camisa y que tiene de qué rascarse, aunque ella dice que es poco), y con el adorno ha dejado apalabrados a veinte particulares para en tocando a la Aleluya.

En fin, soy el que ha inventado este traje de gala que ahora llaman *francés* (llamándose en su propio nombre engañabobos), y con él juego a montones mariposas de seda para el tocado, guantes y talle, haciéndolas llevar el pelo suelto, lleno de lazos (habiendo fundado yo mi mayorazgo en esta parte del pelo desde que las damas de Jerusalén compraban los cabellos de Absalón a precio de siclos de oro). Y también he inventado el adorno del rostro, y lo he estancado, pues con las cosas que hago formo una hermosura (siendo polvo su ser) que a los ojos lascivos parece ángel, siendo tumba de la muerte con paño de brocado, pues debajo de las azucenas del pecho, de los claveles de los labios, de las rosas de las mejillas, de los jazmines de la frente y el oro de los cabellos, labores y matices de ricas telas, no se encuentra otra cosa sino la muerte fiera y espantosa, que se ocupa en poner y quitar el paño de la tumba.

A esta belleza mundana me ocupé en adornar el jueves para que caigan muchos, no en su perdición, sino en el lazo de su hechizo: adórnolas angostas, con costosas galas, distribución de caudales, pues a una dama la hice que pidiese a su galán una gala (arbitrada de mi capricho), que para dársela hubo menester vender un caballo en que andaba; y para comprarla una joya para la cintura (que la llaman *Sol de Francia*) vendió un reloj (que lo sentí yo harto, pues era causa de hacerle perder el poco juicio que tenía cada vez que le sacaba para mirar la hora o para darle cuerda).

315. Chaquetilla sin mangas y muy ajustada.

Y a otro que había dejado a su dama hasta la Pascua hice que se viese con él y le dijese que había menester un vestido para el Jueves santo, y que el no hablarse no quitaba que pidiese ella lo que había menester, no teniendo a quien volver los ojos sino a él; y, oyendo esta terneza, la dio palabra de hacerlo. Y le hago creer que con que no tenga acto con ella en aquel tiempo santo basta para con Dios, y no repara, siendo dueño de un albedrío con sus sentidos y potencias, que donde no hay propósito firme de la enmienda no tiene valor la confesión, y no sirven más que para enojar a Dios más y más. Y le tengo tan ciego en su erronía que si no obra la Sabiduría eterna con él como suele, le tengo de traer antes de muchos días; que para quitarle la vida hartas ocasiones hay en la casa de la dama, pues la visitan siete mentecatos, y yo siempre que la veo contemplo en ella una caja de los siete pecados mortales. Y ahora, para que cumpla con ella, he dispuesto que una gala que tiene su mujer (que se la dio seis meses ha, cuando se casó con ella, que le costó la mitad de lo que le dieron de dote) la saque diciendo que la quiere ver un amigo para mandar hacer otra como ella para su esposa; y con este engaño la llevará a su dama, a quien la mandó;³¹⁶ y así consigo que tenga más firmeza la palabra que da al Demonio que la que dio a Dios, pues se la dio de no volverle a ofender y ya la ha quebrantado, y la que dio al Demonio la ha cumplido.

Y ahora tengo a un mocito fanfarrón con el pie en el estribo de su perdición; y será en esta forma: que sobre una casilla que le dieron en dote ha de buscar docientos ducados sólo con intento de echarse dos galas, porque ha visto a otro amigo suyo que las tiene; y el que le ha de dar el dinero es un vecino suyo con intento de quitarle la casa poco a poco (y no por eso dejará de llevarle a diez por ciento); y para que no se sepa esta infamia de a diez hago que se los dé por tiempo de diez años y que le haga escritura de pagarle cuatrocientos ducados al cabo del tiempo, hipotecando la casa y obligándose a la paga él y la mujer con su dote, Y para acabarlo de efectuar me es fuerza volver al mundo, porque han de nacer de esta causa muchos efectos, pues al que se los da le hago pecar en llevar tan subido logro y mentir en decir que sin intereses se los presta por hacerle bien; y el³¹⁷ escribano que ha de hacer la escritura dará fee de que pasó a su poder cuatrocientos ducados realmente y con efecto, no siendo así; y al mentecato le tengo de destruir deste modo el hacienda, la salud y la honra, pues, en adornándole con estas galas, le tengo de hacer acompañar con amigotes y, desvanecido con las galas, dará en paseante, y en un galanteo que ha de tener le han de romper la cabeza, de tan buena manera que para curarse ha de vender las galas y cuanto hay en su casa; y deste modo, por durar la enfermedad, rematará la casa en el logrero vecino, y por fin dará en el hospital; y ella, viéndose sin remedio, moza y de razonable cara, ha de admitir los ofrecimientos del comprador de su casa, y el tal señor ha de dar a su mujer mala vida, causado del amor nuevo. Y todo esto sin mi asistencia no tendrá efecto, pues yo lo he de disponer para que el mortal lo ejecute.

Y a otro mancebito, hijo de buenos padres, le tengo medio volcado el juicio con la compañía de dos amigos con quien anda y de quien ha de ser aconsejado que robe a su padre y que harán vestidos de color e irán a ver a Sevilla. Y si lo consigo (que sí haré) he de tener comisión para muchos días fuera del Infierno; mas no fuera de penas, pues aunque enredo a unos y hago a otros que pierdan la paciencia, otros tienen tanta que me doblan las

316. Prometió.

317. Orig.: 'al' (p. 274).

penas, pues para nosotros no hay mayor tormento que ver a un hombre entre golpes de fortuna sobrado de paciencia, pues en él nos parece que vemos a Job en el muladar. Y en robando este mancebito el hacienda a su padre (que será en doblones), yendo camino de Sevilla con sus dos amigos tengo de urdir una profunda tela, y, dejándolos en una venta,³¹⁸ tengo de armar otro hurto en casa de un alcalde de un lugar, también en doblones. Y le ha de hacer un criado suyo, y con ellos ha de partir a Madrid con intento de echarse galas, sin ser otra su mira; y, saliendo el alcalde en busca del criado y el hurto, ha de tener aviso que tres mozos estuvieron tal noche en una venta,³¹⁹ camino de tal parte, y que los vieron muchos doblones; y, animado con estas nuevas, ha de seguir su alcance y los ha de hallar en un monte a tiempo que estarán contando y partiendo los doblones, y, presos, los traerá a su lugar y sin más averiguación que hallarlos aquel dinero los azotará y desterrará. Y su criado, en Madrid con dineros y galas, hallará amigos (que no faltan para quien tiene qué gastar), y los tales camaradas llevándole en casa de unas mujeres de mal vivir, los prenderá la justicia por ladrones, y al apretarlos las cuerdas confesará el mozo a quién hurtó los doblones; y al despachar aviso al alcalde, se hallará al saberlo confuso y cortado, por haber castigado a los tres mozos sin haber oído en su defensa palabra (que los alcaldes de aldea, en encaprichándose, hacen estas cosas a pie juntillas, golpeando con la vara en el suelo, y con el tono de «¿So alcalde o no so alcalde? Y pues me enquillotré,³²⁰ razón tuve» ejecutan su enojo); pero yo le haré que se acuerde del año que lo hizo, que justicia hay superior a él.

Y todas estas cosas yo no las obro, sólo doy la disposición y el modo, mostrándolo todo fácil para que lo ejecute el que se cree de mis ofrecimientos; que nosotros no tenemos más entretenimiento que inventar trabajos, sustos y penas nacidas del mal pensamiento que los damos a todos aquellos que gozan de la vista que nosotros carecemos, y, como envidiosos, procuramos que pierdan la gracia que perdimos.

Y hoy³²¹ no hay más liga para coger perdidos que las galas, y en particular este traje que ha desterrado los guardainfantes, que aunque ahora no van las mujeres tan huecas de faldas, lo van de cerebro. Y es lo que más hemos menester; pues ahora dejo probando una gala a una dama (que ha quince días que salió de la Galera), que si, vestida, entrasen los que se la han dado no fuera posible caber en la casa, según son los personajes, pues principalmente la tela del vestido se la dio una noche un criado de un mercader por la reja de una cueva; y los recados de aforros y demás menudencias se los dio un mercader tan nuevo y tan bobo que, del modo que va, creo que la tienda quedará desierta antes de mucho, pues a todas cuantas damas entran en ella las apalabra y ninguna se va sin llevar algo. Y el guardapiés se le dio el mayordomo de un señor (que hay muchos mayordomos que parecen amos); y un sastre puso las hechuras; y los lazos (que no es lo de menos) se los dio un viudo que, pareciéndole que hace mucho que lo es, busca compañía (y enterró la mujer a puras pesadumbres la semana pasada); el manto se le dio un mercader que, sin ser pernil, tiene lonja (y las puntas dél tienen más tramoya que parece, pues son de seis dueños: un salvaje, un tonto, un mentecato, un simple, un bobo y un insensato; cada uno dio

318. Orig.: 'ventana' (p. 276).

319. Orig.: 'ventana' (p. 276).

320. Engreírse, jactarse. El autor parece aplicarlo por 'discurrir agudamente'.

321. Orig.: 'yo' (p. 277).

sus cuartos para la hora de su perdición, ofreciendo las onzas a los pesos falsos de aquella libra, o aquella libre); y el calzado se le dio un alguacil con intento de servir de alfiler; y un platero, más bruto que plástico, la ha dado la gargantilla; que, aunque no es de mucho valor, en verdad que si pagara lo que debe que no había de quedarle otro tanto caudal como ella vale. Miren ahora en un mal aposento de siete reales de alquiler (que se los paga un sepulturero de una iglesia), cómo cabrán tantos perdidos opositores a la cátedra de la gala. Pero para recibir las visitas se vale del cuarto de casa de una amiga, vieja en el arte, a quien admite por nueva y tapa como vieja. Y lo que más procuro, así que las adorno, es que las entre la vanidad y poca vergüenza.

—Eso de vanidad y poco respeto me toca a mí —dijo otro espíritu que, ocupando su lugar, desapareció Leviatán.

Y, nombrándole el relator, dijo:

*Relación que hace Astarot,³²² Gobernador de
infames logreros, cuatrerros y usureros*

—Éste es Astarot, espíritu que engañó tanto armenio, hasta que Bartolomé le destruyó.

—Así es —dijo el espíritu—. Y como vasallos traigo en mi compañía a Aéreo, Ígneo, Soterrano,³²³ Viracho, León y Beelfor, siendo general de cincuenta legiones. Yo me ocupo en el mundo de andar con los que estiman la vanidad, el poco respeto, la falta de atención, el murmurar, el devaneo, la inquietud y el logro³²⁴ en el grano; que, enviando Dios ciento por uno, para el pobre no llega uno por ciento.

Y en particular he andado con un labrador rico a quien es menester prevenir lugar de muchísimas penas; aunque cualquiera lo es en el Infierno, pero es necesario que a tal persona se le den graves tormentos, pues él los dio a los pobres. A este tal traigo tan ciego que de todos los pobres de su lugar es dueño y señor, aguardando cuando el tiempo los molesta, y entonces los visita y ofrece dineros con subido logro; y como llega en tiempo de necesidad, no repara el pobre, obligándose a la paga el agosto; que cuando llega la cosecha apenas la tiene para pagar al logrero, con que este desdichado encierra en su casa todo el grano de los pobres, y para que siembren y coman los vuelve a prestar, siempre adelantando el logro; y si alguno se queja de la demasía y trato le responde: «¡Mendigón! ¿Por qué no queréis que la hacienda del poderoso gane al doble que la vuestra? ¿Cuándo pensasteis que os había de dar mi hacienda a la ventura del tiempo? Holgárame que os viniera un mal año, para ver de adónde comíais si yo no os doy mis granos». Con esta ceguedad vive; y aunque se quejan algunos lastimados a la justicia del lugar, no son oídos porque gimen contra un poderoso. ¡Oh, cómo me pienso vengar de tales ministros cuando vengan acá!, pues cierran las orejas a las quejas del pobre porque ven que no tiene fuerzas, favoreciendo al poderoso sólo porque tiene.

322. Según cierta tradición, San Bartolomé expulsó a un demonio llamado Astaroth que vivía en un templo dentro de una estatua que se decía curaba las enfermedades. Luego consagró el templo a Jesús.

323. Orig.: 'Seterrano' (p. 280).

324. Préstamo a usura. El autor también lo emplea para el acaparamiento de materias básicas, como los cereales.

Pero ya que vi que Dios me concedía la licencia para acabarle le ordené que ayer, yendo a ver una heredad suya, halló en ella un manojo de leña menuda atado con un cordel, que al verle un pobre, que le había cogido por el campo, por huir de su vista le dejó. Y rabioso, pareciéndole que se lo hurtaban de sus tierras, sacó yesca y quemó el pobre hacecillo (y pareciéndole bueno el cordel con que iba atado, le guardó), y al quemar la leña dijo; «¡Oh, quién cogiera a quien le llevaba, para quemarle también!». Y como es fuerza que nosotros obedezcamos al precepto de Dios, permitió su fin (que mejor nos estuviera en el mundo, que por su causa perdían muchos la paciencia y otros aprehendían sus costumbres): volvió a su casa y halló a la puerta a un pobre que para obligarle a que le diese limosna lloraba; y así que le vio, creyendo que era el que llevaba la leña, le empezó a dar golpes con el cordel (que aún le llevaba en la mano), diciendo «¡Ladrones! ¿Qué queréis a los poderosos?» y entrando en su casa, imaginando en su corazón: «Si viniera un año estéril, ¡oh, cómo vendiera yo todo el trigo que tengo!»; y tan ciego iba en esta imaginación que no oyó que dijo el pobre: «Ahorcado mueras, pues has ultrajado a un pobre, que representa a Dios cuando en el mundo andaba». Y entrando en una cámara que tenía llena de trigo, la vio arder en vivas llamas; y en lugar de reparar que era aviso de Dios, en que le decía: «Si tú sientes el que se abraza tu hacienda, ¿por qué no sientes lo que sintió el pobre cuando le quemaste su caudal?», subió ansioso y desesperado a lo alto de la casa, y con el cordel que quitó del haz de la leña y sirvió de azote para el pobre, sirvió de su ruina, pues mirándole y reparando en una viga que atravesaba, echó el cordel a ella (que, aunque era pequeño y delgado, con brevedad le alargué y engordé) y, haciéndole un lazo, le empleó en su garganta, diciendo: «Más quiero esta muerte que vivir lidiando con pobres». Deste modo le dejó ahora espirando; y así han de acabar cuantos huyen del mísero necesitado pudiéndole consolar.

Así que dijo estas razones se oyeron grandísimas voces entre fieros aullidos, y, asombrados todos, preguntó el Tribunal la causa del ruido. Y Astarot respondió:

—Éstos son mis criados, que entran con el alma del logrero y la de otro enredador cuatero, que es uno a quien he³²⁵ traído toda su vida hurtando ganado en dehesas y sotos, y con rostro de que le tienen por hombre de bien las vende y fía a personas que le dan de contado la tercia parte, hipotecando a la deuda la compra, y si cumpliendo el tiempo no le pagan les quita la cabalgadura. Y haciéndolo ahora con un pobre, a quien quitó un macho que aun no tenía bríos para llevar a cuestras seis cántaros de agua, ultrajando al pobre, le derribó los cántaros en el suelo, y, tomando del ramal al macho, infundí tal fuerza en él que (con licencia del que todo lo puede) le arrastró sin parar hasta las puertas del Infierno, ahorrándome de cargar con tan mala cosa.

También ando ocupado con un agente de negocios, que su vivir es buscar quien dé dineros a ganar y quien los haya menester, y con esta comisión ha ganado muchos ducados y posesiones que tiene (bastándole el rinconcillo donde gime Judas; que aquéstos, por lo entremetidos, en cualquier parte caben). Procura saber quién quiere dar dinero y a cómo, y qué hipotecas o prendas quiere; y el que lo ha menester le busca, pretendiendo cuatrocientos ducados y que hipotecará una casa que vale mil. Ajusta con cada parte por sí y con todos come: al que busca el dinero le dice que Fulano quiere a ocho, pero que por evitar

325. Orig.: 'ha' (p. 283).

ruidos lo pondrá a cinco, dándole guantes;³²⁶ ofrécelos el que busca con necesidad, y con todo se queda el agente, ganando más que el que da el dinero. Y algunas veces es él el que lo da; pero ya tiene dispuesto el pago: que al ver un clavo que clavado estaba encima de un balcón, con la codicia de alcanzarle dará de espaldas en la calle, haciendo el cuerpo pedazos en las piedras, el alma tortilla en los Infiernos.

Y también tengo ordenado (si puedo y me vale la maña) que un ministro de un lugar, codicioso de la ganancia que tienen los obligados³²⁷ de la carnicería, trate en ganado y se aúne con los obligados poniendo las posturas a su gusto, sin mirar el daño de los pobres, sólo aspirando a la ambición y a vender su ganado a precio subido. Y deste modo hago que los pobres se aburran viendo la careza en buenos años, y, llenos de ansia, echen maldiciones, que vendrán a ser tantas que llegarán al Cielo, y los culpados³²⁸ a estos senos; pues sin mirar el daño del prójimo sólo miran su provecho, ofendiendo a Dios y destruyendo a los míseros. Y también tengo de cargar con los cortadores de carne, porque, en llegando a su tabla el pobre, le dan huesos y piltrafas; y al rico y al ministro, lo mejor y más mollar. Y deste modo procuro que se le acabe la paciencia al pobre viendo que su cuarto no vale dos blancas y el ochavo del rico vale un real. Y viendo el poderoso que por serlo le estiman, todo su anhelar es a más tener.

Y a una vieja que la tengo muy por mía, pues de mi consejo se mantiene más ha de cuarenta años, miren qué bien gobernada estará, pues vive³²⁹ de guardar todo cuanto la llevan los mozos y mozas de su barrio, y aun de otros sirvientes y no sirvientes en ellos, que, alentados con tal guardiana, hurtan todo cuanto pueden a sus amos y esta vieja se hace de oro quedándose con la mitad de cuanto la dan. Y ahora a la vejez se le ha de ordenar su castigo, que razón será que no muera sin la paga a tantos servicios como ha hecho por mí, Y ha de ser por guardar a un hijo de un mercader cantidades que ha de ir quitando a sus padres; y, echando menos una pieza de plata, le han de encerrar y amenazar; y, viéndose apretado de sus padres y cercado de temores, cantará de plano, diciendo quién, dónde y cómo; y con esto irá la justicia a la casa del alcahueta y, hallando tanto trasto guardado, por encubridora de ladrones la darán docientos azotes y encerrarán en la Galera, para que enseñe a rezar a las jilguerillas que andan allí en muda.

Y a otra vecina suya ando celando por logrera infame, pues vive de prestar sobre prendas a los pobres, y al que le da ocho reales le lleva cada mes medio real, y a este respeto lo demás que da; con que me la traire antes de mucho, pues, ciega en su ambición, no ve el daño de su alma, mirando sólo su provecho (con que mira el mío). Y pues, ciegos a lo que Dios manda, no miran las obligaciones de cristianos, acá vendrán sus errores, que son aciertos para nosotros.

Y aunque el Príncipe Asmodeo y el General Esmón hicieron relación de sus ocupaciones (que muchas de ellas lograron con mi ayuda), contaré yo mis divertimientos, que aunque parecen a los suyos, son muy distintos; aunque todos nuestros alientos se enderezan a la ofensa de Dios.

326. O 'para guantes': Propina, soborno.

327. Los que por contrato y por un tiempo determinado asumían el abastecer a la población de un género de comestibles.

328. Orig.: 'ocupados' (p. 285).

329. Orig.: 'viva' (p. 285).

Yo hago que pierda el hombre el respeto a los templos, procurando que se ensaye a perder la gracia (que tanto lloramos nosotros, sin aspirar a remedio). Yo, pues, hago que sin atención a cosa sagrada ni acción de caridad entre en la iglesia y la registre toda sin perdonar sitio, pisando indecentemente, violando el sagrado de Dios, yendo a hablar y a efectuar pecados, sin acordarse de tiempos pasados, cuando Dios castigaba este pecado de la irreverencia de los templos, siendo pecado que clama al Cielo, siendo lo que destruyó al reino de Chipre, al reino de Judea; sin acordarse el mortal de lo que Dios dijo a Salomón acerca del templo y sin reparar cuando Dios se irritó por ver en un patio del templo judaico tratar y contratar (y templo en que no había cosa sagrada, sólo porque antiguamente habían estado en él dos piedras en que estaba escrita la Ley; y hoy, en un santuario, donde hay efigies suyas y de su Madre y de sus Santos, y donde está realmente su cuerpo y sangre, de quien todo el Infierno tiembla, va el mortal a hacer sus juntas para el pecado).

Y pues soy el que lo ordena en este tiempo, cuando las piedras gimen y se arrancan de su centro, premie el Infierno mi espíritu, pues hago que el hombre parezca loco, pues al entrar no se acuerda que hay pila de agua bendita ni a quien adorar; sólo adora el hechizo que le trae sin ser. Yo hago que la dama vaya al templo con los meneos que se saben, echando atrás el manto, cabeceando para manifestar las mariposas del tocado, mirando a las demandas de las puertas para inquietar las almas de los que las piden, entrando a ver si está en la paranza el simple cuervo que trasnocha al reclamo de la carne (avisado sólo de mi ofrecimiento); registra la iglesia con deseo de hallar al galán para decirle el medio que habrá para hablarse. Todo esto dispongo hallando cabida en el pecho del ingrato, tan ciego que no ve lo que más le importa; y así, me le traigo poco a poco, imprimiéndole todo mi rostro y mi veneno en su alma.

Y ayer hice que saliese una casada antes de amanecer, dejando a su marido en la cama, y con achaque de ir a oír la Pasión fue en busca de un mirón que la solicita días ha; y no le paga en desprecios, pues estima y adora en un billete suyo en más precio que todo el amor de su marido. Y enmarañé que así que salió en compañía de una criada de quien fía sus secretos (que secretos fiados a una criada ya no lo son) se vistiese el marido con toda brevedad, celoso con los celos que le imprimí diciendo a su corazón toda la verdad (que cuando la decimos lo manda Dios, tal vez para fin de uno y tal vez para la enmienda). Y, siguiéndola los pasos, la halló junto a una iglesia hablando con el tal a quien iba a buscar, y, aguardando ocasión, le dio a él de puñaladas, quedando muerto, y ella huyó con una herida en un brazo, y la criada, con un chirlo de oreja a oreja, se metió en sagrado.³³⁰ Pero al llevarla a curar dará en manos de la justicia; que al cabo de la jornada este premio merecen los alcahuetes. Y, acompañado de un amigo, el matador mudó los muebles a un retraimiento,³³¹ donde le dejó para su perdición, pues dentro de pocos días saldrá una noche en compañía de otros retraídos de mal vivir y, dando en manos de la justicia, irá (a buen librar) a remar. Y sabiéndolo su mujer, ya algo olvidado el pasado suceso, se dará a la flor³³² y a pocos lances quedará en la espina,³³³ engolfándose en sus huesos la zarza, todo

330. O 'acogerse a sagrado': refugiarse en una iglesia.

331. Escondite donde dejar pasar los días.

332. Se envilecerá.

333. Perderá la salud,

causado de no saber vivir, rompiendo el yugo santo, profanando el sagrado de las iglesias y siendo amiga de galas. Y su marido pasará desdichas porque, siendo un humilde hombre, consentía a su mujer galas y compañías harto escusadas.

Yo hago que muchas personas se vayan a dormir a las iglesias, roncando como cochinos; y para más venganza mía hago que el ladrón entre en la iglesia y haga en ella sus tiros. Y el jueves hice que a una mujer que llevaba un manto prestado sólo por crecer su fanfarria, se la arrimase un ladrón y la cortase gran parte dél; y a otra loca la cortó las faldas de una hungarina de felpa que la costó cuatrocientos reales (y todavía los debe en casa de un ropero, de donde la sacó). Y a tal desvergüenza llegó el atrevimiento de un ladrón, que quitó las puntas de un frontal que adornaba el altar de su Dios.

Y para inquietar el sosiego del templo hago que se junten cuatro mujeres y se sienten, o, por mejor decir, que se arrellanen cuatro urracas a hablar, y que la una empiece alabando las arracadas de otra, y luego la gala de buen gusto. Otra dice que doña Fulana ha sacado un vestido que en Madrid no le hay mejor. Luego se pasan a contemplar los rostros, diciendo la una: «Cierto, doña Fulana, que estáis famosa y blanca», y la tal responde: «Pues bien podéis creer que no gasto más de un poco de agua clara»; y luego alaban las medias de pelo, sobre si Fulana las hace buenas, y dice la una: «En Madrid no las hay como las que trae don Cosme». Con estas pláticas inquietan la iglesia y a cuantos hay cerca.

Y el miércoles pasado tuve famosa noche con una mujer que, viendo ausente a su marido, la hice imaginar en un torpe pensamiento, procurando ejecutarle con un criado de la casa; y ciega y sin sentido, pasó en faldas menores al aposento del tal mozo, que así que la vio, alentado con mi ayuda y sin hablarse palabra uno a otro, se arrojaron a su perdición, permitiendo el poder Soberano que por el poco respeto a Dios y al mundo se hundiese el suelo del aposento, quedando sepultados miserablemente. Y a un criado de un doctor hice esta noche que, estando su amo recogido, metiese en la caballeriza a una picarona, y al tiempo de principiar el acto se espantó la mula y, rompiendo la cadena, le dio dos coces en las sienes, dejándole muerto; y al salir ella huyendo se le quebró una pierna. Y aunque queda viva, también es de acá, pues sanará de la pierna y enfermará el alma.

Y ayer, viendo la quietud que había en una casa (aunque la dueña no es tan santa como parece; que aunque en el barrio que vive la tienen por buena cristiana, fuera dél hace sus tiros como los gitanos), viendo que estaba algo sosegada, la traje a la memoria un empeño que tuvo antes de la Cuaresma, de cuyo original tenía muy guardado un retrato; y, acordándola de gustos pasados, la hice sacar el retrato de adonde estaba. Y, estando contemplando en él, llamó el marido a la puerta, y con la turbación, aunque le metió en el pecho, se dejó en el suelo un billete en que le tenía envuelto; y así que entró el marido, algo cuidadoso con un pensamiento que le di, empezó a mirar toda la casa, y ella que tal vio, creyendo la había de mirar y hallar el retrato, puso pies en polvorosa a tiempo que, alzando el billete del suelo y viendo pintada con letras su afrenta, al buscar a su mujer ya no la halló. Y, procurando saber de tal señor y teniendo noticia de que está ausente, volverá a poner su hacienda en guarda para irle a buscar. Deste modo inquieté la paz desta casa para hacer pública la bondad de la dueña.

Y ahora ando con una persona grave que tiene puesto en que debe dar buen ejemplo, y le tengo de hacer pecar de modo que lo sepan todos, pues le hago solicitar a una mujer

que apenas ejecutará su intento cuando será descubierto y pregonado su delito, por donde caerá de la dignidad y se verá despreciado.

Peque el hombre y piérdase, pues yo también me perdí por mi pecado. Caiga de la privanza y gracia de Dios, pues, inadvertido, me cree, sabiendo que yo no puedo aconsejar otra cosa que la perdición del alma.

Aquí acabó el espíritu, ofreciéndose a visita otro, a quien el relator nombró, diciendo:

*Relación que hace el Cojuelo, Gobernador de los
perezosos y señor de la pereza*

—Éste es Renfás, llamado por otro nombre *el Cojuelo*.

—Así es —dijo el espíritu—. Y conmigo traigo a Arturo, Deumo, Taloc, Moloc, Melec, a Sechedín, Serapis y Melindre, no para que me ayuden a andar, que aunque ando con perezosos, ellos mismos me llevan a cuestras.

Aquí noté la figura del espíritu: era pequeño y corcovado, mala barba y calvo, descansando el cuerpo sobre dos muletas. Y con más abultada voz que todo el cuerpo, dijo:

—Yo soy aquél que, aunque estropeado el cuerpo desde aquella batalla del rebelión celestial, ando mucho; y con poco trabajo, pues mucho más tiene el que anda detrás de mí, sin cansarse de seguir a un diablo tal malo como yo soy. Yo fui el primero que inventó la resistencia a la justicia, y por eso salí tan maltratado; pero, aunque tullido, escuche el Tribunal y oír en lo que me empleo.

Yo lleno al mortal de pereza, con que le quito la gracia, róbole las virtudes, destiérrole del Paraíso, condénole a muerte eterna, sujétole a miserias, trabajos y aflicciones, causado todo de la pereza, alcanzándoles la maldición de Jeremías, en que dice: «Maldito sea el perezoso que las cosas de Dios las hace con negligencia y fraude, lleno de tedio, acedía o pereza». Y así, procuro que el hombre, cuando llega el tiempo florido en que le llama Dios a la confesión, se haga tullido, y tanto, que no acaba de llegar al sacramento de la penitencia y le hago que lo deje para otro día; y de un día en otro le traigo a mi rabo, como criado de doctor. Yo soy quien siembra la pereza en el poderoso cuando había de acudir a la necesidad, aconsejándole que hay poca necesidad de hacerlo, y deste modo le hago emperezar toda la vida. Yo hago que el jugador acuda, vigilante, a la casa de juego y se esté toda la mañana echando juramentos, y para ir a misa se llene de pereza. Yo doy el sueño pesado a los descuidados. Yo desvelo a la dama toda la noche, deseando el día porque ha de ir a la fiesta y cada hora se le hace un siglo, y la lleno de pereza cuando ha de ir a misa o a oír el sermón. Yo hago vigilante al hombre para que vaya a las fiestas y comilonas, deseándolas por horas, y si le convidan a un entierro le hago perezoso y que ponga excusas por donde no ir. Yo soy quien con la pereza he hecho perdidos a muchos hombres, y que queden tan rematados que no puedan volver en sí.

Yo hago que entre el hombre en la iglesia y sin tomar agua bendita, de pereza por no sacar la mano del abrigo, pase de aquel modo el cuerpo de la iglesia buscando el abrigo sin adorar aquel Pan de quien carecemos los demonios, y lleno de pereza le hago estar cuatro horas sólo aguardando al sacerdote que dice la misa con brevedad. Yo hago que, lleno de pereza, aunque vea la necesidad no la socorra ni remedie; y para que acuda al pecado le

pongo más ágil y ligero que una mona. Yo soy quien trajo aquellos hombres y mujeres que cogió la casa, pues siendo pecadores, y grandes, en todo el año no confesaron, de pereza, aguardando a la fuerza que los hace el cumplir con la parroquia, y antes que llegase el tiempo murieron miserablemente y desprevenidos; y ahora todo se les va en echar maldiciones a sus padres porque los criaron tan perezosos, dejándolos salir solamente con lo que los dañaba; y a sus amigos, porque no los fueron a la mano en sus vicios y avisaron que había Infierno. Y lo que más me admira cuando los voy a visitar (mas no a consolar), que las mujeres, estimando tanto el pelo que en él y el adorno que le ponían tenían librado su vivir, se lo han arrancado todo, con tantas maldiciones que, por no oírlas, no he de volver a verlos. Y uno de los hombres, que meneaba la cabeza cada instante para airear y ahuecar el pelo (en quien adoraba, pareciéndole que no había más cabellera en el mundo), toda la ha arrancado por sus manos; y me acuerdo cuando quiso matar a un barbero porque probó en su regalada melena un hierro de alzar bigotes. Pero entonces, de pereza de no tomar un libro que le dijera la verdad, o escuchar la palabra de Dios o tomar el consejo de su confesor, se ven ahora en lo que tan olvidado tenían. Y tan perezosos son, hasta en los Infiernos, que en el seno que habitan hay a la entrada un canto grande, y siempre que entran o salen tropiezan y dan de ojos en las llamas, y de pereza no le quitan del paso.

Y estotro día había ido un pecador a confesar, persuadido de la propia razón; y, habiéndolo dejado de pereza todo el año, esta vez que fue le llené de tal pereza que no se animó a llegar a un confesor, cubriéndole la misma acidía de vergüenza, y se volvió sin confesar, diciendo entre sí: «El domingo que viene lo haré; y tomaré más la mañana, que ahora es tarde y hay mucha gente». Y aunque oyó decir que en las celdas altas había muchos confesores, por no subir ocho escalones, de pereza, se salió tan sucio como se entró; y si puedo, no le ha de faltar pereza en toda la vida.

Y la otra noche a un perezoso que estaba cenando, aunque oyó unos esquiloncillos que iban diciendo: «Aquí va Dios sacramentado a visitar a un enfermo» (que a tanto llega su amor que, en viendo a la criatura impedida, parte en su busca; y el hombre, aunque vea a su Dios pasando muerte y pasión, de pereza no vuelve a mirarle, sin reparar que nosotros fuimos desterrados de nuestra Patria por solo un pecado; y si le dio gravedad ser cometido en la casa de Dios, mire el perezoso cuántos comete en una iglesia, que también es palacio del Rey del Cielo); en fin, tan perezoso estuvo este miserable gusano, sentado en su mesa cenando, que no se quiso levantar a abrir una ventana y adorar el Amigo más verdadero, siquiera porque pasaba por la puerta de su casa; y aun con todo esto es tan amante que se deja matar por que viva este desagradecido gusano.

Guárdese la criatura del Infierno y de nosotros, que como la vemos tan ingrata nos determinamos a perseguirla y guiarla a su perdición, dándola pereza en lo que más ágil había de andar, para que, aunque perezosa y torpe, se venga a habitar entre los demonios; que, aunque desterrados de la presencia divina, siempre obramos por su decreto. Y con tanto cuidado siembro la pereza, que al que veo dispuesto para ella le hago mi jumento, plantándome a caballo en sus hombros para que se contente con llevar a cuestras a un diablo tan malo y tan perezoso.

Y ayer llegó a su casa un perezoso después de haber andado todo el día más ágil que un hurón sólo por gozar de una profana fiesta; y, habiéndose acostado, a media hora oyó a un vecino suyo (a quien dio un mal de repente) que con ansias y lágrimas pedía confesión; y

volviéndose del otro lado el perezoso, dijo entre sí: «¡A buena hora mangas verdes!³³⁴ Levántese él y busque quien le confiese, que yo harto haré en descansar de la fiesta pasada». Y por no haber quien le socorriera murió sin confesión; pero con tal dolor de haber ofendido a su Dios que se hizo pedazos la lengua en la boca. Y al perezoso le volví en un sueño tan pesado que, dando vueltas, se cayó de la cama y rompió la cabeza, y de pereza por no llamar a quien le curara se está muriendo, tan lleno de acidía que aun bríos para confesar no tiene (aconsejado de mí, a quien digo que presto estará bueno y irá a la iglesia), y con este yerro acabará miserablemente.

Y ahora ando cerca de traerme a una perezosa que en todo el día, de flojedad, no se viste ni calza ni mueve de un lado, y por no mojarse las manos jamás friega plato ni hace la cama; y a tanto extremo llega su pereza que por no guisarlo no lo come, aplicándose al bodegón los más días. Pero en anocheciendo la infundo fuerzas, bríos y diligencia, y, aunque sarnosa y llena de bubas, la hago salir a pescar gangas (porque de día no era posible, según la cara que tiene y el asco que había de dar, pero de noche todo pasa) y se feria en los sitios que hay tanto simple.

Y a un sin fin de perezosos tengo muriendo de hambre, que aun no tienen bríos para salir a buscar la vida: y es tanta su pereza, que por no menearse de un lado consienten que sus mujeres salgan a todo lo que ellos habían de hacer, quedándose en la cama. Y aunque oyen decir que yo no duermo y que mi ejercicio es destruir y acabar lo que aún no lo está, no se les da nada, como gente perezosa y perdida.

Y ahora ando urdiendo unas bodas de unas doncellas muy cuidadosas del adorno de la cara (que para esto enseñadas nacen las mujeres), pero tan puercas y perezosas que jamás se alientan a fregar un plato ni a tomar una escoba, y se están sentadas viendo cómo lo hacen sus madres (adorando estas madres perdidas en aquel ídolo cochino, tomando a cuestras todo el trabajo por que ellas se críen tiesas de pescuezo y blancas de manos), sin reparar tales madres que también a ellas se las llevará el Diablo por hacerse criadas de sus hijas; y también a las hijas por dejar a sus padres el trabajo, criando toldo y gravedad.³³⁵ En fin, estas tales, en casándose, pasarán los primeros ocho días (cuando dura con ternera el pan de la boda) supliéndolas³³⁶ sus muchos descuidos sus madres o las vecinas más llegadas; pero ellas, como enseñadas a ser señoras, no repararán en las mudanzas del tiempo y que tienen marido a quien servir, y, descuidadas como siempre, anochecerá la cama como amanece, sin saber poner una olla ni dar una escobada, con que poco a poco se enfadarán los maridos, mirando en ellas no tanto dote como descuido, empezando la lición y el amenaza (tomándolo ellas al desgaire por parecerlas que no ha de pasar a más), y llegándose de un lance en otro el de las puñadas; a cuyos golpes harán fuga, sin saber lo que hacen, pues el hombre que lo permite y suple una vez, la puerta deja abierta para la segunda; unos lo atribuyen a la edad poca, sin reparar que no es muy corta para saber a la tienda de el solimán y pedir resplandor de Sevilla. Al cabo y al fin, pasarán malos ratos y peores fines, siendo causa la pereza de sus padres por haber criado a sus hijos con tanto

334. Le expresión aludía a la Santa Hermandad (el uniforme de los cuadrilleros incluía unas mangas verdes), por llegar siempre tarde cuando era requerida.

335. Pompa, soberbia.

336. Orig.: 'supliendola' (p. 300).

copete. Y por esto que he dicho pienso traerme a éstos por fin y postre, y a sus padres, por ser el principal instrumento de su perdida pereza.

Y estos días he andado gobernando a unos perezosos que se van a las iglesias y, arrellanándose, se cubren de mi veneno, en tanto grado, que por no levantarse hacen traer de sus casas chocolate y lo toman en la iglesia, sentados tan a gusto como si estuvieran en una boda, sin atender que la iglesia es sólo para orar y hablar con Dios. Y con esto cobran fama de que no salen en todo el día de la iglesia, siendo perezosos hipócritas, hallándose al fin de la vida perdidos a todo remate, sin creer que el que siembra la pereza es el Demonio.

Y ahora ando jugando a la pelota con un lindo tan perezoso que, temiendo el vestirse, ha dado en no salir de casa, emperzando hasta el ir a misa; en tal forma que, por establecer la pereza, toma por la mañana vinagre para perder el color y echar a la enfermedad la culpa de la pereza. Y con la ociosidad ha dado en poeta; pero tan malo que cuando le veo sólo es mi pena no poderme reír, porque tan pobre se halla de consonantes (y teniendo el arte de hacer versos en su casa) que jamás acierta el ajuste de una copla. Pero ha cobrado fama entre algunos tontos, valiéndose para ello de traslados,³³⁷ siendo ladrón cuatrero, sin restituir lo que tiene quitado a Lope, Montalbán y Valdivieso; y ahora está muy ocupado con las obras de Castillejo; que como hay en ellas ensaladilla de toda suerte, saca traslados enteros a banderas desplegadas, creyendo que por lo antiguo nadie las conocerá. Y estotro día me enfadé tanto con una copla suya (que por no haber hallado de adonde sacarla, la inventó su ingenio); y fue, que haciendo memoria de las prendas de una dama, dijo así:

Y vos, señora camándula,
aunque fuisteis la primera,
aquí estáis vos toda entera
sin faltaros cosa alguna.

Y tanta ira me dio que le quemé cuantos libros tenía, hasta el que de mis habilidades escribió Guevara, a quien nombró *El diablo Cojuelo*, y no le dejé borrador ni papel que no abrasé, pues aun yo, sin tener gracia (que desde que perdí la de Dios peno³³⁸ sin ella), hago mejores versos que este perezoso; que lo aprendí de un famoso poeta a quien yo asistía, porque nos alababa de ágiles, sabios y hermosos. Y una noche, para sólo que se levantase a escribir le desvelé con esta redondilla:

Guárdese el mundo de mí
y el hombre atesore gracia,
que yo busco su desgracia
desde el punto que caí.

Y si licencia tuviera yo de quien nos ata las manos cuando quiere, yo me trajera a estos senos a los malos poetas y malos pintores, pues, desatentos y perezosos, por no estudiar ni saber dibujar, pasan y pintan a un diablo con buena cara; y quisiera traerme a quien tal hace, pues no repara que sólo está la hermosura donde está Dios. Y cuando veo retratado al Artífice de los Cielos y primera causa de todo con imperfecciones de mal regido pincel, me deshago, diciendo: «¡Oh vil pintor, qué mal has copiado la mayor perfección del Cielo

337. Copia a la letra; aquí: 'plagio'.

338. Orig.: 'pero' (p. 302).

y la tierra! Si tú le hubieras visto como yo cuando me vi en su gracia, no te atrevieras. Ni aun pudieras, aunque quisieras, copiar la hermosura de un ángel: mira cómo pudieras a su Criador». Y a estos malos pintores perezosos, pues no estudian ni aprenden, tengo de celarlos hasta traerlos a estas moradas.

Y si me vale la maña y desvelo tengo de traerme gran número de almas perezosas de muchos que, pudiendo enseñar a sus hijos buena doctrina, quieren más, el rato que podrían emplear en esto, echarse a dormir llenos de pereza. Y a los hijos a quien sus padres han dejado bien enseñados, que,³³⁹ perezosos, no se acuerdan de rogar a Dios por quien los adoctrinó, ayudándolos, cuando vivos, con su poder, y cuando muertos, con misas y oraciones, y de pereza no lo hacen, pudiendo, tengo de traérmelos a que giman en mi compañía. Pues yo gimo y lloro, gima el perdido en estos senos donde todo es horror y espanto.

Aquí llegaba este miserable espíritu cuando, levantándose los del tribunal, se empezaron a oír tristes parches, y después un pregón que dijo:

Manda Lucifer, Príncipe de las espantosas cavernas del Infierno, que todos los espíritus que han salido a visita, por la poca atención que han tenido en publicar los pecados que causan en el mundo sin haber reparado que lo ha escuchado todo un viviente y dará cuenta al mundo, por cuya causa puede apartarse el hombre de sus yerros, en castigo de tan poca atención manda que para mientras Dios fuere Dios viváis penando.

Aquí fue cuando, desapareciendo el tablado, todo cuanto se oía era crujir de dientes, blasfemar y maldecir, en tanto grado que, como oí decir que los había escuchado un viviente, pareciéndome que habían hablado por mí, fue tan grande el temblor que me dio que causó el que la esposa que Dios me ha dado por compañera llegase y me despertase. Y, viéndome turbado y que no volvía de todo punto en mi acuerdo, me dijo:

—¿Es posible que no quiera un hombre dejar este laberinto de escribir libros? ¿De qué le sirve tanto desvelo y cuidado sin provecho? Si lo hace por adquirir fama, harta tiene ganada en el mundo, pues cuantos le tratan le estiman. Y pues Dios le ha dado conocimiento para saber lo que importa a su alma y conviene para su salvación, trate de su sosiego. Y crea que el entretenimiento que no da provecho a su dueño no es bueno.

—Razón tienes —la respondí—, y agradézcote el que con tus liciones me hayas sacado de una profunda pesadilla que me fatigaba; pero cree que sólo me mueve el provecho de mi prójimo, y Dios es sólo quien me ha de premiar, pues conoce mi celo.

Sosegose con esto, y yo hallé en mis manos estas preguntas, a quien di las respuestas que se siguen:

1 *¿Quién es el que más vive?* El que menos peca, pues es cierto que en cuanto el hombre está en pecado está muerto.

2 *¿Quién es el que se puede llamar valiente?* El que se sabe vencer, pues no hay más fuerte enemigo que el hombre de el hombre.

3 *¿Quién es el más sabio?* El que, sabiendo, cree que sabe menos que todos.

4 *¿Quién es el hombre de más fértil memoria?* El que se acuerda que murió Dios por él y que él nació para morir.

339. Suplo 'que' (p. 304).

5 *¿Quién es el más atento?* El que sabe agradar³⁴⁰ a Dios el haberle criado hombre y no bruto.

6 *¿Quién es el más rico?* El que se acuerda del pobre y socorre su necesidad.

7 *¿Quién es el más bien nacido?* El que, naciendo para morir, para vivir muere viviendo como muerto.

8 *¿Quién se puede preciar de tener buena sangre?* El que procura no malograr³⁴¹ la que derramó Dios por él.

9 *¿Quién es el que vive más engañado?* El que vive engañando a todos.

10 *¿Cuál es el que no teme la muerte?* El que vive justo, como debe vivir cualquiera que se ha de morir.

11 *¿Quién es el más perezoso?* El que lo que puede hacer hoy lo deja para mañana, sin creer que se pueden haber acabado las mañanas³⁴² para él.

12 *¿Cuál es el caudal de más valor y firmeza que tiene el que le tiene?* El entendimiento.

13 *Y el que da, ¿en qué se conoce su grandeza?* En la brevedad de la ejecución, pues .con ella no da lugar a que gaste vergüenza el que pide.

14 *Y ¿quién tendrá mayores penas en el Infierno, si a él va?* Aquel a quien dotó Dios de buen entendimiento y le malogró, pues a cada uno da Dios el frío conforme a la ropa, y el Infierno conforme al mérito. Y así la Gloria, que todos gocemos para siempre jamás, pues lo conseguiremos procurando no volvernos tarascas para no vernos condenados en el Tribunal espantoso.

340. Quizá el manuscrito dijera 'agradecer' (p. 307).

341. Orig.: 'malograrla' (p. 308).

342. Orig.: 'mañas' (p. 309).

LÁGRIMAS DEL ALMA,
CONTEMPLANDO EN UNA CRUZ
A SU DIOS

EDILIO³⁴³

UN pecho lastimado
que a Dios tiene ofendido,
suspiros tremolando,
a una Cruz así dijo:
Con diferentes causas,
amado Crucifijo,
vos me mirais a mí
y yo también os miro.
Vos como tronco santo,
y yo como rendido
a vuestra gran clemencia,
a quien su favor pido.
En vos contemplo a Dios,
de tres clavos herido,
todo el costado abierto,
donde me ofrece abrigo,
pues para darme fuerzas
buscó tan santo arbitrio
del bálsamo de sangre
de sus heridas cinco.
Miro en vuestro costado
que se desata en hilos
lo rojo, por esmalte
cual púrpura de Tiro.

¿Yo con vida, Señor,
sin haberla rendido³⁴⁴
por vuestra Pasión santa,
adonde muerto os miro?

343. O 'idilio', un tipo de composición poética de tono tierno y delicado, propia para expresar afectos amorosos.

344. Orig.: 'tendido' (p. 313).

Pues fuisteis a la cruz
a veros sacrificio,
siendo mudo Cordero
cantando dulces himnos,
yo cantaré mi muerte
cual cisne ya rendido,
vuestro juicio temiendo,
que asegura el peligro,
y pues que sé que van
eternidad de siglos
en ser de vos llamado
y ser el escogido.

Yo soy un palo seco,
sin fruta, que el estío,
por inútil, me tiene
sentenciado al cuchillo.

Baste, Señor, mi llanto.
Ayudadme, bien mío,
para que de las manchas
el cuerpo quede limpio.

Y si gustais, mi Dios,
vengan a mí martirios;
que humilde los aguardo,
aunque sean impíos,
pues mi vida pasada,
llena de laberintos,
con la soga arrastrando
se iba al precipicio.

Pero si gustais, Dios mío,
que en el Infierno mismo
pague de mis pecados
deudas que he conseguido,
sólo por daros gusto,
mirándoos infinito,
entre las llamas quiero
pagar, como abatido.

Mas a lo piadoso
que en aqueste árbol miro
he de buscar sagrado,
cual pródigo³⁴⁵ perdido.

345. Orig.: 'Qual al prodigio' (p. 315)

Ya no temo las iras
que flecha mi enemigo,
pues a sus amenazas
ya me ampara Dios mismo.

El que de limpia Aurora
fue suave rocío,
a quien libró de culpas
para albergarse, niño,
a ella, como a sol
que alegra los nacidos,
zarza fresca y intacta,
y sin espinas lirio.

Ester divina, hermosa
águila, en cuyo nido,
si piedras tiene, aquésta
tuvo por piedra a Cristo,
pues por tener yo culpa
y romper el edicto,
me debéis el ser Madre
de aquel mismo que os hizo.

¡Oh, qué dichosa culpa!
(si hay culpa con arrimo),
pues fue causa que Dios
tomase mi vestido.

A ti, divina Madre,
del limpio Vellochino,
a tu favor invoco
contra todo enemigo.

Y a vos, dulce Pastor
coronado de espinos,
el pecador os busca
huyendo de su olvido.

LAUS DEO

Con todo el rendimiento que en un pecho cristiano católico puede haber, rindo y sujeto todo lo escrito en este libro a la censura de la Santa Iglesia Católica; y si en él hubiere alguna cosa que disuene a nuestra fe y buenas costumbres, lo doy por no escrito ni pensado.